

M  
A  
R  
G  
A  
R  
E  
T  
A  
T  
W  
O  
O  
D



DOÑA  
ORÁCULO

Lectulandia

De niña gorda a mujer esbelta, de pelirroja a morena, de Londres a Toronto, de una aventura con un noble polaco a un matrimonio con un izquierdista radical, de escritora de novela rosa a poetisa de renombre. Joan Foster, la protagonista, es un personaje excéntrico difícil de olvidar. *Doña Oráculo* es una novela llena de magia, humor y poesía.

**Lectulandia**

Margaret Atwood

# **Doña Oráculo**

ePub r1.0

Titivillus 27.08.17

Título original: *Lady Oracle*  
Margaret Atwood, 1976  
Traducción: Sofía Carlota Noguera

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

# UNO

Planeé mi muerte con esmero; no así mi vida, la cual, a pesar de mis débiles intentos por controlarla, iba sin propósito fijo de una cosa a otra. Mi vida tendía a disgregarse, a perder fuerza, a formar volutas y guirnaldas como el marco de un espejo barroco, a consecuencia de seguir la ley del mínimo esfuerzo. Por el contrario, quise que mi muerte fuese ordenada y simple, comedida, incluso algo sobria, como una iglesia cuáquera o el imprescindible traje negro con un collar de perlas de una vuelta que tanto ensalzaban las revistas de moda cuando tenía quince años. En esta ocasión, nada de trompetas, ni megáfonos, ni lentejuelas, ni cabos sueltos. Se trataba de desaparecer sin dejar rastro alguno detrás de mí, sólo la sombra de un cadáver, una sombra que todo el mundo confundiría con la firme realidad. Al principio pensé que lo había conseguido.

Al día siguiente de haber llegado a Terremoto, me sentaba en el balcón. Había acariciado la idea de tomar el sol, y me asaltaban imágenes de mí misma convertida en una belleza mediterránea, de tez morena y dorada que, con una sonrisa radiante, se sumergía muy resuelta en un mar de aguamarina, alegre al fin, libre del pasado; pero entonces recordé que no tenía bronceador (protección máxima, sin el cual me quemaría y me saldrían pecas), de modo que me había cubierto los hombros y los muslos con algunas de las raquílicas toallas del casero. Tampoco había traído el bañador, pero me conformé con las bragas y el sujetador al pensar que el balcón era invisible desde el camino.

Siempre me habían gustado los balcones. Tenía la sensación de que si conseguía estar el tiempo suficiente en un balcón, en uno adecuado, vestida con un largo traje blanco de cola, mejor durante el cuarto creciente, algo sucedería: sonaría una música, abajo surgiría una sombra sinuosa y oscura que treparía a mi encuentro mientras yo, apoyada en la barandilla de hierro forjado, temerosa, esperanzada y decorosa, empezaría a temblar. Pero aquél no era un balcón muy romántico. Tenía una barandilla geométrica como las de los pisos de renta media construidos en los años cincuenta y el suelo era de hormigón y empezaba a resquebrajarse. No era el tipo de balcón bajo el cual un hombre se pondría a tocar el laúd en medio de suspiros y al que treparía llevando una rosa entre los dientes o un estilete en la manga. Además, estaba a sólo un metro y medio del suelo. Sería más probable que cualquier visitante misterioso se acercara por el sendero abrupto que descendía hasta la casa desde la calle, haciendo crujir la carbonilla bajo sus pies, rosas y cuchillos desterrados a su imaginación.

Pensé que ése habría sido, en todo caso, el estilo de Arthur; lo suyo era crujir más que trepar. Si al menos fuese posible un regreso a los viejos tiempos, antes de que él hubiese cambiado... Me imaginé que venía a recuperarme, que subía por las curvas

de la colina en un Fiat alquilado al que seguramente algo le fallaría; me hablaría de ese fallo más tarde, después de habernos entregado a un mutuo abrazo. Aparcaría, lo más cerca posible de la pared y, antes de salir del coche, se examinaría el rostro en el espejo retrovisor para componerse la expresión, pues detestaba quedar en ridículo y esta vez no las tendría todas consigo. Saldría del coche, lo cerraría para evitar que le robasen el escaso equipaje, guardaría las llaves en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta, echaría un vistazo a derecha e izquierda y entonces, contoneando la cabeza con ese movimiento que le era característico, como si esquivara una pedrada o el dintel de una puertita, se deslizaría a través de la verja oxidada y comenzaría el descenso cauteloso por el sendero. Solían pararlo en las fronteras a causa de su aspecto furtivo; furtivo pero educado, como un espía.

Ante la visión del larguirucho Arthur, indeciso, adusto y redentor, que bajaba a mi encuentro con sus zapatos incómodos y sus viejos calzoncillos de algodón, sin siquiera saber si yo estaría allí o no, me eché a llorar. Cerré los ojos: frente a mí, al otro lado de la inmensa extensión de azul que reconocí como el océano Atlántico, estaban todos los que había dejado en aquella orilla. En una playa, por supuesto; había visto muchas películas de Fellini. Sus cabellos ondeaban al viento, sonreían, agitaban los brazos y me llamaban, aunque yo naturalmente no los oía. Arthur era el que estaba más cerca; detrás de él, el Puerco Espín Real, llamado en realidad Chuck Brewer, con su capa larga y ostentosa; luego, Sam, Marlene y los demás. Leda Sprott se ondulaba como una sábana vuelta hacia un lado, y vi la codera de cuero de Fraser Buchanan asomando de donde se había escondido, detrás de un arbusto litoráneo. Un poco más lejos, mi madre, con un traje de chaqueta azul marino y un sombrero blanco; a su lado mi padre, menos nítido, y mi tía Lou. La tía Lou era la única que no me miraba. Se paseaba por la playa, respirando hondo de vez en cuando, contemplando las olas y deteniéndose cada dos por tres para sacarse la arena de los zapatos. Al final se los quitó y, con la piel de zorro, el sombrero de plumas y los pies cubiertos sólo con las medias, continuó su camino hacia un lejano puesto de salchichas y naranjadas que la atraía desde el horizonte como un prosaico espejismo.

Pero me equivocaba con respecto a los demás. No era a mí a quien sonreían y saludaban, sino que lo hacían entre ellos. ¿Era posible que los espiritistas se equivocaran y que, después de todo, los muertos no tuviesen interés por los vivos? Aunque algunos de ellos todavía estaban vivos y era yo quien se suponía que estaba muerta; debían estar tristes pero por el contrario parecían bastante alegres. No era justo. Deseé con fervor que algo siniestro irrumpiese en la playa —una inmensa cabeza de piedra, un caballo que se desplomase—, pero no dio resultado. De hecho, todo aquello se asemejaba menos a una película de Fellini que la de Walt Disney que vi cuando tenía ocho años, sobre una ballena que quería cantar en el Metropolitan Opera. Se acercaba a un barco y cantaba arias, pero los marineros la arponeaban; las voces de la ballena abandonaban su cuerpo formando cada una un alma de color diferente que, sin dejar de cantar, iban ascendiendo hacia el sol. Creo que se llamaba

*La ballena que quería cantar en el Met.* Cuando la vi lloré desconsoladamente.

Este recuerdo acabó de trastornarme. Nunca había aprendido a llorar con estilo, silenciosamente, las lágrimas en forma de perlas rodando por las mejillas desde unos ojos muy abiertos y luminosos, como en las portadas de los tebeos *True Love*, y sin dejar manchas o señales. Me habría gustado saber; así hubiese llorado delante de los demás, en lugar de hacerlo en los cuartos de baño, en la oscuridad de los cines, entre arbustos o en dormitorios vacíos, sobre una cama, en medio de los abrigos de una fiesta. Si se llora en silencio, la gente siente lástima. Como yo empezaba a sorber, los ojos se me ponían del color y la forma de los tomates guisados, me goteaba la nariz, apretaba los puños y gemía, creaba una situación violenta y al final, resultaba graciosa, un objeto de diversión. El dolor era siempre real, pero tal como surgía parecía una parodia del dolor, una imitación pretenciosa como el neón rosado de las gasolineras *White Rose*, ahora desaparecidas... El llanto decoroso era otra de esas artes que yo nunca había dominado, como ponerme pestañas postizas. Hubiera necesitado una institutriz, o ir a un colegio para señoritas y llevar una tabla sujeta a la espalda, aprender acuarela y autodominio.

Tía Lou decía que no se puede cambiar el pasado. Ay, pero yo quería hacerlo; era lo único que quería hacer realmente. La nostalgia me sacudía. El cielo estaba azul, el sol brillaba, a la izquierda un charco de fragmentos de cristal relucía como agua, una pequeña lagartija verde de iridiscentes ojos azules calentaba su fría sangre sobre la barandilla; del valle llegaba un tintineo, un mugido suave, un arrullo de voces desconocidas. Me hallaba a salvo, podía empezar de nuevo, y en cambio estaba en aquel balcón, junto a los restos de la ventana de la cocina que se había roto antes de mi llegada, sentada en una silla hecha con tubos de aluminio y tiras de plástico amarillo, que no paraba de hacer ruidos ahogados.

La silla pertenecía al señor Vitroni, el casero, el cual era aficionado a los rotuladores con tinta de diferentes colores, rojo, rosa, violeta, naranja, un gusto que yo compartía. A él le servía para mostrar al resto del pueblo que sabía escribir, a mí para hacer listas y cartas de amor, en ocasiones ambas cosas a la vez: «He salido a comprar café. Besos». El pensar en esas relajadas salidas para hacer compras, intensificó mi tristeza... Ya no habría más pomelos, partidos por la mitad para los dos, con una cereza de marrasquino rojo por ombligo que Arthur hacía rodar hasta el borde del plato; ya no habría más harina de avena, que yo detestaba pero que a Arthur le encantaba, grumosa y quemada porque yo no había seguido su consejo de prepararla al baño María... Años de desayunos necios, desamparados, que nunca se podrían recuperar... Años de desayunos arruinados, ¿por qué lo había hecho?

Me di cuenta que había ido a parar al peor sitio del mundo. Hubiera debido ir a algún lugar fresco y nuevo, a algún lugar donde no hubiera estado antes. Por el contrario, había regresado al mismo pueblo, a la misma casa incluso, donde habíamos pasado el verano el año anterior. Y nada había cambiado, iba a tener que guisar en la misma cocina de dos fuegos con la bombona de gas, *bombola*, que siempre se



acababa cuando tenía un plato a medio hacer; comer en la misma mesa donde todavía se veían los redondeles blancos en el esmalte, consecuencia de mi poco cuidado con las tazas calientes; dormir en la misma cama, cuyo colchón estaba arrugado por los años y las ansias de muchos inquilinos. El fantasma de Arthur iba a perseguirme; ya me parecía estar oyendo el sonido de débiles gárgaras desde el cuarto de baño, el crujido del cristal cuando arrastraba hacia atrás la silla en el balcón para que yo le pasase su taza de café por la ventana de la cocina. Si abría los ojos y me volvía, seguro que estaría allí, con el periódico a quince centímetros del rostro, el diccionario de bolsillo sobre una rodilla y el dedo índice izquierdo metido (quizá) en la oreja, un gesto inconsciente que siempre negaba hacer.

Era por mi propia estupidez, era culpa mía. Hubiera debido ir a Túnez o a las islas Canarias, o incluso a Miami Beach, en un autocar Greyhound, hotel incluido, pero no tenía fuerza de voluntad suficiente; necesitaba algo más familiar. Un lugar sin agarraderas, sin puntos de referencia, sin pasado alguno: hubiera sido demasiado parecido a morir.

Entonces ya estaba llorando espasmódicamente con la cara metida en una de las toallas de baño del casero y me había echado otra por encima de la cabeza, una vieja costumbre; solía llorar cubierta por cojines para que no me descubriesen. Pero a través de la toalla me pareció oír un extraño ruido de pasos. Debía de haber empezado hacía un rato. Escuché mejor y paró. Levanté la toalla. A la altura de mis tobillos y a sólo un metro de distancia, había una cabeza flotando, la cabeza de un anciano rematada por un sombrero de paja enmarañada. Sus ojos blanquecinos me miraban fijamente, no sé si con inquietud o desaprobación, y su boca hundida estaba abierta por un costado. Debía de haberme oído. Quizá pensó que me había dado un ataque de algo, al verme en el balcón, en ropa interior y cubierta de toallas, o si no, que estaba borracha.

Sonreí moderadamente, para tranquilizarlo, apreté las toallas contra el cuerpo y traté de levantarme de la silla de aluminio, recordando, demasiado tarde, que tenía una trampa, se doblaba cuando uno se levantaba. Perdí varias toallas antes de conseguir recular por la puerta.

Había reconocido al anciano. Era el mismo que una o dos tardes por semana iba a cuidar las alcachofas plantadas en el terraplén debajo de la casa; cortaba las malas hierbas grandes con unas tijeras de jardín oxidadas y recortaba las correosas cabezas de las alcachofas cuando estaban a punto. A diferencia del resto de la gente del pueblo, nunca me había dirigido la palabra o devuelto el saludo. Me daba pavor. Me puse el vestido (detrás de la puerta, fuera de la vista del ventanal) y, en el cuarto de baño, me lavé bien la cara con una manopla mojada y me soné la nariz con un trozo del áspero papel higiénico del señor Vitroni, luego fui a la cocina a prepararme una taza de té.

Por primera vez desde mi llegada empecé a tener miedo. Haber vuelto a aquel pueblo era algo más que deprimente, era peligroso. No es bueno pensar que se es

invisible cuando no es así, y el problema era que, si yo había reconocido al anciano, él podía haberme reconocido a mí.

## DOS

Me senté a la mesa a tomar el té. El té reconforta y me ayudaría a pensar; si bien aquel té no era muy bueno, venía en sobres y olía a apósitos. Lo había comprado en la tienda de comestibles más importante del pueblo, junto a un paquete de galletas Peck Frean, importadas de Inglaterra. La tienda había hecho una buena provisión de galletas con vistas a la ola de turistas ingleses que todavía no había llegado. En la caja se leía «Proveedores de Su Majestad la Reina, Fabricantes de Galletas», lo cual me pareció una forma de levantar la moral. La reina no lloriquearía: lamentarse es de torpes. «Recobra la calma», decía una severa voz real. Me erguí en la silla y me puse a considerar lo que debía hacer.

Había tomado precauciones, por supuesto. Estaba usando mi otro nombre y, cuando había ido a ver si el apartamento del señor Vitroni estaba disponible, me había puesto las gafas de sol y llevaba la cabeza cubierta con el pañuelo, que había comprado en el aeropuerto de Toronto, un pañuelo estampado con agentes de la Policía Montada de color rosa participando en una cabalgata musical, sobre un fondo de Montañas Rocosas en color violeta, y hecho en Japón. Me cubrí el cuerpo con uno de esos vestidos en forma de tubo, también rosado, con estampado de flores salpicadas de azul, que había comprado en un puesto callejero en Roma. Hubiera preferido el de las grandes rosas rojas o el de las dalias anaranjadas: con este vestido parecía una gran superficie de papel pintado. Pero quería algo discreto. El señor Vitroni no me había reconocido, estaba segura. Sin embargo, el anciano me había sorprendido sin disfraz y, lo que es peor, con el cabello suelto. Una melena roja larga hasta la cintura no pasaba inadvertida en aquella parte del país.

Las galletas estaban duras como el yeso y sabían a encerrado. Al comer la última, mojándola en el té y masticándola maquinalmente, me di cuenta de que había acabado el paquete. Mala señal. Tendría que vigilar ese asunto.

Decidí que debía hacer algo con mi pelo. Me delataba, su largo y su color habían sido siempre como una marca de fábrica. Todos los recortes de prensa, ya fueran amistosos u hostiles, hacían alusión a él, y le habían dedicado mucho espacio, pues el cabello de una mujer se consideraba más importante que la posesión o la carencia de talento. «Joan Foster, la célebre autora de *Doña Oráculo*, con un aspecto comparable al de un exuberante retrato de Rossetti, e irradiando fuerza, hipnotizó a la audiencia con su sobrenatural...» (*The Toronto Star*). «La autora de poemas en prosa, Joan Foster, parecía una diosa romana luciendo su melena roja suelta y su túnica verde; por desgracia la mayor parte del tiempo apenas se la oía...» (*The Globe and Mail*). Podían seguir el rastro de mi cabello mucho más fácilmente que el de mi persona. Tendría que cortármelo y teñir lo que quedase, aunque no estaba segura de poder conseguir el tinte. En el pueblo, ni soñarlo. Tendría que volver a Roma. Pensé que hubiera debido comprarme una peluca; eso había sido un descuido.

Fui al cuarto de baño y revolví el neceser buscando las tijeras de las uñas. Eran

demasiado pequeñas, pero tenía que escoger entre eso y uno de los cuchillos desafilados y descascarados del señor Vitroni. Tardé un buen rato en segármelo, mechón a mechón. Traté de darle forma a lo que quedaba, pero me iba quedando más y más corto cada vez, aunque no menos desperejo, hasta que me di cuenta de que me había rapado de tal manera que parecía la prisionera de un campo de concentración. Sin embargo, mi rostro se veía bastante diferente; podía pasar por una secretaria de vacaciones.

El cabello había quedado en el lavabo del cuarto de baño en montones y rulos. Quería guardarlo y pensé por un momento en esconderlo en un cajón del escritorio. Pero, ¿qué explicación daría si lo encontraban? Empezarían a buscar los brazos, las piernas y el resto del cuerpo. Tenía que deshacerme de él. Se me ocurrió tirarlo por el váter, pero había demasiado y la fosa séptica ya había empezado a hacer travesuras, eructando gas cenagoso y fragmentos de papel higiénico en descomposición.

Lo llevé a la cocina, encendí uno de los quemadores de gas y entonces, mechón a mechón, empecé a sacrificar mis cabellos. Se arrugaban, se ennegrecían, se retorcían como un puñado de lombrices intestinales, se fundían y finalmente se quemaban, chisporroteando como un fusible. El olor a pavo chamuscado era abrumador.

Las lágrimas me corrían por las mejillas; estaba claro que era una sentimental, y de lo más sensiblera. Lo que ocurría era que a Arthur le gustaba cepillarme el pelo y ese pequeño recuerdo me derrumbó; aunque nunca había aprendido a deshacer los enredos y me daba tirones que me hacían mucho daño. Demasiado tarde, demasiado tarde... Nunca había podido convocar las emociones apropiadas en los momentos adecuados: cólera cuando habría debido encolerizarme, o lágrimas cuando habría debido llorar; todo se habría mezclado.

Había quemado la mitad de la pila de cabello cuando oí pasos por el sendero de grava. El corazón se me encogió, me quedé petrificada. El camino conducía sólo a la casa y en ella no había nadie más que yo, los otros dos apartamentos estaban vacíos. ¿Cómo era posible que Arthur me hubiese encontrado tan pronto? A fin de cuentas, quizá no me había equivocado con respecto a él. O no se trataba de Arthur, y era uno de los otros... No había permitido que el pánico se apoderara de mí desde hacía una semana, y ahora empezó a entrarme en forma de ola gris claro otra vez, sobre la cabeza, trayendo consigo las formas de mi miedo, un animal muerto, el teléfono jadeando amenazas, las notas de los asesinos sacadas de las Páginas Amarillas, un revólver, furia... Diferentes rostros se fueron formando y desintegrando en mi cabeza, no sabía a quién debía esperar, ¿qué querían? La pregunta que nunca podría contestar. Tuve ganas de gritar, de correr al cuarto de baño, donde había una ventana alta y cuadrada por la que seguramente conseguiría deslizarme; luego podría subir la cuesta corriendo y huir en mi coche. Otra huida precipitada. Traté de recordar dónde había puesto las llaves.

Llamaron a la puerta, un golpe terco y seguro. Se oyó una voz:

—¿Hola? ¿Está usted ahí?

Pude volver a respirar. Sólo era el señor Vitroni, el signor Vitroni, Reno Vitroni, el de sonrisa amplia, que estaba de inspección por su propiedad. Según yo sabía, era la única que tenía; sin embargo era considerado uno de los hombres más ricos del pueblo. ¿Qué ocurriría si quería ver la cocina? ¿Qué pensaría del sacrificio capilar? Apagué el fuego y metí el pelo a toda prisa en la bolsa de papel que estaba usando para la basura.

—¡Ya voy! —grité—. Sólo un minuto.

No quería que entrase, mi cama no estaba hecha, los vestidos y la ropa interior colgaban de los respaldos de las sillas o estaban desparramados por el suelo, había platos sucios sobre la mesa y en el fregadero. Me enrollé la cabeza con una toalla y cogí al vuelo las gafas de sol que estaban sobre la mesa.

—Me estaba lavando la cabeza —le dije cuando abrí la puerta.

Se asombró de las gafas oscuras; un poco, pero no mucho. Para él, las damas extranjeras practicaban rituales de belleza muy extraños. Me sonrió alegremente y extendió una mano, yo le tendí la mía, que él levantó como para besarla, pero la estrechó.

—Estoy muy agradable de ver usted —dijo, haciendo un curioso saludo militar juntando los tacones. Llevaba los rotuladores de colores en fila sobre el pecho, como medallas. Había hecho su fortuna en la guerra, de una u otra manera; nadie cuestionaba esas cosas ahora que todo había pasado, Al mismo tiempo, había aprendido un poco de inglés, así como unas pocas palabras de otros idiomas. ¿Por qué había ido a mi apartamento a aquella hora tan temprana de la tarde, cuando para aquel hombre, un señor respetable de mediana edad, casado apropiadamente con una mujer gorda como un tonel y con un montón de nietos, debía de ser una hora intempestiva para visitar a una joven extranjera? Llevaba algo bajo el brazo. Miró por encima de mi hombro como si quisiera entrar.

—¿Estaba preparando la comida posiblemente? —preguntó. Se había percatado del olor a pelo quemado. Dios sabe lo que come esta gente, podía oírle pensar—. Deseo no molestar.

—No, en absoluto —contesté efusivamente. Me cuadré en el umbral.

—¿Todo con usted va bien? ¿La luz funciona otra vez?

—Sí, sí —respondí, asintiendo con la cabeza más de lo necesario.

La luz estaba cortada cuando me instalé porque el inquilino anterior no había pagado la cuenta. Pero el señor Vitroni había echado mano de sus influencias.

—Hay mucho brillo de sol, ¿verdad?

—Mucho —contesté, haciendo un esfuerzo para no parecer impaciente. Se había acercado demasiado.

—Esto es bueno. —Entonces fue al grano—. Tengo algo para usted aquí. Así se sentirá... —levantó el brazo que tenía libre, la palma de la mano hacia arriba, expansivo, acogiéndome, acomodándose—, estará en casa con nosotros.

Qué embarazoso, pensé, me iba a dar un regalo de bienvenida. ¿Era una

costumbre, qué debía decir?

—Es muy amable por su parte —dije—, pero...

El señor Vitroni rechazó mi gratitud con un movimiento de la mano. Se sacó el paquete cuadrado de debajo del brazo, lo colocó sobre la silla de plástico y empezó a desatar los cordeles. Como un mago, se detuvo en el último nudo para crear suspenso. Luego, el papel marrón se abrió y aparecieron cinco o seis cuadros, óleos, hechos — ¡oh, Dios!— sobre terciopelo negro y con marcos dorados de yeso. Los levantó y me los fue mostrando. Todos representaban monumentos históricos de Roma, cada uno pintado en un solo tono. El Coliseo era rojo vivo, el Panteón malva, el Arco de Constantino amarillo humo, San Pablo rosado como un pastel. Al verlos, fruncí el ceño como un juez.

—¿Gustan? —preguntó en tono imperioso. Yo era una extranjera, se suponía que ése era el tipo de cosas que me debía gustar y me las había traído de regalo, para complacerme. Obedientemente tenía que mostrarme encantada; no podía soportar la idea de herir sus sentimientos.

—Mucho —contesté. No me refería a los cuadros sino al detalle.

—Mi, cómo se dice... —prosiguió él—. El hijo de mi hermano, él tiene un genio.

Ambos nos quedamos observando en silencio los cuadros, que entonces estaban colocados en fila sobre el alféizar de la ventana brillando como señales de tráfico a la luz del dorado sol del atardecer. Mientras los miraba, empezaron a atraer, o a desprender, una especie de energía horrible, como las puertas cerradas de los hornos o de las tumbas.

El asunto no iba lo suficientemente rápido para él.

—¿Quién le gusta? —preguntó—. ¿Este?

¿Cómo podía escoger si no sabía cuál sería el significado de la elección? El idioma era sólo uno de los problemas; estaba también el otro lenguaje: lo que se hace y lo que no se hace. ¿Tendría que convertirme en su amante si aceptaba un cuadro? ¿Era importante la elección del cuadro, se trataba de una prueba?

—Bien —dije tanteándolo, a la vez que señalaba el Coliseo de neón.

—Doscientas cincuenta mil liras —se apresuró a decir.

Mi alivio fue inmediato; las simples transacciones de efectivo no entrañaban misterios, eran fáciles de manejar. Por supuesto que los cuadros no los había pintado el sobrino, pensé; debía de haberlos comprado en Roma a un vendedor ambulante, y los estaba revendiendo con ganancia.

—Bien —dije. De ninguna manera podía permitirme aquel gasto, pero nunca había sabido regatear y, además, tenía miedo de ofenderlo. No quería quedarme sin luz. Fui a buscar el monedero.

Después de haber doblado y guardado el dinero en el bolsillo, empezó a recoger los cuadros.

—¿Usted queda dos, quizá? ¿Para enviar su familia?

—No, gracias —contesté—. Este es absolutamente precioso.

—¿Su marido vendrá pronto también?

Sonreí y asentí distraídamente. Eso le había hecho creer cuando alquilé el apartamento. Quería que en el pueblo se supiese que tenía marido, no quería problemas.

—Le gustará estos cuadro —dijo él, como si lo supiera.

Empecé a hacer conjeturas. Después de todo, ¿me habría reconocido, a pesar de las gafas oscuras, la toalla y el nombre diferente? Era bastante rico; seguro que no necesitaba ir por ahí vendiendo cuadros baratos para turistas. Todo podía haber sido una excusa, pero, ¿para qué? Tuve la sensación de que la charla había ido mucho más allá de lo que yo había podido comprender, lo cual no hubiera sido extraño. Arthur me decía que era estúpida.

Cuando por fin el señor Vitroni se marchó del balcón, llevé el cuadro dentro y busqué a mi alrededor un lugar donde colgarlo. Debía ser el sitio apropiado; durante años, y por culpa de mi madre, había tenido que colocar los objetos más importantes de mi habitación de manera que hubiese armonía entre ellos, y me gustase o no, éste iba a ser un objeto importante. Era muy rojo. Finalmente lo colgué de un clavo a la izquierda de la puerta; de este modo podría sentarme dándole la espalda. Mi costumbre de cambiar los muebles de sitio, de repente y sin avisar asombraba a Arthur. Nunca comprendió por qué lo hacía; decía que uno no tenía que preocuparse por el entorno.

Pero el señor Vitroni se equivocaba, a Arthur no le habría gustado el cuadro. No era el tipo de cosas que le gustaran, si bien era el tipo de cosas que creía que me gustaban a mí. Muy apropiado, habría dicho, el Coliseo en rojo sanguinolento sobre vulgar terciopelo negro, el marco dorado, el ruido y el alboroto de multitudes aclamando, la muerte en la arena, los animales salvajes gruñendo y rugiendo, gritos, y los mártires entre bastidores, llorando y preparándose para el sacrificio; por encima de todo, emoción, miedo, furia, risa y llanto, una representación que alimentaba a las masas. Yo sospechaba que ésta era la idea que él tenía sobre mi vida interior, aunque nunca lo expresó con tanta claridad. ¿Y dónde estaba él en medio de todo aquel alboroto? Sentado en el centro de la primera fila, inmóvil y sonriendo apenas, costaba mucho satisfacerlo; y de vez en cuando, esbozaría un gesto que salvaría o aniquilaría: pulgares arriba o pulgares abajo. Ahora tendrás que representar tu propia función, pensé, tener tus propias emociones. Basta ya de actuar, la sangre se había vuelto demasiado real.

Entonces ya estaba furiosa con él y no había nada que se pudiera arrojar excepto los platos, que eran del señor Vitroni; ni nadie a quien arrojárselos salvo al propio señor Vitroni, que en aquel momento estaría subiendo seguramente con dificultad la colina, jadeando un poco a causa de sus piernas cortas y su barriga abombada. ¿Qué pensaría si yo apareciera detrás de él furibunda, arrojando platos? Llamaría a la policía, me arrestarían, registrarían el apartamento, encontrarían una bolsa de papel llena de pelo rojo, mi maleta...

Recuperé el sentido práctico rápidamente. La maleta estaba debajo de una enorme cómoda imitación barroco, con el barniz desprendido y el dibujo de una caracola marina incrustado. La saqué y la abrí, allí estaba mi ropa mojada, en una bolsa de plástico verde que decía «Bolsa alegre». Las prendas olían a mi muerte, al lago Ontario, a aceite derramado, a gaviotas muertas, a pececitos plateados arrojados a la playa y pudriéndose. Vaqueros y una camiseta azul marino, mi traje funerario, mi yo anterior, empapado y arruinado, del cual habían volado muchas almas multicolores. No me podría poner aquellas prendas en Terremoto, incluso en el supuesto de que no fuesen una prueba. Pensé tirarlas a la basura, pero sabía del año anterior que los niños hurgaban los cubos de basura, especialmente los de los extranjeros. No había encontrado dónde librarme de ellas en la concurrida carretera a Terremoto. Hubiera debido tirarlas en el aeropuerto de Toronto o en el de Roma; no obstante la ropa abandonada en los aeropuertos daba lugar a sospechas.

Anocheceía, pero había todavía suficiente luz como para ver. Decidí enterrarlas. Estrujé la Bolsa alegre y me la puse bajo un brazo. Las prendas me pertenecían, no había hecho nada malo, y sin embargo tenía la sensación de estar deshaciéndome de un cuerpo, del cadáver de alguien a quien yo había matado. Bajé con dificultad el camino junto a la casa, pues mis sandalias tenían la suela de cuero y patinaban por las piedras, hasta que llegué abajo de todo, en medio de las alcachofas. El suelo parecía de piedra y no tenía pala; allí no había forma de hacer un agujero. Además, el anciano se daría cuenta si removía su huerto.

Examiné los cimientos de la casa. Por suerte la construcción era mala y el cemento se estaba agrietando en varios sitios. Encontré un trozo suelto y lo escudriñé con la ayuda de una piedra plana. Lo que había detrás del cemento no era más que tierra pura, pues la casa había sido construida en la ladera. Removí el hueco, apreté bien la Bolsa alegre hasta hacerla lo más pequeña que pude, y la metí en el agujero calzando otra vez el trozo de cemento encima. Quizá, al cabo de cientos de años, alguien desenterraría mis vaqueros y mi camiseta y colegiría un rito olvidado, un infanticidio o un entierro preventivo. La idea me gustaba. Diseminé bien con el pie la tierra caída para que no se notase nada.

Aliviada, subí al balcón otra vez. Cuando me hubiese teñido el pelo habría solucionado todas las pruebas obvias y podría empezar a ser otra persona, una persona completamente distinta.

Fui a la cocina y terminé de quemarlo. Luego saqué la botella de Cinzano que había escondido en la alacena, detrás de los platos. No quería que allí se supiera que bebía a escondidas, y en realidad no era así, simplemente no había ningún sitio donde beber en público. Aquí, las mujeres no debían beber solas en los bares. Me serví un vasito y brindé conmigo misma. «Por la vida», dije. Después me inquietó haber hablado en voz alta. No quería empezar a hablar sola.

Las espinacas que había comprado el día anterior estaban llenas de hormigas. Vivían en la pared exterior y lo único que buscaban con vigor eran las espinacas y la



carne. Todo lo demás lo ignoraban, siempre y cuando se tuviese la precaución de ponerles un platito con azúcar y agua. Ya lo había hecho y lo habían encontrado, marchaban de un lado para el otro entre el platito y su hormiguero, delgadas a la ida, gordas a la vuelta, llenándose como diminutos camiones cisterna. Habían formado un círculo en el borde del agua y algunas, por ir más lejos, se habían ahogado.

Me serví otro vaso, metí un dedo en el platito y escribí mis iniciales con agua azucarada en el alféizar. Esperé hasta ver cómo las hormigas formaban mi nombre: una leyenda viviente.

## TRES

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi euforia del día anterior había desaparecido. No se podía decir que tuviese resaca, pero no tenía ganas de levantarme. La botella de Cinzano estaba, vacía, sobre la mesa y lo que me pareció horrible del asunto fue que no recordaba haberla terminado. Arthur me decía que no bebiese tanto. El no era un gran bebedor, pero tenía costumbre de traer una botella a casa de vez en cuando y dejarla en algún lugar donde yo pudiese verla. Supongo que para él, yo era algo parecido a esos juegos de química para niños: en el fondo le gustaba confundirme, sabía que algo emocionante iba a ocurrir, aunque nunca estaba seguro de qué sería ni de lo que quería; si yo lo hubiera sabido, todo habría sido más fácil.

Lloviznaba y no tenía impermeable. Habría podido comprar uno en Roma, pero el recuerdo que tenía del clima era de sol permanente y noches calurosas. Como no quería dejar señales evidentes de haber hecho maletas, no había llevado ni impermeable, ni paraguas, ni la mayoría de mis cosas. En aquel momento empecé a echar de menos mi ropero, el sari rojo y dorado, el caftán bordado, mi vestido de terciopelo damasco con el dobladillo descosido. ¿Dónde habría podido ir allí con esas prendas? A pesar de ello seguí en la cama añorando mi abanico de plumas de pavo real, al que sólo le faltaba una, y mi bolso de salir de noche con cuentas azules, una verdadera antigüedad.

Arthur mantenía una relación extraña con mi ropa. No le gustaba que me gastase dinero en ropa porque pensaba que no podíamos permitirnoslo, así que al principio decía que esto desentonaba con mi pelo o aquello me hacía parecer demasiado gorda. Luego, cuando con intenciones masoquistas, se unió al movimiento de Liberación de la Mujer, trató de decirme que no debía querer ropa como aquélla, que le estaba siguiendo el juego a los explotadores. Pero la cosa fue más lejos: llegó a pensar que aquella ropa era una especie de afrenta, un insulto personal. Al mismo tiempo le fascinaba, como le ocurría con todo lo que desaprobaba de mí. Sospecho que las encontraba estimulantes y eso le hacía irritarse.

Al final me hizo sentir una inseguridad tal que me resultaba difícil ponerme vestidos largos en público. Lo que hacía entonces era encerrarme en mi dormitorio y cubrirme con sedas o terciopelos y sacar fuera todos los pendientes largos, todas las cadenas y las pulseras de oro. Me perfumaba, me quitaba los zapatos y, delante del espejo, empezaba a dar vueltas lentamente, bailando un vals con una pareja invisible. Un hombre alto, vestido de etiqueta, con una capa de ópera y mirada ardiente. Mientras me llevaba en círculos (chocando de vez en cuando con el tocador o el extremo de la cama) me susurraba: «Déjame llevarte conmigo. Bailaremos juntos, siempre». Resultaba extremadamente tentador, a pesar de ser irreal...

Arthur nunca bailaba conmigo, ni siquiera en privado. Decía que no sabía.

Seguía en la cama contemplando cómo llovía. Desde algún lugar del pueblo, me

llegaba el sonido de un mugido quejumbroso, ronco y metálico, como el de una vaca de hierro. Estaba triste y en el apartamento no había nada capaz de levantarme el ánimo. Apartamento era una palabra muy adecuada. Los anuncios al final de los periódicos ingleses lo habrían llamado villa, pero sólo tenía dos habitaciones y una cocina estrecha. Las paredes estaban recubiertas de yeso sin pintar, manchado y jaspeado a causa de las filtraciones de agua. Vigas de madera cruzaban el techo —el señor Vitroni debía haber pensado que lo hacían rústico y típico—, y hospedaban ciempiés que de vez en cuando caían, de noche por lo general. En las hendiduras entre las paredes y el suelo, y a veces en la bañera diminuta, había escorpiones marrones, medianos, que según decían no eran mortales de necesidad. Como afuera llovía, dentro estaba oscuro y hacía frío, algo goteaba en algún lugar y resonaba como en una cueva, a lo mejor porque los dos apartamentos de arriba estaban vacíos todavía. La otra vez había habido una familia de sudamericanos encima de nosotros que tocaban guitarras hasta muy tarde, a la vez que gritaban y golpeaban el suelo con los pies haciendo que pedacitos de yeso cayeran como granizo. Yo quería subir, cantar y golpear el suelo con mis pies también, pero Arthur consideraba que habría sido de mala educación presentarnos sin haber sido invitados. Había crecido en Fredericton, New Brunswick.

Me di la vuelta y algo del colchón me dio en la columna. Había una punta que sobresalía, justo en el centro, pero sabía que si le daba la vuelta encontraría cuatro puntas. Era el mismo colchón, con sus grietas, sus puntas y sus perfidias, que no había cambiado después de un año con otros. Habíamos hecho el amor en él con un apremio que recordaba las habitaciones de los moteles. Arthur se sentía estimulado por los ciempiés, que añadían un aura de peligro (un conocido afrodisíaco, testigo de la peste negra). También le gustaba vivir entre maletas. Debía darle la impresión de ser un refugiado político, posiblemente una de sus fantasías, aunque nunca lo dijo.

Además, podía imaginar que nos estábamos yendo a algún lugar, a un lugar mejor; y de hecho, cada vez que nos mudábamos, el sitio nuevo le parecía mejor, pero sólo por un tiempo. Después lo veía nada más que diferente y, más tarde, meramente igual. Pero valoraba más la sensación de transitoriedad que la de permanencia y nuestro matrimonio transcurrió en una especie de estación de trenes espiritual. Quizá la forma en que nos conocimos tuvo algo que ver. Como empezamos despidiéndonos, nos acostumbremos a ello. Hasta cuando iba a la esquina a comprar un paquete de cigarrillos, yo lo contemplaba como si no fuese a volver a verlo nunca más. Ahora no volvería a verlo nunca más.

Rompí a llorar y metí la cabeza bajo la almohada. Luego decidí que aquello tenía que acabar. No podía permitir que Arthur siguiese controlando mi vida, sobre todo desde tan lejos. Yo era otra persona ahora, ya era casi otra persona antes. La gente solía decirme: «No te pareces en absoluto a las fotografías», y era cierto; así que, con la ayuda de unos cuantos arreglos, algún día pasaría frente a él por la calle y ni siquiera me reconocería. Me desenredé de las sábanas —las sábanas del señor

Vitroni, delgadas y zurcidas con esmero—, fui al baño y dejé correr agua fría sobre una manopla con la intención de deshincharme la cara, advirtiendo justo a tiempo un pequeño escorpión marrón escondido en los pliegues. Resultaba difícil acostumbrarse a esas emboscadas. Si Arthur hubiese estado allí, yo habría gritado, pero como no era así, arrojé la manopla al suelo y aplasté al escorpión con la base de hojalata de un bote de polvos para limpiar, que también había dejado el señor Vitroni. Había abastecido bien el apartamento de productos de limpieza, jabón, desinfectante para el váter, cepillos de fregar, pero para cocinar no había más que una sartén y dos ollas, una de ellas sin asa.

Arrastrando los pies me dirigí a la cocina y encendí el fuego. Por las mañanas no servía para nada hasta que tomaba café. Necesitaba algo caliente en la boca para sentirme segura; allí era café de filtro y leche del envase triangular de cartón del alféizar de la ventana. No había nevera, pero la leche no estaba agria todavía. Aun así, tenía que hervirla, había que hervirlo todo.

Me senté a la mesa con la taza caliente, añadiendo otro redondel blanco al esmalte, a comer un paquete de rosquillas y a tratar de organizar mi vida. Una cosa después de otra, me dije. Por suerte había comprado rotuladores; haría una lista. «Tinte» escribí en la parte superior en verde manzana. Iría a Tívoli o tal vez a Roma a comprarlo, cuanto antes mejor. Con el pelo teñido nada ya, salvo las huellas digitales, me vincularía con mi yo anterior. Y nadie iba a preocuparse por las huellas digitales de una mujer oficialmente declarada muerta.

Escribí «Dinero» y lo subrayé dos veces. El dinero era importante. Si hacía una vida frugal, me alcanzaba para un mes, más o menos. Desde un punto de vista realista, para unas dos semanas. Aquel Cobseo sobre terciopelo negro me había trastocado el presupuesto. No había podido sacar mucho dinero de mi cuenta bancaria, ya que retirar una cantidad considerable el día antes de mi muerte hubiese parecido raro. De haber tenido más tiempo, lo habría solucionado con mi otra cuenta, la profesional. Esto es, si hubiera habido dinero en esa otra cuenta. Desgraciadamente y por lo general, transfería la mayor parte a la mía propia, tan pronto como había una entrada. Me pregunté para quién sería el dinero; para Arthur sin duda.

«Postal para Sam», escribí. Ya había comprado la postal, en el aeropuerto de Roma. Era una fotografía de la Torre inclinada de Pisa. Escribí el mensaje acordado, en verde, con letras de imprenta:

LO ESTAMOS PASANDO ESTUPENDAMENTE.  
SAN PEDRO ES MARAVILLOSA.  
HASTA PRONTO, BESOS, MITZI Y FRED.

Así él sabría que había llegado bien. Si hubiera tenido complicaciones, habría escrito: TIEMPO FRÍO Y FRED TIENE DISENTERÍA. ¡SUERTE DEL

## ENTEROBIOFORMO! BESOS, MITZI Y FRED.

Decidí que primero echaría la postal y luego me preocuparía del dinero y del teñido del pelo. Terminé el café, me comí la última rosquilla y me puse el segundo de los vestidos nuevos con forma de tubo, uno blanco con rombos en gris y malva. Me di cuenta de que tenía el camisón descosido en la mitad de la costura, a la altura del muslo. ¿Me iba a volver desaliñada ahora que nadie me veía ni me cuidaba de estas transgresiones? Escuché una voz: ¿Por qué no te cuidas un poco más, no quieres hacer algo por ti misma? «Aguja e hilo», escribí en la lista.

Me envolví la cabeza con el pañuelo rosado de la Policía Montada y me puse las gafas de sol. Ya no llovía, pero seguía gris; parecería extraño que fuese con gafas oscuras, pero no podía hacer otra cosa. Subí por la sinuosa calle adoquinada hacia la plaza del mercado pasando por el peligro que representaban las viejas que se sentaban cada día en los escalones de sus casas de piedra tan agresivamente históricas, sus enormes torsos reventando los vestidos, negros como si estuvieran de luto, sus piernas cubiertas de lana, como salchichas hinchadas. Eran las mismas viejas que me habían mirado de arriba abajo la tarde anterior, las mismas que estaban allí hacía un año y hacía dos mil años. No cambiaban.

*Bongiorno*, iba diciendo cada una a mi paso y yo las saludaba con un movimiento de cabeza, sonriendo y repitiendo la palabra. No parecían sentir mucha curiosidad por mí. Sabían dónde vivía, qué coche tenía, que era extranjera y seguramente cada vez que compraba algo en la plaza se enteraban también. ¿Qué más había que saber sobre una extranjera? Lo único que quizá las inquietaba era que viviese sola: no debía parecerles normal. Pero a mí tampoco me parecía normal.

La oficina de correos estaba en la parte de delante de uno de esos húmedos edificios históricos. Tenía un solo banco, un mostrador y un tablón de anuncios con fotos de hombres hoscos de frente y de perfil clavadas con chinchetas que parecían pósters tipo «se busca». Dos policías holgazaneaban en el banco, ¿o eran soldados? Vestían uniformes de la época de Mussolini: botas de caña alta y rígida, perneras con franjas y pelillos de trigo en las tapas del bolsillo. Me hormigueaba la nuca mientras estaba en el mostrador tratando de hacer entender a la mujer que quería un sello para correo aéreo. Lo único que se me ocurría era *Par avión*, idioma equivocado. Agité los brazos a modo de alas, sintiéndome idiota, pero ella lo captó. Detrás mío, los guardias se reían. Estaba segura de que olfatearían mi pasaporte, que brillaba intensamente a través de los costados de piel de mi bolso como si fuese hierro fundido, como una sirena, seguro que iban a pedírmelo, me harían preguntas, notificarían a las autoridades... ¿Y qué harían las autoridades?

La mujer del mostrador cogió la postal a través de la ranura de su ventanilla. En cuanto Sam la recibiese, podría indicarme si lo habíamos conseguido. Salí seguida por los brillantes ojos de escarabajo de los guardias.

Pensé que era un buen plan y estaba contenta conmigo misma por haberlo urdido. Y de pronto tuve ganas de que Arthur supiese lo lista que había sido. Él pensaba que

yo era demasiado desorganizada como para planificar siquiera el cruzar el piso y traspasar la puerta, mucho menos salir del país. Yo era de las que cuando decidía ir a comprar, después de haber elaborado una lista cuidadosamente, muchos de sus elementos sugeridos por él, me olvidaba el bolso, volvía a por él, me dejaba las llaves del coche, me marchaba, olvidaba la lista; o regresaba con dos latas de caviar, una caja de galletas selectas y media botella de champagne; luego trataba de justificar esos tesoros diciéndole que estaban de oferta, mentira siempre, menos la primera vez. Me habría encantado que él supiera que había hecho algo complicado y peligroso sin cometer un solo error. Siempre había querido hacer algo que él admirara.

El recuerdo del caviar me abrió el apetito. Crucé la plaza del mercado hasta la tienda de comestibles, la más importante, donde había latas y alimentos envasados, y compré otra caja de Peek Freans, un poco de queso y pasta. Fuera, cerca del café, había un camión viejo con verduras; de ahí debía de venir la bocina que había oído antes. Rechonchas amas de casa, en batas de algodón y sin medias, lo rodeaban gritando sus pedidos y agitando fajos de billetes. El verdulero, un hombre joven de melena grasienta, estaba en la parte trasera del camión llenando cestos y bromeando con las mujeres. Cuando pasé por delante, me sonrió burlón y me gritó algo que hizo que las mujeres rieran a carcajadas. Me ofreció un racimo de uvas agitándolo de forma sugestiva, pero yo estaba en desventaja, mi vocabulario era demasiado limitado; así que me dirigí al puesto de verduras habitual. El género no era tan fresco pero el hombre era mayor y amable y yo podía arreglármelas señalando con el dedo.

En la carnicería compré dos trozos de carne que, además de ser carísimos y finos como el papel, podía asegurar que no sabrían a nada. Eran de animales de un año ya que nadie podía permitirse el lujo de tener una vaca pastando más tiempo, y además yo no había aprendido nunca a cocinarla bien, siempre me quedaba como si fuera de plástico.

Bajé la colina de vuelta cargada con los paquetes. Mi coche Hertz de color rojo estaba aparcado al otro lado de la verja de hierro forjado que daba al camino. Lo había alquilado en el aeropuerto y ya estaba rayado, al transitar por una calle de Roma que resultó ser de un solo sentido, *senso único*. Unos niños del pueblo estaban apiñados junto a él, dibujando en la película de polvo que lo cubría, y miraban a través de las ventanillas casi con miedo y pasaban las manos por los guardabarros. Cuando me vieron, se apartaron del coche y se apretujaron hablando bajito.

Les sonreí y pensé que eran monísimos, con sus redondos ojos marrones, vivos como los de las ardillas; algunos eran rubios, lo cual contrastaba con la piel oliva, y recordé haber oído que los bárbaros acostumbraban a pasar por allí hace diez o quince siglos... Era por eso que los pueblos se construían en lo alto de las colinas.

—*Bongiorno* —les dije. Ellos se rieron nerviosamente.

Doblé por la verja y bajé el sendero provocando crujidos con los pies. Dos gallinas enanas, color cartón triturado, se apartaron huyendo a mi paso. Me detuve a medio camino: traté de recordar si había cerrado la puerta con llave. A pesar de mi

aparente seguridad, no podía permitirme el lujo de ser descuidada o perezosa. No por nada racional, pero tenía la sensación de que dentro del apartamento, en la silla junto a la ventana, había alguien esperándome.

## CUATRO

Pero no había nadie en el apartamento. Si acaso, estaba más vacío que nunca. Me hice la comida sin ocasionar accidentes, no explotó nada, nada se derramó, y comí en la mesa. Pensé que pronto empezaría a comer en la cocina, de pie entre las ollas y las sartenes. Así acababa la gente que vivía sola. Presentí que debía establecer algún tipo de rutina.

Después de comer, conté el dinero, algo en efectivo y algunos cheques de viaje. Como siempre, me quedaba menos de lo que pensaba; iba a tener que ponerme a trabajar y ganar más. Fui a la cómoda, abrí el cajón de la ropa interior y lo revolví preguntándome cómo se me había ocurrido comprar esas braguitas bikini rojas con la palabra domingo bordada en negro. Claro, había sido por el Puerco Espín Real, entre otras cosas, era un fanático de la ropa interior. Formaba parte del juego de fin de semana; también tenía viernes y sábado, todos bilingües. Las saqué de la bolsa de celofán y el Puerco Espín Real dijo: «Ponte domingo/dimanche»; le gustaba recrear imágenes de virtud violada. Me las puse. «Fenomenal», dijo el Puerco Espín Real. «Ahora date la vuelta». Se acercó rondándome despacio y terminamos en un lujurioso enredo sobre su colchón. Había también un sostén color carne, abierto por delante. «Sólo para amantes» decía el anuncio, y lo compré precisamente para estar con mi amante. Era una devoradora de anuncios, sobre todo de los que prometían felicidad. Me había llevado aquella ropa interior incriminada porque tenía miedo de que Arthur la encontrase después de mi muerte y se diese cuenta de que no la había visto antes. Viviendo yo, no se le habría ocurrido nunca abrir ese cajón en particular; la ropa interior lo espantaba, le complacía pensar que su mente se interesaba por cosas más elevadas, y, en honor a la verdad, era así la mayoría de las veces. Por eso, yo utilizaba el cajón de mi ropa interior como lugar de escondite y lo seguía haciendo por costumbre.

Saqué la libreta negra de Fraser Buchanan. Debajo de ella, en el fondo, y envuelto en una combinación, estaba el manuscrito en el que trabajaba cuando aconteció mi muerte.

Charlotte estaba de pie en la estancia donde él la había dejado y, aunque ella no era consciente de ello, sus manos apretaban el joyero con fuerza. En la espaciosa chimenea chisporroteaba el fuego de leña, sus reflejos destellaban cálidamente sobre los blasones de mármol de la familia que adornaban la exquisitamente tallada repisa; sin embargo, ella sentía un poco de frío. Al mismo tiempo, le ardían las mejillas. Veía todavía el rictus de sus labios, la curva de las cínicas cejas en aquel rostro moreno pero apremiante, su boca inflexible de labios finos y ávidos... Recordaba la forma en que sus ojos la habían examinado, evaluando las curvas de su firme y joven cuerpo, sólo parcialmente ocultas por el barato e inadecuado vestido de crep negro. Su



experiencia con la nobleza le permitía saber cómo enjuiciaban a las mujeres como ella que, sin tener culpa propia alguna, se veían obligadas a ganarse la vida. No sería él diferente de los demás. Al recordar las humillaciones de las que había sido víctima, sus ^pechos se agitaron tumultuosamente bajo el crep negro. ¡Mentirosos e hipócritas, todos! Ya había comenzado a odiarle.

Terminaría de reengastar las esmeraldas y se marcharía de la mansión Redmond lo antes posible. En algún lugar de la inmensa mansión, había amenazas acechando, casi podía olerías. Recordó las enigmáticas palabras de Tom, el cochero, cuando, sin demasiada amabilidad, la ayudó a salir del coche.

—Si quiere un consejo, señorita, no se acerque al laberinto —había dicho.

Era un hombre siniestro, de horribles dientes, aspecto de rata y actitud furtiva.

—¿Qué laberinto? —había preguntado Charlotte.

—No tardará en descubrirlo —había replicado él con una risita sarcástica—. Muchas jóvenes antes que usted han sufrido percances en el laberinto. —Pero no había querido explicar más.

A través de los ventanales, desde fuera, llegó una estela de argentina risa, una voz de mujer... ¿Quién podía estar en la terraza a esa hora y en pleno noviembre? Charlotte se estremeció al recordar aquellos otros pasos que había escuchado en el mismo lugar la noche anterior; pero la noche anterior, cuando había mirado desde la ventana de su dormitorio, hacia la terraza, no pudo ver más que la luz de la luna y las sombras de los arbustos que se agitaban al viento.

Se dirigió a la puerta con la intención de subir la escalera que conducía a su pequeña habitación, en el mismo piso que las dependencias del servicio. Ese era el alto concepto que Redmond tenía de ella, pensó con desprecio. Bien podría haber sido una gobernanta, un escalón por encima de una doncella o una cocinera, pero una dama, categóricamente, no. Sin embargo, si la verdad saliese a la luz, se sabría que ella procedía de tan buena cuna como él.

Una vez fuera del salón, Charlotte se detuvo, asombrada. Al pie de la escalera, una mujer alta cubierta con una capa de marta cibelina, le impedía el paso; la capucha echada hacia atrás dejaba al descubierto un cabello rojo llameante y el amplio escote del corpiño de su vestido escarlata ponía de relieve la generosidad de sus blancos senos. Era evidente que el talento de los modistos más caros y en boga de Bond Street se había prodigado en sus ropas. Sin embargo, bajo aquel barniz de civilizada sofisticación, su cuerpo se movía con la sensualidad de un depredador. Era embelesadoramente hermosa.

Sus ojos verdes, relucientes a la luz del candelabro de plata decorado con cupidos y racimos de uvas que llevaba en la mano izquierda, se posaron en Charlotte llenos de cólera.

—¿Quién es usted y qué hace en esta casa? —preguntó con voz imperiosa.

Antes de que Charlotte tuviese ocasión de contestar, la mirada de la mujer descubrió el estuche que llevaba.

—¡Mis joyas! —exclamó y, con su mano enguantada, abofeteó a Charlotte.

—Calma, Felicia —dijo la voz de Redmond. Surgió de las sombras—. Quería hacer restaurar tus joyas a modo de sorpresa, para darte la bienvenida a casa. Pero la sorpresa me la he llevado yo, pues has llegado antes de lo previsto —se rió, con una risa seca y sarcástica.

La mujer llamada Felicia se volvió hacia él con una mirada ardientemente tiránica, y su provocativa sonrisa dejó al descubierto unos pequeños dientes blancos en perfecta formación. Redmond, galante, tomó su mano enguantada y se la llevó a los labios.

Faltaban ocho páginas, las ocho primeras. Pensé por un momento que me las había dejado olvidadas en el piso, donde seguro que Arthur las encontraría. Pero no podía haber hecho algo así, no podía haber sido tan descuidada. Debió de cogerlas Fraser Buchanan; seguramente las deslizó por la manga de la chaqueta, luego las dobló y las metió en un bolsillo cuando estaba en el dormitorio antes de que yo lo descubriese. Claro que yo tenía su libreta negra, mi rehén era mejor.

Reconstruir las primeras páginas no resultaría muy difícil. Charlotte bordearía la curva de la ancha avenida flanqueada de tilos en el carruaje de Redmond, el segundo en categoría, enviado a la estación para recogerla. Preocupada por su modesta ropa y el maltrecho baúl en el maletero, se arrebujaría el inadecuado chal; ¿se burlarían de ella los criados? Luego, echaría una rápida mirada a la mansión, con su estructura femenina y sus torreones masculinos y su aire impregnado de perversidad. Un desdeñoso mayordomo la haría pasar a la biblioteca donde, después de hacerla esperar de forma desconsiderada, la entrevistaría el dueño de la casa. El mostraría sorpresa ante el hecho de que los restauradores hubiesen enviado a una mujer e insinuaría que ella no estaba a la altura del trabajo. Charlotte le contestaría con firmeza, desafiante incluso. El reconocería el reto en sus brillantes ojos azules y le comentaría que quizá fuese un poco demasiado independiente y que no le convenía...

—«En mi situación, señor —replicaría ella con cierta amargura—, no tengo más remedio que ser independiente». Charlotte, por supuesto, era huérfana. Su padre había sido el hijo menor de una casa noble, a quien su familia había repudiado cuando se casó con la madre, una mujer dulce que bailaba en un teatro de ópera. Los padres de Charlotte habían muerto durante una epidemia de viruela. Ella había escapado con apenas unas marcas, que añadían un aire picante a su expresión. La había criado un tío, hermano de su madre, un hombre rico pero avaro que la había obligado a aprender el oficio que ejercía antes de morir de fiebre amarilla. No le dejó nada, siempre la había odiado; y la noble familia de su padre no quiso saber nada de ella. Deseaba que Redmond supiese que si estaba en su casa, en su poder, no era por gusto sino por necesidad. Todo el mundo tenía necesidad de ganarse el pan.

Necesitaba ponerle un título. *El señor de la mansión Redmond*, pensé, o mejor

aún, *Terror en la mansión Redmond*. El terror era una de mis especialidades; el terror y los detalles históricos. O quizás algo con la palabra «amor»: el amor vendía muchísimo. Hacía años que buscaba poner amor y terror en un mismo título, pero resultaba difícil. *Amor y terror en la mansión Redmond* era demasiado largo y sonaba demasiado a *Las gemelas Bobsey en Sunset Beach*. *Mi amor era terror...* muy a lo Mickey Spillane. *Acechada por el amor*, éste podría sacarme del apuro.

También necesitaba una máquina de escribir. Lo hacía todo a máquina, era más rápido y en mi trabajo la velocidad era vital. Era una buena mecanógrafa; en el instituto, la mecanografía era un atributo sexual secundario en la mujer, como los pechos. Seguramente encontraría una de segunda mano en Roma. Luego agregaría las primeras páginas, escribiría otros ocho o nueve capítulos y los enviaría a Hermes Books con una carta de acompañamiento explicando que me había ido a vivir a Italia por motivos de salud. Nunca me habían visto y sólo me conocían por mi otro nombre. Se creían que era una ex bibliotecaria de mediana edad, gorda y tímida. De hecho, prácticamente una reclusa, alérgica al polvo, a la lana, al pescado, al humo del tabaco y al alcohol, como les explicaba cada vez que rechazaba una de sus invitaciones a comer. Siempre había tratado de mantener mis dos nombres e identidades lo más separadas posible.

Arthur no supo nunca que yo escribía la colección Vestidos Góticos. Al principio sólo trabajaba en ello cuando él no estaba. Después, me encerraba en el dormitorio y le decía que estaba estudiando para un curso de profundización de la universidad: Cerámica china, Religión comparada, u otros cursos que siempre me las arreglé para no terminar por la simple razón de que jamás los hice.

¿Por qué no se lo conté nunca? Principalmente, por miedo. Cuando lo conocí, hablaba mucho de que quería una mujer por cuya mente pudiese sentir respeto y yo sabía que si descubría que había escrito *El secreto del feudo Morgrave*, no sentiría respeto por mi mente. Deseaba, pues, sobre todas las cosas, tener una mente respetable. Los amigos de Arthur y los libros que leía, que siempre tenían pie de página, y las causas que defendía me hacían sentir incompleta y algo ridícula, una especie de pueblerina intelectual, idiota. A la vez, revelar mi profesión no hubiera hecho más que empeorar la situación. Aquellos libros, con cubiertas con castillos tenebrosos y llenos de presagios, aprensivas doncellas en sugestivos camisones, el cabello ondeando al viento, los ojos saltones como quienes son víctimas de bocio y las puntas de los pies balanceándose como para echar a volar, habrían sido considerados basura de la peor categoría. Peor que basura, pues acaso ¿no explotaban a las masas, corrompían mediante la distracción y perpetuaban los degradantes estereotipos de las mujeres como seres indefensos y perseguidos? Así era y yo lo sabía, pero no podía dejarlo.

«Tú eres una mujer inteligente», habría dicho Arthur. Siempre decía lo mismo justo antes de poner de manifiesto algún defecto mío, pero también lo creía de verdad. Su exasperación conmigo era comparable a la del padre que tiene niños

inteligentes que han sacado malas notas.

No lo habría entendido. No habría sido capaz de comprender en lo más mínimo ese deseo, la quintaesencia de la necesidad de evadirse que tenían mis lectoras, algo que yo misma comprendía demasiado bien. La vida había sido dura con ellas y no se habían defendido, se habían venido abajo como soufflés en medio de un fuerte viento. Para ellas, evadirse no era un lujo, sino una necesidad. Tenían que conseguirlo de alguna forma. Y cuando estaban demasiado cansadas para inventarse sus propias evasiones, podían encontrar las mías en el *drugstore* de la esquina, empaquetado con esmero como los otros analgésicos. Se podían tomar en forma de cápsulas, rápida y discretamente, mientras el secador estaba formando los rizos alrededor de los rulos de plástico o cuando el aceite de baño ponía sus pieles como terciopelo rosa, quedando un cerco en la bañera que debían quitar después con Ajax, con lo cual sus manos acababan oliendo a hospital y sus maridos comentaban que eran casi tan sexys como un paño de cocina. Luego llorarían su falta de belleza, la juventud que las dejaba... La evasión no tenía secretos para mí, me había educado con ella.

Las heroínas de mis libros eran meros dobles: sus rasgos nunca quedaban claramente definidos, sus rostros eran masillas a la que cada lectora podía dar la forma del suyo propio, añadiendo algo de belleza. En cientos de miles de hogares, estas personalidades ocultas salían de los lechos terrenales de sus dueñas por la noche para emprender aventuras tan complicadas y seductoras que no las podían confesar a nadie, y mucho menos a los maridos acostados a su lado, roncando sus ronquidos encantadores, cuyo pasatiempo más recóndito era una Conejita de *Playboy*. Conocía bien a mis lectoras, había ido al colegio con ellas, yo era la chica buena, me ofrecía voluntaria para los comités, decoraba el gimnasio del instituto con letreros que decían ¡al asalto! o el baile de los cubatas y luego, mientras todas las demás bailaban me iba a casa a comer bocadillos de mantequilla de cacahuete y a leer novelas en rústica. Yo era Miss Personalidad, la confidente y amiga de verdad. Me lo contaban todo.

A pesar de sus defectos evidentes, como las pantorrillas demasiado flacas, el vello que afeaba sus labios superiores tan deplorado en los pequeños anuncios de las últimas páginas de las revistas de cine, los codos nudosos como rodillas de pollo, yo podía ayudarlas desempeñando el papel de hada madrina. Yo tenía el poder de transformarlas de calabaza en oro puro. Por regla general, les estaban negadas otras grandes evasiones como la guerra, la política y las exploraciones por el Amazonas, y no les interesaba demasiado el hockey o el fútbol, juegos que no podían practicar. Por qué negarles los castillos, los perseguidores y los príncipes; además, pensándolo bien, quién demonios era Arthur para hablar de temas sociales. A veces, sus malditas teorías e ideologías me daban asco. Era cierto que yo comerciaba con la esperanza, que ofrecía una visión de un mundo mejor, por muy absurdo que fuese. ¿Tan horrible era eso? No veía que fuese tan diferente de los sueños que ofrecían Arthur y sus amigos, y era tan realista como lo de ellos. Cuando a medianoche me justificaba sola, le decía pero para mis adentros: Bien, esto es lo que el pueblo y los trabajadores leen,

las mujeres por lo menos, cuando tienen algo de tiempo para leer y no pueden enfrentarse al realismo social de *Confesiones verdaderas*. Leen mis libros. A ver si lo entiendes.

Pero eso habría sido ir demasiado lejos, habría supuesto herir su fibra más sensible y sagrada. Hubiera sido preferible abordar el asunto desde un ángulo materialista-determinista: «Arthur, sucede que esto es algo para lo que sirvo y lo hago bien. Lo descubrí por casualidad pero luego le cogí gusto, me entregué a ello, me convertí en una profesional y ahora no sé de otra forma de ganarme la vida. Como dicen las prostitutas, ¿por qué demonios iba a ser una camarera? Siempre me estás diciendo que las mujeres deberíamos realizar trabajos útiles para así convertirnos en personas completas y me has estado machacando en este sentido para que consiguiera uno así. Pues bien, éste es mi trabajo y yo considero que es útil. No se puede decir que sea una zángana ociosa, he escrito quince cosas de éstas».

Sin embargo, Arthur no se habría quedado convencido. Marlene, el dechado de virtudes, había trabajado tres meses de cajista («no puedes llegar a comprender realmente a los obreros hasta que no has estado con ellos»), y el esnob de Arthur no valoraría nada que fuese menos que eso.

Pobre Arthur, pensé, completamente solo en nuestro piso rodeado por los escombros de nuestro matrimonio. ¿Qué estaría haciendo en ese instante? ¿Estaría metiendo las faldas roja y naranja en una bolsa del centro benéfico Crippled Civilians, Minusválidos Civiles, vaciando el cajón de mis cosméticos en el cubo de la basura? ¿Estaría hojeando el álbum de recortes que yo había empezado a guardar durante aquellas semanas llenas de excitación pueril que siguieron a la publicación de *Doña Oráculo*? Qué ingenua había sido al pensar que por fin todos me respetarían... El álbum de recortes acabaría en la basura, junto a todos los demás recortes que me mencionaban y que se habían quedado allí. ¿Qué conservaría: un guante, un zapato?

A lo mejor estaba arrepentido. Este era un pensamiento nuevo: se sentía melancólico, afligido incluso, como yo. Se me ocurrió que quizá lo había juzgado mal. Supongamos que ya no me odiara, supongamos que hubiera renunciado a la venganza. Quizá le había hecho algo horrible, algo definitivo. ¿Debía mandarle una postal anónima desde Roma —«Joan no está muerta, firmado: un amigo»— para levantarle el ánimo?

Hubiera debido confiar más en él; haber sido más sincera desde el principio, expresarle mis sentimientos y contárselo todo. (Pero si él hubiese sabido cómo era yo realmente, ¿me habría querido?) El problema era que yo quería mantener sus ilusiones intactas y ello resultaba fácil de conseguir, sólo se necesitaba ser un poco reservada: no contarle nunca nada importante.

Pensé, sin embargo, que lo que me habría salvado no habría sido un mayor grado de sinceridad, sino más bien algo más de falsedad. Por experiencia sabía que ser sincero y exteriorizar los sentimientos sólo conducía a una cosa. Al desastre.

## **SEGUNDA PARTE**

## CINCO

Si de una lata llena de gusanos, se deja salir a uno de ellos, todos los demás lo seguirán. Tía Lou lo decía; tenía muchas máximas útiles, algunas eran tradicionales, otras las inventaba. Por ejemplo, en alguna parte había oído decir «Por la boca muere el pez», pero nunca «En todas las bolsas hay más de un gato» o «No cuentes con tus conejos hasta que estén fuera del sombrero». Tía Lou creía en la discreción, aunque sólo para los asuntos importantes.

Había una buena razón para que nunca le contara a Arthur mucho sobre mi madre. Si hubiese empezado a explicarle cosas de ella, no habría tardado en descubrir cosas sobre mí. Me inventé una madre para su bien, una mujer buena y dulce que murió de una enfermedad extraña —creo que era lupus— poco después de que lo conociera.

Por suerte nunca mostró mucha curiosidad por mi pasado: estaba demasiado ocupado contándome el suyo. Me enteré de todo lo relativo a su madre: que afirmaba haber sabido el momento exacto en que Arthur fue concebido y lo había destinado al sacerdocio (anglicano), desde entonces, en su seno; cómo lo amenazó con cortarle los pulgares cuando lo descubrió jugando con sus partes íntimas a los cuatro años. Supe lo mucho que él la despreciaba y supe de la fe que tenía ella en el trabajo duro y el éxito, tan curiosamente como la que él mismo tenía, y el miedo de él por la manía de su madre por el orden, simbolizado por los arriates de flores cuyas malas hierbas le obligaba a arrancar. Supe de la aversión de su madre por la bebida y también del bar que su padre tenía en el salón de recreo en aquella mansión de juez en Fredericton que él afirmaba haber olvidado, y donde había unos tapones de botella de oro que representaban cabezas de escoceses, y que como tal como me lo imaginaba yo, recordaban perversamente a pezones. Me enteré de las cartas histéricas que su madre le escribía y en las que lo renegaba por esto o por aquello, política, religión, sexo. Llegó una cuando se enteró de que vivíamos juntos, cosa que ella nunca me perdonó.

Yo escuchaba atentamente todas esas monstruosidades e injusticias, en parte con la esperanza de que así, poco a poco, lo iría conociendo, pero sobre todo por hábito. Hubo una etapa de mi vida en que era muy buena escuchando y lo cultivaba. Pensaba que era preferible hacer esto bien ya que no era buena en ninguna otra cosa. Escuchaba a cualquiera sobre cualquier tema y, comprensiva como una almohada, murmuraba en los momentos oportunos, tranquilizando sin comprometerme. Me dedicaba incluso a escuchar detrás de las puertas y en los autobuses y restaurantes, pero eso era diferente por ser unilateral. Por eso, me resultaba fácil escuchar a Arthur y acabé sabiendo mucho más sobre su madre que él sobre la mía, sin que ello supusiese precisamente una ventaja para mí. Saber no es sinónimo de poder.

Sin embargo, le conté un hecho, que por cierto no le impresionó como yo había esperado: mi madre me puso Joan por Joan Crawford. Esta era una de las cosas que siempre me confundían de ella. ¿Me puso el mismo nombre que Joan Crawford

porque quería que yo fuese como las protagonistas de las películas que caracterizaba, hermosas, ambiciosas, despiadadas y destructivas con los hombres, o porque quería que yo triunfase en la vida? Según palabras de mi madre, Joan Crawford trabajaba mucho, tenía fuerza de voluntad y se hizo a sí misma de la nada. ¿Me puso el nombre de otra persona porque no quería que yo tuviese un nombre propio mío? Pensándolo bien, Joan Crawford tampoco tenía un nombre propio. El suyo verdadero era Lucille LeSueur, que me habría quedado mucho mejor. Lucy la Dulce. Cuando yo tenía ocho o nueve años, a veces mi madre me miraba y decía pensativa: «Pensar que te puse Joan por Joan Crawford», a mí se me hacía un nudo en el estómago y me moría de vergüenza; sabía que me estaba reprochando algo pero sigo sin saber exactamente qué. Sin embargo, no todo en Joan Crawford era de color de rosa. De hecho había un lado trágico en ella, sus ojos eran grandes y graves, su boca no dibujaba felicidad, sus pómulos eran demasiado altos, además, le ocurrieron cosas tristes. Quizá fuera eso. O, y esto es importante: Joan Crawford era delgada.

Yo no lo era y esto fue una de las cosas, entre otras muchas, que mi madre nunca me perdonó. Al principio yo era simplemente regordeta; en las primeras fotos del álbum de mi madre se me veía un bebé sano, no más robusto que la mayoría, y lo único a destacar era que nunca miraba a la cámara sino que siempre estaba metiéndome algo en la boca: un juguete, la mano, una botella. Según las fotos, que se sucedían de forma cronológica, no se podía decir que me fui volviendo gorda, pero no dejé de ser lo que se dice normalmente un bebé rollizo. Las fotos se acababan de repente cuando cumplí los seis años. Debió de ser cuando mi madre se dio por vencida, pues era ella quien las sacaba; posiblemente ya no quería que quedase constancia de mi crecimiento. Había decidido que yo era irrecuperable.

No tardé en darme cuenta de ello. Mi madre me inscribió en una escuela de baile, donde una mujer llamada señorita Flegg, que era casi tan delgada y crítica como mi madre, enseñaba claqué y baile clásico. Las clases se impartían en una sala larga, situada sobre una carnicería, y siempre recordé el olor a serrín y carne cruda que iba cediendo paso al bochornoso hedor de pies cansados, mezclado con la colonia Yardley de la señorita Flegg, mientras subía penosamente las polvorientas escaleras. Mi madre tomó esa iniciativa en parte porque estaba de moda que las niñas de siete años asistiesen a escuelas de baile —los musicales de Hollywood tenían éxito— y en parte porque esperaba que ello me ayudaría a estilizarme. A mí no me dijo esto, se lo dijo a la señorita Flegg; todavía no me llamaba gorda.

Me encantaba ir a estas clases. El baile en sí se me daba incluso bastante bien, aunque a veces la señorita Flegg golpeaba el suelo severamente con el puntero y decía, «Joan, querida, deja de aporrear el piso, por favor». Al igual que la mayoría de las niñas de aquella época yo idealizaba a las bailarinas de ballet, era algo que las niñas podían hacer, y muchas veces pegaba mi nariz chata de cerdito contra el escaparate de una joyería y, con los ojos desorbitados, contemplaba las figuritas de las cajas de música de porcelana, unas damitas brillantes vestidas con quebradizas



falditas de color rosa y con rosas sobre sus duras cabezas de cerámica, y me imaginaba a mí misma con un vestidito de tul y el cabello lleno de diamantes falsos y brillando como la esperanza, dando saltos por el aire, alzada por un hombre delgado con mallas negras, ligera como una cometa. Me esforzaba mucho en las clases, me concentraba e incluso practicaba en casa, para lo cual me envolvía en una cortina de puntilla vieja del cuarto de baño que había pedido por favor a su madre cuando estaba a punto de tirarla a la basura. Pero antes de dármela, la lavó, no le gustaba la suciedad. Ansiaba tener zapatillas de raso, pero la señorita Flegg nos explicó que éramos demasiado pequeñas y que los huesos de nuestros pies todavía no se habían endurecido lo suficiente. Así que tuve que conformarme con unas zapatillas negras sujetadas con un poco romántico elástico sobre el empeine.

La señorita Flegg era una mujer imaginativa; supongo que hoy se la llamaría creativa. Su inventiva no tenía mucho campo donde desarrollarse enseñando pasos elementales a niñas pequeñas, ya que era sobre todo una cuestión de método y repetición de ejercicios, pero daba rienda suelta a su talento en el festival anual de primavera. Esta función se hacía principalmente para impresionar a los padres, pero también servía para impresionar a las propias niñas que pedirían volver a tomar clases el año siguiente.

La coreografía de todo el programa era obra de la señorita Flegg. También estructuraba los decorados y los accesorios, diseñaba los trajes y proporcionaba patrones e instrucciones a las madres que eran las que los confeccionaban. A mi madre no le gustaba coser pero esa vez se dedicó a ello y cortó y prendió alfileres como todas las otras madres. Quizá, no se había dado por vencida, después de todo, a lo mejor seguía haciendo un esfuerzo.

La señorita Flegg organizaba el festival por grupos de edad, que correspondían a las clases de baile. Había cinco: Chiquitas, Pequeñas, Medianas, Mayores y Adolescentes. Bajo un aspecto desabrido, las manos largas y huesudas, el pelo recogido en un moño y las cejas delgadas que más tarde comprendí eran pintadas, la señorita Flegg tenía un matiz sentimental que era lo que estimulaba su imaginación.

Yo era Chiquita, lo cual era en sí mismo una contradicción, ya que, además de ser más corpulenta que las demás niñas de la clase, había empezado a ser la más alta. Pero a mí no me importaba, ni me di cuenta siquiera, ya que cada día que pasaba mi excitación ante la perspectiva del espectáculo iba en aumento. Ensayaba durante horas en el sótano, el único lugar donde se me permitía hacerlo después de haber tirado y roto, de forma accidental, la lámpara del *living* de mi madre, blanca y dorada en forma de piña y que formaba parte de un juego. Canturreando la música del baile para mis adentros, daba vueltas junto a la lavadora, hacía reverencias a la caldera (que por aquel entonces todavía funcionaba con carbón), me balanceaba arriba y abajo entre las sábanas dobladas, tendidas en la cuerda y cuando, sin aliento y cubierta de polvillo de carbón, subía las escaleras del sótano, me encontraba a mi madre con la boca llena de alfileres. Después de lavarme, me hacía subir a una silla y

dar vueltas lentamente. Estaba tan emocionada que no podía quedarme quieta ni para probarme los vestidos.

La impaciencia de mi madre era casi comparable a la mía, aunque de otra especie. Podría ser que hubiera empezado a arrepentirse de haberme enviado a la escuela de baile. Por un lado, no estaba adelgazando; por otro, ahora hacía el doble de ruido que antes, sobre todo cuando practicaba el número de claqué con los zapatos de charol con punteras y tacones de metal sobre el parqué del corredor, lo cual se me había prohibido; y además, estaba teniendo problemas con los trajes. A pesar de haber seguido las instrucciones, no conseguía que le quedasen bien.

Eran tres, pues las Chiquitas hacían tres números: «Molinos de viento», un baile típico holandés donde teníamos que ponernos en fila por parejas y mover los brazos arriba y abajo imitando molinos de viento; «Levar anclas», un baile de claqué con vueltas rápidas y saludos (era poco después del final de la guerra y los temas militares estaban todavía de moda); y «El revoloteo de las mariposas», un número encantador cuyos delicados movimientos eran más acordes con mi idea sobre el baile. Era mi preferido y el traje que llevaba era también mi favorito: una falda de gasa, corta, como las de las bailarinas de verdad, un cuerpo ajustado con tirantes en los hombros y, en la cabeza, antenas de insecto con lentejuelas; y alas de colores hechas con celofán y armazón de perchas, que facilitaba la señorita Flegg. Lo que yo anhelaba de verdad eran las alas, pero no nos permitían ponérselas hasta el día mismo por temor a que se rompiesen.

Este era el traje que preocupaba a mi madre. Los otros eran más fáciles de hacer: el holandés era una falda larga y amplia y el cuerpo negro con mangas blancas y, además, yo estaba atrás de todo. «Levar anclas» llevaba trajes de guardia marina con galones en los bordes y éste no era difícil tampoco porque era de cuello alto, mangas largas y suelto en la cintura. Yo estaba en la fila de atrás debido a mi altura; no había sido elegida para ser una de las tres estrellas, todas con rizos a lo Shirley Temple que hacían solos sobre unos tambores hechos con cajones de embalar queso. Pero a mí eso no me importaba mucho: tenía los ojos puestos en el papel principal de mariposa. Había un dúo con el único chico de la clase; se llamaba Roger y yo estaba un poquito enamorada de él; albergaba la esperanza de que la niña que debía hacerlo se pusiese enferma y me llamasen a mí para reemplazarla. Me había aprendido su parte tan bien como la mía, más o menos.

Yo estaba de pie sobre la silla y mi madre me iba poniendo alfileres y suspiraba; luego me dijo que me fuese dando la vuelta despacio, frunció el ceño y clavó más alfileres. El problema era bastante simple: con la falda rosa corta, y la cintura, los brazos y las piernas al descubierto, resultaba grotesca. Reconstruyo esto desde el punto de vista de un adulto, una persona adulta remilgada y ansiosa como mi madre, o como la señorita Flegg. Pero es cierto que mis zangoloteantes muslos, los bultos de grasa allí donde más tarde estarían los pechos, los antebrazos rechonchos y la cintura colgando, debían darme un aspecto obscuro, incluso senil, indecente; debía de ser

como mirar a una cabaretera decadente. Supongo que por entonces, estábamos en los primeros meses de 1949, se pensaba que yo era el tipo de niña que no se podía presentar en público tan ligera de ropa. No era de extrañar que me enamorase el siglo diecinueve: en aquella época, según las postales indecentes de entonces, la carne era una virtud.

Mi madre luchó con el traje, alargándolo, añadiendo otra capa de gasa para disimular los contornos, acolchando el cuerpo, pero sin éxito. Me quedé un poco sorprendida cuando por fin me dejó mirarme en el espejo de tres cuerpos de su tocador. Aunque era demasiado pequeña para estar preocupada por mi volumen, el efecto no era exactamente el que yo había deseado. No me parecía a una mariposa. Pero sabía que, agregándole las alas, se arreglaría. Incluso entonces, esperaba transformaciones mágicas.

El ensayo general era por la tarde, el recital aquella misma noche. Eran tan seguidos porque no se hacía en la sala sobre la carnicería, donde todo era demasiado estrecho, sino en la sala de actos de una escuela pública alquilada para un solo sábado. Mi madre me acompañó llevando los trajes en una caja de cartón. El escenario era estrecho y sonaba a hueco, lo salvaban las cortinas de terciopelo suave, moradas, que me impresionaron desde el primer momento. Detrás, vibraba también la excitación. Había muchas madres. Algunas se habían ofrecido para maquillar y estaban pintando los rostros de sus hijas y los de las hijas de otros, las bocas con carmín rojo oscuro, las pestañas con rímel negro que las ponía tiesas como púas. Las niñas que ya estaban vestidas y maquilladas esperaban, de pie junto a la pared para no estropearse el atuendo, inmóviles cual sacrificios en el templo. Las alumnas más mayores andaban de un lado para otro charlando; para ellas no era tan importante pues ya habían actuado antes y, además, sus números eran los últimos del ensayo.

«Molinos de viento» y «Levar anclas» salieron sin interrupción alguna. Nos cambiamos detrás, en un enredo de brazos y piernas y risas nerviosas y nos ayudamos unas a otras a abrocharnos los corchetes y a subir las cremalleras. Éramos una multitud alrededor de un único espejo. Las Pequeñas, que se alternaban con nosotras, hicieron su número, «Miau minino», mientras la señorita Flegg, entre bastidores, evaluaba, marcaba el tiempo con el puntero y gritaba de vez en cuando. Estaba nerviosa. Me estaba poniendo el traje de mariposa cuando vi a mi madre junto a ella.

Tenía que estar donde yo la había dejado, sentada en una silla de tijera en la primera fila, con los guantes en la falda, fumando, moviendo un pie de su zapato de tacón alto abierto en la punta, pero sin embargo estaba allí, hablando con la señorita Flegg. La señorita, me miró y luego se acercó, seguida de mi madre. Se quedó mirándome desde su altura, con los labios apretados.

—Ya veo lo que quiere decir —le dijo a mi madre.

Siempre que he recordado esta escena, he tenido la sensación de que si mi madre no se hubiese metido, la señorita Flegg no habría notado nada, pero probablemente me equivocó. Lo que estaba viendo, lo que las dos veían, era su alegre, su artístico, su

espiritual «El revoloteo de las mariposas» reducido a algo ridículo e indecoroso por culpa de una niña gorda que se parecía más a un tractor que a una mariposa, más a una larva blanca de gusano, para ser exactos.

Debió de ser demasiado para la señorita Flegg. Ella consideraba que el efecto final lo era todo. Deseaba que la felicitasen por ello, y de todo corazón, no por lástima o con sonrisas contenidas. Ahora la comprendo, pero entonces no podía. En cualquier caso, su imaginación no la abandonó. Se inclinó, puso una mano sobre mi hombro redondo y desnudo y me llevó a un rincón. Allí se arrodilló y clavó sus penetrantes ojos negros en los míos. Sus borrosas cejas subían y bajaban.

—Joan, querida —dijo—, ¿te gustaría hacer algo especial?

Yo sonreí indecisa.

—¿Harías algo por mí, cariño? —prosiguió en tono afectuoso.

Asentí con la cabeza. Me gustaba ayudar.

—He decidido cambiar un poco el baile —dijo—. Quiero añadir algo y, como tú eres la niña más prometedora de la clase, te he escogido para que seas esa persona especial, nueva. ¿Crees que podrás hacerlo, querida?

La conocía bastante y sabía que aquella amabilidad era sospechosa, pero a pesar de ello mordí el anzuelo. Asentí entusiasmada, estaba emocionada por haber sido elegida. A lo mejor quería que hiciese el dúo de la mariposa con Roger, quizá me daría unas alas más grandes, más importantes. Estaba impaciente.

—Bien —dijo la señorita Flegg apretando con firmeza su mano en mi brazo—. Ahora ven y métete en tu nuevo traje.

—¿Qué voy a ser? —le pregunté por el camino.

—Una bola de naftalina, querida —contestó ella con toda tranquilidad, como si fuese la cosa más normal del mundo.

Su imaginación y sus eventuales experiencias anteriores le habían enseñado una regla fundamental para manejar situaciones similares: si te hacen hacer el ridículo y no hay forma de evitarlo, intenta que parezca hecho a propósito. No aprendí esta regla hasta mucho más tarde, y de forma inconsciente. Cuando la señorita Flegg me hizo sacar la falda vaporosa y las lentejuelas y ponerme uno de los trajes blancos, de osito, que las Medianas usaban para su baile «El picnic de los ositos», me sentí herida, completamente desconsolada. También quería que me colgase al cuello un enorme letrero que decía BOLA DE NAFTALINA.

—Así se entenderá lo que representas, cariño.

Ella misma haría el letrero, entre el ensayo y la función.

—¿Podré llevar las alas? —pregunté. Estaba empezando a tomar conciencia de la monstruosa renuncia a la que me sometía.

—Dime, ¿quién ha visto una bola de naftalina con alas? —contestó en un tono que debía ser jocoso pero que en realidad era práctico.

Su idea era que, cuando las mariposas hubieran terminado de revolotear, yo entrara pesadamente entre ellas vestida con el traje blanco y el letrero, y ellas,

previamente aleccionadas, se irían dispersando.

—Quedaré monísimo —me dijo.

—Pues a mí me gustaba el baile como estaba —repliqué a modo de tanteo—. Quiero que quede como antes. —Estaba a punto de echarme a llorar, probablemente ya había empezado.

La señorita Flegg cambió de actitud. Se agachó y acercó tanto su rostro al mío que pude distinguir las arrugas alrededor de los ojos y sentir el olor de la agria pasta de dientes de su boca. Luego dijo, despacio y claro:

—Harás lo que te digo o no bailarás. ¿Entiendes?

No participar en nada era demasiado para mí. Capitulé, pero lo pagué. Tuve que estar metida dentro del traje de bola de naftalina con la mano de la señorita Flegg en mi hombro, mientras explicaba a las otras Chiquitas, que parecían sílfides con sus tenues falditas y las relucientes alas, el cambio de planes y mi nuevo papel estelar. Ellas me miraban con una mueca de desdén en sus labios pintados; no se habían dejado engañar.

Volví a casa con mi madre, sin dirigirle la palabra porque me había traicionado. A pesar de que estábamos en abril, nevaba ligeramente y me alegré pues ella iba con sus zapatos blancos abiertos en la punta y se le mojarían los pies. Fui al cuarto de baño, eché el cerrojo para que mi madre no entrase y, entonces, echada en el suelo con el rostro apoyado en la mullida alfombra rosa de baño, me puse a llorar desesperadamente. Al cabo de un rato, arrastré el cesto de la ropa para poder subirme y mirarme en el espejo. Se me había corrido el maquillaje y por las mejillas me bajaban unas rayas negras que parecían lágrimas de hollín, y la boca morada estaba manchada e hinchada. ¿Qué me pasaba? No era que no pudiese bailar.

Mi madre me suplicó un momento desde el otro lado de la puerta, luego me amenazó. Salí, pero no cené nada: no iba a ser yo la única que sufriese. Me limpió el maquillaje de la cara con crema fría Ponds, sin dejar de regañarme porque tenía que volver a pintarme, y salimos otra vez para la sala de actos. (¿Dónde estaba mi padre? No estaba allí).

Carcomida por la envidia, el rostro sofocado y muriéndome de calor dentro del odiado traje, tuve que permanecer entre bastidores escuchando las primeras toses y el roce de las sillas plegables contra el suelo y luego viendo cómo las mariposas tintineaban al hacer los movimientos que yo me sabía de memoria, estaba segura, mejor que ninguna de ellas. Lo peor era que seguía sin entender muy bien por qué me estaban haciendo aquello, una humillación disfrazada de privilegio.

Llegado el momento, la señorita Flegg me empujó y entré dando tumbos en el escenario, intentando, como me había ordenado, parecerme lo más posible a una bola de naftalina. Me puse a bailar. Mi baile no tenía pasos, pues no me habían enseñado ninguno, así que fui improvisando. Agité los brazos, choqué contra las mariposas, giré en círculos sobre mí misma y zapateé tan fuerte como pude sobre las maderas del endeble escenario hasta que éste se puso a temblar. Me entregué al papel, era una

danza de rabia y destrucción, las lágrimas rodaban por mis mejillas detrás de la piel de osito, las mariposas morirían; después, me dolieron los pies durante días. «No soy yo», me iba diciendo, «me lo hacen hacer», sin embargo, a pesar de estar oculta dentro del traje de peluche, que flotaba a mi alrededor y me hacía sudar, me sentía desnuda y expuesta, tenía la sensación de que aquel baile ridículo era la verdad sobre mí misma y que todo el mundo podía darse cuenta de ello.

Las mariposas se fueron corriendo una detrás de otra y, ante mi sorpresa, me quedé sola en el centro del escenario frente a un público que, no sólo reía, sino que aplaudía con frenesí. Las risas y los aplausos continuaban todavía cuando las niñas bellas, las delgaditas, volvieron todas juntas para el saludo, y mucha gente, que debía ser más padres que madres, gritaron «¡Bravo, bola de naftalina!». Estaba perpleja de que algunas personas de entre el público prefiriesen mi traje voluminoso y feo a los bonitos de las otras.

Después de la función, la señorita Flegg fue felicitada por aquel impagable detalle de la bola de naftalina. Hasta mi madre parecía contenta.

—Lo has hecho muy bien —me dijo.

Pero lloré aquella noche por mis alas frustradas. No tendría oportunidad de ponérmelas nunca, pues ya había resuelto que, por mucho que me gustase la escuela de baile, no iba a volver el otoño siguiente. Es cierto que había recibido más atención individual que las demás, pero no estaba segura de que fuese la que yo quería. Además, ¿a quién se le ocurriría casarse con una bola de naftalina? Una pregunta que, más tarde y planteada bajo otras formas, me hizo mi madre muchas veces.

## SEIS

Al principio, cada vez que revivía esta historia para mis adentros, bajo la almohada o en el refugio del cuarto de baño con el cerrojo echado, me embargaba la misma rabia, la misma impotencia y la misma sensación de haber sido traicionada que había sentido entonces. Pero poco a poco llegó a parecerme absurda, sobre todo cuando consideraba la posibilidad de contársela a otros. En lugar de criticar la injusticia de mi madre, probablemente se habrían reído de mí. Resulta difícil sentir compasión pura por una niña obesa de siete años metida en un disfraz de bola de naftalina y obligada a bailar en medio de un escenario; es una imagen demasiado ridícula. Pero si me hubiese descrito como una niña preciosa y delgada, todo aquel asunto les habría parecido patético y completamente injusto. Esto ya lo sabía yo a los diez años. Si Desdémona hubiese sido gorda, ¿a quién le habría importado si Otelo la estrangulaba o no? ¿Cómo es que las muchachas torturadas por los nazis que aparecían en las cubiertas de las sórdidas revistas para hombres eran siempre guapas? De haber sido obesas, el efecto habría sido bien distinto. Los hombres lo habrían considerado divertido, en lugar de inmoral o excitante. No obstante, se torturaba tanto a las mujeres feas y gordas como a las delgadas. De hecho, incluso más.

Al año siguiente del fracaso de la escuela de baile, con ocho años, nos mudamos del pequeño dúplex donde vivíamos a una casa un poco más grande, una casita tipo bungalow, adosada, cerca de un Loblaws. No se parecía en absoluto a la idea que mi madre tenía de una vivienda digna de ella, pero era mejor que los barrios de fugitivos, los apartamentos ruidosos y las buhardillas de casas viejas con los que había tenido que conformarse antes. Ello supuso un colegio nuevo y un vecindario nuevo, y mi madre pensó que la mejor forma de adaptarme, y así lo dijo, sería apuntarme a un centro de Niñas Exploradoras. Típico en ella, no escogió el centro más cercano, al que acudía la mayoría de las niñas de mi clase, sino uno que estaba más lejos, en un barrio mejor, al que iban niñas de otros colegios distintos. Así, su táctica no sirvió para que se cumpliesen sus objetivos. No ayudó a que me familiarizase con las niñas de mi propio colegio, sino al contrario, ya que los martes, día de las Exploradoras, me tenía que marchar antes de hora para ¿llegar a tiempo; y en el propio centro de Exploradoras era una extraña de otro planeta.

Para acudir al centro tenía que tomar el tranvía y, para llegar a la parada, tenía que pasar por uno de los muchos barrancos que había por la ciudad. A mi madre le aterrorizaba aquel barranco: estaba lleno de vides y maleza densa y lleno de sauces y arbustos y detrás de cada uno de ellos imaginaba que había un perverso al acecho, un viejo desgraciado enloquecido por el alcohol de quemar, o un vejador de niños o algo peor. (A veces los llamaba «exhibicionistas», lo que siempre me hacía pensar mal sobre la Canadian National Exhibition, la Exposición Nacional de Canadá). Cada martes, me daba una conferencia sobre ellos antes de irme al colegio, vestida ya, a aquella hora temprana, con el uniforme marrón y los zapatos que yo había

abrillantado laboriosamente la noche anterior.

—No hables con ningún hombre malo —me decía—. Si alguno se te acerca en el barranco, echa a correr lo más rápido que puedas.

Me hacía esas advertencias durante el desayuno, en un tono que sugería que por mucho que corriese jamás conseguiría salvarme, estaba condenada, y los copos de avena se apelmazaban e iban a parar al fondo de mi estómago convertidos en grumos. Jamás dejaba entrever el aspecto que tendrían esos hombres o lo que harían si llegaban a cogerme, lo cual dejaba el campo abierto a mi imaginación. Además, de la manera que lo planteaba parecía que la responsabilidad de todo ello era mía, como si yo hubiera plantado los arbustos en el barranco y escondido a los hombres malos detrás, y en el caso de ser atrapada, lo sería por culpa mía.

Para cruzar el barranco, había que bajar una larga cuesta de grava y luego atravesar un puente de madera bastante viejo. Estaba inclinado y algunas de sus planchas se habían podrido completamente, con lo cual se podía ver el fondo del barranco allá, abajo de todo. Luego había que subir un sendero en el otro lado, donde las hojas y las ramas rozaban como perversos dedos vegetales. Pesada como un barril rodante, bajaba la colina y cruzaba el puente corriendo, pero para cuando me tocaba subir el sendero, ya no tenía aliento y no me quedaba más remedio que caminar. Era la parte peor.

Después de haber ido unas cuantas veces sola, mi madre encontró la solución. Como la mayoría de sus soluciones, fue peor que el problema. Conoció a otras madres de nuestro lado del puente, con aspiraciones similares a las suyas; o que, en cualquier caso, habían inscrito a sus hijas en el mismo centro de Exploradoras. Yo lo sabía desde hacía un tiempo, pero no se lo había dicho porque esas niñas eran mayores que yo, iban a cursos superiores y me parecían enormes. Aunque hacíamos el mismo recorrido, yo me las arreglaba para caminar a una distancia prudencial, bien por delante, bien por detrás de ellas, y en el tranvía dejaba por lo menos cuatro filas de asientos entre nosotras. Pero mi madre era una gran organizadora en aquella época de su vida, y telefoneó a las otras madres, que también sabían lo de los hombres malos, y arregló con ellas para que yo fuese al centro con sus hijas. Me ponían nerviosa, pero me sentía un poco más segura cruzando el barranco con ellas.

El problema era que, a pesar del terror que me causaba llegar hasta allí, me encantaban las Exploradoras, incluso más de lo que me habían gustado las clases de baile. Con la señorita Flegg, había que tratar de ser mejores que las demás, pero con las Exploradoras había que intentar ser igual que las otras, y esta idea me empezaba a parecer muy atractiva. Me gustaba llevar el mismo uniforme holgado, la extraña boina militar y la corbata, aprender los mismos versos rituales, los apretones de manos, los saludos y cantar al unísono con las otras:

*Una Exploradora cede ante las personas mayores.*

*¡Una Exploradora no cede ante sí misma!*



También había bailes. Al principio de cada sesión, después que la algo desvencijada seta de cartón piedra, que era el fetiche del grupo, estuviera colocada en su sitio, un felpudo de fieltro color verde hierba, y que la mujer canosa vestida con el uniforme azul de guía hubiera exclamado, tras un guiño de sus ojos, «¡Jop! ¡Jop!», las Exploradoras se precipitaban desde los cuatro rincones de la sala de seis en seis y se ponían a bailar con delirio, dando vueltas y chirriando las letras correspondientes a las canciones de su grupo. La mía era:

*Aquí están los sonrientes Gnomos,  
que ayudan en casa a sus mamas.*

Esto no era del todo cierto: yo no ayudaba a mi madre. No me dejaba. Las pocas veces que lo había intentado, los resultados no le habían gustado. Sólo transformándome en otra persona habría podido ayudarla a su gusto, pero esto yo no lo sabía todavía. Mi madre desaprobaba mi estilo libre para hacer las camas, así como los estruendos y los pedazos rotos cuando secaba los platos. No le gustaba rascar lo quemado del fondo de las ollas cuando yo trataba de cocinar («cocinar un postre» era una de las pruebas de las Exploradoras), o tener que volver a poner la mesa después de haberlo hecho yo. Al principio intenté sorprenderla con «Buenas acciones» como indicaba el manual de las Exploradoras. Un domingo le llevé el desayuno a la cama en una bandeja, pero tropecé y la dejé cubierta de copos de maíz mojados. Le limpié los zapatos buenos de gamuza azul marino con betún negro para botas. Y una vez saqué el cubo de la basura que era demasiado pesado para mí y se me cayó por las escaleras de atrás. No era una mujer muy paciente; no tardó en decirme que prefería hacer las cosas bien ella misma una sola vez que tener que volverlas a hacer después que yo. Me llamaba «torpe», y yo me ponía a llorar; pero estaba dispensada de hacer las tareas domésticas, cosa que no supe ver como una ventaja hasta mucho después. Yo cantaba la letra resueltamente, sin embargo, mientras daba saltos alrededor de la seta, en medio de la nube de polvo del sótano de la iglesia y con la mano mojada de un Gnomo cogida de cada una de las mías.

La señora que dirigía el grupo era conocida como Lechuza Castaña; las lechuzas, nos habían dicho, significaban sabiduría. Nunca olvidé su aspecto: el rostro como una manzana seca, el cabello gris plateado, los inquisidores ojos azules, rápidos a la hora de detectar un trozo deslustrado de la abigarrada insignia de latón, una uña sucia o un cordón de zapato mal anudado. A diferencia de mi madre, era imparcial y afable, y premiaba la buena voluntad. Me encantaba. Me costaba creer que una persona adulta, mayor incluso que mi madre, se sentase en el suelo y dijese cosas como «¡Tu-uit, tu-ii!», imitando una lechuza y «¡Cuando las Exploradoras forman su rueda de hadas, pueden hacer que todo se vuelva mágico!». Lechuza Castaña actuaba como si creyese en todo ello y pensaba que nosotras también lo creíamos. Esa era la gran novedad: alguien que era más crédulo que yo. A veces me daba pena, porque conocía los

muchos pellizcos, empujones y codazos que se intercambiaban durante el «Tiempo de reflexión» y quién hacía muecas detrás de Lechuza Castaña mientras decíamos «Prometo cumplir con mi deber para con Dios y el Rey y ayudar a los demás cada día, especialmente a los de casa». Lechuza Castaña tenía una compañera más joven llamada Lechuza Tostada. Al igual que ocurre con los vices en todas partes, era menos fácil de engañar y, también, menos querida.

Las tres niñas con las que cruzaba el barranco los días de Exploradoras se llamaban Elizabeth, Marlene y Lynne. Tenían diez años y estaban a punto de pasar a ser Guías; si se conseguían las Alas Doradas, se llamaba «volar». De no ser así, había que seguir caminando. Elizabeth iba a volar, no había duda: llevaba tantas insignias como una maleta de diplomático. Marlene seguramente lo conseguiría, pero sin duda no ocurriría lo mismo con Lynne. Elizabeth pertenecía a las «Sixes», por lo que llevaba dos franjas en el brazo. Marlene era «Pixie» y no recuerdo lo que era Lynne. Yo admiraba a Elizabeth pero las otras dos, que competían por su atención de formas más o menos siniestras, me daban miedo.

Al principio me toleraban durante aquellas largas y peligrosas caminatas hasta la parada del tranvía. Yo tenía que caminar detrás de ellas, pero era un precio mínimo a pagar por su protección contra los invisibles hombres malos. Así transcurrieron septiembre y octubre, durante los cuales las hojas se volvieron amarillas y cayeron para ser quemadas en hogueras junto a las aceras, todavía se permitía eso; patinábamos sobre ruedas y saltábamos a la comba, y pasamos de los calcetines hasta las rodillas a las medias largas y los abrigos de invierno. Los días se acortaban, volvíamos a casa, a oscuras, por el puente, iluminado nada más que por una débil bombilla en cada extremo. Cuando empezó a nevar, tuvimos que ponernos aquellos pantalones forrados, que se colocaban sobre la falda que quedaba entonces abultada en la entrepierna, y que se sujetaban con tirantes en los hombros. En aquella época las niñas no podían ir al colegio con pantalones.

El recuerdo de aquella oscuridad, de aquel invierno, de los pantalones aquellos, de la nieve suave que doblaba las ramas de los sauces en el barranco haciéndoles formar un arco azulado sobre el puente, el panorama blanco que se divisaba desde su extremo y que habría debido de ser hermosísimo, está estrechamente ligado en mi memoria con el sufrimiento. Ya entonces, Elizabeth y su tropa habían descubierto mi secreto: habían descubierto lo fácil que resultaba hacerme llorar. En nuestro colegio estaba prohibido que las niñas se pegasen, o se peleasen, o se arrojasen nieve a los rostros, y no lo hacían. Durante el recreo permanecían en el patio de las niñas, donde todo eran murmullos y conspiraciones. Las palabras no eran el preludio de la guerra, sino la guerra misma, una guerra subterránea y sinuosa que resultaba interminable porque no había actos decisivos: como no se podían asestar golpes hasta dejar sin sentido, no existía el punto en que una pudiese decir «me rindo». La que lloraba primero estaba perdida.

Elizabeth, Marlene y Lynne iban a otros cursos, de no ser así habrían descubierto

mi punto débil mucho antes. Con ocho años, yo era todavía una llorona; resultaba fácil herir mis sentimientos, a pesar de mi madre, que por aquella época no paraba de decirme claramente que me comportase de acuerdo con mi edad. Ella misma tenía los ojos fríos, de piedra, inequívocos, jamás vacilaban ni se humedecían; no fue hasta más tarde que pude arrancarle lágrimas, y fue un triunfo para mí cuando por fin lo conseguí.

En aquellas polvorientas sesiones de rituales, insignias y pegar botones de los martes, Elizabeth era la líder de los Gnomos y yo una de sus cinco discípulas. Con los nudos cometí mi primer error. Dominábamos ya el nudo marino y Lechuza Tostada, que era especialista en nudos, había decidido que estábamos preparadas para el ballestrinque; pues bien, para hacer una demostración, pasó un acollador, de cuyo extremo colgaba un espléndido y envidiable silbato de plata, alrededor del respaldo de una silla. Yo me concentré tanto que casi me quedé bizca, observaba con tanta atención que no me enteré de nada y, cuando me llegó el turno de repetir la mágica hazaña, la cuerda resbaló por mis dedos como espagueti y se me enredó todo. Lechuza Tostada volvió a hacerlo, para mí, pero pasó lo mismo.

—Joan, no estabas prestando atención —dijo Lechuza Tostada.

—Sí que he prestado atención —repliqué seriamente.

Se enfadó. Al contrario que Lechuza Castaña, ella sabía lo que hacían a sus espaldas y se había vuelto desconfiada. Interpretó mi protesta como una insolencia.

—Si no pensáis cooperar, Gnomos, me iré a trabajar con los Pixies. Estoy segura de que tienen más interés en aprender.

Y se marchó, llevándose el silbato consigo. Por supuesto, e inmediatamente empecé a llorar. Si había algo ¡que no podía resistir era que me acusasen en falso. Odiaba que me acusasen con razón también, pero la injusticia era peor.

Elizabeth estrechó los ojos. Iba a decir algo, pero Lechuza Castaña, siempre alerta, se acercó dando saltos y dijo alegremente:

—Anda, Joan, no queremos ver caras tristes entre las Exploradoras, nos gusta ver caras alegres. Recuerda: «El ceño fruncido hace que las cosas sean feas, la sonrisa les pone alas mágicas».

Con esto sólo consiguió hacerme llorar más y me recluyeron en el guardarropa para que las demás no se sintiesen molestas y hasta que hubiese, según palabras de Lechuza Castaña, recuperado mi sonrisa de Exploradora.

—Tienes que aprender a controlarte —me dijo amablemente, mientras me daba palmaditas en la boina porque yo me ahogaba y sentía náuseas. Ella no tenía ni idea de cuánto representaba lo que me estaba pidiendo.

Aquella tarde, negra oscura, cuando volvíamos a casa haciendo crujir la nieve, Elizabeth se detuvo bajo la última farola antes del puente y miró a las otras. Luego, sin previo aviso, se pusieron todas a correr cuesta abajo en medio de un frenesí de alegres risitas y desaparecieron en la oscuridad del barranco antes de que yo me diese cuenta. O sea que, mientras gritaban «¡El hombre malo vendrá a buscarte!», me

abandonaban en lo alto de la cuesta para que cruzase el barranco sola. Primero las llamé, luego corrí tras ellas, pero se habían adelantado demasiado. Crucé el puente con la nariz chorreando, limpiándome los mocos con el dorso de los mitones y sin dejar de mirar hacia atrás, aterrorizada, aunque por supuesto, ningún corruptor de menores ni exhibicionista alguno en su sano juicio habría estado a la intemperie a cero grados como estábamos. Debían de estar todos escondidos en las estaciones o en la parte posterior de las iglesias, pero yo no sabía esto. Subí la cuesta jadeando; ellas me esperaban, escondidas arriba.

—Sigues siendo una niña llorona —dijo Elizabeth con desprecio y deleite; y eso dejó sentado el patrón de comportamiento para el resto del año.

Para las tres, el juego consistía en inventar ingeniosas variaciones. A veces se limitaban a echar a correr; otras me amenazaban que se irían corriendo. A veces reivindicaban que si se iban corriendo era porque me merecía un castigo, por algo que había o no había hecho aquel día: había saltado con demasiada fuerza en el círculo mágico, no me había mantenido lo bastante derecha, llevaba la corbata arrugada, tenía las uñas sucias, estaba gorda. A veces me decían que no echarían a correr, o juraban volver a buscarme, pero solamente si realizaba algunos actos: tenía que andar a gatas sobre la nieve, ladrando como un perro, o arrojarle una bola de nieve a una anciana que pasaba, tras lo cual me señalaban con el dedo y gritaban: «¡Ha sido ella! ¡Ha sido ella!». En ocasiones me preguntaban: «¿Qué te haría el hombre malo si te cogiese?». No bastaba con que yo contestase que no lo sabía; ellas echaban a correr, riéndose con las manos delante de la boca: «¡No lo sabe, no lo sabe!». Una tarde, me pasé media hora en lo alto de la cuesta, cantando una y otra vez con voz temblorosa, cien veces exactamente, «Somos las Exploradoras, nuestro objetivo es tender una mano y participar», antes de que me hubiese dado cuenta de que no iban a cumplir su promesa de rescatarme. Otra vez me hicieron poner la lengua en una valla de hierro que había en el barranco, pero no hacía bastante frío y la lengua no se me quedó congelada y pegada a la valla como ellas esperaban.

Lo curioso era que si bien Elizabeth ponía las condiciones, las órdenes y las exigencias, yo sabía que eran las otras dos quienes las ideaban. Lynne, en especial, tenía mucha imaginación: su situación era precaria, no tenía un carácter fuerte y, por eso mismo, me podía atacar fácilmente. Yo no podía contarle nada a mi madre sobre todo aquello porque presentía que, dijera lo que dijera, les daría la razón. «Defiéndete tú sólita», me habría advertido. ¿Cómo podía ser que una hija suya se hubiese convertido en un globo tan flácido?

A veces, cuando me dejaban sola en la oscuridad y el frío, me quedaba esperando que surgiese de verdad el hombre malo del fondo del barranco y me hiciese aquello que fatalmente tenía que hacerme. Así, una vez que me hubiese robado o matado, las castigarían y tendrían que arrepentirse por fin de lo que habían hecho. Me lo imaginaba alto, muy alto y vestido de negro; surgiría de la nieve como una avalancha al revés, el rostro azulado y cubierto de hielo, los ojos rojos, mucho pelo y dientes

largos y afilados como carámbanos. Sería aterrador, pero por lo menos sería el final de aquel sufrimiento continuo que parecía que iba a durar eternamente. Me llevaría y jamás encontrarían ni un rastro de mí. Hasta mi madre sentiría pena. Una vez lo esperé incluso, contaba para mis adentros —aparecería después de cien, después de doscientos— durante tanto rato que llegué media hora tarde para la cena y mi madre estaba furiosa.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó.

—Jugando —contesté, y ella me dijo que era egoísta y desconsiderada.

La nieve se fue derritiendo finalmente hasta convertirse en agua, que chorreaba suavemente por la colina del puente formando dos riachuelos, uno a cada lado del caminito que se volvió barro puro. El puente estaba mojado y olía a podrido, las ramas de los sauces se pusieron amarillas y volvieron a verse las cuerdas de saltar. Las tardes volvían a ser claras y, en una de ellas, cuando para variar Elizabeth no había echado a correr sino que urdía con las otras, apareció realmente un hombre de verdad.

Estaba de pie al otro lado del puente, algo apartado del caminito, con un ramo de narcisos delante de él. Era un hombre bien parecido, ni viejo ni joven, con un buen abrigo de tweed, ni gastado ni horrible. No llevaba sombrero, su pelo era de color caramelo de miel y tenía entradas, la luz del sol brillaba en su frente alta. Yo caminaba delante, como me habían ordenado (querían tenerme vigilada desde detrás), y las demás estaban absortas en sus planes, por lo que fui la primera en verlo. Me sonrió, le devolví la sonrisa, y luego levantó los narcisos para dejar al descubierto la bragueta abierta y un extraño trozo de carne que se asomaba fláccidamente fuera de ella.

—¡Mirad! —les dije a las otras, como si acabase de descubrir algo de interés.

Ellas miraron y, al instante, empezaron a gritar mientras subían la cuesta corriendo. Me quedé tan sorprendida, por ellas, no por él, que ni me moví.

El hombre parecía estar ligeramente consternado. Su agradable sonrisa desapareció y se dio la vuelta acomodándose el abrigo, luego empezó a caminar por el puente en dirección contraria. Entonces, dio media vuelta, me hizo una pequeña reverencia y me dio los narcisos.

Las demás esperaban arriba, las tres amontonadas a una distancia prudencial, ya en la calle.

—¿Qué dijo? ¿Qué hizo? —preguntaron—. ¿No sabes que era un hombre malo? Has sido muy valiente —añadió Elizabeth de mala gana.

Por una vez las había impresionado, aunque no sabía muy bien por qué; no había nada aterrador en aquel hombre, había sonreído. Además, los narcisos me gustaban; sin embargo, los arrojé por la cuneta antes de llegar a casa. Era lo bastante sagaz como para saber que mi madre no aceptaría ninguna explicación que le diera.

Cuando volvíamos a casa después del siguiente día de Exploradoras, las niñas estuvieron especialmente simpáticas conmigo y pensé que, después de aquel largo período que duró mi prueba, íbamos a ser amigas. Y pareció que sí porque Elizabeth dijo:

—¿Te gustaría entrar en nuestro club? Tenemos un club, ¿sabes?

Aunque los clubes estaban de moda en el colegio, era la primera vez que oía hablar de él, pero sí, claro que quería.

—Primero tienes que pasar por la ceremonia —añadió Marlene—. No es difícil.

Sabíamos todo acerca de las ceremonias, en las Exploradoras había muchísimas, y creo que sacaron algunos de los detalles del ritual de iniciación, en el cual nos conducían a través de escalones de cartón que decían alegría, obediencia, buenas acciones y sonrisas. Entonces había que cerrar los ojos y dar tres vueltas, mientras el grupo cantaba:

*Gírame, retuérceme y muéstrame el duende;  
miré en el agua y qué vi allí...*

Aquí había que abrir los ojos, mirar dentro del estanque encantado, que era un espejo de bolsillo rodeado de flores de plástico y conejitos de cerámica, y decir: «A mí». La palabra mágica.

Así que, cuando Elizabeth dijo «Cierra los ojos», los cerré. Marlene y Lynne me cogieron de una mano cada una y sentí que me vendaban los ojos con algo suave. Luego me llevaron colina abajo, avisándome cuando había un agujero o una piedra. Sentí el puente bajo mis pies y me dieron algunas vueltas y luego otras al revés, seguimos pero ya no sabía en qué dirección iba. Empecé a asustarme.

—No quiero pertenecer al club —dije.

Pero Elizabeth replicó en tono tranquilizador:

—Claro que sí, te gustará. —Y seguimos—. Párate aquí —dijo, y noté una superficie dura contra la espalda—. Ahora pon las manos a los lados. —Sentí que me pasaban algo alrededor de los brazos y luego del cuerpo, y que tiraban fuerte—. Ahora —dijo Elizabeth en el mismo tono dulce— vamos a dejarte aquí para el hombre malo.

Las otras dos empezaron a reírse incontroladas y pude oírlas irse corriendo. Ahora sabía dónde estaba: me habían atado con la cuerda de saltar de Elizabeth al poste del extremo del puente, justo donde habíamos visto al hombre la semana anterior. Empecé a lloriquear.

Luego paré. Sabía que estarían posiblemente observando para ver mi reacción, así que decidí cambiar de táctica y no hacer nada. Disimuladamente moví los brazos a ver si podía librarme. Habían atado la cuerda muy apretada; así que me puse a esperar a que se aburrieran y volvieran a desatarme. Sabía que no podían dejarme allí: habría sido ir demasiado lejos. Si no llegaba a casa, mi madre llamaría a sus madres y se les

armaría un buen lío.

Durante un rato las oí débilmente, reían bajito en lo alto de la colina, y una vez me gritaron:

—¿Te gusta el club?

No les contesté; por fin estaba hasta la coronilla de ellas. Pero al cabo de un rato me di cuenta de que no oía más que el canto repetitivo de los pájaros desde abajo del barranco y de que empezaba a sentir frío. Debían de haberse marchado, con la intención de volver más tarde, y se habían olvidado de mí.

Con creciente desesperación, lloriqueaba y forcejeaba la cuerda, tratando de cruzar una mano sobre la otra para poder deslizar el nudo abajo y fuera, cuando oí pasos acercándose por el puente. Me quedé helada: quizá fuese un hombre malo, quizá me iba a ocurrir algo terrible por fin, aunque una niña de ocho años, gorda y mocosa, vestida de Exploradora, no podía haber sido un objeto sexual muy excitante. Pero una voz dijo:

—¿Qué es esto?

La venda (era la corbata de Exploradora de Marlene) desapareció de mis ojos.

El hombre no era ni viejo ni joven, iba vestido con un abrigo de tweed y llevaba un periódico bajo el brazo. Me sonrió y, como llevaba sombrero, no podía saber si era o no el mismo hombre de la semana anterior. Me había fijado más en la calva y en los narcisos. Este, no así el otro, fumaba en pipa.

—¿Te han atado toda, verdad? —preguntó mientras yo levantaba los ojos hinchados y celosos hacia él. Se arrodilló y desató los nudos—. Buenos nudos —comentó, luego me preguntó dónde vivía y se lo dije—. Te acompañaré —dijo.

Yo le contesté que no hacía falta, que sabía ir a casa, pero él dijo que se estaba haciendo de noche y que las niñas pequeñas no debían andar por ahí solas después del anochecer. Me tomó de la mano y empezamos a subir juntos la cuesta.

Pero de pronto apareció mi madre corriendo hacia nosotros. Llevaba el pelo suelto e iba sin guantes y, cuando estuvo más cerca, me di cuenta de que estaba furiosa. Me escondí detrás del abrigo de tweed del hombre, pero ella me sacó de un tirón y me dio una bofetada. Nunca lo había hecho.

—¿Qué has estado haciendo? —dijo. No contesté. No me moví, la miré fijamente, no lloré, y esto la impresionó porque no era normal. Había decidido que ya no lloraría más en público, aunque por supuesto no fue así.

El hombre intercedió. Explicó cómo me había encontrado atada, y cómo me había desatado y que se había ofrecido para acompañarme a casa. Entonces mi madre se volvió exageradamente amable, como solía hacer con los adultos. Se estrecharon las manos y me sacó de allí. Telefonó a las otras madres, ultrajada moralmente hasta lo indecible, y eso supuso mi final en las Exploradoras. Fue demasiado injusto, porque realmente me encantaba. Lechuza Castaña era una de las mujeres más agradables que había conocido, aparte de tía Lou, y la eché de menos.

Mi madre sacó provecho de este incidente para poner de relieve lo irreflexivo de

mi carácter y mi falta de juicio.

—Fuiste una tonta al dejar que esas niñas te tomaran el pelo de esa forma —dijo.

—Yo pensaba que eran amigas mías —repliqué.

—De haber sido amigas, no te habrían atado así, ¿no crees? Y en el barranco. Quién sabe lo que podría haberte ocurrido. Habrían podido matarte. Tuviste suerte de que pasara ese buen hombre, eso es todo.

Ansiosa por desquitarme de alguna forma, pero sin saber exactamente cómo hacerlo, quizá demostrando que estaba equivocada, le dije con un tono solemne:

—Mamá, creo que era el hombre malo.

—¡No seas idiota! —dijo ella—. ¿Ese hombre tan amable?

—Creo que era el mismo. El hombre de los narcisos.

—¿Qué hombre de los narcisos? —preguntó—. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —contesté yo en un intento desesperado de dar marcha atrás.

Pero era demasiado tarde, el primer gusano había salido de la lata y los demás debían seguirlo. Mi madre estaba furiosa. Encima, me acusó de tener secretos a sus espaldas: habría debido contárselo en cuanto sucedió.

Sin embargo, todavía no estaba segura: ¿era o no era el hombre de los narcisos? El hombre que me había desatado, ¿era un salvador o un villano? O, lo que era más desconcertante aún: ¿era posible que un hombre fuese las dos cosas a la vez?

No paré de darle vueltas a ese rompecabezas, tratando de recordar y juntar los rasgos exactos del hombre de los narcisos. Pero se escurría, se difuminaba y cambiaba de forma como si fuese caramelo o goma caliente, se disolvía formando un velo de tweed del que surgían amenazadores tentáculos de carne y cuerda anudada, juntándose de nuevo para convertirse en una jubilosa explosión solar de flores amarillas.



## SIETE

Uno de los malos sueños que tenía a menudo sobre mi madre era así: yo cruzaba el puente y ella estaba al otro lado, al sol, hablando con otra persona, un hombre cuyo rostro nunca podía distinguir. Cuando llegaba a la mitad del camino, el puente empezaba a caerse, como siempre temí que podría pasar. Las tablas podridas se doblaban y partían y el puente se inclinaba hacia un lado y empezaba a caerse lentamente sobre el barranco. Yo trataba de correr, pero era demasiado tarde, me tiraba hacia abajo y me agarraba al extremo que sobresalía, tratando de no resbalar. Llamaba a mi madre, que habría podido salvarme si hubiese corrido más rápido y me hubiese estirado por una mano para alzarme y tirarme hacia atrás, con ella, a la tierra firme. Pero no lo hacía, sino que seguía charlando, ni siquiera se daba cuenta de que algo inusual estaba ocurriendo. Ni siquiera me oía.

En otro sueño, estaba sentada en un rincón del dormitorio de mi madre observando cómo se maquillaba. Cuando era pequeña lo hacía a menudo: tanto mi madre como yo lo considerábamos un pacto, un privilegio, y una de las formas que tenía mi madre de castigarme era no dejarme mirarla. Sabía que me fascinaban su colección de cosméticos y sus instrumentos de belleza: lápices de labios, coloretes, perfumes dentro de unas primorosas botellas que yo anhelaba tener, laca de uñas de color rojo vivo (a veces, como un soborno excepcional, me dejaba dar algunas pinceladas en las uñas de los pies, pero nunca en las manos: «No tienes edad», me decía), pinzas, limas y limas de cartón. Yo tenía completamente prohibido tocar cualquiera de esas cosas. Aunque por supuesto que lo hacía cuando ella no estaba, pero estaban colocadas en orden, tan bien puestas, tanto sobre el tocador como en los cajones, que tenía que tener mucho cuidado de dejarlas exactamente como las había encontrado. Mi madre tenía una vista de halcón para cualquier cosa que estuviese fuera de lugar. Más tarde, extendí esa costumbre de fisgonear a sus cajones y armarios y llegué a saber lo que contenía cada uno de ellos; al final, lo hacía más por sentir el peligro que para satisfacer mi curiosidad, pues ya sabía todo lo que había. Sólo me pescó dos veces, una vez que me comí una barra de labios (incluso entonces, a los cuatro años, ya era lo suficientemente lista como para volver a tapar la barra, ponerla en el cajón y lavarme la cara con cuidado; ¿cómo supo que había sido yo?), y otra vez que no pude resistir el cubrirme toda la cara con sombra de ojos azul, para ver cómo quedaría toda pintada de azul. Esto me costó un exilio de semanas. Estuve a punto de revelar mi secreto el día en que encontré un objeto curioso, parecido a una concha de almeja de goma, envuelto pulcramente en una caja. Me moría por preguntarle qué era, pero no me atreví.

—Siéntate ahí tranquilita, Joan, y mira cómo mamá se pone guapa —decía cuando tenía un buen día.

Entonces se colocaba una toalla alrededor del cuello y se ponía a trabajar duro. Algunas de las cosas que hacía parecían hacerle daño; por ejemplo, se cubría el

espacio entre las cejas con algo que parecía pegamento marrón, que había calentado en una ollita, luego tiraba de él y le quedaba una mancha roja; y a veces, se untaba con barro rosa que se endurecía y agrietaba. A menudo fruncía el ceño, moviendo la cabeza de un lado a otro como si no estuviese satisfecha; y a veces, hablaba sola como si se hubiera olvidado que yo estaba allí. Parecía que aquellas sesiones, en lugar de ponerla más contenta la ponían triste, como si detrás o dentro del espejo viese alguna imagen fugaz que era incapaz de capturar o de duplicar; y cuando terminaba siempre estaba un poco enfadada.

Yo observaba todo el procedimiento fascinada y muda. Pensaba que mi madre era muy bonita y mucho más bonita todavía cuando se pintaba. Y eso es lo que yo hacía en mi sueño: sentarme y mirar. Los tocadores de mi madre aumentaron de tamaño a medida que mi padre se hacía más rico, pero ella siempre tuvo un espejo de tres cuerpos, para poderse ver por ambos lados, a la vez que de frente. En el sueño, mientras yo la miraba, me daba cuenta de repente de que en lugar de tres reflejos, tenía en realidad tres cabezas con tres cuellos individuales que salían de sus hombros cubiertos por la toalla. Eso no me asustaba, ya que parecía ser solamente la confirmación de algo que siempre había sabido; pero al otro lado de la puerta había un hombre, un hombre que estaba a punto de abrirla y entrar. Si él lo veía, si descubría la verdad sobre mi madre, algo horrible iba a suceder, no sólo a mi madre sino también a mí. Yo quería pegar un salto, correr hasta la puerta y detenerlo, pero no podía moverme y la puerta se movía lentamente hacia adentro...

Este sueño cambió a medida que fui creciendo. En lugar de querer detener al hombre misterioso, me quedaba sentada deseando que entrase. Quería que él descubriese su secreto, el secreto que sólo yo sabía: mi madre era un monstruo.

No recuerdo haberla llamado nada más que mamá, nunca con esos diminutivos típicos de los niños; quizá lo hice, pero seguro que ella me hizo desistir. Nuestra relación se profesionalizó desde el principio. Ella era el *mánager*, el creador, el agente; yo era el producto. Supongo que una de las cosas más importantes que quería de mí era gratitud. Deseaba que saliese bien, pero que el mérito fuera de ella.

Sus planes con respecto a mí no eran específicos, eran vagos pero grandes, así que, cualquier cosa que hiciese, nunca estaba bien hecha. Sin embargo, no me apremiaba siempre; a veces, parecía olvidarme completamente durante días, semanas incluso. Se metía en algún proyecto de los suyos, como cambiar la decoración de su dormitorio u organizar una fiesta. Llegó incluso a tener dos trabajos: agente de viajes, por ejemplo, y también para un decorador le buscaba lámparas y alfombras que hicieran juego con los colores de un *living*. Pero ninguno de esos trabajos le duraba mucho, ya que se desanimaba, no estaban a su altura, y renunciaba.

No era porque fuese agresiva y ambiciosa, lo era, ambas cosas, pero acaso no lo era bastante. Si alguna vez hubiese decidido qué quería hacer realmente y se hubiese lanzado directamente a ello, no me habría visto como un oprobio para ella, la personificación de su propio fracaso y depresión, una enorme nube sin contorno,

hecha de materia rudimentaria que se negaba a ser modelada en algo por lo que ella pudiese lograr un premio.

En la imagen de ella que me acompañó durante años, colgando de mi cuello como un relicario de hierro, la representaba sentada delante de su tocador, pintándose las tiñas de rojo sanguinario y suspirando. Tenía los labios finos pero se agrandaba la boca poniéndoles carmín arriba y alrededor, como Bette Davis, lo cual producía el curioso efecto de una boca doble, la real se veía a través de la falsa como una sombra. Era una mujer atractiva, incluso cuando rondaba los cuarenta, conservaba una buena figura. Había tenido mucho éxito en su juventud. En su álbum de fotos, había instantáneas suyas en vestido de noche y en traje de baño, con unos jóvenes, ella mirando a la cámara, ellos mirándola a ella. Había un joven que salía a menudo, con pantalones blancos de franela y un gran automóvil. Ella decía que habían estado comprometidos, más o menos.

Sin embargo, no había fotografías suyas de cuando era niña, ninguna de sus padres, ni de los dos hermanos y la hermana que más tarde supe que tenía. Casi nunca hablaba de su familia o de su infancia, aunque conseguí ir atando algún que otro cabo. Sus padres habían sido muy estrictos, muy religiosos. No habían sido ricos; su padre había sido jefe de estación de los ferrocarriles canadienses. Ella había hecho algo que los ofendió (nunca supe qué) y se fue de casa a los dieciséis años para no volver más. Realizó diversos trabajos, fue dependienta en Kresge y camarera. Cuando tenía dieciocho años, era camarera en un lugar de veraneo de Muskoka, donde más tarde conoció a mi padre. Los jóvenes de las fotografías eran huéspedes en el balneario. Sólo se podía poner los vestidos de fiesta y los trajes de baño en su día libre.

Mi padre no se alojaba en el balneario; no era de su estilo. Conoció a mi madre por casualidad, cuando fue por allí a visitar a un amigo. Había un par de fotografías de los dos antes de la boda, en las que mi padre parecía sentirse incómodo. Mi madre le sujetaba el brazo como si fuese una correa. Luego el retrato de la boda. Después, algunas fotos de mi madre sola, que debió de tomar mi padre. Luego, nada más que yo, babeando sobre las alfombras, comiéndome animales disecados o los puños; mi padre se había marchado a la guerra, dejándola embarazada y sin nadie que le sacase fotografías.

No regresó hasta que yo tenía cinco años y, hasta entonces, él fue sólo un nombre, una historia que mi madre me contaba y que variaba mucho. A veces, era un hombre bueno que iba a volver pronto a casa trayendo todo tipo de mejoras y sorpresas encantadoras: viviríamos en una casa más grande, comeríamos mejor, tendríamos más ropa, y se pondría al casero en su sitio de una vez por todas. Otras veces, cuando yo me desmandaba, él era el castigo personificado, el día del juicio que por fin me daría mi merecido; o (y creo que esta versión era la que más se aproximaba a sus verdaderos sentimientos), él era un desgraciado sin corazón que la había abandonado, dejándola sola para hacer frente a todo. El día que finalmente regresó, yo estaba casi

fuera de mí, desgarrada entre la esperanza y el miedo: ¿Qué me traería, qué me haría? ¿Era un hombre malo o un hombre bueno? (Las dos categorías de mi madre: los hombres buenos hacían cosas por ti, los hombres malos te hacían cosas). Pero, llegado el momento, fue un extraño el que cruzó la puerta, besó a mi madre, luego a mí y se sentó a la mesa. Parecía muy cansado y habló poco. No había traído nada y no hizo nada, y ésa fue su pauta de comportamiento predominante, siempre.

La mayoría del tiempo estaba como ausente. De vez en cuando, sin embargo, volvía a la realidad desde donde quiera que hubiese estado y hasta tenía sus momentos de modestos dramas. Yo tenía trece años, debía de ser 1955, y era domingo. Estaba sentada en la *kitchenette* de casa, comiéndome la mitad de una tarta de naranja de pisos, consciente de que luego me regañarían por ello. Pero ya me había comido un trozo y sabía que el número de palabras por ese pedazo sería el mismo que por media tarta, así que seguí comiéndomela a toda prisa, tratando de tragármela toda antes de ser descubierta.

Por aquella época, yo comía constante, tenaz y obstinadamente cualquier cosa que hubiera. La guerra entre mi madre y yo pasaba por su fase más intensa, el territorio en disputa era mi cuerpo. Bien bien no lo sabía, pero lo percibía de una manera confusa, pues, ante los prospectos de dietas que ella dejaba sobre mi almohada, los sobornos sobre la ropa que me compraría si adelgazaba para que me cupiese —los vestidos de fiesta con capas de tul y cuerpos con ballenas, los vestiditos alegres, faldas de cintura ceñida y mucho vuelo—, ante sus comentarios cortantes sobre mi volumen, a sus súplicas sobre mi salud (me moriría de un ataque al corazón, tendría la presión alta), ante los especialistas a los que me mandaba y las pastillas que me recetaban, a todas esas cosas yo reaccionaba con otra barra de chocolate Mars y una ración doble de patatas fritas. Me iba hinchando visible e inexorablemente ante sus mismísimos ojos, crecía como si fuese masa, mi cuerpo avanzaba hacia ella centímetro a centímetro por encima de la mesa del comedor, en esto, por lo menos, era invencible. Medía un metro sesenta y cuatro y seguía creciendo y pesaba ochenta y dos kilos.

Sea como fuere, yo estaba en la *kitchenette* comiéndome la mitad de una tarta de naranja. Era un domingo de 1955. Mi padre estaba en la sala de estar, sentado en su poltrona leyendo una novela policíaca, su forma preferida de relajarse. Mi madre, en el sofá, haciendo ver que leía un libro sobre psicología infantil —dedicaba mucho tiempo a demostrar, y Dios era testigo de ello, que hacía todo lo que podía—, pero en realidad estaba leyendo *El Zorro*, una novela histórica sobre los Borgia que yo ya había leído a escondidas. El sofá tenía pequeños cojines de raso morado a cada lado, que eran absolutamente sagrados, objetos rituales que no se podían sacar de donde estaban. El sofá mismo era de color rosa pálido tapizado con una tela drapeada salpicada de hilos plateados. Lo cubría una funda de plástico transparente que se quitaba cuando había visitas. La alfombra, que hacía juego con el morado de los cojines, estaba también protegida con un plástico de textura más gruesa. Las pantallas de las lámparas estaban cubiertas con celofán. Por aquel entonces mi madre había

impuesto la norma de que no podíamos llevar zapatos dentro de casa, así que mi padre llevaba unas zapatillas de piel marrón y nosotras, mi madre y yo, calzábamos de forma similar, ya que era una casa nueva y ahora que acababa de montarla y de poner por fin todo en orden, no quería que se tocara nada, la quería estática, sin polvo y siempre a punto, hasta el momento en que pudiese ver qué equivocaciones había cometido y volviesen los pintores y los de la mudanza a desorganizarlo todo.

(Mi madre no quería que sus salas de estar fuesen diferentes de las de los demás, ni mejores siquiera. Las quería aceptables, iguales que las de ellos, si bien su idea de los demás variaba a medida que aumentaba el sueldo de mi padre. Quizá era por eso que parecían salas de museo o, más exactamente, como los escaparates de Eaton y de Simpson, aquellos palacios mágicos del centro que veía cada diciembre con tía Lou, durante el recorrido del tranvía. No íbamos a ver muebles, íbamos a ver otros escaparates, donde animales, hadas y enanos coloradotes giraban mecánicamente al son del tintineo de campanillas. Cuando fui lo bastante mayor como para ir a hacer las compras de Navidad, era tía Lou la que me llevaba. Un año, le anuncié que no le iba a comprar un regalo de Navidad a mi madre.

—No puedes hacer eso, querida —replicó tía Lou—. Herirías sus sentimientos.

Yo no creía que tuviera, pero acabé cediendo y le compré una espuma de baño que iba dentro de un precioso cisne estrujable de color rosa. No lo usó nunca, pero eso ya lo sabía de antemano. Acabé usándolo yo).

Terminé el trozo de tarta que quedaba y me levanté, no sin antes golpearme el estómago con el canto de la mesa. Las zapatillas eran grandes y peludas y hacían que mis pies pareciesen el doble de grandes. Me las calcé, atravesé lenta y pesadamente el comedor y entré en la sala de estar pasando por delante de mis padres y sus libros sin decir nada. Me había acostumbrado a cruzar calladita pero de forma bien visible con mi peso a rastras a través de las habitaciones donde estuviese mi madre; era una especie de desfile de modas al revés, una exhibición, quería que viese y que reconociese el poco efecto que estaban surtiendo sus críticas y sus súplicas.

Mi idea era llegar hasta el recibidor, subir la escalera dando pisadas de mastodonte haciendo agitar el pasamanos, y después de atravesar el pasillo, meterme en mi habitación para poner un disco de Elvis Presley con el volumen en el punto justo para que ella tuviera que reprimir las ganas de quejarse. Estaba empezando a preocuparse por su falta de habilidad para comunicarse conmigo. Yo no tenía ningún plan preconcebido, me limitaba a actuar según mi perezoso y confuso instinto. Lo único que sabía era que tenía ganas de escuchar *Heart-break Hotel* con el volumen al máximo y sin temor a represalias.

Pero cuando estaba en mitad del salón, se oyó un súbito estruendo procedente de la puerta de entrada. Alguien la estaba aporreando con los puños cerrados; luego se oyó el ruido sordo de un cuerpo cayendo contra la puerta y una voz ronca, de hombre, que gritaba:

—¡Te voy a matar! ¡Bastardo! ¡Te mataré!

Me quedé helada. Mi padre saltó del sillón y se agachó poniéndose en cuclillas como si fuese el entrenador de un luchador. Mi madre colocó el punto entre las páginas del libro y lo cerró; luego se quitó las gafas de leer que llevaba colgadas al cuello con una cadena de plata, y miró a mi padre llena de irritación. Evidentemente, la culpa era de él, ¿Quién iba a llamarla bastardo a ella? Mi padre se incorporó y fue hacia la puerta.

—Ah, es usted, señor Currie —dijo—. Me alegro de verlo recuperado.

—¡Lo demandaré! —gritó la voz—. ¡Lucharé hasta la muerte! ¿Por qué no me dejó solo? ¡Lo ha estropeado todo! —La voz se quebró en un sollozo largo y ronco.

—Ahora está usted un poco alterado —dijo la voz de mi padre.

—¡Lo echó todo a perder! —siguió lamentándose el hombre—. ¡Lo había hecho bien esta vez y usted lo estropeó! No quiero vivir...

—La vida es un regalo —dijo mi padre, con impasible dignidad, pero con un ligero matiz de reprimenda que me hacía recordar a aquel bondadoso dentista que había hecho una demostración sobre la prevención de las caries en la televisión que habíamos comprado hacía dos años—. Tendría que estar agradecido. Debería respetar su vida.

—¿Usted qué sabe? —gritó la voz guturalmente.

Luego se oyeron unos pasos cansinos que se alejaban y la voz del hombre se fue perdiendo en la distancia, dejando tras de sí una estela de palabras apagadas, como una ristra de burbujas submarinas. Mi padre cerró la puerta sin hacer ruido y regresó a la sala.

—No sé por qué lo haces —le dijo mi madre—. Nunca te lo agradecen.

—¿Hacer qué? —pregunté con los ojos fuera de las órbitas, rompiendo mi voto de silencio, tal era mi impaciencia por saber qué pasaba. Hasta aquel día, nunca había oído llorar a un hombre y el comprobar que a veces lo hacían me daba escalofríos.

—Cuando hay personas que intentan matarse —dijo mi madre— tu padre las devuelve a la vida.

—No siempre, Francés —replicó mi padre con tristeza.

—¡Demasiadas veces! —exclamó mi madre abriendo otra vez su libro—. Estoy harta de recibir llamadas telefónicas insultantes en plena noche. De verdad, me gustaría que lo dejases.

Mi padre era anestesista en el Hospital General de Toronto. Había estudiado para ello presionado por mi madre, pues ella consideraba que el futuro estaba en la especialización, todo el mundo decía que los especialistas ganaban más que los médicos de cabecera. Llegó incluso a estar dispuesta a hacer todo tipo de sacrificios económicos mientras él realizaba las prácticas. ¡Pero yo pensaba que todo lo que mi padre hacía era dormir a la gente antes de las operaciones! No conocía ese lado resucitador de su personalidad.

—¿Por qué intenta matarse la gente? —pregunté—. ¿Cómo les devuelves la vida?

Mi padre pasó por alto la primera pregunta, era demasiado complicada para él.

—Estoy probando métodos experimentales —contestó—. No siempre funcionan. Pero sólo me dan los casos desahuciados, cuando ya lo han intentado todo. —Y añadió, más a mi madre que a mí—: Os sorprendería la cantidad de personas que se agrupan. Que han podido... volver, tener otra oportunidad.

—Bien —dijo mi madre—, lo único que yo pido es que quienes no estén contentos se lo guarden para ellos mismos. Si quieres saber lo que pienso, te lo diré: es una pérdida de tiempo. Siempre lo intentarán otra vez. Si fuesen serios, se meterían una pistola en la boca y apretarían el gatillo. Ahí se va la oportunidad de sobrevivir.

—No todo el mundo es tan resuelto como tú —dijo mi padre.

Dos años más tarde, me enteré de algo más sobre mi padre. Vivíamos en otra casa, que tenía un comedor más grande, revestido de madera, impresionante. Mi madre daba una cena a dos parejas que, en privado, decía que no le gustaban, pero que según ella, había que invitarlas a cenar porque eran colegas de mi padre, gente importante del hospital, y ella procuraba ayudarlo en su carrera. No prestó la más mínima atención cuando él dijo que el hecho de invitar o no a aquella gente a cenar no tenía ninguna importancia en su carrera; ella siguió con su idea y los invitó a pesar de todo. Cuando por fin se dio cuenta de que mi padre estaba en lo cierto, dejó de dar cenas y empezó a beber más de la cuenta. Y debió de empezar a hacerlo ya por la época de aquella velada, de la cual todavía recuerdo el menú: pechugas de pollo con salsa de nata acompañadas de arroz integral y champiñones, ensaladas gelatinadas individuales de arándanos y apio, cubiertas de mayonesa. Patatas duquesa y un postre complicado hecho con mandarinas, salsa de jengibre y algún tipo de sorbete.

Yo estaba en la cocina. Tenía quince años y había alcanzado mi altura máxima: medía un metro setenta y seis centímetros y pesaba ciento once kilos, poco más, poco menos. Ya no asistía a las cenas que daba mi madre, que estaba harta de esa hija adolescente que parecía una ballena blanca y que sólo abría la boca para meterse algo en ella. Estropeaba su actuación de anfitriona encantadora. Por mi parte, a pesar de lo mucho que me habría gustado tener la oportunidad de ponerla en situaciones violentas, mi actitud con los extraños era diferente, para ellos mi obesidad era una desafortunada desventaja, como una joroba o un pie malformado, no se daban cuenta del rechazo, de la victoria que significaba, y el verme reflejada en sus miradas hacía tambalear la confianza que tenía en mí misma. Mi peso me producía un taciturno placer sólo en relación a mi madre, pero en relación a todos los demás, incluido mi padre, me hacía sentir desgraciada. Pero no podía parar.

Estaba en la cocina, pues, escuchando a escondidas a través del corredor y devorando sobras y restos. Ya comían el postre, así que yo daba buena cuenta del pollo, de las ensaladas de arándanos y de las patatas duquesa, y escuchaba la conversación en la otra habitación sin mucho entusiasmo, como sucede con las comedias radiofónicas de segunda. Uno de los médicos invitados había estado en la guerra, en Italia la mayor parte del tiempo por lo que parecía; el otro se había alistado pero nunca fue más allá de Inglaterra. Luego, por supuesto, venía mi padre, quien,

aparte de Reconocer que también había estado allí, nunca había hablado mucho de ello. Había escuchado conversaciones similares a aquélla antes y no me interesaban. De las películas de guerra que había visto había sacado la conclusión de que las mujeres no tenían mucho que hacer en las guerras, salvo lo que hacían de todos modos.

El que había estado en Italia volvió a contar una de sus hazañas y, tras un coro de murmullos sonoros, preguntó:

—¿Y tú; Phil, dónde estuviste destinado?

—Oh, yo... —balbuceó mi padre.

—En Francia —dijo mi madre.

—Ah, quieres decir después de la invasión —dijo el otro hombre.

—No —dijo mi madre, y lanzó una risilla nerviosa: señal de peligro. En los últimos tiempos, había adquirido la costumbre de lanzar risitas así durante las cenas. Esa risita, algo imprecisa e incontrolada, había reemplazado a la alegre y sonora carcajada social que esgrimía antes de forma tan resuelta como si sostuviese un bate de béisbol.

—¿Ah, sí? —dijo cortésmente el hombre de Italia—. ¿Y qué hacías?

—Matar gente —se apresuró a contestar mi madre, y con gusto, como si estuviese disfrutando de un chiste privado.

—Fran —intervino mi padre. Era un aviso, pero el tono estaba también lleno de súplica; algo nuevo y extraño.

Yo estaba royendo los últimos trozos del hueso de una pechuga, pero paré para escuchar más atentamente.

—Bien, supongo que todo el mundo mata a alguna que otra persona en la guerra —dijo el segundo invitado.

—¿A quemarropa? —siguió mi madre—. Estoy segura de que tú no has matado a nadie a quemarropa.

Se hizo un silencio parecido al que reina en una habitación cuando todos saben que algo emocionante, y probablemente desagradable, está a punto de ocurrir. Me imaginaba a mi madre observando los rostros atentos a su alrededor, eludiendo los ojos de mi padre.

—Estaba en Inteligencia —proclamó dándose importancia—. Aunque por su aspecto, nadie lo diría, ¿verdad? Lo arrojaron detrás de las líneas y trabajó con la resistencia francesa. Seguro que nunca os lo ha dicho, pero habla francés como un nativo, le viene de su padre.

—¡Caramba! Siempre he querido ir a París —dijo una de las mujeres—. ¿Es tan bonito como dicen?

—Su trabajo consistía en matar a los que consideraban impostores —continuó mi madre—. Simplemente tenía que sacarlos fuera y dispararles. A sangre fría. A veces ni siquiera sabía si había disparado al que debía. ¿No es increíble? —Su voz sonaba emocionada y llena de admiración—. Lo curioso es que no le gusta que hable de



ello... lo curioso es que me contó una vez que lo terrible de todo era que empezó a disfrutar con ello.

Uno de los invitados se rió nerviosamente. Me levanté y me dirigí a la escalera, con las zapatillas peludas podía caminar sin hacer ruido cuando quería, y me senté en uno de los escalones en la mitad del camino. Tal y como había previsto, al cabo de un segundo mi padre atravesó la puerta de vaivén y entró en la cocina, seguido de mi madre, la cual debió de haberse dado cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—Pero si no tiene nada de malo —se defendió ella—. Era por una buena causa. Nunca sacas provecho de ti mismo.

—Te pedí que no hablastes de ello —dijo mi padre. Parecía estar muy enfadado, furioso. Por primera vez me di cuenta de que él podía sentir rabia; normalmente era muy tranquilo—. No tienes ni idea de lo que fue aquello.

—Creo que es fantástico —replicó mi madre, sinceramente—. Demostraste mucho valor. No veo qué hay de malo.

—¡Cállate! —dijo mi padre.

Estas historias fueron posteriores, al principio él no estaba allí, y es quizá por esto que lo recuerdo a él mucho más bueno que mi madre. Y después estuvo ocupado estudiando, alguien a quien no había que molestar y luego estaba casi siempre en el hospital. Nunca supo muy bien cómo tratarme, aunque no lo sentí hostil, sólo abstraído.

Las pocas cosas que hacíamos juntos las hacíamos en silencio. Por ejemplo, se aficionó a cultivar plantas: enredaderas, cintas, helechos y begonias. Los sábados por la tarde, si tenía tiempo libre, le encantaba entretenerse cuidándolas, cortaba esquejes, trasplantaba y plantaba, mientras escuchaba las transmisiones radiofónicas de la ópera Metropolitana de la compañía Texaco y me dejaba ayudarle con las plantas. Como nunca decía casi nada, yo imaginaba que su voz era la de Milton Cross, amable e informado, describiendo los trajes de los cantantes y las apasionadas, trágicas y absurdas vicisitudes en las que se metían. Allí estaría él, mientras iba dando chupadas a la pipa a la que se había aficionado después de haber dejado de fumar cigarrillos, removiéndome sus plantas, hablándome de amantes apuñalados, o abandonados, o traicionados, de celos y locura, de amores eternos que triunfaban más allá de la tumba; y luego, como si las hubiese invocado, aquellas voces escalofriantes se dejaban llevar a la habitación y se me ponían los pelos de punta. Él era un conjurador de espíritus, un chamán con la voz de un viejo comentarista de ópera de voz seca e imparcial y vestido de esmoquin. O así era como yo imaginaba su voz cuando inventaba conversaciones que me habría gustado mantener con él pero que nunca pudo ser. Yo quería que él me contase la verdad sobre la vida, lo que mi madre no me contaría nunca y que él tenía que saber ya que era médico y había estado en la guerra, había matado gente y resucitado a los muertos. Esperaba siempre que me diese algún consejo, que me enseñara, pero nunca lo hizo. Quizá no sentía realmente que yo fuese

su hija, la primera vez que me vio habían pasado cinco años desde mi nacimiento y me trataba más como a una amiga que como a una hija, más como a un cómplice. ¿Pero cuál era nuestra conspiración? ¿Por qué no había vuelto de permiso durante aquellos cinco años? Una pregunta que también se hacía mi madre. ¿Por qué ambos actuaban como si él estuviese en deuda con mi madre?

Además estaban aquellas otras conversaciones que había oído por casualidad. A veces, me metía en el cuarto de baño de arriba, echaba el cerrojo y abría el grifo para que pensaran que me estaba lavando los dientes. Luego me arrodillaba sobre la alfombrilla para no coger frío en las rodillas y metía la cabeza en el váter para escucharlos a través de las cañerías. Era casi una línea directa a la cocina, que era el lugar donde transcurrían la mayor parte de sus peleas o más bien, de las de mi madre, pues era mucho más fácil escucharla a ella que a mi padre.

—¿Por qué no tratas de hacer algo con ella para variar? También es tu hija. Yo, la verdad, no puedo más.

Mi padre: silencio.

—¡No sabes lo que fue, yo sola criándola y educándola mientras tú estabas allá pasándolo bien!

Mi padre:

—No lo estaba pasando bien.

Y en una ocasión:

—Además, yo no quería tenerla. Y ni siquiera casarme contigo. Si quieres saber la verdad, tema que sacar el mejor provecho posible de un mal negocio.

Mi padre:

—Siento mucho que no te haya salido como querías.

Y una vez, que estaba muy enfadada:

—Eres médico, no me digas que no podías haber hecho algo.

Mi padre: (inaudible).

—¡No me vengas con esa mierda, tú mataste a mucha gente! ¡No me vengas con cuentos!

Al principio, me escandalicé, sobre todo de que mi madre utilizase la palabra «mierda». Se esforzaba tanto por parecer una dama delante de los demás, hasta de mí. Más tarde, intenté imaginar lo que había querido decir y cuando me dijo, «si no fuese por mí no estarías aquí», no la creí.

Comía para desafiarla, pero también por pánico. A veces tenía miedo de no existir realmente, yo era un accidente. Le había oído decir que yo había sido un accidente. ¿Quería volverme sólida, sólida como una piedra para que ella no pudiese deshacerse de mí? ¿Qué había hecho yo? ¿Había metido a mi padre en una trampa, si realmente era mi padre, había arruinado la vida de mi madre? No me atrevía a preguntar.

Durante un tiempo, quise ser cantante de ópera. Aunque eran gordas, podían ponerse trajes extravagantes, nadie se reía de ellas y eran queridas y alabadas. Por desgracia, no sabía cantar. Pero siempre me había atraído: poder estar delante de todo

el mundo y chillar lo más alto posible sobre el odio y el amor y la furia y la desesperación, gritar con toda la fuerza de los pulmones y convertirlo en música. Debía de ser estupendo.

## OCHO

—A veces creo que tienes la cabeza hueca —me decía mi madre cuando yo me ponía a llorar por cualquier tontería. Para su forma de pensar, las lágrimas eran prueba de estupidez—. Ya te daré algo para que llores con razón. Esto no es motivo para llorar. A lo hecho, pecho.

—Estoy sola —le decía yo—. No tengo a nadie con quien jugar.

—Juega con tus muñecas —replicaba ella mientras se pintaba los labios.

Sí que jugaba con ellas, diosas de plástico sin entrepierna, con el pelo rizado y ojos infantiles, con pechos sin pezones, que salían y entraban al apretarlos, suavemente, como también las rodillas. Las vestía para acontecimientos sociales a los que nunca asistían, luego las desnudaba otra vez y me quedaba mirándolas, deseando que adquiriesen vida. Eran castas, sin amor, viudas: en aquella época no había muñecos. Bailaban solas o se quedaban, apoyadas contra la pared, catatónicas.

Cuando tenía nueve años, pedí un perrito. Sabía que no lo iba a conseguir, pero así preparaba el terreno para que mi madre se fuese ablandando y me permitiese tener un garito. Una niña del colegio, cuya gata había tenido seis, me había ofrecido uno que tenía siete dedos en cada pata. Ese era el que yo quería. En realidad, lo que yo deseaba fervientemente era una hermanita, pero eso era imposible, y hasta yo lo sabía. Había oído a mi madre decir por teléfono que una era más que suficiente. (¿Por qué no era más feliz? ¿Por qué nunca podía hacerla reír?).

—¿Quién le daría de comer? —preguntó mi madre—. Tres veces al día.

—Yo —contesté.

—Tú no lo harías —dijo mi madre—. No vienes a casa a comer.

Era cierto, pues me llevaba la comida al colegio, en la fiambreira.

A un gato había que adiestrarlo y, además, arañaría los muebles. Después probé con una tortuga; no se me ocurría gran cosa que objetar a una tortuga, pero mi madre dijo que olería mal.

—No lo haré, en el colegio hay una y no huele —dije yo.

—Se perdería detrás de los muebles y se moriría de hambre —sentenció mi madre.

No quiso ni oír hablar de un conejillo de Indias o de un hámster, ni siquiera de un pajarito. Finalmente, tras un año de intentos frustrados, conseguí ponerla entre la espada y la pared. Pedí un pez. Sería silencioso, inodoro, sin gérmenes y limpio; al fin y al cabo, los peces viven en el agua. Tenía ganas de tener un bol grande con piedrecitas de colores y un castillo en miniatura.

A ella no se le ocurrió ninguna buena razón para negarse, así que se rindió y compré un pez de colores en Kresge.

—Se morirá —decretó—. Todos estos peces de colores baratos tienen enfermedades.

Pero al cabo de una semana de tenerlo cedió lo suficiente como para preguntarme

cómo se llamaba. Yo estaba sentada con los ojos pegados al cristal, observándolo nadar hasta el borde del agua para luego descender de nuevo eructando trocitos de comida.

—Susan Hayward —contesté.

Acababa de ver *Con una canción en mi corazón*, donde Susan Hayward lograba caminar después de haber estado postrada en una silla de ruedas. Las probabilidades estaban en contra de aquel pececito de colores y yo quería que tuviese un nombre valiente. A pesar de ello, se murió; mi madre dijo que había sido culpa mía, le había dado demasiada comida. Luego lo tiró por el váter, antes de que yo tuviese oportunidad de llorarlo y de enterrarlo adecuadamente. Quise comprar otro, pero ella dijo que seguramente no había aprendido la lección. Siempre tenía que estar aprendiendo una lección.

—¿Lo ves? —me dijo después—. El pelo rojo puede resultar muy atractivo.

Tía Lou era alta y corpulenta, su constitución era como la de los anuncios de corsés para mujeres maduras del catálogo de Eaton, pero a ella no parecía importarle. Se hacía un moño alto con su pelo entrecano y, sobre el montículo, se calaba sombreros extravagantes con plumas y lazos, que sujetaba con alfileres de perlas y se ponía voluminosos abrigos de piel y de gruesos tweeds, que la hacían parecer más alta y gorda todavía. En uno de mis primeros recuerdos de ella siendo yo pequeña, estoy sentada en su falda, amplia y cubierta de lana —la de ella era la única falda en la que recuerdo haberme sentado—, acariciando la piel de zorro que llevaba alrededor del cuello; y a mi madre decir:

—Baja, Joan, no molestes a tía Louisa.

Era un zorro de verdad, era marrón y no estaba entonces tan pelado como lo estuvo después; tenía cola y cuatro garras, ojos negros pequeños y brillantes y una nariz fría de plástico; y debajo de la nariz, en lugar de la mandíbula inferior, tenía un corchete que sujetaba la cola. Tía Lou abría y cerraba el corchete y hacía ver que el zorro hablaba. A menudo revelaba secretos como dónde estaban los chicles que me había traído, y hacía preguntas importantes también, como qué quería para Navidad. Cuando me hice mayor, se acabó el juego, pero tía Lou siguió conservando el zorro en su armario, aunque estaba pasado de moda.

Tía Lou me llevaba mucho al cine. A ella le encantaba, especialmente las películas que hacían llorar; consideraba que una película no era buena si no hacía llorar. Clasificaba las películas en: de dos Kleenex, de tres Kleenex, de cuatro Kleenex, como los tenedores en las guías de restaurantes. Yo también lloraba, y aquellos excesos de llanto consentido formaron parte de los momentos más felices de mi infancia.

En primer lugar, estaba aquella deliciosa sensación de escaparme de mi madre, pues aunque afirmaba estar de acuerdo, yo sabía que no era cierto. Entonces tomábamos un tranvía o un autobús para ir al cine. En el vestíbulo, nos abastecíamos de paquetes de Kleenex, palomitas de maíz y golosinas; luego nos instalábamos en la

acogedora y sedante oscuridad durante varias horas, engullendo y lloriqueando, mientras las pomposas heroínas de la pantalla sufrían sus respectivas vicisitudes.

Compartí el sufrimiento de la dulce y paciente June Allyson cuando padeció la muerte de Glenn Miller; me comí tres bolsas de palomitas mientras Judy Garland tenía que habérselas con un marido alcohólico, y cinco barras de Mars cuando Eleanor Parker, en el papel de una tullida cantante de ópera, avanzaba a tientas, de forma lastimera, en *Melodía interrumpida*. Pero la que más me gustó fue *Las zapatillas rojas*, con Moira Shearer interpretando a una bailarina de ballet clásico dividida entre su carrera y su marido. Me encantó, no sólo porque era pelirroja y llevaba unas maravillosas zapatillas rojas a juego con su cabello, sino también porque llevaba unos trajes preciosos y sufría más que nadie. A medida que su problema se complicaba más y más, yo mascaba más y más deprisa —y deseaba esas cosas también, quería bailar y estar casada con un director de orquesta que, además, fuese guapo— y, cuando al final ella se tiraba delante de un tren, lancé un furioso bramido que hizo que la gente de tres filas más adelante se diera la vuelta indignada. Tía Lou me llevó cuatro veces a verla.

Fui a ver unas cuantas películas para adultos mucho antes de serlo, pero nunca nadie se cuestionó mi edad. Por aquel entonces estaba bastante gorda y todas las mujeres gordas se parecen, todas aparentan cuarenta y dos años. Además, las mujeres gordas llaman menos la atención que las delgadas; se notan menos porque la gente siente pena y aparta la mirada. Los acomodadores y las taquilleras debían de verme como un enorme borrón sin rasgos. Si alguna vez hubiese robado un banco, ningún testigo hubiera podido describirme de forma precisa.

Salíamos del cine con los ojos enrojecidos y los hombros agitados todavía, pero con una cálida sensación de triunfo. Luego íbamos a tomar un par de refrescos o al apartamento de tía Lou a merendar —sándwiches de carne de cangrejo a la parrilla con mayonesa y ensalada de pollo frío. Siempre tenía esas cosas en la nevera o en latas en la despensa. Su edificio era antiguo, con artesonado de madera oscura y habitaciones grandes. Los muebles también eran oscuros y grandes, generalmente llenos de polvo y siempre desordenados: periódicos sobre el sofá, chales afganos por el suelo, zapatos sueltos o medias bajo las sillas, platos en el fregadero. Para mí, aquel desorden significaba que uno podía hacer lo que quisiera y lo imitaba en mi propia habitación, donde desperdigaba ropa, libros y envolturas de barras de chocolate sobre aquellas superficies tan cuidadosamente ideadas por mi madre; el tocador con volantes de puntilla de muselina, la colcha haciendo juego, la alfombra también. Esa fue la única forma de decoración interior que practiqué en la vida y lo malo era que, tarde o temprano, tenía que ordenarlo.

Después de merendar, tía Lou se servía una copa, se quitaba los zapatos, se instalaba en uno de sus gordinflones sillones y me hacía preguntas con su voz chillona. De hecho, parecía interesada en lo que yo tenía que decir y no se rió cuando le dije que quería ser cantante de ópera.

Una de las maneras que tenía mi madre para desacreditar a tía Lou era decir que estaba amargada y frustrada porque no tenía marido, pero si eso era cierto, tía Lou lo guardaba muy bien escondido. A mí me parecía que estaba mucho menos amargada y frustrada que mi madre, que, ahora que había conseguido, amueblado y decorado su definitiva casa, concentraba cada vez más sus energías en obligarme a adelgazar. Hay que decir que lo intentó todo. Cuando me negué a tomar las píldoras y a seguir las dietas, que ella había preparado con esmero, con menús para cada día de la semana y el número de calorías, me envió a un psiquiatra.

—Me gusta estar gorda —le dije, y rompí a llorar.

Mientras yo lloraba y jadeaba, él permanecía sentado, con las yemas de los dedos juntas, mirándome y sonriendo benévolo, no sin cierto asco.

—¿No quieres casarte? —preguntó cuando me hube calmado.

Esto me hizo volver a empezar a llorar, pero cuando volví a ver a tía Lou le pregunté:

—¿Nunca quisiste casarte?

Ella lanzó una de sus grandes carcajadas. Estaba sentada en su poltrona repleta de cosas, bebiendo un martini.

—Estuve casada, querida —dijo—. ¿No te lo había contado?

Siempre había supuesto que tía Lou era una solterona, porque tenía el mismo apellido que mi padre, Delacourt, pronunciado *Delacore*.

—Nobleza francesa, sin duda —decía tía Lou. Su bisabuelo había sido un granjero hasta que decidió progresar. Entró en los ferrocarriles, contaba ella, como accionista, vendió la granja para ello; fue así como la familia hizo dinero—. Eran todos unos estafadores, por supuesto —dijo tía Lou bebiendo un sorbo—, pero nadie los llamaba así.

Me enteré de que tía Lou se había casado a los diecinueve años con un hombre ocho años mayor, de buena posición social y aceptado por la familia. Desgraciadamente, resultó ser un jugador empedernido.

—Lo que ganaba por un lado lo perdía por el otro —dijo con su voz asmática—. ¿Pero qué sabía yo? Estaba locamente enamorada de él, querida, era alto, moreno y guapo.

Empecé a comprender por qué le gustaban las películas a las que me llevaba: se parecían mucho a su propia vida.

—Lo intenté, querida, de verdad, pero fue inútil. El desaparecía durante días y yo no tenía idea de cómo llevar una casa o administrar el dinero. En mi vida había comprado comida; lo único que sabía era que se cogía el teléfono y alguien te la llevaba a casa en una caja. La primera semana de casada pedí una libra de todo: una libra de harina, una libra de sal, una libra de pimienta, una libra de azúcar. Pensé que eso era lo que debía hacer. La pimienta duró años. —La risa de tía Lou se parecía a la de una morsa furiosa. Le gustaba hacer bromas sobre ella misma, pero a veces le provocaban ahogos—. Luego volvía y, si había perdido, me decía lo mucho que me

quería, y si había ganado, se quejaba de sentirse atado. Era muy triste, de verdad. Un día sencillamente no volvió más. Quizá le pegaron un tiro por no pagar. Me pregunto si vive todavía; si es así, supongo que aún estoy casada con él.

Más tarde me enteré que tenía un amigo de categoría social inferior. Se llamaba Robert, era contable, tenía mujer e hijos y los domingos por la noche iba a cenar a casa de tía Lou.

—No se lo cuentes a tu madre, querida —me pidió—. No creo que lo entendiera.

—¿Te gustaría casarte con él? —le pregunté cuando me lo contó.

—Gato escaldado del agua huye —me contestó—. Además, nunca me divorcié, ¿para qué? Simplemente volví a utilizar mi nombre de soltera y así no tengo que dar explicaciones. Sigue mi consejo y no te cases hasta que tengas por lo menos veinticinco años.

Ella daba por sentado que los pretendientes me pisaban los talones; ni siquiera se planteaba la posibilidad de que nadie me pidiese. La versión de mi madre era que nadie con mi aspecto podría lograr algo en la vida, pero tía Lou era partidaria de olvidar los defectos o tratarlos como obstáculos a superar. Aun tullidas cantantes de ópera habían salido adelante con sólo proponérselo. Aunque yo fuese tan gorda, algo se podría sacar de mí después de todo. Yo no estaba segura de ello.

Después de aquella mala experiencia con el jugador, tía Lou se lanzó a buscar y encontró un trabajo.

—No sabía escribir a máquina, querida —me explicó—. No me habían educado para trabajar; pero estábamos en plena Depresión, ¿sabes? La familia ya no tenía dinero. Así que tenía que hacerlo, ¿no te parece? Pero me abrí camino.

Cuando yo era más joven, mi madre y mi padre se mostraban evasivos con respecto al trabajo de tía Lou, y ella también. Todo lo que me decían era que trabajaba en una oficina de una empresa y que era la directora de un departamento. A los trece años me enteré de lo que hacía realmente.

—Mira esto, creo que es hora de que lo leas —dijo mi madre, poniendo en mis manos un folleto rosado.

El folleto estaba adornado con una guirnalda de flores y la frase «Te estás haciendo mayor». En la página interior había una carta, que empezaba así: «Hacerse mayor puede ser divertido, pero hay ciertas cosas en este proceso que pueden ser desconcertantes. Una de ellas es la menstruación...». Al final de la página había una fotografía de tía Lou, con una sonrisa maternal y profesional a la vez, tomada antes de que tuviese tanta papada. En el cuello llevaba un collar de perlas de una sola vuelta. Si bien solía llevar perlas en la vida real, nunca llevaba collares de una sola vuelta. Al final de la carta, aparecía su firma: «Atentamente, Louisa K. Delacourt». Estudié los diagramas del folleto rosado con interés; leí las indicaciones sobre el protocolo en el tenis y en los bailes del instituto, las sugerencias sobre la ropa y los consejos a la hora de lavarse la cabeza; pero lo que más me impresionó fueron la fotografía y la firma de tía Lou; como una estrella de cine, o algo así. En cierto modo,



mi tía Lou era famosa.

Cuando la volví a ver, le pregunté sobre su trabajo.

—Soy la directora de Relaciones Públicas, querida —me dijo—. Sólo para Canadá. Pero, en realidad, yo no escribí ese folleto, sabes. Se escribió en el departamento de Publicidad.

—¿Entonces, qué haces tú? —pregunté.

—Bien —dijo— voy a muchas reuniones y asesoro sobre los anuncios. Y contesto las cartas. Me ayuda mi secretaria, por supuesto.

—¿Qué clase de cartas? —seguí preguntando.

—Oh, ya sabes, quejas sobre el producto, solicitudes de consejos, ese tipo de cosas. Pensarás que todas provienen de adolescentes, y la mayoría lo son. Chicas que quieren saber dónde tienen la vagina y cosas así. Tenemos una carta tipo para esos casos. Pero algunas cartas proceden de personas que realmente necesitan ayuda, y éstas son las que contesto personalmente. Cuando tienen miedo de ir al médico o alguna cosa así, me escriben. La mitad de las veces no sé qué decirles. —Tía Lou terminó el martini y fue a servirse otro—. El otro día precisamente recibí una de una mujer que pensaba que la había dejado embarazada un íncubo.

—¿Un íncubo? —pregunté. Sonaba a aparato médico—. ¿Qué es?

—Lo busqué en el diccionario —dijo tía Lou—. Es una especie de demonio.

—¿Qué le contestaste? —pregunté, horrorizada. ¿Y si la mujer tenía razón?

—Le dije —empezó tía Lou pensativa— que se hiciese una prueba de embarazo y que si salía positiva no sería un íncubo. Si salía negativa, no tenía de qué preocuparse, ¿no te parece?

—Louisa es una indeseable —decía mi madre cuando le explicaba a mi padre por qué no invitaba a tía Lou a cenar más a menudo—. La gente siempre le pregunta en qué trabaja y ella siempre lo explica. No puedo permitir que use esas palabras en la mesa. Ya sé que lo hace con toda su buena intención, pero no le importa nada la impresión que puede dar.

—Tengo mucha mucha suerte —me dijo tía Lou riéndose entre dientes—. Pagan bien y en la oficina hay muy buen ambiente. No puedo quejarme de nada.

El psiquiatra se dio por vencido después de tres sesiones de lágrimas y silencio. Me ofendía la deducción de que parecía implícito que, además de ser gorda, había otras cosas mal en mí, y él se ofendía de mi ofensa. Le dijo a mi madre que se trataba de un problema familiar que no podía ser resuelto tratándome sólo a mí, y ella se indignó.

—Es un caradura —le dijo a mi padre—. Lo único que quiere es sacarme más dinero. Si quieres saber mi opinión, son todos unos charlatanes.

Después de esto, entró en una fase relajante. Creo que entonces ya estaba desesperada; no hay duda de que estaba obsesionada con mi volumen. Como la mayoría de las personas, seguramente pensaba en imágenes, y su imagen de mí entonces debía de ser la de un objeto de un solo agujero, como una cámara de

neumático, que tomaba cosas por un lado pero no las dejaba salir por el otro: si hubiese podido descorcharme de alguna manera, me habría deshinchado de golpe, como un dirigible. Empezó a comprar medicinas y, para que yo las tomase, disfrazaba sus propósitos, «Te irá bien para tu aspecto», y, algunas veces, las deslizaba en la comida. Una vez, llegó incluso a helar un pastel de chocolate con laxante Ex-Lax derretido y lo dejó sobre el mármol de la cocina, donde lo encontré y lo devoré. Me hizo mucho daño, pero no me hizo adelgazar.

En aquella época iba al instituto. Mi madre había querido enviarme a un colegio privado para chicas, donde las alumnas llevaban faldas y corbatitas escocesas, pero yo me opuse. Desde la época de las Exploradoras, desconfiaba de cualquier grupo compuesto sólo por mujeres, y en especial, mujeres en uniforme. Así que, a cambio, fui al instituto más cercano que, en opinión de mi madre, era el segundo en categoría pero no tan malo como podía haber sido, pues por entonces vivíamos en un barrio respetable. El caso era que las familias que mi madre veía como de su misma clase social, y que le gustaba imitar, enviaban a sus hijos al colegio privado donde quería que yo fuese, mientras que el instituto recogía a otro tipo de alumnos, principalmente al resto, procedentes de las casas más pequeñas situadas en la periferia del barrio, de aquellos edificios llamativamente nuevos y a los que se habían opuesto los vecinos ya establecidos y, peor aún, de los apartamentos que había sobre las tiendas en las calles comerciales. Algunos de mis compañeros de clase estaban muy lejos de ser lo que ella habría deseado, pero yo no se lo dije ya que no quería verme obligada a llevar uniforme.

A modo de incentivo para que adelgazase, mi madre empezó luego a darme dinero para ropa. Pensaba que debía comprarme prendas con las que llamase menos la atención, vestidos oscuros con lunares pequeños y rayas verticales que eran los favoritos de los diseñadores para las gordas. En cambio, yo buscaba prendas de peculiar y ofensiva fealdad, de colores intensos y rayas horizontales. Algunas las compraba en tiendas de maternidad, otras en tiendas con descuentos especiales; la que llevaba muy a gusto era una falda roja de fieltro, cortada en redondo, con un teléfono negro de encaje. Cuanto más brillantes eran los colores, cuanto más rotundo era el efecto, más segura estaba de comprarlo. No iba a permitir disimularme, neutralizarme, poniéndome un saco azul marino con lunares.

Una vez que llegué a casa con una trenka nueva color verde chillón con trabillas por delante, brillando como un melón de neón, mi madre se puso a llorar. Apoyada en la barandilla, todo el cuerpo flácido como si no tuviese huesos, lloró sin esperanza, pasivamente. Nunca había llorado donde yo pudiese verla y me quedé atónita, pero también encantada ante esa evidencia de mi poder, mi único poder. La había vencido: jamás permitiría que ella me hiciese a su imagen y semejanza, delgada y guapa.

—¿Dónde encuentras esta ropa? —dijo en medio de sollozos—. Lo haces a propósito. Si me pareciese a ti, me escondería en el sótano.

Había esperado esto durante mucho tiempo. La primera que llora, pierde.

—Has estado bebiendo —dijo, y era cierto. Por primera vez en mi vida experimenté, de forma consciente, la alegría que proporciona la recriminación hipócrita.

—¿Qué he hecho yo para que te portes así? —dijo.

Aunque eran las cuatro y media de la tarde, llevaba la bata y las zapatillas y el pelo bastante sucio. Pasé por delante de ella hacia mi cuarto pisando muy fuerte y sintiéndome bastante satisfecha de mí misma. Pero cuando reflexioné sobre ello, dudé. Ella se estaba atribuyendo todo el mérito, yo no era su marioneta; estaba claro que yo no me portaba así por algo que ella hubiera hecho, sino porque quería. Además, ¿qué había de malo en mi comportamiento?

—Yo soy exactamente así —dijo tía Lou en una ocasión—. Si a los demás no les gusta, es su problema. Recuérdalo, querida. No siempre puedes escoger tu vida, pero puedes aprender a aceptarla.

Me había acostumbrado a pensar que tía Lou era sabia; sin duda también era generosa. El único problema era que, si uno profundizaba sobre los trocitos de sabiduría que repartía, éstos podían tener varios significados. Por ejemplo, ¿tenía yo que aceptar a mi madre o mi madre tenía que aceptarme a mí?

Cuando soñaba despierta, me imaginaba que tía Lou era mi verdadera madre que, por alguna razón oscura pero justificable, me había entregado a mis padres para que se hiciesen cargo de mí. Quizá fuese yo hija del guapo jugador que algún día volvería a aparecer, o tía Lou me había tenido fuera del matrimonio, siendo muy joven. De ser así, mi padre no era mi verdadero padre y mi madre... pero llegado a este punto todo se venía abajo, pues, ¿qué podría haber persuadido a mi madre a quedarse conmigo si no hubiera estado obligada a ello? Cuando mi padre comentaba lo mucho que me quería tía Lou, mi madre contestaba en tono mordaz que era porque yo no estaba en sus manos todo el tiempo. En sus manos, en su pelo, metáforas que utilizaba mi madre cuando hablaba de mí, a pesar de que rara era la vez que me tocaba. Sus manos eran delicadas, con dedos largos y uñas rojas y llevaba el cabello bien peinado; no había lugar para mí entre aquellos rizos tiesos y perfectos. Siempre pude recordar el aspecto de mi madre, pero no cómo era al tocarla.

Tía Lou, sin embargo, era suave, mullida, lanosa, peluda; hasta su rostro, empolvado y coloreado, estaba cubierto de pelitos, como una abeja. De su cabeza escapaban mechones de pelo, de sus dobladillos hilos, olores dulzones de su cuello, allí donde yo reposaba la frente mientras escuchaba las historias de su zorro parlante. En verano, cuando yo era pequeña y paseábamos por los jardines de la Exposición Nacional de Canadá, me cogía de la mano. Mi madre no me cogía de la mano, allí tenía sus guantes. Me cogía por el brazo y por detrás del cuello. Y nunca me llevó a la Exposición que según ella no valía la pena. Tía Lou y yo pensábamos que sí merecía la pena, nos encantaba; los gritos de los barqueros, la música de gaitas, y las bolas de algodón rosa de azúcar y las grasientas palomitas de maíz que nos zampábamos mientras paseábamos de un pabellón a otro. Lo primero que hacíamos cada año era ir

a la sección de Alimentos Puros para ver a la vaca hecha de mantequilla de verdad; un año, en lugar de la vaca, hicieron a la reina.

Pero había algo que nunca pude recordar muy bien. Íbamos a la feria, por supuesto, y subíamos en algunas atracciones, las más lentas —a tía Lou le gustaba la noria—, pero había dos carpas a las que tía Lou no me dejaba entrar. En una había mujeres pintadas con vestidos como de harén, con enormes pechos que sobresalían, y dos o tres con pantalones de gasa y el estómago al aire posaban sobre una pequeña tarima fuera de la puerta, mientras un hombre con un megáfono trataba de conseguir que la gente comprase entradas. La otra carpa era la de los fenómenos de Feria y allí estaban el Tragafuegos y el Tragasables, el Hombre de Goma y las Gemelas Siamesas, unidas por la cabeza y vivas, decía el hombre, y la mujer más gorda del mundo. Tía Lou tampoco quería entrar en esta carpa.

—No está bien reírse de las desgracias de los demás —decía, más seria de lo habitual.

Esto me parecía injusto: los demás se reían de mí, yo debía tener una oportunidad también. Pero claro, nadie consideraba que ser gordo fuese una desgracia; se consideraba una desagradable falta de voluntad. No era algo del destino, como ser gemela siamesa o vivir en un pulmón de acero, y por consiguiente carecía de atractivo. Sin embargo, la Dama Gorda estaba en aquella carpa y yo quería verla, pero nunca la vi.

Lo que no podía recordar era si había dos tiendas o sólo una. El hombre del megáfono parecía ser el mismo tanto para los fenómenos como para las bailarinas. Ambos eran espectaculares, algo que había que ver para creer.

La atracción preferida de tía Lou era la que tenía una boca gigante afuera, de la que salía una continua risa grabada. Se llamaba «Risas en la Oscuridad». Tenía esqueletos fosforescentes y espejos distorsionantes que aumentaban o encogían el tamaño de quien se miraba. Aquellos espejos no me hacían ninguna gracia. No quería ser más gorda de lo que ya era y ser más delgada era imposible.

A veces me imaginaba a la Dama Gorda sentada en una silla, tejiendo, mientras colas y colas de rostros grises y delgados pasaban ante ella y miraban y miraban. La veía con sus pantalones de gasa y su cuerpo marrón de raso, como las bailarinas, y con zapatillas rojas. Pensaba en lo que debía de sentir. Un día se rebelaría, haría algo; entretanto, se ganaba la vida con la curiosidad de los demás. Estaba tejiendo una bufanda para uno de sus parientes que la conocía desde niña y que no la encontraba rara.

## NUEVE

Tenía una fotografía de tía Lou. La llevaba conmigo a todas partes y la colocaba sobre una cómoda allí donde iba, pero la dejé cuando me escapé a Terremoto: Arthur se podría dar cuenta de que no estaba. Había sido tomada en los jardines de la Exposición Nacional de Canadá, al otro lado del edificio del Coliseo y la había sacado un fotógrafo ambulante de esos que sacan la foto y luego entregan un papelito con un número.

—¿Es tu madre? —preguntó Arthur en una ocasión en que estaba deshaciendo la maleta.

—No —contesté—. Es mi tía Lou.

—¿Quién es la otra? La gorda.

A punto de decirle la verdad, titubeé un momento.

—Es mi otra tía —dije—. Mi tía Deirdre. Tía Lou era estupenda, pero la otra era insoportable.

—Parece que tenía problemas de tiroides —comentó Arthur.

—No, no tenía, simplemente comía demasiado. Era telefonista —le dije—. Le gustaba porque así podía estar sentada todo el día y, además, tenía un tono de voz alto. La ascendieron y estaba en uno de esos puestos en que telefonean a la gente para preguntar por qué no han pagado la cuenta.

Cuántas mentiras le conté; y no era sólo en defensa propia: había maquinado ya todo un falso pasado para esa sombra sobre un trozo de papel, esa mujer de edad imperceptible que miraba de reojo a la cámara y sostenía un cono de algodón rosa de azúcar, su rostro hinchado y vacío como el de una idiota mongoloide: mi propio cuerpo que no valía nada.

—Se parece un poco a ti —dijo él.

—Un poco —admití—. No me gustaba. Siempre me decía lo que tenía que hacer.

Me dolía un poco traicionarme a mí misma así. La fotografía era una oportunidad y habría debido aprovecharla, estábamos iniciando nuestra relación y podía haberme arriesgado. Por el contrario, me escondí detrás de la imagen que Arthur tenía de mí. Supongo que no podía confiarle todo aquel sufrimiento ya pasado y superado, pensaba que él no habría sido capaz de soportarlo. Me quería inepta y vulnerable, es cierto, pero sólo superficialmente. Debajo, había otro mito: yo podía permitirme ser inepta y vulnerable porque tenía un foco de fuerza, una reserva de fortaleza y entusiasmo a los que podría recurrir en caso necesario.

Todo mito es una versión de la verdad, y la fortaleza y el entusiasmo estaban allí sin duda. Aprendí lo que era la compasión a una edad temprana: daba billetes de dólar al Ejército de Salvación en Navidad y a los hombres sin piernas que vendían lápices en las esquinas, yo era de esas personas a las que se acercan los niños con la típica mentira de que han perdido el dinero del autobús y yo desembolsaba el dinero cada vez. Cuando bajaba por la calle Yonge, me paraban los Haré Krishna en cada

semáforo en rojo, era como un desfile, no sé cómo me detectaban. Me solidarizaba con todo lo que sufriese: gatos atropellados por coches, ancianas que se resbalaban y caían en las aceras heladas y se avergonzaban de su propia debilidad y de su ropa interior al aire, concejales que lloraban en la televisión cuando perdían las elecciones. Arthur me hizo ver más de una vez que por todo eso mi visión de la política era sensiblera. No me gustaban los pelotones de ejecución; siempre consideré que quienes eran destituidos del poder no merecían represalias por muy mal que lo hubiesen hecho durante su mandato. «Humanismo ingenuo», lo llamaba Arthur. Bien que le gustaba cuando se le aplicaba a él, sin embargo.

Lo que él no sabía era que detrás de mi sonrisa compasiva había dos filas de dientes apretados y, detrás de ellos, una legión de voces que gritaban «¿Y yo qué? ¿Qué pasa con mi propio dolor? ¿Cuándo me toca a mí?». Pero había aprendido a sofocar esas voces, a tranquilizarme y a mostrarme receptiva.

Conseguí pasar mis años del instituto practicando mucho el entusiasmo y la fortaleza. En el anuario del instituto, el Braeside Banner, al pie de las fotografías de grupo, donde las chicas, con el pelo a lo paje o con cola de caballo, las bocas pintadas de oscuro y las cejas perfiladas, estaban sentadas delante de los chicos, ellos con el pelo cortado al rape y los culos de dril ya grasientos, miraban hacia delante con los pies cruzados a la altura de los tobillos. Mi inscripción decía siempre: «¡Nuestra despreocupada amiga, con una fabulosa personalidad!» o «¡Una gran amiga!», «¡Joanie la más divertida!» o «Una chica estupenda que nunca parece alterarse». Para otras chicas decía cosas como: «¡Le gustan altos!» o «¡Ay, esas fiestas de Don Mills!» o «¡Su atracción más importante es cierto vendedor de Simpson!» o también «Las cosas buenas vienen en envases pequeños». En casa me mostraba malhumorada y apática, en el cine lloraba con tía Lou, pero en el colegio era simpatiquísima y extrovertida. Mascaba chicle, fumaba en los lavabos y me pintaba los labios de Rosa Precioso o Rojo Apasionado, y mi pequeña boca de labios de Cupido se perdía en el mar de mi rostro. Era buena en voleibol, pero no en baloncesto, donde había que correr mucho de un lado al otro. Me elegían para los comités, generalmente como secretaria; fui miembro del Club de las Naciones Unidas y formé parte de una delegación para el Modelo N.U., representaba a los árabes. Recuerdo que pronuncié un discurso bastante bueno sobre la apremiante situación de los refugiados palestinos. Ayudé en la decoración del gimnasio para los bailes, extendiendo en las paredes guirnalda flexibles e interminables hechas con Kleenex, aunque a esos bailes, por supuesto, nunca asistía. Mis notas eran buenas sin ser ofensivamente altas. Y lo más importante, representaba un tierno papel de tía y sabelotodo para un montón de chicas de la clase que se maquillaban como pasteles, se ponían jerséis de cachemir y tenían pechos respingones. Era por esto que el anuario decía aquellas cosas tan agradables sobre mí.

Había otras dos chicas gordas en el colegio. Una de ellas, Monica, estaba en un curso superior al mío. Tenía el pelo graso, lo llevaba corto y peinado hacia atrás,

como el de un chico, y usaba una chaqueta negra de piel con tachuelas plateadas. A mediodía, se juntaba con algunos de los chicos más duros y estúpidos en el aparcamiento, donde bebían alcohol adulterado que tenían escondido en las guanteras e intercambiaban chistes verdes. Ellos la aceptaban, más o menos, pero como si fuese otro chico más; no parecían pensar en ella como una mujer. Theresa, la otra, estaba en el mismo curso que yo pero en otra clase. Era pálida y reservada; no hablaba mucho y tenía pocos amigos. Andaba sola por los pasillos con los hombros encorvados y los libros apretados contra su pecho para ocultar parte de su volumen delantero, mirándose los pies con timidez y miopía. Llevaba blusas de rayón color crema discretamente bordadas, como las de las secretarias de cuarenta y cinco años. A pesar de ello, era Theresa, más que la descarada Monica, la que tenía fama de chica gorda, era a Theresa a quien los chicos le gritaban desde el otro lado de la calle, «¡Eh, Theresa, eh, gorda! ¿Quieres que vayamos juntos detrás de la casa?», en nombre de otros menos atrevidos. Theresa se giraba, ruborizada; nadie sabía si aquellos rumores eran ciertos, que «lo haría» en circunstancias favorables, pero todo el mundo los creía.

En cuanto a mí, yo hacía gala de una personalidad fabulosa y mis amigas eran chicas buenas, de esas que los chicos quieren llevar a bailar y al cine, donde fueran vistos en público y pudieran presumir. Nadie me gritaba groserías en la calle; en cualquier caso, nadie de mi colegio. A estas chicas les gustaba volver a casa caminando conmigo, mientras me pedían consejos y me hacían confidencias; y ello por dos razones: si se acercaba un chico que no les gustaba, allí estaba yo, una gobernanta gorda, la excusa perfecta, era como tener un tanque propio; si aparecía un chico más conveniente, el efecto que producían estando a mi lado no podía ser más que bueno. Además, yo era muy comprensiva. Siempre sabía cuál era el momento oportuno para decir, «Nos vemos mañana», y desaparecer hacia la lejanía como un globo en medio de un fuerte viento dejando a la pareja mirándose uno al otro en medio de la acera, frente a aquellas elegantes casas de Braeside con sus céspedes siempre cuidadosamente cortados. Las chicas me telefoneaban más tarde, jadeantes, sin aliento y me decían: «¡A que no sabes lo que ha pasado!». Yo contestaba: «¿Qué?», como si estuviese encantada, emocionada y muriendo por saber. Podían estar segurísimas de que yo no mostraría envidia, no coquetearía para hacerles la competencia y que no me preguntaría por qué mis amigas más íntimas no me invitaban a las fiestas mixtas que organizaban. A pesar de estar inmersa en carne, consideraban que yo estaba por encima de esas apetencias, lo cual, por supuesto, no era cierto.

Todas confiaban en mí, nadie me tenía miedo, aunque deberían haberlo tenido; yo sabía todo sobre mis amigas, sus ilusiones, sus preferencias, la marca de porcelana y el tipo de vestido de novia que ya habían escogido a los quince años, los nombres de los insospechados chicos a quienes querían otorgar sus tesoros, lo que realmente sentían por los chicos con los que salían, esos pelmazos y cobistas, y por los otros

con los que esas muñecas vivientes hubiesen preferido salir. Sabía lo que pensaban unas de otras y lo que decían a espaldas de cada una. Pero ellas no se hacían preguntas con respecto a mí; yo era una esponja, lo absorbía todo, no soltaba nada, a pesar de la tentación de contarlo todo, todo mi odio y mis celos, de dejar al descubierto el monstruo de dos caras que había en mí. Se me hacía insoportable.

La única ventaja de aquella vida de tensión fue que adquirí un conocimiento profundo sobre parte de mis futuras lectoras: las que se casaban demasiado jóvenes, las que tenían niños demasiado pronto, las que querían príncipes y castillos y acababan con maridos poco generosos en apartamentos diminutos. Claro que en aquel momento no podía preverlo.

Monica dejó de estudiar tan pronto como pudo. Lo mismo hizo Theresa, para casarse con un mecánico, un hombre mayor sin escuela. Se dijo que estaba embarazada, pero como comentó una de mis amigas, ¿cómo podía saberse? Yo seguí, tenazmente; quería graduarme para tener los estudios terminados, pero no tenía ni idea de lo que iba a hacer después. Mi madre quería que fuese al Trinity College, en la Universidad de Toronto, que tenía muy buena fama, y yo casi lo deseaba también, quería estudiar arqueología o historia quizá; pero no podía soportar la idea de otros cuatro años de sufrimiento agudo y oculto, con lo que ello implicaba: los horrores de las ligas femeninas, los noviazgos, los partidos de fútbol y las bodas en primavera. Empecé a trabajar a tiempo parcial y abrí una cuenta en un banco. Le dije a tía Lou, pero a nadie más, que en cuanto tuviese dinero suficiente me marcharía de casa.

—¿Crees que es una idea acertada? —me preguntó.

—¿Crees que quedarme sería una buena idea? —le pregunté.

Ella conocía a mi madre y habría debido solidarizarse conmigo, pero quizá le preocupaba lo que me podría pasar cuando viviese mi propia vida. A mí también me preocupaba. Quería marcharme, pero también me daba miedo.

Me sentía culpable con tía Lou: ya no iba tanto al cine con ella como antes. La verdad era que tenía miedo de que alguna de mis amigas, Barbara, Carole-Ann (que era animadora deportiva) o Valerie, apretada dentro de un jersey de cachemir, los pequeños y respingones pechos asomando airosos como pulgares en alto, y la goma del pelo con adornos de flores artificiales alrededor, remolcando a un chico con una chaqueta con la letra B grabada, apareciese en el mismo cine y me viese lloriqueando junto a mi fornida tía envuelta en pieles.

—No te marches hasta que estés preparada —me dijo tía Lou sabiamente, lo cual, como de costumbre, podía significar cualquier cosa.

Los puestos de trabajo a los que yo podía acceder no eran especializados ni muy agradables. Por regla general, los empresarios no contratan a personas tan gordas, pero a algunos les parecía demasiado violento rechazarme de plano, sobre todo cuando habían puesto un anuncio. Los miraba acusadoramente desde mis hinchados párpados, y les decía:

—Aquí está el anuncio. Aquí, ¿lo ve?



Me tomaban por un par de semanas, inventando una historia sobre un miembro del personal que estaba de vacaciones. Fue así como trabajé en una tienda de «todo a cinco y diez centavos» durante tres semanas, dos de acomodadora en un cine, tres de cajera en un restaurando te y así sucesivamente. Algunos empresarios estaban encantados conmigo: al ser mujer, les resultaba más barata y, además, no les creaba problemas, cosa que pasaba con otras mujeres, entre los empleados y clientes. Sin embargo, normalmente estos trabajos eran duros y desagradables, como lavar platos, y no duraba mucho tiempo en ellos.

Mi madre estaba desconcertada.

—¿Para qué tienes que trabajar? —preguntaba—. Te damos todo el dinero que necesitas.

Ella lo veía como un agravio personal, lo cual resultaba gratificante. Además, debía de recordarle su propia vida de joven.

Cuando se puso de moda hablar abiertamente sobre el sexo, leí una cantidad de relatos sobre las primeras experiencias sexuales de otras personas: masturbación con pomos de puertas, grifos y mangos de máquinas de afeitar eléctricas, escarceos en los asientos traseros en los autocines, revolcones entre los matorrales y cosas así. Ninguna de ellas se parecía a las mías. Tuve dos tempranas experiencias sexuales, si bien se puede decir que suprimí mi interés por el sexo totalmente como lo suprimí también por las películas de guerra. Como no había un papel adecuado para mí, hice caso omiso a todo el asunto tanto como pude. Aunque hacía ver que sí, la verdad es que no compartía la pasión colectiva de mis amigas por los cantantes. Lo máximo que me permitía era un deseo idealizado por la figura de Mercurio que aparecía en la tapa del listín telefónico de Toronto, con sombrero alado y sandalias, músculos impresionantes y un cable de teléfono envolviendo discretamente sus lados. El anuncio desapareció hace años, quizá porque la compañía telefónica descubrió que era el dios de los ladrones y del fraude, además del de la velocidad.

Sin embargo yo tenía acceso indirecto a los misterios sexuales a través de Barbara y Valerie, comía con ellas y volvíamos a casa caminando juntas, si bien es cierto que tendían a hablar de estos temas más entre ellas que conmigo. Me excluían por respeto, como se excluiría a una monja o a un santo. Sexualmente eran unas remilgadas y lo que daban de ellas mismas lo hacían ciñéndose a cantidades permitidas, un beso después de la tercera cita, besos más en serio si ya salían, protección por debajo del cuello. Era antes de la píldora, pero de boca de sus madres o por comadreo conocían demasiados casos tristes de chicas que habían tenido que casarse o, todavía peor, que habrían debido casarse pero no podían, como para no mantenerse inflexibles. Si iban más allá de lo permitido, no lo contaban.

Mi primera experiencia sexual fue como sigue: caminaba hacia casa con Valerie, que ya había hecho varias apariciones como invitada en las páginas de mi colección Vestidos Góticos, en una ocasión vestida con enaguas, otra vez con un traje de línea griega estilo Regencia, con el escote muy bajo. Ese día, sin embargo, llevaba un

jersey rojo con un prendedor con un caniche; falda escocesa a juego, mocasines y una gabardina azul marino. Me estaba contando que la tarde anterior, justo cuando se estaba lavando la cabeza, había recibido una llamada importante. Cuando nos faltaban algunas manzanas para llegar a donde yo doblaba para ir a mi casa, nos detuvo un chico que llevaba semanas intentando salir con ella. A Valerie no le interesaba, lo consideraba, según yo sabía, un pelmazo, pero las normas de buen comportamiento dictaban que no debía ser abiertamente mal educada con él, ya que eso podía crearle fama de engreída. Así que el chico se puso a caminar con nosotras, mientras conversaba nerviosamente con Valerie, ignorándome totalmente.

Valerie me lanzó una mirada significativa, así que no doblé al llegar a mi calle sino que la acompañé hasta su casa, sabiendo que luego me llamaría y me daría las gracias por haber captado su mensaje. Cuando llegamos al camino de entrada, ella se despidió, se giró y subió el sendero balanceando la cola de caballo. La puerta posterior se cerró detrás de ella. Me quedé en la acera, los pies se me desbordaban por los costados de los mocasines. Me dolían los tobillos, me había alejado tres manzanas de mi camino e iba a tener que desandarlas, ya era hora de llegar a casa y hacerme un sándwich de tres pisos con queso Kraft y mantequilla de cacahuete antes de prepararme para mi trabajo de acomodadora en el cine Starlite, con Natalie Wood en *Esplendor en la hierba*. Suponía que el chico, que ni a mí me gustaba, diría «Hasta pronto», y se alejaría de mí tan rápido como pudiese. Pero en cambio, hizo algo curioso. Se arrodilló delante de mí, justo en medio de un charco de barro (era abril y había llovido) y enterró su rostro en mi enorme estómago.

¿Qué hice yo? Me quedé estupefacta; sentí pena; le acaricié el pelo. La mano me olió a Brylcreem durante días.

Al cabo de unos minutos se levantó, las rodillas de los pantalones le chorreaban, y se marchó. Esa fue mi primera experiencia sexual. Me fui a casa y me comí el sándwich.

La razón por la cual ese chico en concreto, cuya expresión, tensa, incluso agonizante, pude recordar más tarde de forma bien clara, aunque no así su nombre, llevó a cabo ese acto grotesco, casi ritual, en medio de una acera fangosa del barrio Braeside Park, frente a una casa normal y corriente de ladrillos rojos con los bordes blancos, puertas y ventanas blancas y un cedro bien podado a cada lado de la puerta principal, es algo que no podía entender. Quizá fue de tristeza por algún mal de amor y buscaba consuelo. También podría haber sido un acto instintivo de adoración al vientre; o quizás, a juzgar por la forma en que sus brazos, el libro de química quedó olvidado sobre la hierba, me rodearon hasta donde pudieron, y sus dedos se hundieron en mis pechos, es posible que me hubiera percibido como un solo y enorme pecho. Pero esta especulación fue posterior. En aquel momento, la novedad de haber sido tocada por un muchacho me afectó tanto que olvidé el incidente tan pronto como pude. No había resultado muy agradable. Ni siquiera lo aproveché para burlarme de él, como podía haber ocurrido si hubiese sido más delgada. Por su parte,

me evitó y no volvió a tratar de que Valerie saliese con él.

Mi segunda experiencia sexual ocurrió durante uno de mis trabajos a tiempo parcial. Fue cuando trabajaba de cajera en un restaurante pequeño y mediocre llamado Bite-A-Bit, donde se servían perritos calientes, hamburguesas, batidos, café, porciones de pastel y, si se quería, también comida completa, pollo frito y camarones, filetes finitos, chuletas de cerdo a la plancha y rosbif.

Trabajaba de cuatro y media a nueve y media, la hora de cierre, y mi salario incluía una comida gratis, de los platos más baratos de la carta. Trabajaba encaramada en lo alto de un taburete, detrás de la caja registradora y cobraba. También atendía a los clientes que se sentaban en la barra cerca de mí y, para ello, tenía un teléfono conectado con la cocina por el cual daba los pedidos.

La zona de la cocina estaba en la parte de atrás y había una escotilla de comunicación decorada con papel imitando ladrillo y cacerolas de cobre que nunca se utilizaban. Había dos cocineros, un canadiense aletargado y huraño, y un extranjero, italiano o griego, no estaba segura de dónde, que tenía una mirada viva y era muy dinámico. Por mi experiencia en los distintos trabajos, siempre ocurría lo mismo. Los canadienses que realizaban ese tipo de trabajos no pretendían llegar más alto; a pesar de la ventaja de conocer el idioma y el terreno, eso era lo mejor que sabían hacer. Los extranjeros, en cambio, iban subiendo, ahorraban y aprendían, no tenían intención de quedarse a un nivel de servidumbre. El cocinero extranjero hacía el trabajo en la mitad de tiempo que el otro y era el doble de amable. Sonreía a las camareras cuando les pasaba los platos y, canturreando fragmentos de canciones exóticas, corría de un lado a otro dentro de aquel horno que era la cocina, como una ardilla rayada; y era evidente que su compañero lo habría matado encantado.

Mi relación con él comenzó cuando empezó a coger el teléfono cada vez que yo llamaba para transmitir un pedido. Podía verme claramente a través de la escotilla.

—¿Sííí...? —cantaba dulcemente.

—Una hamburguesa y una de patatas fritas pequeña —pedía yo.

—Para ti será extra especial.

Yo pensaba que me tomaba el pelo y no le hacía caso, hasta que, un día, me preguntó por el intercomunicador:

—¿Tú tomas café conmigo, eh? ¿Después del trabajo?

Me quedé demasiado sorprendida para decir que no. Nunca nadie me había propuesto ir a tomar café.

Sin dejar de dar vueltas a mi alrededor como un remolcador en torno al *Queen Elizabeth* —medía unos doce centímetros menos que yo y probablemente pesaba treinta y cinco kilos menos—, me ayudó a ponerme el abrigo y me abrió la puerta. Cuando estuvimos sentados frente a frente en una cafetería cercana, fue directo al grano.

—Yo necesito para ti casarte conmigo.

—¿Qué? —exclamé.

Se inclinó sobre la mesa mirándome con sus brillantes ojos negros.

—Hablo en serio. Quiero conocer a tu padre, y mira, te muestro mi cuenta del banco. —Ante mi consternación, hizo avanzar una pequeña cartilla de banco azul hacia mí.

—¿Mi padre? —dije balbuceando—. Tu cuenta bancada...

—Mira —prosiguió él—, tengo intenciones correctas. Quiero abrir restaurante mío pronto, he ahorrado suficiente. Tú eres una chica seria, no eres como muchas de este país, tú eres una chica buena. Te he observado, y yo no sé hablar bien. Tú trabajarías en la caja para mí y recibirías a la gente. Yo cocinaría, cosas mucho mejor que allí. —Con la mano señaló el otro lado de la calle, hacia el Bite-A-Bit—. Yo serviré el vino, sólo un cerdo puede comer sin vino, ¿no crees?

—Pero... —dije.

Por un momento apenas, no se me ocurrió ninguna razón por la que no debiese aceptar. Luego imaginé la cara de mi madre mientras yo recorría el pasillo central vestida de raso blanco con ese extranjero minúsculo colgado de mi brazo como si fuese un bolso.

—Te daré niños —dijo él—. Muchos niños, veo que te gustan los niños. Eres una chica buena. Luego, cuando tengamos bastante dinero, vamos a visitar mi país. Te gustará.

—Pero, no soy de la misma religión que tú —repliqué.

Hizo un gesto con la mano.

—Cambiarás.

La primera vez que estuve en Terremoto comprendí lo que él había visto en mí: yo ya tenía el cuerpo de una esposa, tenía la forma que a muchas mujeres les lleva años adquirir. Yo había empezado un poco antes, eso era todo. Pero en aquel momento, no podía superar la sospecha de que se estaba burlando de mí; o eso, o era simplemente una proposición comercial. Pero, qué fácil habría sido; pues a pesar de su tamaño, evidentemente estaba acostumbrado a tomar decisiones y yo no habría tenido que tomar ninguna nunca más. No obstante, no quería seguir siendo cajera durante mucho tiempo más. No era muy buena para las sumas.

—Te lo agradezco mucho, pero me temo que es imposible —le dije.

Él no se desanimó. Durante las semanas siguientes se comportó como si hubiera esperado una negativa por mi parte, como un asunto de guardar las formas. Yo me había mostrado modesta y oportuna rechazándolo, y ahora todo lo que necesitaba era persuasión: tras la cantidad adecuada, yo cedería. Coqueteaba conmigo a través de la escotilla cuando iba a recoger mis pedidos, lanzándome miradas felinas y agitando su pequeño y oscuro bigote, me llamaba por el intercomunicador para suspirar y rogar, sin dejar de observarme desde la plancha. Cuando llegaba mi pausa para cenar, me preparaba platos caros y prohibidos, llenaba mi plato hasta arriba de camarones, que sabía que me gustaban, y adornaba la pila con una ramita de perejil. Mi apetito, normalmente gigantesco, empezó a decaer, en parte por el efecto de estar en contacto

con la comida de otros durante horas, y en parte también porque durante cada comida tenía la sensación de que estaba siendo sobornada.

Todo aquello tenía visos de ceremonia, una actuación que era necesario llevar a cabo antes de que yo cediese e hiciera lo que él quería; sin embargo, como ocurre con todas las ceremonias en las que se cree, ésta era sincera y extrañamente conmovedora. Me gustaba él pero me molestaba. Yo sabía que no merecía aquellas atenciones y, además, había algo absurdo en ellas, era como ser perseguida por Charlie Chaplin. Sentí un gran alivio cuando la cajera fija volvió y pude dejar aquel trabajo.

Durante un tiempo, en el colegio, soñé despierta con este hombre (nunca supe su verdadero nombre, pues, a causa de su determinación por convertirse en canadiense, insistía en que se llamaba John). La mayoría de las veces lo veía meramente como un paisaje, una región de cielos azules, clima suave, playas de arena blanca y una majestuosa ruina clásica, con pilares, en lo alto de un acantilado; un lugar que contrastaría notablemente con el severo Toronto y sus arenosos vientos invernales, su aguanieve salada que destrozaba las botas, o sus veranos, húmedos y agobiantes; un sitio donde, por fin, yo podría encajar, donde tendría la forma física adecuada. Muchas veces pensé que habría sido agradable haberme casado con él, tanto como tener un animalito doméstico, pues, con sus ojos negros y su bigote suave, se habría parecido a un animal cariñoso, una ardilla o una nutria, que corretease por mi cuerpo, tan enorme para él como una península. Pero estas imágenes se iban disipando gradualmente y, mientras escuchaba el zumbido del profesor de historia, que hablaba monótonamente sobre los recursos naturales y otros temas que no me interesaban, regresaba a una de mis fantasías anteriores.

En ésta, estaba en una carpa de circo. Estaba oscuro, estaba a punto de suceder algo, la tensión mantenía al público expectante. Yo comía palomitas de maíz. De pronto, un rayo de luz cortó la oscuridad y enfocó a una minúscula plataforma en lo alto de la carpa. Sobre ella, estaba la Dama Gorda del espectáculo de fenómenos de Feria de la Exposición Nacional de Canadá. Era más gorda de lo que me la había imaginado, más gorda que en el tosco retrato del cartel, mucho más gorda que yo. Iba vestida con mallas rosadas con lentejuelas, una faldita del mismo color, corta y vaporosa, y zapatillas de ballet de raso y una diadema brillante en la cabeza. Llevaba una sombrillita, que sustituía a las alas que me habría gustado ponerle. Incluso en mis fantasías, me mantenía fiel a algunas reglas básicas de la realidad.

El público lanzó una gran carcajada. Reían, la señalaban y se burlaban, cantaban canciones insultantes. Pero la Dama Gorda, ajena a todo, mientras la orquesta tocaba una melodía lenta y solemne, empezó a caminar con mucho cuidado por la cuerda. Esto silenció al público que elevó un murmullo de consternación. Era evidente que lo que estaba haciendo era peligroso para ella, estaba tan enormemente gorda que no podría mantener el equilibrio, se tambalearía y caería. «Se va a matar», murmuraban; pues no había red de seguridad.

Poco a poco, centímetro a centímetro, la Dama Gorda avanzaba por la cuerda, se paraba de vez en cuando para comprobar el equilibrio y mantenía la sombrilla sobre la cabeza de forma desafiante. Paso a paso, la llevé a través de las industrias de explotación forestal de la costa oeste, sobre los trigales de las praderas, muy por encima de las minas y las chimeneas de Ontario, apareciendo en las nubes como una visión rosa para los modestos granjeros del valle Saint Lawrence, y sobre los pescadores de caballa de las provincias marítimas.

—¡Cielo santo! ¿Qué es eso? —murmuraban dejando por un momento la interminable tarea de recoger las redes.

Vaciló varias veces y el público contuvo la respiración; la cuerda oscilaba, ella se concentraba con todas sus fuerzas en esta peligrosa cruzada, pues una caída habría significado la muerte.

Entonces, justo antes de que sonase la campana y se acabase el tiempo —ahí estaba la gracia—, ella pisaba el otro lado sana y salva y la gente se ponía de pie y recibía su clamor como homenaje. Aparecía entonces una enorme grúa que la bajaba hasta el suelo.

Pensarán que le ponía mi propio rostro a la Dama Gorda, pero no era tan simple. Por el contrario, tenía la cara de Theresa, mi despreciada compañera de sufrimiento. En el colegio la evitaba, pero yo no era del todo un monstruo desalmado, deseaba reparar el daño, tenía buenos propósitos.

Sabía cómo analizaría Arthur esta fantasía. Qué vergüenza, diría, cuánto daño me hacía la actitud de la sociedad, que me obligaba a meterme en un molde de femineidad en el que nunca encajaría, a meterme en esas ridículas mallas rosadas, las lentejuelas y las estrechas zapatillas de ballet pasadas de moda. Cuánto mejor habría sido para mí haber sido aceptada por lo que era y que yo hubiera aprendido, también, a aceptarme a mí misma. Muy cierto, muy correcto, muy piadoso. Pero no es tan simple. Yo quería aquellas cosas, aquella faldita vaporosa, aquella diadema brillante. Me gustaban.

En cuanto a la Dama Gorda, sabía perfectamente que, después de su proeza desafiando a la muerte, tenía que regresar a su número, de fenómenos, y sentarse en su inmensa silla con su tejido para que la observasen quienes habían pagado para ello. Esa era su vida real.

## DIEZ

Estaba en tercero del Braeside High, una vez que tía Lou me invitó un domingo a cenar. Me sorprendió, pues sabía que reservaba las tardes de los domingos para Robert, el contable de su compañía. Pero cuando me dijo, «Ponte algo bonito, querida», comprendí que lo iba a conocer. No tenía nada bonito para ponerme, pero era muy de tía Lou no haber caído en ello. Me puse la falda de fieltro, la del teléfono.

Iba preparada para sentir celos de Robert. Me había imaginado que sería alto, arrollador y un poco siniestro, y que se aprovecharía del carácter afectivo de tía Lou. Pero en cambio, era bajo y pulcro, el hombre mejor vestido que había visto. Tía Lou había incluso arreglado el piso en su honor, más o menos, pues vi la punta de una media de nailon asomando debajo del mejor sillón, donde estaba sentado él bebiendo un martini.

Tía Lou se había emperifollado de pies a cabeza. Llevaba un montón de colgantes, sus muñecas tintineaban y despedía efluvios de South Sea. Mientras iba de un lado al otro dando los últimos toques al festejo que había preparado, parecía acalorarse y expandirse, llenando toda la habitación. Robert la observaba como si ella fuese una magnífica puesta de sol. Me pregunté si algún hombre me miraría así algún día.

—No sé qué puede ver tu tía en un viejo palo seco como yo —dijo él, aparentemente a mí, aunque en realidad se lo estaba diciendo a ella.

Tía Lou lanzó un gritito.

—No te dejes engañar —replicó—. En el fondo es un demonio.

Después de la *mousse* de chocolate, tía Lou me dijo:

—Joan, querida, estábamos pensando si te gustaría ir a la iglesia con nosotros.

Esto me sorprendió todavía más. Mi madre iba a la iglesia por razones sociales; me había obligado a asistir a la escuela dominical durante años, con guantes blancos, sombreros de fieltro azul marino sujetos con una goma elástica y zapatos de charol marca Mary Jane. Tía Lou se puso de mi parte cuando dije que era aburrida. Ella misma me llevó alguna que otra vez, pero sólo los domingos de Pascua, a una pequeña iglesia anglicana, por los cantos, decía, pero nada más. Aquel día, sin embargo, se encasquetó uno de sus asombrosos sombreros encima de su moño, se empolvó la nariz y cogió flemáticamente sus guantes blancos.

—No es exactamente una iglesia, pero Robert va todos los domingos —me explicó.

Fuimos en el coche de Robert y aparcamos en una callejuela al norte de Queen. Alrededor, las casas eran adosadas y viejas, de dos pisos, de ladrillo rojo y con porches delanteros; el barrio era sórdido y deprimido. Nieve sucia bordeaba el césped de los jardincitos. Una de las casas destacaba entre las otras porque tenía las ventanas con cortinas de un rojo vivo que brillaban por el efecto de la luz interior; en esta casa entramos.

En el recibidor, había una mesa con una gran bandeja de latón, una pila de papelitos y algunos lápices; debajo, botas de lluvia y chanclos escurriéndose sobre hojas de periódico. Tía Lou y Robert escribieron un número en los papelitos y los colocaron, doblados, en la bandeja.

—Escribe tú también un número, Joan —dijo tía Lou—. Tal vez recibas un mensaje.

—¿Un mensaje? —pregunté—. ¿De quién?

—Bueno, nunca se sabe —dijo—. Pero puedes probar...

Preferí esperar y ver qué pasaba. Después de haber traspasado unas cortinas de terciopelo color morado, entramos en la Capilla, como aprendí a llamarla después. Antes había sido la sala de estar de la casa, pero entonces tenía cinco o seis filas de sillas de bridge plegables y, sobre cada una, un libro de cantos. En lo que había sido el comedor, había mía tarima alta con un púlpito cubierto de terciopelo rojo y un órgano eléctrico pequeño. Sólo un tercio de las sillas estaba ocupado; la habitación se llenó un poco más antes de que empezara el servicio, pero en mis visitas posteriores tampoco la vi nunca completamente llena. La mayoría de los miembros habituales de la congregación eran bastante mayores y muchos padecían de tos crónica. Tía Lou y Robert eran de los más jóvenes.

Nos instalamos en las sillas de la primera fila, tía Lou moviéndose sin parar como una gallina, Robert derecho y remilgado. Durante un rato no ocurrió nada; de la parte de atrás, nos llegaban carraspeos y ruido de pasos. Abrí el libro de cantos, era bastante delgado, nada que ver con el anglicano. Se llamaba *El libro de himnos espiritistas*; y bajo el título y marcado con un sello de goma, *Propiedad de la capilla Jordán*. Leí dos, al azar. Uno hablaba de la alegre travesía en barco por un río en dirección al Más Allá donde los seres queridos esperaban. El otro era sobre los espíritus benditos de quienes se habían ido ya, que velaban por nuestra seguridad hasta que alcanzásemos la otra orilla. Este pensamiento, sin embargo, me hizo sentir incómoda. Ya había sido bastante malo escuchar en la escuela dominical que Dios nos observa cada minuto de cada hora, y ahora tenía que pensar en toda aquella gente a la que ni siquiera conocía que me espiaba.

—¿Qué clase de iglesia es ésta? —susurré a tía Lou.

—Chit, querida, van a empezar —me dijo ella tranquilamente.

Dicho y hecho, la intensidad de luz disminuyó y una mujer bajita, con un vestido marrón de seda artificial y pendientes de botón dorados y prendedor a juego, cruzó la tarima y empezó a tocar el órgano eléctrico. En tomo a mí se elevó un coro de vocecitas temblorosas, agudas como grillos.

En mitad del himno entraron dos personas por la puerta que daba a la cocina y se situaron detrás del púlpito. Una de ellas, supe más tarde, era la reverenda Leda Sprott, la directora. Era una mujer majestuosa, mayor, de ojos azules, cabello azul y nariz romana; vestida con un vestido largo de raso blanco, una cinta morada bordada, como un punto de lectura, rodeaba su cuello. La otra persona era un hombre escuálido y



gris que fue presentado como «El señor Stewart, nuestro médium invitado». Otras veces me pregunté en qué sentido era invitado, pues siempre estaba allí.

Cuando el himno llegó, flaqueando, a su fin, Leda Sprott alzó las manos.

—Meditemos —dijo, con voz profunda y resonante.

Y se hizo silencio, sólo interrumpido por el ruido de unos pasos inseguros que traspasaron las cortinas moradas y luego subieron, muy despacio, por la escalera. Leda Sprott inició una corta plegaria, pidiendo a nuestros seres queridos que ya habían llegado a la luz mayor que ayudasen a los que todavía vagábamos por las nieblas en el más acá. Se oyó, a lo lejos, la descarga de una cisterna y pasos bajando, que regresaban.

—Y, ahora, nuestro médium invitado, el señor Stewart, nos ofrecerá un mensaje de reflexión —dijo la reverenda Leda, a la vez que se hacía a un lado.

Cuando dejé de ir a la iglesia de los espiritistas me sabía casi de memoria el mensaje del señor Stewart, pues era el mismo cada semana. Nos decía que no debíamos desanimarnos, que había esperanza; que cuando las cosas parecían más oscuras, ya el alba estaba llegando. Citaba algunos versos de *No digáis que la lucha es inútil*, de Arthur Hugh Clough:

*Y no sólo por las ventanas del este,  
Cuando llega la luz del día, penetra la luz;  
Delante, el sol se eleva despacio, qué despacio.  
Pero al oeste, mira, la tierra resplandece.*

Y otro verso del mismo poema: «Si las esperanzas son inocentes, los temores pueden ser falsos». «Sí, los temores pueden ser falsos, amigos míos; lo cual me recuerda una pequeña historia que oí el otro día y que nos puede ser de gran ayuda a todos en esos momentos bajos, cuando pensamos que nada importa y que no sirve para nada seguir luchando. Había una vez dos orugas que bajaban juntas por un camino. La oruga pesimista decía que había oído que pronto iban a tener que meterse en un lugar oscuro y pequeño, donde deberían estar quietas y guardar silencio. «Será nuestro final», dijo. Pero la oruga optimista replicó: «Ese lugar oscuro no es más que un capullo; descansaremos allí durante un tiempo y, después, apareceremos con unas alas hermosas; seremos mariposas y volaremos alto hacia el sol». Ese camino, mis amigos, era el camino de la vida, y depende de cada uno de nosotros si preferimos ser la oruga pesimista, llena de tristeza y esperando sólo la muerte, o la oruga optimista, rebosante de confianza y esperanza y anhelando esa vida superior».

A los feligreses no parecía importarles que el mensaje fuese siempre el mismo. De hecho, quizá se habrían sentido defraudados si hubiese cambiado.

Después del mensaje vino la colecta, a cargo de la mujer del vestido de rayón marrón, y a continuación se pasó al asunto importante. En realidad, era para eso que iban todos: sus propios mensajes personales. La mujer del vestido de rayón marrón

trajo la bandeja de latón y Leda Sprott fue cogiendo los papelitos uno a uno. Tomaba cada trozo de papel, sin abrir, en sus manos, cerraba los ojos y transmitía el mensaje. Luego abría el papel y leía el número. Casi todos los mensajes estaban relacionados con la salud: «Hay una anciana de cabello blanco cuya cabeza está rodeada de luz, que dice, «Ten cuidado al bajar las escaleras, especialmente el jueves»; y dice la palabra «azufre». Te está avisando. Te manda todo su cariño y saludos». «Veo un hombre con una falda escocesa y una gaita; debe de ser escocés; es pelirrojo. Te manda recuerdos y dice: «No comas tantos dulces, no te hacen bien». Te está diciendo... no llego a entender la palabra. Es algún tipo de gozne persa. «Ten cuidado con los goznes persas», eso es lo que dice».

Cuando se acabaron los papelitos, el señor Stewart tomó el relevo y se ocupó de los mensajes sueltos, para lo cual señalaba a alguno de los presentes y describía a los espíritus que estaban detrás de sus sillas. Esto me pareció mucho más perturbador que los números: los mensajes de Leda Sprott parecían salir de su propia cabeza, pero el señor Stewart lo hacía con los ojos abiertos, de hecho podía ver a los muertos allí en la sala. Me bajé en la silla tanto cuanto puede, confiando en que no me señalara.

Después, más himnos; luego Leda Sprott nos recordó la sesión de Manos Sanadoras el martes, la de Escritura Automática el miércoles, y las reuniones privadas el jueves, y eso fue todo. Se produjo cierto desorden y amontonamiento en el recibidor porque algunos ancianos tenían dificultad en ponerse sus chanclos. En la puerta, la gente le agradecía efusivamente; ella conocía a casi todos y preguntaba:

—¿Ha obtenido lo que quería, señor Hearst? ¿Qué tal ha sido hoy, señora Dean?

—Voy a tirar esa medicina ahora mismo —decían. O—: Era mi tío Herbert, tenía exactamente el tipo de abrigo que usaba.

—Robert, siento mucho que no haya venido esta noche —dijo tía Lou una vez estuvimos en el coche.

Robert estaba visiblemente decepcionado.

—Quizá estaba ocupada —dijo—. No sé quién era la otra mujer, la del vestido de noche.

—Una mujer grandota —comentó tía Lou—. Ah, daba la impresión de que era yo.

Le propuso a Robert subir a tomar una copa, pero él dijo que estaba desanimado y que prefería irse a su casa, yo sí que fui y tomé chocolate caliente y galletitas de té y un sándwich de camarones. Tía Lou tomó un whisky doble.

—Se trata de su madre —dijo—. Hace tres semanas seguidas que no viene. Siempre fue un poco desconsiderada. La mujer de Robert no la aguantaba y se niega rotundamente a ir a la iglesia con él. Le dijo que si llegaba a conseguir hablar con esa vieja espantosa, ella no quería estar presente. Creo que eso es un poco cruel, ¿no te parece?

—Tía Lou —dije—, ¿crees de verdad en todo esto?

—Mira, nunca se puede saber —me contestó—. Les he visto dar muchos

mensajes precisos. Algunos no significan nada, pero otros son bastante útiles.

—Pero podría tratarse simplemente de leer el pensamiento —dije.

—No sé cómo se hace —dijo tía Lou—. Pero a todos les proporciona consuelo. En el caso de Robert es así, y a él le gusta que yo muestre interés. Creo que hay que tener una mentalidad abierta.

—A mí me horroriza —le dije.

—Yo sigo recibiendo mensajes de ese escocés —dijo tía Lou, pensativa—. El pelirrojo con la gaita. Me pregunto lo que querrá decir con lo del gozne persa. Quizá se refiere a un gozque, que me va a morder un perro.

—¿Quién es él? —pregunté.

—No tengo la más mínima idea —fue la respuesta de tía Lou—. No he conocido nunca a nadie que toque la gaita. Desde luego que no es ningún pariente.

—¡Ah! —exclamé yo, aliviada—. ¿Se lo has dicho a ellos?

—¡Ni soñarlo! —dijo ella—. No quisiera herir sus sentimientos.

Adquirí la costumbre de ir regularmente a la capilla Jordán los domingos por la noche. Era una forma de ver a tía Lou, a quien prefería ahora antes que a los cines, ya que estaba completamente segura de que nadie del Braeside High me encontraría allí. Llegué incluso a dedicar mucho tiempo a meditar sobre las doctrinas espiritistas: si el Más Allá era tan maravilloso, ¿por qué la mayoría de los mensajes de los espíritus estaban dedicados a hacer advertencias? En lugar de decirles a sus seres queridos que evitasen escaleras resbaladizas, automóviles poco seguros y comidas con fécula, deberían persuadirlos a lanzarse por acantilados, por puentes o a los lagos, y estimularles a hacer grandes hazañas de excesos imprudentes y glotonería, a fin de acelerar su tránsito hacia la orilla más brillante. Algunos espiritistas creían también en encarnaciones múltiples y algunos en la Atlántida. Otros eran cristianos corrientes. A Leda Sprott no le importaban las creencias religiosas de sus feligreses, siempre y cuando creyesen también en sus poderes.

Yo quería observarlo todo con el mismo grado de incredulidad que daba a las películas, pero marqué un límite con respecto al número de la bandeja. No conocía a ninguna persona muerta y no tenía ganas de conocer a ninguna. Sin embargo, una noche recibí un mensaje, que fue mucho más extraño de lo que hubiera podido temer. Fue durante la sesión de números de Leda Sprott, cuando estaba a punto de proceder con el último papel doblado de la bandeja de latón. Como de costumbre, cerró los ojos, pero los volvió a abrir enseguida.

—Tengo un mensaje urgente para alguien que no tiene número —dijo. Su mirada estaba fija en mí—. Hay una mujer detrás de tu silla. Tiene irnos treinta años, tiene el cabello oscuro y lleva un traje azul marino con cuello blanco y guantes blancos. Te está diciendo... ¿qué? Hay algo que la hace muy desgraciada... Capto el nombre Joan. Lo siento, no puedo oír... —Leda Sprott estuvo escuchando durante un minuto, luego añadió—: No ha podido terminar, había demasiada estática.

—¡Es mi madre! —le dije a tía Lou en un susurro penetrante—. ¡No está muerta

todavía!

Estaba asustada, pero también ultrajada: mi madre había roto las reglas del juego. O eso o Leda Sprott era un fraude. ¿Pero cómo podía saber ella el aspecto que tenía mi madre? Y, si hubiese estado haciendo averiguaciones, no habría cometido el error de utilizar a una persona viva.

—Luego, querida —dijo tía Lou.

Después del servicio, me enfrenté a Leda Sprott.

—Era mi madre —le dije.

—Me alegro por ti —dijo Leda—. He tenido la sensación de que hace tiempo que intenta contactar contigo. Debe de estar muy preocupada por ti.

—¡Pero si está viva todavía! —exclamé—. ¡No está muerta!

Los ojos azules vacilaron, pero apenas por un momento.

—Entonces habrá sido su cuerpo astral —dijo tranquilamente—. Sucede a veces, pero nosotros no lo fomentamos; produce confusión y la recepción no siempre es buena.

—¿Su cuerpo astral?

Nunca había oído una cosa igual. Leda Sprott explicó que todos tenemos un cuerpo astral además del material, y que el cuerpo astral puede flotar por sí solo, sujeto al material por algo parecido a una larga banda de goma.

—Debe de haber entrado por la ventana del cuarto de baño —dijo—. Siempre la dejamos un poco abierta, porque el radiador calienta demasiado. Hay que tener mucho cuidado con la banda de goma —dijo—; si se rompe, el cuerpo astral puede separarse del resto y, entonces, ¿qué puede ser de uno? Un vegetal, eso es. Como esos casos que leemos, en los hospitales. No nos cansamos de repetir a los médicos que, en algunos casos, las operaciones de cerebro pueden ser más perjudiciales que beneficiosas. Deberían dejar la ventana un poco abierta, así el cuerpo astral podría volver a meterse.

Aquella teoría no me gustó nada. En particular, no me gustaba la idea de mi madre, hecha una especie de jalea espiritual, deambulando detrás de mí de un lado a otro vestida (aparentemente) con su traje azul marino de 1949. Tampoco quería oír que estaba preocupada por mí: su preocupación siempre significaba dolor, y yo me negaba a creer en él.

—¡Es una locura! —repliqué de la forma más brusca que pude.

Para mi sorpresa, Leda Sprott se echó a reír.

—Oh, estamos acostumbrados a que nos digan eso. Te aseguro que podemos vivir con ello. —Luego, para mi desconcierto, me cogió la mano—. Tienes grandes dones —me dijo, mirándome a los ojos—. Grandes poderes. Deberías desarrollarlos. Deberías probar la Escritura Automática, los miércoles. No podría decirte si eres transmisora o receptora... receptora, creo. Me encantaría ayudarte a entrenarte; podrías ser mejor que cualquiera de nosotros, pero tendrías que trabajar duro y, además, debo advertirte que, sin supervisión, puede resultar peligroso. No todos los

espíritus son buenos, ¿sabes? Algunos son muy desgraciados. Cuando me molestan mucho, cambio los muebles de sitio. Esto los confunde, está bien... —Me dio unas palmaditas en la mano y la soltó—. Vuelve la semana que viene y hablaremos sobre ello.

No volví nunca más. La aparición de mi madre (que, cuando regresé a casa aquel domingo por la noche, no tenía el aspecto de haber estado viajando astralmente, sino que estaba como siempre, y un poco borracha) me había trastornado. La opinión de Leda Sprott sobre mis grandes poderes era todavía más terrorífica, sobre todo porque tenía que confesar que la idea me atraía. Nadie me había dicho hasta entonces que tenía grandes poderes. Tuve una breve y seductora visión de mí misma, vestida con una vaporosa túnica blanca con bordes morados, tenía un aspecto majestuoso e irradiaba energía espiritual. Leda Sprott era bastante gorda... tal vez ése iba a ser mi futuro; pero no estaba segura de querer tener grandes poderes. ¿Qué pasaría si algo salía mal? ¿Qué sucedería si fallaba, en algo muy grande y públicamente? ¿Y si no llegaban mensajes? Era más fácil no probarlo. Si hubiera sido terrible defraudar a cualquier congregación, cuanto más a la de la capilla Jordán. Eran tan confiados y amables, tan conmovedoras sus toses y sus voces aflautadas. No podía soportar esa responsabilidad.

Meses después, me confié a tía Lou. Me había visto molesta y a la vez no había querido forzarme a contarle detalles.

—Leda Sprott me dijo que tenía grandes poderes —le dije.

—¿Eso te dijo, querida? —dijo ella—. A mí me dijo lo mismo. A lo mejor las dos tenemos poderes.

—Me dijo que debía probar la Escritura Automática.

—¿Sabes una cosa? —me dijo tía Lou, pensativa—. Yo sí que la probé. Seguro que piensas que soy tonta.

—No —contesté.

—Mira, siempre he querido saber si mi marido está vivo o no. Pensaba que si estaba muerto podía tener la, bueno, la delicadeza de hacérmelo saber.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—Bueno —empezó tía Lou despacio—, fue bastante extraño. Leda me dio un bolígrafo, un bolígrafo normal y corriente. No sé lo que había esperado, una pluma de ganso o algo parecido. Entonces encendió una vela y la colocó delante de un espejo, y yo tenía que mirar la vela, no la real, sino el reflejo. Así lo hice durante un rato, y no pasó nada, salvo que me pareció oír una especie de zumbido. Oreo que me quedé dormida o medio dormida, o algo, sólo por un minuto. Después de eso, ya era hora de marcharme.

—¿Escribiste algo? —pregunté yo, llena de excitación.

—No exactamente —contestó ella—. Sólo una especie de garabato, y unas cuantas letras.

—Entonces, tal vez esté vivo —dije.

—Quién sabe —replicó ella—. Si está muerto, sería muy propio de él no decir nada. Siempre quería tenerme en ascuas. Pero Leda Sprott dijo que era un buen comienzo y que debía volver. Dice que se tarda un tiempo en conseguir pasar.

—¿Volviste?

Tía Lou frunció el ceño.

—Robert quería que volviese. Pero, ¿sabes? no estoy segura de que fuera una buena idea. Miré el papel y no se parecía en nada a mi letra. En absoluto. No me gustó esa sensación de, bueno, de que alguien me sustituyese. Sentí que debía dejarlo y haría lo mismo si fuese tú, querida. No se puede volar con una sola ala. Esa es mi opinión.

A pesar del consejo de tía Lou, me tentaba muchísimo la idea de probar la Escritura Automática, yo misma, en casa, en mi habitación; y una noche que salieron mis padres lo hice. Cogí una de las velas del comedor, un bolígrafo rojo y el bloc de notas de mi madre de la mesa del teléfono. Encendí la vela, apagué la luz y me senté delante del espejo del tocador mirando el reflejo de la llamita mientras esperaba que algo sucediese. Hacía grandes esfuerzos para evitar que mi mano se moviera conscientemente: eso habría sido hacer trampa y yo quería que fuese real. No pasó nada, aparte de que la llama de la vela pareció aumentar de tamaño.

Lo siguiente que noté fue que mi pelo se quemaba: sin darme cuenta, me había inclinado hacia la vela. En aquella época llevaba flequillo, empezó a chisporrotear y a chamuscarse. Me apreté la frente con la mano y corrí al baño; se me había quemado casi todo el pelo de delante y tuve que cortármelo, lo cual provocó una escena con mi madre al día siguiente, pues hacía unos días que me había dado cinco dólares para ir a la peluquería. Decidí que era preferible dejar la Escritura Automática.

No obstante, había algo en el bloc de notas: una sola línea roja que se torcía y volvía sobre sí misma, como un gusano o un enredo de lana. No recordaba haberla dibujado; pero si eso era todo lo que el Más Allá tenía que decirme, ¿por qué iba a preocuparme?

Durante un tiempo me dediqué a embellecer el consejo de Leda Sprott soñando despierta en clase (podía hacerlo si quería; comienzos humildes en una capilla desconocida; revelaciones milagrosas; la fama que se extiende; teatros llenos; ayuda a miles de personas; comentarios susurrados; respeto y admiración: «¡Es una mujer grande, es cierto, pero qué poderes!»). Al cabo de unos meses, sin embargo, se fue difuminando y quedó sólo el sermón del señor Stewart, grabado de forma indeleble en mi cerebro para aparecer en los momentos más inoportunos: la oruga pesimista y la oruga optimista, que avanzaban centímetro a centímetro por el camino de la vida, enredadas en su diálogo interminable. La mayoría de las veces estaba del lado de la oruga optimista, pero en mis momentos más tristes pensaba: ¿Y qué si me convierto en una mariposa? Las mariposas también mueren.

## ONCE

El siguiente trabajo que conseguí, después del restaurante Bite-A-Bit, fue en la Feria del deporte masculino, que se celebraba cada año en marzo, en el Pabellón Coliseo del recinto de la Exposición. Era como un salón del automóvil o una feria de otoño; todos los vendedores de lanchas motoras, canoas de fibra de vidrio y kayacs tenían stands, y también las compañías de cañas de pescar y de rifles. Grupos de Niños Exploradores, en uniformes verdes y rodillas rosadas al descubierto bajo los pantalones cortos, hacían demostraciones de montaje de tiendas de campaña y encendido de hogueras, y simulacros de incendio. Junto a su estrado, había un cartel del Ministerio de Tierra y Bosques sobre la prevención de incendios forestales. A determinadas horas, había bailes indios, interpretados por un grupo de indios amargados vestidos con unos trajes demasiado nuevos para parecer verdaderos. Sabía que eran unos amargados porque compraban perritos calientes en el mismo puesto que yo, y había oído alguna de sus conversaciones. Uno de ellos me llamaba «la gorda».

También había espectáculos en el estrado principal, pruebas de transporte de troncos y de lanzamiento de mosca; y un concurso Miss Aire Libre y una foca llamada *Sharky* que tocaba *Dios salve a la reina* soplando un conjunto de cañas.

Era el trabajo que más me gustaba de todos los que había tenido. Era poco metódico y algo cursi, y podía andar entre la gente sin sentirme demasiado fuera de lugar. Podían pensar que era una experta lanzadora de mosca o una rodadora femenina de troncos. Trabajaba después del colegio y los sábados y domingos todo el día. Durante el descanso que hacía para cenar, me comía cinco o seis perritos calientes y bebía unos cuantos zumos dulces, luego daba una vuelta, parándome, por ejemplo, a ver el desfile de modelos, donde Miss Aire Libre mostraba lo último en parkas y chalecos salvavidas de capoc y hacía una demostración de su técnica en el lanzamiento del sedal; o iba a una de las arcadas cerca de la tribuna principal y observaba un rato a alguien que disparaba a un globo con una flecha, haciendo al mismo tiempo equilibrios sobre los bordes de una canoa, o a un hombre que empujaba a otro sobre un tronco que daba vueltas para arrojarlo a una piscina de plástico.

Mi trabajo era bastante sencillo. Estaba detrás de la caseta de tiro al blanco con un delantal con bolsillos para el cambio y alquilaba las flechas. Cuando los barriles de flechas estaban casi vacíos, tenía que ir hasta donde estaban los blancos de paja y los clientes esperaban detrás de la barrera de cuerda: algunos niños, hombres jóvenes con espíritu deportivo y sus mujeres o novias, irnos pocos chicos con chaquetas de cuero negro que, si no estaban allí, se les podía ver en la galería de tiro al blanco. Sacaba las flechas, las ponía en los barriles y volvíamos a empezar.

Había otros dos empleados. Rob atraía a la gente; tenía experiencia como vendedor ambulante y en los carnavales; en verano trabajaba en la Exposición, en las

atracciones, en los quioscos de algodón de azúcar, en el juego de gane la muñeca regordeta Kewpie... Se paraba con un pie a cada lado de un barril y gritaba: «¡Tres por diez centavos, nueve por veinticinco centavos, acérquese y demuestre su habilidad! ¡Reviente el globo, y tendrá uno gratis! ¿No le gustaría probar a la pequeña damita?». Bert me ayudaba a repartir las flechas y rastrillaba el lugar, era un chico tímido que estaba en su primer año de universidad, usaba gafas y llevaba jerséis de cuello ovalado.

Había un problema cuando íbamos a recoger las flechas, y era que no podíamos estar seguros de que se hubiesen lanzado todas. Rob gritaba: «¡Los arcos abajo, por favor! ¡Las flechas fuera de los arcos!». Pero a pesar de ello, a veces alguien lanzaba una flecha, a propósito o accidentalmente. Así fue como me dieron. Habíamos retirado las flechas y los hombres estaban volviendo a poner los barriles en la línea de tiro; yo estaba cambiando la superficie de un blanco y acababa de agacharme para colocar la última chincheta, cuando noté que algo se me clavaba en la nalga izquierda. Antes de llegar siquiera a sentir dolor, oí una especie de carcajada estridente detrás de mí, y a Rob que gritaba:

—¿Quién ha sido?

El tipo afirmó que había sido sin querer, pero no le creí. Probablemente la visión de mi trasero cual luna llena había sido una tentación demasiado grande para él.

Tuve que ir al puesto de primeros auxilios a que me sacasen la flecha, y levantarme la falda mientras me curaban y tapaban la herida. Por suerte, se trataba sólo de una flecha ¡de tiro al blanco y no había penetrado demasiado.

—Una herida superficial —dijo la enfermera.

Rob quería que me fuese a casa, pero yo insistí en quedarme hasta la hora de cierre. Después, me llevó a casa en su viejo Volkswagen. Era muy agradable. Aunque se mostraba cínico con casi todo, se compadecía de quien fuese víctima de los gajes de aquel peligroso oficio. Una vez, había estado a punto de morir cuando un coche Super Ratón se salió del carril. En un semáforo rojo, apartó la mano derecha del volante y me dio unas palmaditas en la rodilla.

—Es una pena que no puedas hacer pipí de pie —dijo en broma.

Fue mi tercera experiencia sexual.

Cuando entré en casa por la puerta principal, mi padre me llamó desde la sala de estar, lo cual no era normal. Por aquella época, mis padres me dejaban entrar y salir sin pedirme explicaciones. Estaban sentados en sus sitios habituales. Mi padre parecía estar agobiado y exhausto, mi madre furiosa.

—Tenemos que darte una mala noticia, Joan —dijo mi padre, suavemente.

—Tu tía Lou ha muerto —añadió mi madre—. De un ataque al corazón. Siempre supe que sería así.

Cuando se trataba de desastres, las profecías de mi madre eran desalentadoramente ciertas.

Al principio no lo creí. Mi primer impulso fue sentarme, y me dejé caer en un



sillón. Grité de dolor.

—Qué demonios te pasa —dijo mi madre.

—Alguien me disparó una flecha —expliqué yo—. En el trasero.

Mi madre me miró como si me hubiese vuelto loca.

—Siempre te pasan cosas así —dijo, como si la culpa fuese mía—. Te ha dejado dinero —continuó en tono beligerante—. Es lo más estúpido que he oído en mi vida. Si quieres saber mi opinión, es una total pérdida de tiempo.

No se andaba con rodeos, había ido al piso de tía Lou tan pronto como el conserje, que había encontrado a la pobre tía en el suelo del cuarto de baño con su kimono puesto, le comunicó la noticia. Había resbalado con la alfombrilla, antes o después del ataque. El abogado de tía Lou tenía el testamento original, pero mi madre había encontrado una copia entre los papeles.

—Un desastre —dijo—. Todo el piso es un desastre. Tendrás que venir a ayudarme.

Éramos los únicos parientes de tía Lou.

Era cierto que me había dejado dinero. De hecho, dos mil dólares, lo cual era mucho para alguien de mi edad en aquella época. Pero había una condición: podría tenerlo solamente si adelgazaba, y tía Lou había indicado incluso el peso adecuado. Tenía que perder cuarenta y cinco kilos.

Esto es lo que había enfurecido a mi madre. No me creía capaz de lograrlo. Para ella habría sido lo mismo tirar el dinero. Sólo a otra persona le dejó también dinero, a su marido, siempre y cuando diesen con su paradero.

Me pasé la noche llorándola espasmódica y escandalosamente, aunque mis lágrimas no eran completamente sentidas, porque todavía no podía creer que tía Lou estuviese muerta. No fui consciente de lo irrevocable de su desaparición hasta la mañana siguiente, cuando, mareada por la falta de sueño, fui cojeando detrás de mi madre hasta el piso ahora vacío. Estaba más o menos como lo había visto la última vez, pero sin el aplomo y la vitalidad de tía Lou, tenía un aspecto descuidado, sucio, hasta pobre. Ella siempre provocaba la sensación de que el desorden era intencionado, planeado incluso. Sin ella, ahora parecía simple negligencia, o peor, que alguien hubiera pasado por allí buscando algo que no podía encontrar y hubiese ido desperdigando ropa y objetos sin consideración para con su dueña. Era evidente que tía Lou no esperaba morir, si no, habría ordenado un poco. Y, a la vez, sí que lo esperaba, o no habría dejado aquel curioso testamento.

Me sentía una intrusa en su piso ahora, como si hubiésemos roto su intimidad sin pedir permiso o estuviésemos observando una escena íntima por un agujero en la pared. Pero lo peor no había llegado todavía. Mi madre empezó a saquear los armarios estiraba los vestidos de las perchas, los doblaba y los apretaba en una gran bolsa marrón de las donaciones de los Minusválidos Civiles que había llevado; y hacía comentarios sobre la ropa a medida que la metía.

—¿Fíjate en esto, quieres? —dijo del mejor vestido de tía Lou, uno con

lentejuelas doradas—. Barato.

Prenda a prenda, fui viendo a mi tía desaparecer dentro de la bolsa de papel manila que se la iba tragando sin parar; sus alegres vestidos, sus vistosos pañuelos y sus locuras, su forma de reírse de sí misma, que mi madre se tomaba en serio (aquella blusa magenta, por ejemplo), y que yo no podía soportar. Conseguí salvar el zorro metiéndolo clandestinamente dentro de mi bolso en un momento en que mi madre estaba de espaldas. Luego, fui a la cocina con el fin de conversar con ella por última vez, vía la nevera. Mi madre no hizo ningún comentario ni se quejó porque no la ayudase; de alguna manera intuía que, en realidad, no me había llevado allí para ayudarla, sino como una intrincada manera de castigarme por haber querido a tía Lou cuando vivía.

Encontré una lata de langosta en la despensa y me hice un sándwich. El bolso de mi tía estaba allí y lo abrí. Me sentía como si fuera una espía, pero sabía que mi madre lo abriría más tarde y tiraría su contenido. Cogí la billetera, la polvera y uno de sus pañuelos con bordes de encaje que tenía aún su olor característico, y lo puse todo en mi bolso. No era robar, era rescatar. Como el objetivo de mi madre era la exterminación, yo quería conservar lo máximo que hubiese de mi tía.

Mi madre llevaba un tiempo en un estado depresivo, pero la muerte de tía Lou le había hecho recobrar el ánimo; le había proporcionado algo que controlar. Organizó todo el funeral, de forma eficiente y llena de inexorable entusiasmo. Envió avisos y contestó las tarjetas de pésame y las llamadas (todas ellas de la oficina de tía Lou), y puso una esquela en el periódico. Mi padre no estaba en condiciones de hacer nada. Dejó de ir al hospital durante algunos días y se paseaba por la casa con sus zapatillas marrones de cuero molestando a mi madre en su frenética actividad y diciendo «Pobre Lou», una y otra vez como un pájaro melancólico. Lo único que me dijo fue: «Prácticamente me crió ella. Me tejió calcetines durante la guerra. No me iban bien». La había querido y había estado más unido a ella de lo que yo había imaginado; pero, a pesar de ello, no podía dejar de preguntarme cómo era posible que una persona criada por tía Lou se hubiera vuelto tan sosa como mi padre. Ella solía decir: «Aguas mansas, aguas profundas». Y «Si no puedes decir nada agradable, no digas nada». Quizás eso lo explicaba. Sin embargo, no le dejó dinero; él no lo necesitaba y el jugador sí, ésta podía haber sido la razón.

Pusieron a tía Lou en la Funeraria O'Dracre rodeada de cestos de crisantemos blancos (encargados por mi madre) y la visitaron señoras de la compañía de compresas higiénicas, también de mediana edad que lloriqueaban ostensiblemente, estrechaban la mano de mi madre y decían que había sido una mujer de una gran personalidad. Yo fui una vergüenza durante el funeral porque lloré demasiado y demasiado fuerte.

Robert, el contable, estaba allí, con los ojos rojos y pequeños. Después del servicio, me dio un apretón de manos.

—Se pondrá en contacto con nosotros —dijo—. Podemos contar con ella.

Pero yo no podía creerlo. Cuando volvimos a casa, mi madre comentó:

—Bueno, ya ha pasado todo.

Lo siguiente que recuerdo era estar mirando el techo de la sala de estar. Me había desmayado, y me había golpeado contra el borde de una mesa (arañada), una lámpara sueca moderna (rota) y un cenicero de cobre esmaltado (ilesos).

Resultó que tenía una infección sanguínea, provocada por la herida de la flecha. La enfermera del puesto de primeros auxilios no me la había desinfectado bien. El médico dijo que debía de hacer días que tenía fiebre. Es cierto que me había sentido mareada, que me silbaban los oídos y que los objetos aumentaban y disminuían de tamaño delante de mí, pero había atribuido todo a mi dolor. Tuve que meterme en cama y me dieron penicilina. El médico dijo que era una suerte que estuviese tan gorda («envuelta en carnes», fueron sus palabras); parece ser que tenía una teoría propia sobre la grasa y los gérmenes. Mi madre me preparaba sopa de gallina con cubitos disueltos en agua caliente.

Tuve una fiebre altísima y deliraba. Una de las consecuencias de ello fue la idea de que la flecha me había alcanzado en el preciso momento en que tía Lou moría, y que su espíritu, mientras se marchaba, había guiado el disparo. Ella había querido hacérmelo saber, despidiéndose de una forma bastante excéntrica, cierto —y no habría querido que cogiese una infección—, pero esto era característico en ella. Aunque sabía que esta deducción era un poco traída por los pelos, nunca pude sacármela de la cabeza. En aquel entonces me preocupó mucho; de hecho, me llenó de remordimiento por no haber reconocido ese mensaje de los muertos, acaso un grito de socorro. Habría tenido que dejarlo todo y correr a su piso, sin parar siquiera para que me quitasen la flecha. Quizás habría llegado a tiempo. Me parecía oír su voz desde una gran distancia, diciendo, «Cuanto antes hables, más rápido se solucionará», y «Por una tontería el hombre se perdió», pero sabía que ambas frases eran erróneas.

En los momentos lúcidos y cuando estaba convaleciente, pensaba en el otro mensaje que me había enviado, el de su testamento. ¿Cómo interpretarlo? ¿Significaba que en realidad, al contrario de lo que yo creía, no me había aceptado tal cual era, que ella también me consideraba grotesca, que para ella tampoco servía para nada en la vida? ¿O se trataba de simple pragmatismo por su parte, la conciencia de que la vida me sería más fácil si fuese más delgada? Me había dejado el dinero para que me marchase, para que me escapase de mi madre, pues sabía que eso era lo que deseaba; pero con unas condiciones que me obligaban a capitular, o así parecía.

Un día estaba sentada en la cama hojeando una de las novelas de misterio de mi padre, cuando se me ocurrió bajar la vista y fijarme en mi cuerpo. Hacía calor y había apartado la ropa de cama, y el camisón se me había subido. No solía mirarme el cuerpo, ni en un espejo ni de otra forma; algunas veces echaba miradas a algunas partes, pero todo el conjunto era demasiado abrumador. En aquel momento, el muslo me estaba mirando directamente a la cara. Era enorme, gordo, parecía un miembro enfermo, como los que se pueden ver en fotografías de nativos de las selvas; se

extendía y extendía como una pradera fotografiada desde un avión, la carne no era verde, sino de un blanco azulado y las venas serpenteaban como si fuesen ríos. Tenía el tamaño de tres muslos normales. Tomé conciencia de que aquél era mi muslo. Lo es, de verdad, y luego me dije que no podía seguir así.

Una vez recuperada, le dije a mi madre que iba a adelgazar. No me creyó, pero me fui al centro, a la calle Richmon, y me pesé, como estipulaba el testamento, delante del abogado de tía Lou, el señor Morrissey, que no dejó de decir:

—Todo un carácter, tu tía.

Había perdido algunos kilos durante mi enfermedad y sólo tenía que adelgazar treinta y dos.

Sin saber muy bien la razón, pensaba que, una vez tomada la decisión, empezaría a deshincharme, como una colchoneta de aire. Yo quería que sucediese de forma repentina y con poco esfuerzo por mi parte, y me molestó cuando me di cuenta de que no era así. Empecé a tomar los remedios milagrosos de mi madre, todos juntos: dos píldoras para adelgazar por la mañana, una dosis de laxantes, media caja de Ayds, algunas galletas RyKrisp y café negro, unas vueltas a la manzana para hacer ejercicio. Como es de suponer, empezaron a aparecer unos espectaculares efectos secundarios: jaquecas cegadoras, calambres estomacales, taquicardia por las píldoras para adelgazar, y una alarmante claridad de visión. De pronto, aquel mundo que durante tanto tiempo había sido para mí una gran mancha, donde la figura enorme pero indefinida de mi madre me impedía ver los primeros planos, apareció ante mí bien enfocado. Padecía accesos de debilidad y de recaídas alarmantes y compulsivas, durante las cuales entraba en una especie de trance y comía sin parar cualquier cosa que se me ponía por delante (recuerdo horrorizada haberme comido nueve raciones de pollo frito una detrás de otra), hasta que mi estómago, contraído y ensanchado, protestaba y lo vomitaba todo.

A causa de mi enfermedad, me había atrasado mucho en el colegio y no podía ponerme al nivel de las demás; me costaba demasiado concentrarme. Me pasaba las mañanas reprimiendo la tentación de pensar en la hora de la comida y las tardes arrepintiéndome. Me volví apática y hosca; contestaba mal a mis amigas y les dije que no quería escuchar nada más sobre sus estúpidos novios, me negué a ayudar en la decoración del Baile de etiqueta del último curso, que se iba a llamar «Las inocentadas de abril». Estaba harta de las flores de Kleenex. Mis notas cayeron en picado; y al igual que les ocurre a los enfermos crónicos y a los ancianos, la piel me empezó a colgar y pendía de mí como un chándal holgado. Hacia mayo, tuve que pasar una entrevista surrealista con mi Consejero de Orientación, durante la cual, atontada por las pastillas para adelgazar y mi mente saltando de una cosa a otra, no dejé de mirar estrápticamente a aquel hombre inverosímil de cabello gris brillante que decía:

^Sabemos que tienes capacidad sobrada, Joan. ¿Tienes algún problema en casa?

—Ha muerto mi tía —contesté, para luego empezar a reírme tanto que me

ahogué.

El tuvo que darme palmaditas en la espalda y así transcurrió el resto de la entrevista. Creo que llamó a mi madre por teléfono.

En casa, me pasaba horas delante del espejo observando cómo las cejas, y luego la boca, empezaban a extenderse por mi cara. Estaba menguando. Antes, cuando veía una persona gorda en la calle, me inspiraba sentimientos de compañerismo y ahora me daba asco. La gran cantidad de carne que se me había extendido como una duna desde la barbilla hasta los tobillos empezó a reducirse; los pechos y las caderas empezaron a surgir como islas. Los desconocidos, cuyas miradas habían resbalado sobre mí como si no existiese, empezaron a mirarme desde los camiones y las obras; miradas interesadas, como la de los perros de ciudad observando un árbol o un poste.

En cuanto a mi madre, al principio estaba contenta, aunque expresándolo a su manera: «Bueno, ya era hora, aunque quizá sea demasiado tarde». Como yo perseveraba, decía: «Te estás destrozando la salud». Y: «¿Por qué tienes que ir a los extremos en todo?», e incluso: «Deberías comer un poco más que eso, te vas a morir de hambre». Le dio por cocinar cosas ricas y dejaba tartas y galletas por la cocina para tentarme, y se me ocurrió que, de una forma menos evidente, siempre lo había hecho. A medida que yo adelgazaba, ella se volvía inquieta e insegura. Bebía bastante por aquella época y empezó a olvidar dónde dejaba las cosas, si había llevado o no sus vestidos a la tintorería, lo que había dicho o callado. A veces, casi me rogaba que dejase de tomar las pastillas, que me cuidase mejor; luego le daban ataques de furia, una furia que le iba viniendo poco a poco, diferente a su furia resuelta de antes.

—Eres el colmo —decía con desprecio—. Sal de aquí, vete, me pone enferma.

La única explicación que encontraba a su comportamiento era que el hecho de que yo adelgazara era el último proyecto a su alcance. Había montado su última casa, no tenía nada que hacer ya y había contado con que yo le duraría siempre. Su angustia habría tenido que ser un motivo de alegría para mí, pero por el contrario, me sentía confusa. Había creído de todo corazón que si adelgazaba ella estaría contenta; con una alegría presumida y autoritaria, pero alegría al fin: se hacía su voluntad. En cambio, estaba frenética.

Una tarde, cuando llegué cansada del colegio, débil de hambre, y fui a la cocina a buscar la única galleta Ry-Krisp que era mi recompensa, apareció de la sala de estar con un vaso de whisky en la mano, vestida todavía con la bata rosada y las babuchas forradas.

—Mírate —dijo—. Comer, comer, eso es lo único que sabes hacer. Me das asco, de verdad, y si fuese tú, me daría vergüenza salir de casa.

Era eso lo que me decía cuando estaba gorda e intentaba intimidarme, pero yo pensaba que ese discurso ya no era necesario.

—Mamá —dije—, estoy a régimen, ¿recuerdas? Estoy comiendo una RyKrisp, si no te importa, y he adelgazado treinta y siete kilos. En cuanto pierda ocho más, iré al despacho del señor Morrissey y recogeré el dinero, luego me iré de aquí.

No habría debido revelar mis planes. Ella me miró con una expresión de furia que se transformó rápidamente en miedo, y dijo:

—¡Dios no te perdonará jamás! ¡Dios no te perdonará jamás!

A continuación, cogió del mármol el cuchillo de afilar que yo había utilizado para extender el requesón sobre la RyKrisp y me lo clavó en el brazo, sobre el codo. Me atravesó el jersey, me pinchó la carne y luego rebotó para caer al suelo. Nos miramos, cogí el cuchillo, lo dejé sobre la mesa de la cocina y, sin darle mayor importancia, me puse la mano izquierda sobre la herida del jersey, como si hubiera sido yo misma quien me la hubiese causado y estuviera intentando ocultarla.

—Creo que me voy a hacer una taza de té —dije en un tono coloquial—. ¿Quieres una, mamá?

—Me encantaría —contestó mi madre—. El té levanta el ánimo. —Se sentó vacilante en una de las sillas de la cocina—. El viernes iré de compras —dijo, mientras yo llenaba la tetera de agua—. No creo que quieras acompañarme.

—Me encantaría —dije yo.

Aquella noche, cuando ya no se sintieron ruidos en el dormitorio de mi madre (se había ido a acostar temprano y mi padre estaba todavía en el hospital), hice la maleta y me marché. Me había asustado muchísimo, no tanto por el cuchillo (el pinchazo no había sido profundo y me lo había desinfectado bien con Dettol a fin de evitar una infección), sino por los sentimientos religiosos de mi madre. Cuando hizo esa mención a Dios, me convencí de que estaba loca. A pesar de que me había obligado a ir a la escuela dominical, nunca había sido una mujer religiosa.

## **TERCERA PARTE**

## DOCE

Era una mañana radiante de sol cuya luz se filtraba a través de la ventana de la biblioteca, donde estaba sentada Charlotte, pulcramente ataviada con su modesto vestido gris de cuello blanco prendido por delante con el camafeo de su madre. El camafeo le despertaba tristes reminiscencias; su madre, cuyas pálidas y delicadas facciones había heredado Charlotte, lo había apretado entre sus manos momentos antes de morir. Le había sonreído, una sola lágrima rodándole por la mejilla, y le había hecho prometer que siempre diría la verdad, que sería pura, prudente y obediente.

—Cuando aparezca el hombre de tu vida, querida mía, lo sabrás —le había dicho—. Tu corazón te lo dirá. Con mi último suspiro, rezo para que no caigas en peligro.

Charlotte siempre había atesorado la imagen del rostro de su madre, enmarcado en una suave cabellera rubia ondulada, de pelo tan fino como telas de araña; y su sonrisa triste pero esperanzada.

Ahuyentó esos pensamientos tristes y se inclinó de nuevo sobre su lente de joyero; estaba reparando el pequeño cierre de una pulsera de esmeraldas. Por un breve momento imaginó el efecto que producirían las esmeraldas sobre la blanca piel de Felicia, cómo el verde realzaría el también verde de sus ojos complementando su cabellera roja. Pero apartó también esos pensamientos por ser indignos de ella y se concentró en el trabajo que estaba realizando.

Se oyó una risa clara parecida al gorjeo amodorrado de un pájaro tropical. Charlotte levantó la vista. A través de las cortinas de gasa blanca, vio a una pareja que paseaba del brazo a corta distancia de la ventana, absorta en lo que parecía ser una conversación confidencial. Reconoció a Felicia por el cabello rojo, iba vestida con un carísimo vestido mañanero de terciopelo azul ribeteado con plumas blancas de avestruz en el cuello y en los puños y un elegante sombrero a juego. Un manguito de armiño ocultaba sus manos y, al echar la cabeza hacia atrás para reír nuevamente, la luz del sol se reflejó tenue en su inmaculado cuello y en sus pequeños dientes.

El hombre que iba junto a ella, que en ese momento se inclinaba para susurrar algo a su oído, vestía una capa corta y su enguantada mano izquierda portaba una fusta con mango de oro que agitaba indolentemente. Charlotte pensó que sin duda se trataba de Redmond y el corazón le dio un vuelco, pero cuando él se irguió y ella pudo verle el perfil, se dio cuenta de que aquel hombre, si bien era evidente que guardaba cierta semejanza con Redmond, no era él. Tenía la nariz más aguileña.

Charlotte no tenía intención de escuchar, pero no pudo evitar oír parte de la conversación. El hombre dijo algo en voz baja, y Felicia, después de reírse de nuevo a la vez que sacudía la cabeza con desdén, contestó:

—No, te equivocas... Redmond no sospecha nada... Ahora está ocupadísimo con esa muchachita de tez pálida que ha contratado para reparar mis esmeraldas, y sólo tiene ojos para eso.



¿Qué habría querido decir? Charlotte estaba todavía mirando por la ventana a la pareja que se alejaba, cuando un ligero ruido la hizo volverse. Redmond estaba en la puerta, mirándola fijamente, sus ojos ardían como carbón.

—¿Qué le parece el nuevo traje de montar de mi esposa? —le preguntó con un tono de burla que le hizo comprender que la había visto mirar por la ventana. Las mejillas de Charlotte se encendieron. ¿La estaba acusando de entrometida, de espía y de fisgona?

—Le sienta muy bien —contestó con cierta reserva—. Como ella ha pasado tan cerca de la ventana, no he tenido más remedio que fijarme.

Redmond rió y se le acercó. Ella se levantó de la silla y retrocedió hasta los estantes que contenían bellos libros encuadernados en piel, todos ellos con el escudo de la familia Redmond grabado en oro en el lomo. El corazón de Charlotte latía alarmado. Aunque era media mañana todavía, el rostro de él estaba encendido por el alcohol y, además, recordó las extrañas historias que sobre su conducta le había contado la buena señora Ryerson, el ama de llaves. Su esposa Felicia, lady Redmond, también tenía una fama escandalosa. Debido a su rango, estaban por encima de las murmuraciones, pero Charlotte sabía que si ella llegaba alguna vez a descarriarse estaría condenada, destinada a vagar por las corrompidas calles del Londres nocturno, o a encontrar asilo sólo en una casa de lenocidio.

—A mí no me impresiona todo ese delicado plumaje —dijo él—. Ese vestido que lleva usted... sería más apropiado..., para una esposa. Pero lleva el pelo de una forma demasiado seria.

Se acercó más y le desprendió un mechón de cabello, luego su mano descendió lentamente hacia el cuello y, con los rasgos distorsionados y salvajes, sus labios buscaron los de ella. Charlotte se apartó y buscó algún objeto con el que defenderse. Tomó un pesado ejemplar de *La vida de Johnson* de Boswell. Si él trataba de humillarla así otra vez, no tendría escrúpulos para golpearlo con él. No sería el primer noble descarado a quien había tenido que mantener a raya y no era culpa suya ser joven y bonita.

—¡Le ruego recuerde, señor, que estoy sola y desamparada bajo su techo! —exclamó—. ¡No olvide sus deberes!

Redmond la miró con renovado respeto, pero antes de que tuviera ocasión de replicar, fueron interrumpidos por una risa grave. Felicia estaba en la puerta en todo su opulento esplendor, el sombrero de plumas colgado de una de sus delicadas manos. El desconocido de la capa estaba junto a ella.

—Bien dicho —dijo el desconocido, sonriendo a Charlotte—. Redmond, espero que lo tomes en serio.

Ignorando a Charlotte, Felicia se dirigió a su marido.

—Tengo la impresión, Redmond, de que tu pequeña «Señorita Joyera» se está tomando demasiado tiempo con mis esmeraldas. Estoy segura de que no hace falta tanto para reparar unos cuantos cierres rotos y montar algunas gemas. ¿Cuándo habrá

terminado?

Charlotte se sintió arredrada al ver que se hablaba de ella en tercera persona, pero Redmond se inclinó ante su mujer en un ademán irónico y dijo:

—Debes preguntárselo a ella, mi querida. Los métodos de un profesional son insondables, al igual que los de una mujer. —Se dirigió hacia la puerta—. Me alegro de que hayas galopado hasta aquí, Otterly —añadió, estrechando la mano del alto desconocido—. Ya sabes que me encanta que vengas a comer, aunque sea sin avisar.

—Me gusta hacer un poco de ejercicio fuerte por las mañanas —replicó el hombre.

Los dos salieron, pero Felicia permaneció todavía un momento, estudiando a Charlotte de forma escudriñadora, al igual que hubiera hecho con un mueble. Y le dijo:

—Yo, en su lugar, no me quedaría aquí mucho tiempo. Los sumideros de esta casa no son buenos; es sabido que, para quienes tienen una naturaleza sensible como la suya, poseen unos efectos nocivos para la salud, e incluso para la mente. Si, a pesar de todo, gusta de hacer algo de ejercido fuera, quizá le apetezca dar un paseo por nuestro laberinto. Me han dicho que es interesante.

Después de esto, se marchó con paso majestuoso en medio de un remolino de terciopelo.

Charlotte se quedó hecha un mar de emociones confusas. ¡Cómo se atrevía esa gente a tratarla de aquella forma! Sin embargo, con respecto a Redmond, y aunque él podía ser muy desagradable, había deseado que su mano hubiera permanecido en su cuello un poco más... Y el invitado de la capa, debía de ser el hermanastro de Redmond, el conde de Otterly. Las cosas que había oído sobre él de boca de la señora Ryerson no habían sido buenas, no.

Se sentía demasiado alterada para seguir trabajando. Cerró con llave las esmeraldas en la caja y la dejó dentro de la sala cerrándola con llave también como le había ordenado Redmond y subió a su dormitorio para arreglarse.

Pero cuando abrió la puerta, tuvo que ahogar un grito. Allí, desplegado sobre su cama, estaba su vestido bueno de seda negra, perversamente destrozado. La falda tenía profundos cortes, el cuerpo estaba tan mutilado que no tendría arreglo y las mangas no eran más que jirones. Parecía que habían utilizado un instrumento cortante, un cuchillo o unas tijeras.

Charlotte entró en la habitación y cerró la puerta detrás suyo. Le flaqueaban las rodillas y se sentía ligeramente mareada. ¿Quién había hecho aquello? Sabía que había dejado el vestido en el armario cuando había bajado para empezar su tarea con las joyas. Abrió la puerta del armario... El resto de la ropa había recibido el mismo tratamiento: su capa de viaje, el único vestido que tenía, su camisón, sus enaguas, su esclavina. No tenía nada que ponerse, salvo lo que llevaba puesto.

Pero, ¿por qué?, se preguntó mientras se arrojaba temblando sobre su pequeño y duro lecho. Se le ocurrió que alguien quería asustarla, alguien quería que se marchase

de la mansión Redmond... o quizá se trataba de un aviso, de una señal procedente de alguien que estaba de su parte. Había buscado alguna nota, pero no encontró ninguna. Sólo aquel destrozo terrible.

Había salido de la habitación a las nueve, había desayunado y trabajado luego sola, hasta las once y media, cuando había oído la conversación entre Felicia y Otterly. Durante ese tiempo, cualquiera de la casa —¡o alguien ajeno a ella!—, podía haber entrado en su dormitorio, sin ser visto por ella, y cometer la fechoría. Redmond, Felicia, Otterly, la amable señora Ryerson, las doncellas, la cocinera, William el jardinero, Tom el cochero de sonrisa de rata. Cualquiera de ellos podía haber sido.

Llena de espanto, recordó el comentario de Felicia sobre el sumidero. ¿Había sido una amenaza? Y, si hacía caso omiso de la advertencia, ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar su desconocido enemigo para librar a la mansión Redmond de su presencia... para siempre?

Escribí esto en Terremoto con el rotulador color verde manzana. Me llevó cuatro días, lo cual era muchísimo tiempo. Normalmente escribía mis Vestidos Góticos a máquina y con los ojos cerrados. No sé por qué, pero ver lo que iba plasmando sobre el papel me inhibía y en verde manzana resultaba más extravagante de lo que pensaba.

Decidí que debía ir a Roma, a comprar la máquina de escribir y el tinte. A aquel ritmo, no acabaría nunca con Charlotte y mi propio futuro económico dependía del suyo. Cuanto antes la dejase bien colocada, mejor.

Mientras, mi eterna virgen hostigada, mi diosa del dinero rápido estaba en peligro. La casa la atosigaba, su dueño también, y posiblemente también su dueña. El cerco se cerraba a su alrededor, pero hasta entonces se comportaba de forma sensata. Era una chica valiente que se negaba a dejarse intimidar. De no ser así, se habría marchado en el coche siguiente. Ni yo misma tenía idea de quién le había destrozado su ropa. Naturalmente, Redmond le compraría nuevos vestidos que, a diferencia de los modestos que llevaba antes, le sentarían a la perfección. Ella dudaría si aceptarlos o no, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba casi desnuda. Siempre les pasaban cosas terribles a los vestidos de mis heroínas: tinteros derramados encima, agujeros producidos por quemaduras, eran arrojados por la ventana, o rotos, rasgados. En *Los torreones de Tantripp*, alguien los relleno de heno, como si fuesen espantapájaros o figuras de vudú, y los arrojó río abajo. En una ocasión, fueron enterrados en un sótano.

Sin embargo, a Felicia no le gustaría el guardarropa nuevo de Charlotte.

—Si pretendes convertir a esta muchachita en tu querida, Redmond —dijo donde Charlotte la pudiese oír—, me gustaría que lo hicieras en otro lugar.

Era una mujer cínica y estaba acostumbrada a las aventuras de su marido.

Volví a poner el manuscrito en el cajón de mi ropa interior, me puse el disfraz y, después de asegurarme de que dejaba la puerta bien cerrada, me puse en camino hacia Roma.

Conducir en Italia me ponía nerviosa. La gente conducía los coches como si fuesen caballos. No pensaban en función de las carreteras, sino en función de lugar donde querían ir: una carretera era un lugar por el que te obligaban a ir, una carretera era un insulto. Admiraba esa actitud siempre que no conducía, pero cuando lo hacía, me ponía nerviosa. La carretera que bajaba del pueblo era una serie de zigzags, sin vallas o postes del lado del precipicio. Bajé sin dejar de tocar la bocina para ahuyentar a las gallinas y a los niños.

Llegué a Tívoli sin problemas y luego descendí por la larga ladera hasta el valle. Roma se cerró a lo lejos. A medida que me iba acercando, el paisaje se iba haciendo más árido e iban apareciendo enormes chimeneas y piezas de maquinaria, rojas, azules y naranjas, esparcidas a los lados de la autopista como huesos de dinosaurio. Había hombres cavando, excavando, derribando, dejando escombros; estaba empezando a parecerse a los Estados Unidos, a cualquier gran ciudad basura. La carretera estaba llena de camiones, pequeños y grandes con remolques que acarreaban más chimeneas, más máquinas, iban y venían, pero fui incapaz de discernir si aquello era una prueba de desarrollo o de decadencia. Según sabía, el país se balanceaba al borde del caos, se iba a sumir en el hambre y se sublevaría la semana siguiente. Pero como no podía leer los periódicos, los desastres de este paisaje, a pesar de las chimeneas y las máquinas, no me eran visibles; los atravesaba serenamente como si estuviese viendo un documental de turismo, el cielo era azul y la luz dorada. La carretera que iba a Roma estaba flanqueada por enormes bloques de pisos, con balcones adornados con ropa tendida, pero no podía imaginarme qué tipo de vida se hacía en su interior. En mi país lo habría sabido, pero allí era sorda y muda.

Me abrí camino a través del sofocante tráfico y encontré un sitio donde aparcar. La oficina de American Express estaba llenísima; mujeres con gafas de sol como las mías y hombres con arrugados trajes veraniegos se agolpaban en largas colas ante las ventanillas. El dólar americano estaba inestable y los bancos se negaban a cambiar cheques de viaje. Pensé que habría debido llevar dólares canadienses. Cuando me llegó el turno, me dieron dinero en efectivo y salí en busca de la máquina de escribir.

Encontré una Olivetti portátil de segunda mano y la compré usando mi limitado vocabulario y señalando con los dedos. Salí de la tienda cargando la máquina, pero sintiéndome sin embargo ligera como una bailarina, anónima entre la procesión de gente que caminaba por la acera, que ni se fijaba en mí y a la cual nunca tendría que conocer.

De pronto, me acordé de Arthur. Había estado allí conmigo, habíamos estado juntos en aquella mismísima calle, todavía podía sentirlo junto a mí, real como si lo estuviera tocando. Íbamos cogidos de la mano. Nos detuvimos a consultar el plano, justo allí frente a la tienda, hasta el olor era el mismo. ¿Había ocurrido o lo estaba

inventando? ¿Habíamos caminado juntos por el laberinto de calles romanas, paseamos en un Fiat alquilado, circulamos por la Vía Apia y sus tumbas y los fantasmas que se decía andaban por allí, bajamos a las catacumbas llenas de esqueletos secos de cristianos, nos guió un sacerdote búlgaro bajito, volvimos a subir al cabo de media hora? ¿Dimos vueltas y vueltas por el Coliseo, sin poder encontrar la salida, mientras, a cada lado, pasaban camiones haciendo gran estruendo y cargados con metal y cemento, columnas, leones para los juegos, pillaje y esclavos? Me dolían mucho los pies, pero había sido feliz. Arthur estaba conmigo, ya no, habíamos estado paseando por una calle como ésta y luego el destino nos arrastró, separándonos. El estaba lejos ahora, al otro lado del océano, en una playa donde el viento agitaba su cabello; apenas podía distinguir sus rasgos. Se estaba alejando de mí a una velocidad en continuo aumento, hacia la tierra de lo muerto, del pasado muerto, irrecuperable.

## TRECE

Conocí a Arthur en Hyde Park. Fue un accidente: choqué con él entre un orador antiviviseccionista y un hombre que predecía el fin del mundo. En aquella época, vivía en Londres con un conde polaco, y todavía no sabía muy bien cómo me había metido en aquella historia.

Cuando me fui por la puerta principal de casa de mi madre, dos años antes, cerrándola con cuidado para no despertarla, no tenía tales planes. De hecho, no tenía ningún plan. Llevaba una maleta en una mano y el bolso en la otra. La maleta contenía la poca ropa que podía ponerme todavía, faldas con cinturones para poder estrecharlas, blusas que se podían recoger y arremangar; a lo largo del año en que estuve adelgazando tuve que desechar todo un vestuario. Era finales de junio y estaba a punto de cumplir diecinueve años. Ya me había examinado del curso decimotercero y sabía que había suspendido por lo menos cuatro asignaturas, pero los resultados no se sabrían hasta agosto. De todas formas, no me importaba.

El zorro de tía Lou estaba en la maleta y, en el bolso, llevaba su certificado de nacimiento y la fotografía de las dos en la Exposición Nacional. Tenía treinta dólares, más o menos, diecisiete míos y trece que había cogido de la caja chica que mi madre tenía en la cocina; se lo devolvería más adelante. No podía ir a recoger aún el legado de mi tía porque todavía pesaba demasiado, pero tenía dinero en el banco, de los distintos trabajos que había realizado, y podría sacar algo la mañana siguiente.

Tomé un autobús y una habitación en el hotel Royal York. Esto me puso nerviosa: nunca en mi vida había estado en un hotel. A fin de que mi madre no pudiera encontrarme, utilicé el nombre de tía Lou, lo cual era estúpido, pues ella habría reconocido el nombre de mi tía al instante, pero no pensé en ello. En cambio, iba preparada para las objeciones del recepcionista por ser menor de edad, entonces le sacaría de repente el certificado de nacimiento de tía Lou y le demostraría que tenía cuarenta y nueve años. Pero todo lo que dijo fue:

—¿Viene alguien con usted?

—No —le contesté.

Miró por encima de mi hombro por todo el vestíbulo dorado para cerciorarse de que decía la verdad. En aquel momento no se me ocurrió que podía haber sospechado que era una prostituta. Atribuí mi éxito, no al hecho de que el vestíbulo estuviese vacío, sino a los guantes blancos que llevaba como símbolo de edad adulta y de posición social. «Una dama nunca sale de casa sin guantes», decía mi madre. Tía Lou no paraba de perder guantes.

(Quizá fuese posible rastrear hasta el hotel Royal York para encontrar las primeras inspiraciones de mi impulso creativo, en ese lugar de ensueño artificial, con placeres propios del siglo diecinueve, alfombras rojas y arañas, molduras y cornisas, espejos del suelo al techo, sofás de felpa lujosos y usados y ascensores bordeados de cobre. Para mí aquel edificio estaba destinado a otros seres completamente distintos

de los rechonchos hombres de negocios y sus todas iguales esposas que eran quienes en realidad frecuentaban aquel lugar. Exigía trajes largos, decoro y abanicos, vestidos con amplios escotes que dejasen los hombros al descubierto, como los que aparecían en las cajas de chocolate Summer Selection de Laura Secord, miriñaques y hombres apuestos. Me llevé un disgusto cuando lo remodelaron).

Cuando por fin se marchó el botones —anduvo un largo rato encendiendo y apagando luces y abriendo y cerrando persianas, hasta que recordé lo que había leído sobre las propinas—, abrí todos los cajones del escritorio. Me moría de ganas de escribir una nota elegante en papel aristocrático, pero no tenía a nadie a quien escribir. Me di un baño y usé todas las toallas con monograma. Me lavé la cabeza y me puse rulos forrados con una red plástica. Mientras fui gorda, llevaba el pelo cortito, lo cual resaltaba la redondez de mi cara. Mi madre siempre sugería mejoras; había querido que lo llevase a lo paje, luego cortado a lo caniche, pero yo las rechazaba todas. Ahora, sin embargo, desde hacía un año, me lo había dejado crecer y ya me llegaba al hombro, rojo oscuro y liso. No lo llevaba suelto, sino recogido detrás de las orejas y sujeto con sendas horquillas. Después de haberme puesto cuidadosamente los rulos, me paré delante del espejo de cuerpo entero detrás de la puerta del baño y me examiné, como un agente inmobiliario examinaría un pantano, con la mirada puesta en la inversión futura.

Aún me sobraban irnos kilos y todavía estaba fofa. Tenía estrías en los muslos y mi rostro era como el de un ama de casa de treinta y cinco años, cuatro hijos y un marido viajante: parecía desgastado. Pero tenía ojos verdes y dientes blancos pequeñitos, y por suerte no tenía espinillas. Sólo tenía que perder ocho kilos.

Por la mañana, compré un periódico y busqué una habitación en la sección de anuncios por palabras. Encontré una en la calle Isabella, llamé por teléfono a la dueña y le dije que era una administrativa de veinticinco años, que no bebía ni fumaba. Me tiré el pelo hacia atrás, me puse los guantes blancos y fui a inspeccionar. Me presenté como la señorita L. Delacourt y utilicé también ese nombre cuando, un poco más tarde ese mismo día, fui a abrir una cuenta bancaria nueva. Retiré todo el dinero de la anterior y la cancelé; no quería que mi madre me siguiera el rastro. Ese fue el principio oficial de mi segundo yo. Me maravillaba cuán fácilmente me creía todo el mundo pero, claro, ¿por qué iban a sospechar?

Aquella tarde, fui al hospital a ver a mi padre. Nunca había entrado antes, así que no tenía idea de cómo encontrarlo. Pregunté a las recepcionistas, que se preguntaron a su vez entre ellas hasta que descubrieron que estaba en quirófano. Pretendían que pidiese hora o aguardase en la sala de espera (no les había dicho que era su hija) y les dije que lo haría. Pero había escuchado el número del piso y, en un momento en que ninguna me miraba, me levanté sin hacer ruido y fui al ascensor.

Esperé delante de la puerta hasta que por fin salió. Nunca lo había visto vestido con su uniforme de trabajo: gorra blanca, bata, y una máscara que le cubría la parte inferior del rostro y que se estaba quitando en esos momentos. Su aspecto era mucho

más impresionante del que nunca tuvo en casa, parecía ser alguien con poder. Estaba hablando con otros dos médicos. Tuve que llamarlo para que me viese.

—Tu madre está enferma de preocupación —dijo, sin enojo.

—Ha estado enferma de preocupación toda mi vida —le dije—. Sólo quería decirte que estoy bien. No voy a, volver, tengo una habitación y dinero suficiente.

Me miró desde su altura, de una forma que no pude definir en aquel momento porque rara vez se había dirigido a mí. Era admiración y hasta envidia quizás: había hecho lo que él no conseguía llegar a hacer, me había marchado.

—¿Estás segura de que estás bien? —dijo. Yo asentí y él añadió—: Supongo que es inútil que trate de convencerte para que vayas a verla.

—Intentó matarme —le dije—. ¿Te lo ha contado? —Estaba exagerando, pues el cuchillo no había penetrado mucho, pero quería que le quedase claro que no había sido culpa mía—. Me clavó un cuchillo en el brazo. —Me arremangué para que viese la herida.

—No habría debido hacer eso —replicó él, con el mismo tono que hubiera usado si ella hubiera girado a la izquierda cuando tenía que hacerlo a la derecha—. Estoy seguro de que lo hizo sin querer.

Acepté mantenerme en contacto con él (más o menos, cumplí la promesa), pero me negué a tener nada más que ver con mi madre. El comprendió mi postura. Lo expresó con esas mismas palabras, como lo haría un hombre que ha pasado mucho tiempo comprendiendo la postura de los demás. He recordado esa frase y se me ocurrió mucho tiempo después que nunca nadie había comprendido su postura; ni yo, ni mi madre, ni mi tía Lou, ni nadie. No creo que fuese porque no tuviese postura alguna. La suya era la de un hombre que ha matado a personas y ha devuelto la vida a personas, aunque no a las mismas, y resulta difícil comunicar esos misterios. Aparte de eso, su postura era la de un hombre que usa zapatillas marrones de piel y que se entretiene con las plantas durante los fines de semana y, por esa razón, su mujer lo considera un tonto insignificante. Era un hombre enjaulado, como la mayoría de los hombres, pero lo que lo diferenciaba de los demás era su implicación en vidas y muertes.

Durante los dos meses siguientes, viví en la habitación de la calle Isabella, por la que pagaba catorce dólares a la semana. Ello incluía cambio de sábanas y toallas una vez por semana, y un hornillo donde hervía agua para el té y me preparaba comidas bajas en calorías. La casa, que luego derribaron para levantar un edificio alto, era victoriana, de ladrillos rojos y con los suelos de madera oscura que crujían, tenía una escalera, que me ha sido útil en varias ocasiones («Ella empezó a subir la escalera, una mano en la barandilla...»), y olía a cera de muebles. Compitiendo con la cera había otro olor, probablemente de vómito. Tanto la casa como el barrio iban de capa caída, pero la casera era una escocesa severa así que, si había vómitos, se producían detrás de las puertas cerradas.

En la casa vivían otras personas, pero rara vez las veía, en parte porque pasaba



mucho tiempo fuera. Cada mañana, aunque en realidad me estaba matando de hambre para poder acceder al dinero de tía Lou, bajaba la escalera con mucha energía, como si fuese a trabajar. Por la noche, volvía a mi habitación y hervía un paquete de guisantes o calentaba carne en conserva en el hornillo. Mientras comía, echaba de menos a tía Lou. Ahora que había muerto, no tenía a nadie con quien hablar; a veces sacaba su piel de zorro, que olía a naftalina, y la miraba con la esperanza de que, al igual que había hecho siendo niña, abriría la boca para hablar por la tía Lou. Intenté ir al cine sola, pero me deprimía todavía más; y, sin la presencia de tía Lou, tenía que soportar las atenciones de desconocidos, que no me dejaban ver las películas tranquila. En agosto fui a la Exposición Nacional de Canadá, un peregrinaje triste. Tía Lou y yo no habíamos ido los últimos tres años (ella debió de pensar que yo era demasiado mayorcita), y me pareció diferente, en cierta forma vulgar, ruidosa y con una alegría forzada.

Iba mucho a los museos y a las galerías de arte, lugares donde podía pasearme dando la sensación de que estaba haciendo algo, donde no me sentía tentada por la comida. Hice excursiones en autobús a Sainte Catharine, a London, a Ontario, a Windsor, y a Buffalo, Syracuse y Albany. Buscaba una ciudad donde ir a vivir, un sitio donde tuviese la libertad para no ser yo misma. No quería nada muy diferente o especial, sólo deseaba encajar en un lugar sin que me conociese nadie.

Fue durante uno de estos viajes en autocar que descubrí que me faltaba algo. Esa carencia tenía su origen en el hecho de haber sido gorda; era como vivir sin sentido del dolor, y, hasta cierto punto, el dolor y el miedo protegen. Nunca había desarrollado los temores normales de las mujeres: miedo a los intrusos, miedo a la oscuridad, miedo a los jadeos a través del teléfono, miedo a las paradas de autobús y a los coches que reducían la velocidad, miedo a cualquier cosa o persona ajenos a cualquier círculo mágico que definiese la seguridad. Nadie me había silbado por la calle o pellizcado en los ascensores. Nunca me siguieron por calles desiertas. No consideraba a los hombres unos libertinos agresivos, sino criaturas tímidas y escurridizas a quienes no se les ocurría nada que decirme y que desaparecían en cuanto yo me acercaba. A pesar de que mi madre me había advertido sobre los hombres malos del barranco, cuando llegué a la pubertad esas advertencias sonaron a hueco. Ella no creía realmente que nadie fuera a meterse conmigo, y yo tampoco. Había sido lo mismo que meterse con un gigante jugador de baloncesto y, aunque me complacía imaginarme que rezumaba una enternecedora femineidad y que de mí emanaba una dulce sumisión, sabía que sería capaz de arrojar contra la pared a cualquier inoportuno soplándole simplemente. Así que, cuando alcancé el volumen normal, como no tenía ninguno de estos temores, tuve que desarrollarlos de forma artificial. Me recordaba constantemente: No vayas allí sola. No salgas de noche. Mira al frente. Aunque te interese, no mires. No te pares. No salgas del coche. Sigue caminando.

Por ejemplo, estaba sentada hacia la mitad del autocar. Detrás de mí había un

hombre fumando un puro, junto a mí, un desconocido. Cada dos horas, nos parábamos en un restaurante de carretera y yo, sonámbula, iba al lavabo de señoras, que olía siempre a desinfectante y jabón líquido. Allí, con toallas de papel húmedas, me limpiaba la cara para quitarme los humos grasos y parduscos del autocar. Y, más tarde, cuando el costado de mi cabeza empezaba a darse golpes contra el frío metal del marco de la ventanilla y mi cuerpo pedía a gritos poder dormir un poco, aparecía una mano sobre mi muslo, una mano furtiva, sigilosa y exploradora, a la cual la conciencia de su solitaria misión ponía tensa.

Cuando empezaron a aparecer, no supe aguantarlo. Me cogieron por sorpresa. Los hombres no intentaban seducir a las muchachas gordas, así que no tenía experiencia y me sentía muy violenta. Las manos no me asustaban ni me ponían nerviosa, simplemente me hacían tomar conciencia de que no sabía cómo reaccionar. Lo que hacía era fingir que no me daba cuenta; mientras irnos dedos diestros trepaban por mi muslo, miraba por la ventanilla el paisaje negro como boca de lobo. En la siguiente parada, me excusaba con educación y bajaba del autocar, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

A veces buscaba un motel; pero la mayoría de las veces me dirigía a la cantina de la estación de autocares y me zampaba todas las rosquillas y los trozos de pastel de cola de pescado que era capaz. En esos momentos me sentía muy sola y también me daban ganas de volver a ser gorda. Sería un aislamiento, un capullo. Sería, también, un disfraz. Podría ser de nuevo un espectador, sin que se esperase demasiado de mí. Sin mi mágica capa de grasa de ballena e invisibilidad, me sentía desnuda, cercenada, como si me faltase alguna envoltura esencial.

A pesar de estas recaídas, adelgacé. Descubrí de pronto que había alcanzado el peso requerido y que me encontraba cara a cara con el resto de mi vida. Me había convertido en una persona diferente y tenía la impresión de haber nacido ya crecida a la edad de diecinueve años; tenía la forma correcta, pero un mal pasado. Iba a tener que deshacerme completamente de él y construirme uno nuevo, uno más agradable. No me decidí por ningún lugar de los que ya había visitado. Al fin y al cabo, vivir en una habitación alquilada en Albany sería lo mismo que vivir en una habitación alquilada en Toronto, con la única diferencia de que sería más difícil tropezarme con mi madre por la calle. O con cualquier otra persona que pudiera reconocerme.

Me deprimía la idea de hacer el mismo tipo de vida durante años y años. Quería tener más de una vida y cuando por fin bajé triunfante de la balanza del señor Morrissey y recogí el dinero, fui directamente a una agencia de viajes y me compré un billete de avión para Inglaterra.

## CATORCE

—Tienes el cuerpo de una diosa —me decía el conde polaco en momentos de contemplativa pasión. (¿Lo ensayaba?).

—¿Mi cabeza es también la de una diosa? —le pregunté una vez maliciosamente.

—No bromees —contestó él—. Tienes que creerme. ¿Por qué te niegas a creer que eres hermosa?

Pero, ¿a qué diosa se refería? Sabía que había más de una. La de la caja de lápices Venus, por ejemplo, sin brazos y cubierta de grietas. Algunas diosas ni siquiera tenían cuerpo; había una en el museo: tres cabezas sobre un pilar, como una boca de incendio. Muchas tenían forma de vasijas, otras de piedras. Su cumplido me pareció ambiguo.

El conde polaco fue producto de una casualidad. Lo conocí cuando me caí de un autobús de dos pisos cerca de Trafalgar Square. Por suerte no me caí del piso de arriba; tenía un pie casi en el suelo, pero no estaba acostumbrada a que el conductor arrancase antes de que los pasajeros hubiesen bajado del vehículo, y de pronto arrancó y aterricé sobre la acera cuan larga era. El conde polaco pasaba por allí y me ayudó a ponerme en pie.

Por entonces, vivía en una húmeda habitación de Willesden Green. La encontré a través de la Casa de Canadá, el primer lugar adonde fui apenas llegué a Londres. Ya estaba añorando. No conocía a nadie, no tenía adonde ir y lo que había visto de Inglaterra en el autobús desde el aeropuerto me había decepcionado. Hasta ese momento, se parecía demasiado a lo que había dejado, salvo que daba la sensación de que dos manos gigantes hubieran comprimido cada objeto y luego los hubieran amontonado bien a todos juntos. Los coches eran más pequeños, las casas estaban apiñadas, la gente era más baja, sólo los árboles eran más grandes. Además, las cosas no eran tan viejas como me las había imaginado. Yo quería princesas y castillos, una lady Shalott navegando en una barca sobre un río sinuoso, como en *Romances para jóvenes*, que había estudiado en el noveno curso. Para mi mal, busqué «Shalott» en el diccionario: Shallott: Chalote, especie de cebolla pequeña. El significado era distinto, pero no tan diferente.

O sea, se deletreaba diferente, con dos eles.

*Las reglas me abruman,  
dijo la dama Chalote*

Luego estaba aquel otro verso, que provocaba risas disimuladas entre los chicos y turbación entre las muchachas.

*Me ha bajado la maldición, exclamó*

## *lady Shalott*

¿Por qué los chicos pensaban que era divertido que la sangre corriera por las piernas de las chicas? ¿O era que reían por miedo? Pero nada de esto me desanimó, yo era una romántica a pesar de mí misma en aquella época, quería de todo corazón tener a alguien, a cualquiera, que me dijese que mi rostro era bonito; aunque antes tuviese que convertirme en un cadáver en el fondo de una barcaza.

Sin embargo, en lugar de castillos y damas, sólo había un tráfico intenso y mucha gente rechoncha con mala dentadura.

Cuando llegué a la Casa de Canadá, me encontré con un mausoleo de mármol, impresionante pero silencioso. Detrás de un mostrador de madera oscura en una habitación pequeña y pobremente iluminada, en la cual unos cuantos canadienses de aspecto severo leían los periódicos de Toronto de la semana anterior, o recogían su correspondencia, había una mujer que me dio una lista de habitaciones para alquilar. Dado que mi conocimiento de la topografía de Londres era nulo, me quedé con la primera que pude conseguir. Por desgracia, estaba a una hora del centro en metro, que era lo mismo que viajar en el primer vagón-salón de un tren forrado de felpa; no podía haber esperado otra cosa que ver escabeles y macetas con palmeras. El nuevo metro de Toronto, en cambio, se parecía más a un cuarto de baño ambulante, por los azulejos de tonos pastel y el olor a veneno contra la suciedad. Ya me sentía una provinciana.

Cuando salí del metro, caminé por una calle con tiendecitas a ambos lados; muchas de ellas de caramelos, lo cual me pareció poco sano. La mujer de la Casa de Canadá me había dibujado un plano sencillo; también me había aconsejado que comprara una hoja de arce y que la llevase en la solapa para que no me confundieran con una americana.

Era una casa de campo estilo Tudor, igual que las otras de la misma calle, imitación Tudor, imitación casa de campo, con un muro en el jardín delantero. El casero era un hombre hosco que iba en mangas de camisa y tirantes; y que parecía tener miedo de que yo organizase orgías y que me fuera sin pagar el alquiler. La habitación estaba en la planta baja y olía a madera podrida, era tan húmeda que, de hecho, aunque muy lentamente, los muebles se estaban pudriendo. Cuando me acosté la primera noche en la cama húmeda y mientras me preguntaba si no habría perdido tanto peso y venido de tan lejos para nada, un hombre negro trepó por la ventana.

—Perdón, me he equivocado de ventana —se limitó a decir antes de saltar de nuevo.

De un poco más abajo de la calle, podía oír sonidos débiles de una animada fiesta. Estaba horrorosamente sola. Empecé a pensar en mudarme a otro lugar, mejor un apartamento, tendría más espacio; pero la habitación no era cara y quería que el dinero de tía Lou me durase lo máximo posible. Cuando se acabara, tendría que tomar una decisión sobre lo que iba a hacer, conseguir trabajo (sabía mecanografía) o

volver a estudiar (quizá podría ser arqueóloga, después de todo), pero todavía no estaba preparada para ello, no me había adaptado. Me había pasado toda la vida aprendiendo a ser una persona y ahora era otra diferente. Había sido una excepción, con las limitaciones que ello imponía; ahora formaba parte de la media y no estaba acostumbrada a ello.

No debía cocinar en mi habitación —el casero tenía la manía de que sus inquilinos conspiraban para quemársela, aunque difícil hubiera sido ya que era tan húmeda—, pero podía hervir agua en el único hornillo de gas. Me aficioné a beber té y a comer galletitas Peek Frean, metida en la cama tapada hasta arriba con todas las mantas. Era final de octubre, hacía un frío penetrante y la calefacción del dormitorio se controlaba metiendo chelines en una ranura. El agua caliente del baño comunitario funcionaba con el mismo sistema; no me bañaba mucho. Empecé a comprender por qué olía de aquella manera la gente que iba en el metro: no se podía decir que fuese a sucio, pero sí a encerrado. Aparte del té y las galletitas, comía en restaurantes baratos y pronto aprendí que debía evitar los alimentos que habría tomado normalmente. «Perrito caliente», descubrí, significaba un objeto rojizo y delgado, frito con grasa de cordero. «Hamburguesa», era una cosa cuadrada beige-serrín metida entre dos mitades de bollo duro, y los «batidos» sabían a tiza. Comía pescado frito con patatas fritas o huevos, guisantes y patatas fritas, o salchichas y puré. Me compré una camiseta.

Empecé a sentir que debía hacer algo más, aparte de mirar cómo iba menguando mi escondite con los cheques de viaje. Si viajar ampliaba la mente, ¿por qué era que yo me sentía reducida? Así que compré un mapa de Inglaterra y escogí algunos nombres que me sonaban del instituto, York, por ejemplo, o nombres que me intrigaban, como Ripon. Iba a esos lugares en los Ferrocarriles Británicos, pasaba la noche en fondas de segunda categoría o en casas que daban derecho a cama y desayuno y regresaba al día siguiente. Estudiaba los edificios históricos y curioseaba en las iglesias, y cogía las hojas que había en los estantes, si bien no siempre contribuía con los seis peniques que había que dejar en la ranura. Aprendí lo que era un «triforio» y compraba postales para tener la sensación de que había estado en algún lugar. Enviaba estas postales a mi padre, al hospital, y le ponía notas enigmáticas: «El Big Ben no es tan grande» y «¿Por qué lo llaman País de los Lagos? Deberían llamarlo País de los Charcos, je, je». Empecé a sentir que Inglaterra era un mensaje en código que no sabía cómo descifrar y que tendría que leer un montón de libros para entenderlo.

Cuando me caí del autobús, llevaba unas seis semanas allí. El conde polaco me ayudó a levantarme y se lo agradecí. Fue un principio bastante simple.

Era algo más bajo que yo, tenía el pelo finito castaño claro y con entradas, los hombros inclinados y usaba gafas sin aro que ya no estaban de moda. Llevaba un abrigo azul marino, algo raído y brillante, un portafolios. Para poder ayudarme lo dejó en el suelo, colocó una mano bajo cada una de mis axilas y realizó un galante

esfuerzo hacia arriba. Estuve a punto de hacerle caer a él, pero recuperamos el equilibrio y él recogió el portafolios.

—¿Estás bien? —preguntó, con un acento no muy inglés. Si hubiese sido inglesa, habría podido decir que se trataba de un conde polaco, pero como no lo era no pude.

—Sí, muchas gracias —contesté.

Me había roto una media, tenía un rasguño en la rodilla, y me había torcido un tobillo.

—Necesitas sentarte —dijo él. Cruzamos la calle hasta un restaurante que se llamaba, si no recuerdo mal, El Huevo Dorado, y me llevó té y una tarta de grosella negra, ligeramente aplastada. Se mostraba amable pero protector, como si yo fuese una niña más inepta de lo normal.

—Aquí tienes —dijo radiante.

Observé que su nariz era aguileña pero, como él era más bien bajo, no llegaba a lograr la fuerza que suelen tener este tipo de narices.

—Este té es el remedio inglés para todo. Son gente extraña.

—¿Tú no eres inglés? —pregunté.

Pareció que había hecho una pregunta indiscreta y grosera, pues sus ojos, gris verdosos o acaso verde grisáceos, se ensombrecieron detrás de las gafas.

—No —contestó—. Pero en los días que corren, hay que aprender a adaptarse. Por supuesto que tú eres americana.

Le expliqué que no y pareció decepcionado. Me preguntó si me gustaba esquiar y yo le respondí que no.

—Yo debo mi vida a los esquís —dijo enigmáticamente—. Todos los canadienses esquían. ¿Cómo si no podrían desplazarse sobre la nieve?

—Algunos utilizamos trineos —le dije. No entendió la palabra y se lo expliqué.

Terminé el té. Pensé que había llegado el momento de agradecerle educadamente su amabilidad y marcharme. De lo contrario, tendríamos que intercambiar las historias de nuestras vidas y yo estaba demasiado deprimida con la mía como para querer hacerlo. Así que le di las gracias y me levanté. Pero me senté de nuevo. Se me había hinchado el tobillo y apenas podía dar un paso.

Insistió en llevarme de vuelta a Willesden Green, sosteniéndome mientras iba cojeando hasta la estación de metro y por la calle de las tiendas de caramelos.

—Pero esto es espantoso —dijo cuando vio mi casa—. No puedes vivir aquí. Nadie vive aquí.

Luego se ofreció a envolverme el tobillo con toallas humedecidas en agua fría. El estaba haciendo eso, arrodillado frente a mí y yo estaba sentada en la cama, cuando apareció el casero y me despidió dándome una semana de plazo. El conde polaco le explicó que la señorita se había torcido un tobillo. El casero contestó que no le importaba nada lo que yo me hubiera torcido, que tenía que marcharme antes del jueves, porque él no podía admitir aquellas relaciones amorosas ilícitas bajo su techo. Lo que le molestó fue ver mi pie desnudo e hinchado.

Cuando se marchó, el conde polaco se encogió de hombros.

—Son estrechos de miras estos ingleses. Un país de tenderos.

Yo no sabía que aquello era una frase hecha y pensé que era muy ingeniosa. Me había sorprendido encontrar Stonehenge rodeado por una valla con una taquilla para comprar entradas.

—¿Has estado en la Torre de Londres? —preguntó. No había estado—. Iremos mañana.

—¡Pero si no puedo andar!

—Iremos en taxi y en barco.

No me lo había preguntado, me lo había anunciado, así que ni me me ocurrió decirle que no. Además, me parecía mayor; en realidad tenía cuarenta y uno, pero yo lo incluí en la categoría de hombres mayores y, por lo tanto, inofensivos.

Durante la excursión, me contó la historia de su vida. Me preguntó primero por la mía, como manda la buena educación. Le dije que había ido a Londres a estudiar arte en la escuela de arte, pero que había llegado a la conclusión de que no tenía talento para ello. El suspiró.

—Una chica lista —dijo—. Está muy bien haber hecho este descubrimiento siendo tan joven. No te engañarás con falsas esperanzas. Hubo una época en que quise ser escritor, quería ser como Tolstoi, ¿comprendes?; sin embargo, ahora estoy exiliado de mi propio idioma y este de aquí no sirve más que para hacer vallas publicitarias. No tiene música, no canta, siempre está tratando de venderte algo.

Yo no sabía quién era Tolstoi, pero asentí con la cabeza y sonreí. Luego se puso a contar su historia. Su familia, antes de la guerra, había formado parte de la clase alta; no era conde exactamente, pero algo así, y me mostró el anillo de sello que llevaba en el meñique. Se trataba de un ave mítica, un grifo o un fénix, no recuerdo cuál. La familia se las había arreglado durante la ocupación alemana, pero cuando los rusos invadieron, supo que tenía que marcharse o lo matarían.

—¿Por qué? —pregunté—. No habías hecho nada.

Él me lanzó una mirada cargada de tristeza.

—No se trata de lo que uno hace, sino de quién se es.

Junto con otros seis fueron esquiando hasta la frontera, donde debían encontrarse con un guía que los conduciría al otro lado. Pero él enfermó. Insistió para que los otros se marcharan sin él y se arrastró hasta una cueva, seguro de que iba a morir. A los otros, los cogieron al cruzar la frontera y los ejecutaron. Él se recuperó y viajando durante la noche y siguiendo la dirección de las estrellas, consiguió cruzarla por sus propios medios. Cuando llegó a Inglaterra, estuvo lavando platos en restaurantes del Soho para ganarse la vida; pero cuando supo suficiente inglés, consiguió un trabajo administrativo en un banco, en el departamento de divisas.

—Soy el último de una raza agonizante —añadió—. El último mohicano.

De hecho, tenía una hija en Polonia, también a su mamá, pero no había tenido un hijo varón y ello le pesaba.

Lo primero que pensé al escuchar la historia fue que me había encontrado con un mentiroso tan compulsivo y romántico como yo misma. Pero mi naturaleza me llevaba a creer todo lo que me contaban, de la misma forma que yo quería que me creyesen y, en este caso, el impulso que seguí fue el correcto, pues la historia era cierta, esencialmente. Estaba muy impresionada. Parecía pertenecer a una época desaparecida y mejor, donde existía todavía la valentía. Fui cojeando por la Torre de Londres, cogida de su brazo fibroso, con una mezcla de emociones nuevas para mí: me daba pena que hubiese tenido que sufrir tanto, admiraba su valor, me halagaban las atenciones que me dispensaba y estaba agradecida por ello, y, sobre todo, me gustaba que me considerase lista. Más adelante, descubrí que casi todo el mundo lo hace si confías que no tienes talento.

Eso pasó un domingo. El limes tuvo que trabajar en el banco durante el día, pero por la noche me llevó a cenar a un club para polacos expatriados, que estaba lleno de generales tuertos y otros condes polacos.

—Somos los pocos que quedamos —dijo—. Los rusos exterminaron a los demás.

—¿Pero no estabais ambos en contra de los alemanes? —pregunté.

El se rió amablemente y me lo explicó, alargándose un poco.

Mi ignorancia me sorprendía. Según parecía, toda clase de cosas habían estado pasando a mis espaldas: traiciones, hambrunas, golpes diplomáticos, crímenes ideológicos y hazañas heroicas condenadas al fracaso. ¿Por qué nadie me lo había contado? O, a lo mejor sí, pero yo no había escuchado. Había estado preocupada por mi peso.

El martes, me llevó a un concierto de música de cámara, a beneficio de una organización política polaca de la que nunca había oído hablar. Le comenté que todavía no había encontrado habitación.

—¡Pero vivirás conmigo! —exclamó—. Tengo un piso bonito, muy bonito, con mucho espacio. Claro que sí, eso es lo que debes hacer.

Ocupaba todo el segundo piso de una casa en Kensington, que pertenecía a un lord inglés nonagenario que por lo general estaba en una clínica. En el tercer piso vivían tres chicas que trabajaban en oficinas pero que eran de buena familia, me aseguró.

Pensé que era muy considerado y amable por su parte ofrecerme el compartir su piso. Y como, salvo para ayudarme a cruzar la calle o a caminar a causa de mi tobillo, no me había tocado en ningún momento, ni había hecho ningún comentario sugerente, me quedé muy sorprendida cuando, después de haberme lavado los dientes y a punto de meterme en la cama (creo que con un grueso camisón de franela sin forma alguna que había comprado en Marks & Spencer la semana anterior), llamaron discretamente a mi puerta y ese hombre, de quien no sabía siquiera su nombre de pila, apareció en mi puerta con un pijama a rayas azules y blancas. Daba por sentado que se iba a meter en la cama conmigo, y daba por sentado que yo también lo daba por sentado.



La historia que le conté más tarde a Arthur, según la cual a la edad de dieciséis años y debajo de un pino, me había seducido un monitor de Montreal que enseñaba vela en un campamento de verano, era mentira. Nadie me sedujo. Fui víctima del síndrome de la señorita Flegg: si te encuentras atrapada en una situación de la que no puedes salir airoosamente, procura hacer ver que has sido tú quien la ha escogido. En caso contrario, harás el ridículo. La inocencia tiene sus riesgos y, en mi caso, uno de ellos fue que el conde polaco no podía concebir que nadie fuese tan mentecata como yo. Si un hombre le pide a una mujer que vaya a vivir a su piso y ella acepta, ella está aceptando, naturalmente, ser su querida. Extraño término el de «querida», pero era eso lo que él pensaba de mí, en estas categorías era como arreglaba su vida sexual: esposas y queridas. Yo no era la primera querida. Para él no existía la categoría de mujer amante.

Cuando le conté a Arthur la historia con el monitor de vela, tuve buen cuidado de incluir detalles salaces.

También añadí algunos toquecillos convincentes, las panochas que se me clavaban en el culo, sus calzoncillos apretados, el olor a Brylcreem; este tipo de cosas me salían muy bien. Por supuesto nunca había estado en un campamento de verano. Mi madre quería que fuese, pero ello significaba estar recluida dos meses con un montón de sádicas Exploradoras demasiado desarrolladas para su edad, y sin posibilidad de escapar. Por lo tanto, me pasaba los veranos en casa, comiendo y leyendo libros banales, algunos de ellos con detalles picantes que me sirvieron para la historia de mi vida; tenía que tomarlos prestados porque la primera experiencia con el conde polaco no fue nada erótica. Me dolía el tobillo, los pijamas me enfriaban y él tenía un aspecto extraño sin sus gafas. Además, fue doloroso; y, aunque en sesiones posteriores, se mostró paciente e instructor, aunque algo inclinado a dar tantas instrucciones de cómo actuar que era casi como tomar lecciones de claqué, no fue así en aquella ocasión.

Cuando descubrió que, al contrario de lo que él pensaba, yo no era la liberada estudiante frustrada de arte, cuando se dio cuenta de que me había despojado de la virginidad, el conde polaco se sintió lleno de remordimiento.

—¿Qué he hecho? —dijo con pesar—. Mi pobre niña. ¿Por qué no me lo dijiste?

Pero cualquier cosa que pudiese decir habría sonado a inverosímil. Esta era la razón por la que fabriqué mi vida una y otra vez, porque la verdad no convencía.

Así que no dije nada y él me dio ansiosas palmaditas en el hombro. Creía que había puesto fin a la posibilidad de que hiciese una buena boda. Quería compensarme de alguna forma y no comprendía por qué yo no estaba más trastornada. Estaba sentada en la cama, poniéndome de nuevo el camisón (pues hacía tanto frío y humedad en su piso como en la habitación que había dejado) y mirando su cara larga y melancólica donde brillaban unos ojos verde grisáceos ligeramente sesgados. Estaba contenta de que hubiese ocurrido. Me demostraba que por fin era normal, que mi halo de carne había desaparecido y que ya no me hallaba entre los intocables.

## QUINCE

Muchas veces me he preguntado qué habría ocurrido si me hubiese quedado con el conde polaco en lugar de irme a vivir con Arthur. Quizás estaría gorda y satisfecha; sentada en su piso durante el día vestida con una bata de flores, y me dedicaría a bordar un poco, zurcir un poco, leería libros triviales y comería chocolates; por la noche iríamos a cenar al Club de Oficiales Polacos y me trataría con cierto respeto; tendría una posición reconocida, sería la «querida de Paul». Pero no habría funcionado, él era demasiado metódico. Su primer nombre era Tadeo, pero prefería que lo llamaran Paul, su tercer nombre, que le habían puesto por san Pablo, un hombre sistemático que no dejaba cabos sueltos. Para él, vivir bien significaba llevar una vida ordenada.

Hasta su huida por la frontera polaca había sido ordenada.

—¡La suerte te salvó la vida! —exclamé.

—No —dijo él—. Si no hubiese utilizado la cabeza, me habría matado de todas formas.

Calculó su recorrido con precisión y salió del bosque en el punto exacto que había previsto. A fin de mantenerse despierto y disipar las alucinaciones que tenía, se puso a recitar las tablas de multiplicar mientras avanzaba caminando despacio a través de la nieve y de la oscuridad (caminando, pues había dejado sus esquís a un miembro del grupo ejecutado). No se dejó llevar por el pánico, como habría hecho yo; hizo caso omiso de las formas geométricas que se movían y, más tarde, de los amenazadores rostros que aparecieron en el aire delante de él. Yo también había visto formas y rostros cuando tuve la infección sanguínea, y sabía que mi reacción, sobre todo en las profundidades de aquel bosque polaco, denso como una jungla y desesperadamente frío, habría sido sentarme sobre la nieve y esperar que llegase la catástrofe. Me habría distraído con los detalles, como los restos de velas y los huesos de quienes ya no estaban en este mundo; de estar en un laberinto, habría soltado el hilo para seguir una luz pasajera o una voz repentina. En un cuento de hadas, yo sería una de las dos hermanas estúpidas que abren la puerta prohibida y se aterrorizan ante la visión de las esposas asesinadas, no sería la tercera, la lista, la que tiene en cuenta lo esencial: presencia de ánimo, previsión, saber contar mentiras irrefutables. Yo decía mentiras, pero no eran irrefutables. Mi mente no era disciplinada, y así me lo señalaba Arthur.

Paul sí lo era. Era maniático con el tiempo, tenía que salir de casa a las ocho y cuarto en punto y, antes de eso, se pasaba diez minutos de reloj brillantándose los zapatos y cepillando su traje. Mi desorden le pareció encantador... pero no por mucho tiempo; no tardó en lanzarme discursos sobre lo mucho más fácil que era colgar la ropa cada vez en lugar de dejarla en un montón en el suelo hasta la mañana siguiente. No esperaba mucho de mí —después de todo, no era más que una querida—, pero esas cuatro cosas sí que las esperaba. Creo que consideraba que enseñarme a vivir con él era un reto menor y aburrido, parecido a adiestrar a un perro: un limitado

número de trucos, pero aprendidos a conciencia.

Exceptuando la sorpresa de la primera noche, limitó el sexo a los fines de semana. Creía en las habitaciones separadas, así que yo dormía en una cama plegable en la habitación que él llamaba la biblioteca. No era tacaño o represivo por naturaleza, pero era un hombre que tenía una misión y, dado que yo dormía en la biblioteca, no tardé en descubrir cuál era.

El primer día, cuando se fue a trabajar al banco, dormí hasta las once. Entonces me levanté y me puse a curiosear por el piso, abrí los armarios de la cocina, buscando algo para comer pero también para conocer mejor la personalidad del hombre que la noche anterior había, como suele decirse, mancillado mi honor. Yo era curiosa, y se puede deducir mucho de una persona observando los armarios de su cocina. Los de Paul estaban bien organizados; prevalecían los alimentos enlatados, las sopas de sobre y un paquete de galletitas de agua. Había dos tipos de comida, los productos indispensables y los exóticos: calamares, recuerdo, y carne de foca (que comimos más tarde; estaba rancia y aceitosa). Luego me dediqué a la nevera, imaculada y casi vacía. Comí varias galletitas con sardinas de lata, luego me preparé una taza de té y fui al dormitorio de Paul para revisar su armario y los cajones del escritorio, con cuidado para no desordenar nada. Había unas fotos descoloridas, sobre el escritorio, los labios amoratados, el cabello gris amarillento. Calzoncillos; todos los pijamas eran a rayas salvo uno que era de seda. Debajo de los calzoncillos había un revólver, que no toqué.

Volví a la biblioteca con la intención de vestirme, pero cambié de opinión y decidí revisar primero las estanterías. Casi todos los libros eran viejos, encuadernados en tela y piel y con guardas jaspeadas, del tipo que se encuentran en los puestos de libros de segunda mano. Había bastantes en polaco, pero también ingleses: varios de sir Walter Scott y Dickens y Harrison Ainsworth y Wilkie Collins. Recuerdo los nombres porque, posteriormente, leí la mayoría de ellos. Pero había una estantería que me dejó perpleja. Estaba llena de novelas de enfermeras, de esas sensibleras con una enfermera en la tapa y un médico como fondo que la mira con interés y admiración, pero nunca con los ojos enardecidos por el deseo. Tenían títulos como *Janet Holmes, La enfermera estudiante; Helen Curtís, enfermera jefe; y Anne Armstrong, enfermera en prácticas*. Algunas tenían títulos más atrevidos, como *Romance en el Paraíso* y *Lucy Gallant, enfermera del ejército*. Todas estaban escritas por una mujer, que tenía el inverosímil nombre de Mavis Quilp. Hojeé un par de ellas, recordándolas bien. En mis tiempos de gordura, había leído docenas. Tenían un precio asequible, y en todas la enfermera y el médico acababan el uno en brazos del otro, tan firme y antisépticamente como vendas elásticas. Había algo extraño en el lenguaje, las frases hechas no eran muy ortodoxas, estaban algo tergiversadas. Por ejemplo, alguien decía, «Se venden como panqueques», en lugar de «churros»; otra persona decía «Mantén la mandíbula cerrada», y Anne Armstrong «tremblaba» en lugar de temblar cuando el médico la rozaba al pasar junto a ella, claro que esto

último podía tratarse de un error tipográfico. Aparte de esto, no tenían nada de particular; pero estaban tan fuera de lugar en la biblioteca de Paul que, por la noche, se lo pregunté.

—Paul —le dije, cuando estuvimos instalados a la mesa de la cocina el uno frente al otro y comiendo la foca de lata y bebiendo media botella de champagne que él me había comprado a modo de ofrenda conciliatoria—, ¿por qué lees esas novelas tan malas de Mavis Quilp?

El esbozó una extraña y torcida sonrisa.

—Nunca he leído esas novelas rosa de Mavis Quilp.

—Entonces, ¿por qué tienes catorce en tu librería?

A lo mejor Paul era un agente secreto, lo que explicaría la presencia del revólver, y los libros de Quilp eran mensajes en código. El seguía sonriendo.

—Soy yo quien escribe esos libros rosa de Mavis Quilp.

Se me cayó el tenedor.

—¿Quieres decir que tú eres Mavis Quilp?

Empecé a reírme pero dejé de hacerlo ante la mirada ofendida que apareció en su rostro.

—Tengo a mi madre y a mi hija en el continente —dijo en un tono muy serio.

La historia que me contó fue así: cuando llegó a Inglaterra, soñaba todavía con ser escritor. Había escrito una novela épica de tres volúmenes sobre las peripecias de una familia de la pequeña aristocracia (la suya) antes, durante y después de la guerra; había trabajado en la obra con la ayuda de un diccionario durante los pocos ratos libres que le dejaba su trabajo de diez horas como lavaplatos. Hubiera preferido escribir en polaco, pero lo consideró inútil. Su novela tenía trece personajes principales, todos ellos emparentados y cada uno de ellos con un entorno de esposas, queridas, amigos, hijos y tíos. Cuando por fin la terminó y la pasó trabajosamente a máquina, la llevó a un editor. No conocía el mundo editorial y fue a dar con uno que sólo publicaba novelas del Oeste, de enfermeras e históricas.

Rechazaron su novela, naturalmente, pero les impresionó la calidad y, en especial, la cantidad de su trabajo.

—Nos puede ser de utilidad, amigo —le dijo el hombre—. Aquí tiene un guión, escriba una novela, pero que sea sencilla. Cien libras, ¿de acuerdo?

El necesitaba el dinero. Mientras sus tres volúmenes épicos rondaban a otros editores más respetables —jamás los aceptaron— él producía novelas-basura, primero basándose en los guiones que le proporcionaban y, después, creándolos él mismo. En ese momento, cobraba entre doscientas y trescientas libras por libro, sin royalties. Con el nuevo trabajo en el banco ganaba justamente lo suficiente para mantenerse y, por eso, el dinero de las novelas de enfermeras era dinero extra que enviaba a su madre y a su hija a Polonia. También tenía esposa allí, pero ella se había divorciado de él.

El editor le había propuesto escribir novelas del Oeste e históricas, pero él quiso

centrarse en su especialidad. Para las novelas del Oeste, había que utilizar expresiones, como «tío», con las que no se sentía a gusto; y las novelas históricas lo deprimirían, le recordarían su pasada y privilegiada vida. (La literatura de evasión, me dijo, debería ser una evasión para el escritor como lo es para el lector). Para escribir novelas de enfermeras, aparte de algunos términos médicos que se podían encontrar fácilmente en un manual de primeros auxilios, no precisaba aprender nada nuevo ni utilizar palabras extrañas. Había elegido el seudónimo porque consideró que el nombre Mavis era prototípicamente inglés. En cuanto a Quilp...

—Oh, Quilp —dijo suspirando—. Es un personaje de Dickens, un enano deforme y amargado. Así es como me veo en este país; se me ha privado de mi estatura y estoy lleno de pensamientos amargos.

Estatus, pensé; pero no lo dije. Estaba aprendiendo a no corregirlo.

—¿Y qué me dices de algo más propio de ti? —sugerí—. Historias de espionaje, por ejemplo, con intriga y villanos internacionales.

—Eso sería demasiado parecido a la vida —dijo suspirando.

—Para las enfermeras, las novelas de enfermeras deben parecerse mucho a la vida —repliqué.

—Las enfermeras no leen las novelas de enfermeras. Las leen mujeres que sueñan con ser enfermeras. Y en cualquier caso, si las enfermeras desean evadirse de los problemas de sus vidas, que escriban novelas de espionaje. La suerte de la fea, la guapa la desea, así es el destino. —Paul creía en el destino.

Puedo decir, por cierto, que debo a Paul la elección de mi carrera. A pesar del cuidado que tenía con los gastos, el dinero de tía Lou se estaba acabando mucho más deprisa de lo que había previsto, y la idea de conseguir un trabajo no me gustaba. A decir verdad, a nadie le gusta, si la gente lo hace es sólo porque no tiene más remedio. Sabía escribir a máquina, pero me pareció que podía ganar dinero en menos tiempo escribiendo algo propio; además, las cartas comerciales de otras personas son muy aburridas. Por otra parte, no tenía nada que hacer durante las tardes de los días laborables, que era cuando Paul se ponía delante de la máquina para trabajar en su libro de tummy, *Judith Morris, una enfermera en la expedición ártica*, fumando un Gauloise detrás de otro metidos en una boquilla corta de oro que apretaba entre los dientes, y se bebía una copita de oporto negro. En momentos como éstos, el desprecio que sentía hacia sus lectoras y por sí mismo flotaba en la habitación como una nube de humo. Después de estas sesiones, su humor se volvía pesado sin perder su frialdad, como la niebla.

Le pedí a Paul que me consiguiese algunas muestras de las novelas históricas de su editor, Columbine Books, y puse manos a la obra. Me hice socia de la biblioteca del barrio y saqué un libro sobre diseño de vestidos a través de la historia. Hice listas de palabras como «echarpe», «paletto» y «esclavina»; me pasé tardes enteras en el museo Victoria and Albert, impregnándome del olor a antiguo y a madera pulida, y del seco y sardónico que desprendían los guardianes; asimismo, estudié las vitrinas y

las colecciones de dibujos. Pensaba que si lograba plasmar los vestidos adecuadamente, lo demás vendría solo. Y así fue: el héroe, un hombre atractivo, bien educado, con una incipiente calvicie, y vestido con una capa de tweed de hechura perfecta, a lo Sherlock Holmes, acosaba a la heroína en un cabriolé, la besaba en la boca y le arrugaba la esclavina. El malvado, también de buena cuna y vestido de forma similar, hacía exactamente lo mismo, con la diferencia de que, además, metía la mano dentro del echarpe. La rival, bajo el corsé exquisitamente tricotado, tenía un cuerpo ágil, como el de un animal de la selva, y, como todas las mujeres de su calaña, acababa muy mal. Al principio, los finales malos no se me daban demasiado bien, luego los perfeccioné: creo que sólo tropezó con su paleta cuando bajaba la escalera. Pero se lo merecía, pues había intentado rebajar a la heroína a una vida de oprobio, después de haberla maniatado y conducido a un burdel, donde la dejó bajo la supervisión de una madame, a la que le puse los rasgos de la señorita Flegg.

Pero había apuntado demasiado alto. Mi primera tentativa volvió a mis manos acompañada de unas instrucciones que especificaban que no podía utilizar palabras como echarpe, paleta y esclavina sin explicar su significado. Llevé a cabo las revisiones oportunas y cobré mis primeras cien libras y me pidieron más material. Lo llamaban material, como si entrase por el patio trasero.

Me emocioné muchísimo cuando llegaron dos ejemplares envueltos en papel de manila *El lord del castillo Chesney*; en la cubierta aparecía una mujer morena vestida con una capa de viaje color ciruela y mi seudónimo en letras blancas: Louise K. Delacourt. Porque, naturalmente, utilizaba el nombre de tía Lou, era una especie de homenaje. Algunos años después, cuando me cambié a un editor norteamericano, me pidieron una fotografía. Para los archivos, dijeron, para usarla en publicidad; así que les mandé la de tía Lou en la Exposición, yo a su lado. Nunca la utilizaron. Las mujeres que escribían ese tipo de libros debían ser elegantes, tener el cabello gris peinado con gusto y dar una impresión favorable. A diferencia de las lectoras, ellas eran enérgicas y tenían éxito en la vida. No debían mirar al sol con los ojos entornados, ambas filas de dientes al descubierto y un cono de algodón de azúcar en la mano. Las lectoras preferían no pensar que sus hadas madrinas, las creadoras de sus delicadas farsas nocturnas, eran unas mujeres extravagantes y algo desaliñadas, a quienes se les veía el tirante de la combinación y les boqueaba el escote, como a tía Lou. O a mí misma.

Al principio, Paul me animó, sobre todo por el dinero. Le gustaba la idea de tener una querida, pero a decir verdad, no se podía permitir ese lujo. Al cabo de cinco o seis meses, cuando me empezaron a pagar más que a él por cada libro, me empezó a cobrar alquiler, a pesar de que tenerme durmiendo en la biblioteca no le costaba nada. Yo estaba agradecida por la confianza que demostraba, no por mi talento exactamente, pues él consideraba que escribir ese tipo de libros no requería talento alguno, sino por mi perseverancia: yo era capaz de idear intrigas con una agilidad similar a la suya y, además, era más rápida escribiendo a máquina, con lo cual, en una

buena noche, lo podía igualar página a página. Al principio su actitud era paternalista e indulgente.

En cierta forma me recordaba al hombre del ramo de narcisos que se había exhibido de aquella manera tan caballerosa y conmovedora en el puente de madera cuando yo era una joven Exploradora. Paul también tenía aquel aire de galantería bienintencionada pero fuera de lugar. Los dos, creía yo, eran buenos e inofensivos bajo sus extravagancias y sólo pedían gratificaciones simples que no exigían mucho de la pareja o de la persona ante la que se exhibían. Y los dos me habían salvado, quizá, pues todavía no tenía clara la identidad del hombre de los narcisos.

Tampoco sabía mucho de Paul, pues a medida que fue transcurriendo el tiempo, empezó a cambiar. O quizá simplemente lo fui conociendo mejor. Por ejemplo, consideraba que la pérdida de mi virginidad era, además de culpa suya —a causa de lo cual se sentía responsable por mí—, una desgracia que me impediría ser una esposa, o su esposa en cualquier caso. Pensaba que yo era una salvaje porque no me sentía culpable. Cualquier persona del otro lado del océano Atlántico era una especie de salvaje para él y hasta los ingleses le resultaban dudosos, estaban demasiado al oeste. Así que acabó enfadándose conmigo por mi incapacidad para llorar. Por más que le expliqué una y otra vez que ese tipo de cosas no me hacían llorar.

Luego estaban sus opiniones sobre la guerra. Daba la impresión de que, de alguna forma oscura y metafísica, pensaba que los judíos eran los responsables de ella; y, por consiguiente, de la pérdida del castillo familiar.

—¡Pero eso es ridículo! —dije furiosa; no podía ser cierto que él pensara así—. Es como decir que una persona violada es responsable de haber sido violada, o un asesinado...

El, impertérrito, seguía fumando su Gauloise.

—Eso también es verdad —dijo—. En ambos casos se lo buscaron.

Pensé en el revólver, pero no podía mencionarlo sin desvelar que había estado curioseando en su habitación y para entonces ya lo conocía lo suficiente como para saber que eso le habría parecido imperdonable. Empecé a sentirme un poco como Eva Braun en el búnker: ¿Qué estaba haciendo yo con ese loco, cómo me había metido en aquel sitio herméticamente cerrado, y cómo iba a poder salir de él? Porque Paul era fatalista, creía que el mundo llegaba a su fin; según él, la civilización o ya había caído o estaba a punto de caer. Creía que iba a haber otra guerra, de hecho, confiaba que así fuera; y no porque pensase que ello resolvería alguna cosa, sino porque así, él podría luchar y lucirse por actos de valor. Creía que, en la última, no había opuesto la suficiente resistencia; era demasiado joven para saber que habría debido quedarse y perecer en el bosque con el resto del ejército ejecutado. Haber vivido, haber sobrevivido, haber escapado, era como una desgracia. Sin embargo, la guerra para él no eran tanques, misiles y bombas, la guerra para él era ir a caballo con un sable en ristre y cargar contra fuerzas imposibles.

—Las mujeres no entienden estas cosas —decía, mordiéndose la boquilla—. Se

creen que la vida consiste en tener niños y coser.

—Yo no sé coser —decía yo.

Y él:

—Ya aprenderás cuando seas más mayor. Eres muy joven todavía.

Y así seguía profetizando calamidades. Yo recitaba refranes de esperanza, pero en vano; él se limitaba a esbozar su torcida sonrisa, y a decir:

—Vosotros los americanos sois muy ingenuos, no tenéis historia. —Yo había desistido de explicarle que no era americana—. Es todo lo mismo —decía él—. La falta de un tipo de historia, es lo mismo que la falta de otro.

Fundamentalmente, nuestras diferencias eran que yo creía en el amor verdadero y él en esposas y queridas; que yo creía en finales felices y él en finales catastróficos; que yo creía que estaba enamorada de él y él era lo bastante mayor y cínico como para saber que no era así. Simplemente mi fe en el amor verdadero me había llevado a engaño, haciéndome creer que estaba enamorada. ¿Cómo podía yo acostarme con aquel hombre tan extraño, que no era un Mercurio de la compañía de teléfonos, sin estar enamorada de él? Sólo el verdadero amor podía justificar mi falta de gusto.

Como Paul sabía que yo no estaba enamorada de él, como me consideraba una querida y, para él, las queridas eran infieles por naturaleza, empezó a tener ataques de celos. Todo iba bien mientras me quedara en casa, leyendo y escribiendo a máquina alguno de mis Vestidos Góticos, y si no iba a ningún lado si no era con él. Mis excursiones al museo Victoria and Albert no le importaban demasiado; no las notaba porque siempre llegaba a casa antes que él y los fines de semana no iba. Fue a causa de Portobello Road que entramos en nuestra verdadera encrucijada. Fue él quien me lo hizo conocer y pronto se convirtió en una obsesión para mí. Me quedaba absorta durante horas delante de los tenderetes mirando collares antiguos, juegos de cucharas doradas, tenacillas para azúcar en forma de patas de gallina o de manos en miniatura, relojes que no funcionaban, porcelana floreada, espejos con manchas y muebles pesados, restos que habían dejado los siglos pasados, esas épocas que yo vivía con creciente intensidad. Nunca había visto cosas como aquéllas; allí había muchísimo tiempo, una eternidad, y yo palpaba todo aquello, rodaba en ello y lo memorizaba — una cajita de rapé de jade, una botella esmaltada para perfume, pieza a pieza, de forma exacta y elaborada—, para grabarlo en mi mente y conseguir plasmar nebulosas emociones de las heroínas a las que yo vestía como diamantes en un mar de masa.

Lo que me maravillaba era la existencia de tan enorme cantidad de objetos, vestigios de vidas, y la forma en que pasaban de unas manos a otras. Las personas morían, pero no así sus pertenencias, éstas daban vueltas y vueltas como si estuviesen en un remolino lento. Todos aquellos objetos que yo veía y codiciaba habían sido vistos y codiciados con anterioridad, habían pasado por varias vidas y estaban destinados a pasar por algunas más, volviéndose cada vez más viejos, pero también más valiosos, más sólidos y más brillantes, como si hubiesen absorbido los



sufrimientos de sus propietarios y se hubieran alimentado de ellos. Pensé cuán difícil debía resultar vender aquellos objetos; estaban pasivamente al acecho, como bandadas de vampiros a la espera de que alguien los comprase. Yo misma no podía permitirme comprar casi nada.

Después de estas excursiones, volvía al piso agotada y sin energía, mientras allá en los tenderetes, los broches de coral rosa y los alfileres de cuarzo ahumado, los camafeos con sus retratos en marfil, permanecían brillando en la oscuridad dentro de los tenderetes, cual pulgas saciadas. No era de extrañar que Paul empezara a sospechar que tenía un amante y que me escabullía de casa para verlo. Una vez, me siguió; pensó que no lo veía como un ridículo detective, asomándose y escondiéndose por los percheros llenos de vestidos de noche raídos y de boas de plumas. Por supuesto que su dignidad no le permitía acusarme abiertamente de nada. Sin embargo, cogía rabietas porque yo quería ir a Portobello Road los sábados, el mejor día, y él consideraba que ese día debía dedicárselo a él. Empezó a meterse con mis novelas también, que calificó un día de baratas y frívolas, y se enfadaba cuando yo le daba de buena gana toda la razón.

—Claro que son baratas y frívolas —le dije—. Pero yo nunca he pretendido ser una buena escritora.

Lo tomó como una indirecta a su ambición anterior. Es posible que hubiese preferido haber descubierto que yo tenía un amante, antes que ver que no era así.

Empecé a tenerle miedo. Me esperaba en lo alto de la escalera cuando volvía de mis orgías en Portobello y mientras yo subía, él, inmóvil y silencioso como una pilastra, me observaba con una mirada cargada de reproche y rencor.

—Hoy he visto una caja de resorte victoriana preciosa —empezaba a decir yo, pero la voz me sonaba a falsa hasta a mí.

Siempre me habían influido las versiones que los demás tenían de la realidad y empecé a pensar que quizás él tenía razón, a lo mejor yo sí tenía un amante secreto. Lo cierto es que me entraron ganas de tenerlo, pues hacer el amor con Paul estaba pareciéndose a una lucha de tiburones; había dejado de ser cariñoso, me pellizcaba y me mordía, e iba a la biblioteca los días laborales. No habría sido para tanto, de no ser por las miradas siniestras y los silencios opresivos, y el revólver, que me ponía cada día más nerviosa.

Además, acababa de anunciarme que el gobierno polaco había dado autorización para que su madre saliese de Polonia. Había ahorrado para esto y por fin iba a suceder, era más fácil conseguir que salieran las personas mayores que los jóvenes. Pero yo no quería a una condesa polaca viviendo con nosotros, me hablaría en polaco, se pondría del lado de Paul contra mí y plancharía sus calzoncillos, cosa que yo me negaba a hacer. ¿Dónde iba a dormir? Pero cuando le comenté a Paul que me marcharía, para que tuviesen más espacio, le dije, él no quiso ni oír hablar del asunto.

## DIECISÉIS

Quizá fue un error, pero nunca le conté a Arthur mi historia con Paul. No porque a él le hubiera importado que yo estuviera viviendo con otro hombre; pero el título de Paul, con la implicación que conllevaba, y sus ideas políticas, le habrían horrorizado. Paul habría descartado de su vida a una mujer capaz de vivir con un hombre semejante, y esto lo vi claro quince minutos después de haberlo conocido.

Estaba paseando por Hyde Park, era julio de 1963. De todos lados me llegaban discursos tan cargados de calamidades como el Viejo Testamento, pero apenas si los escuchaba. Estaba a punto de cumplir veintiún años, aunque tampoco pensaba en ello. Reflexionaba sobre el rumbo que iba a tomar la vida de Samantha Deane, la heroína de *Huida del amor*, después de haber rechazado las atenciones ilícitas de sir Edmund De Vere. Mientras todos los demás habían ido a pasar el día al Palacio de Cristal, él había intentado aprovecharse de ella en la sala de estudio de los niños.

Mientras Samantha bajaba corriendo la escalera, sus mejillas ardían al recordar lo que acababa de ocurrir. Estaba sola, sentada en la sala de estudio, trabajando en su bordado con el que se entretenía en los pocos momentos libres que tenía. No había oído abrirse la puerta, ni acercarse a sir Edmund hasta que estuvo a dos metros de su silla. Lanzó una exclamación de sorpresa y se levantó de un salto. Sir Edmund estaba enardecido y despeinado. Su férreo autocontrol había desaparecido. Cuando la miró, sus ojos ardían como los de un animal salvaje que huele a su presa.

—Sir Edmund —dijo Samantha, tratando de parecer natural—. ¿Qué significa esta intrusión? ¿Por qué no está usted en el Palacio de Cristal con los demás?

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, se le doblaron las rodillas, bien por temor, bien respondiendo a algo que trataba en vano de negar.

—Sabía que estabas sola —dijo él, a la vez que se acercaba más—. Me he marchado sin que se dieran cuenta. Ten piedad de mí, sabes que mi vida es un infierno.

Sin embargo, no rogaba, exigía. La cogió por la cintura y la atrajo hacia sí apretando su fuerte boca contra la de ella. Ella forcejeó en vano, luchando, tanto contra él como contra su propio y espontáneo deseo. Las ávidas manos del hombre ya estaban en su cuello y apartaban el cabello...

—¡Recuerde quién es! —consiguió balbucir—. ¡Es usted un hombre casado!

Él contestó mediante una áspera carcajada. Al borde de la desesperación, recordó la pequeña pero gruesa aguja que tenía todavía en la mano derecha. La levantó y se la cruzó por la mejilla. Más por sorpresa que por dolor, él la soltó y ella aprovechó ese momento para correr hasta la puerta, cerrarla con un golpe y dar la vuelta a la gruesa llave que había en la cerradura. Estaba tan aterrada que no se le ocurrió coger una capa o un chal al menos.

Ahora, sin saber cómo había llegado hasta allí, estaba corriendo por el parque. Su fino vestido negro no era suficiente protección contra el aire helado de la tarde. ¿Adonde ir, qué hacer? ¿Qué explicación daría sir Edmund a los demás, y especialmente a Lady Leticia, cuando volviesen y descubriesen que él estaba encerrado en la sala de estudio y que la institutriz se había marchado? Estaba segura de que, dijese él lo que dijese, la culpable resultaría ella; no podía volver; y, después de lo que había pasado, él la buscaría, la perseguiría hasta encontrarla... No tenía más que unos pocos peniques en su bolsito de red. ¿Dónde iba a pasar la noche?

Oscuras sombras revoloteaban a su alrededor y, de vez en cuando, oía risas bajitas y burlonas... Hijas del pecado, criaturas viles y abandonadas, como en lo que podía haberse convertido ella de no haber luchado... Pero quizás estaba ahora en un peligro mayor. Sola, débil, desvalida; ¿en manos de qué juerguista disoluto podía caer presa? No había olvidado las lujuriosas insinuaciones del conde de Darcy, el tío de sir Edmund. Entonces había huido de su residencia para ir a la de sir Edmund en busca de protección; pero el protector la había decepcionado...

Oyó unos pasos detrás de ella. Corrió a esconderse detrás de un árbol con la esperanza de no ser vista, pero una sombra amenazadora surgió delante de ella contra el sol poniente, luego una mano se posó sobre su brazo y una voz ronca por la pasión exhaló su nombre...

Al llegar a este punto del relato, sentí algo en mi brazo. Miré y había... una mano. Lancé un grito, bastante alto, y lo siguiente que recuerdo es estar sobre un joven delgado que parecía aturdido. Hojas de papel se desparramaban sobre nosotros como si fueran enormes confetis. Luego, algunas de las personas del corro que en un instante se había formado a nuestro alrededor me ayudaron a levantarme.

—¿La estaba molestando, guapa? —dijo un hombre tosco que olía a cerveza—. Malditos agitadores.

—Sólo le estaba dando una octavilla —dijo mi asaltante.

Horrorizada, vi que tenía un corte en la mejilla. Me sentí como una idiota.

—¿Quiere que llamemos a un *bobby*, preciosa? Deberían encerrarlos, sí, mira que molestar a las jóvenes.

—No, gracias —dije yo.

El antiviviseccionista y el profeta del juicio final habían abandonado las cajas que usaban como tribunas para ayudar. Eran casi idénticos, hombres mayores, piadosamente finos y con los ojos azul claro como los del viejo marinero. Cuando vieron que no estaba herida, cada uno me dio una octavilla.

—La culpa ha sido sólo mía —le dije a todo el mundo—. Me he equivocado, creí que era otra persona. Me he dejado llevar por el pánico, eso es todo. Ten, déjame darte un Kleenex —le dije al joven—. Siento mucho haberte arañado. —Revolví mi bolso pero no encontré ninguno.

—Estoy bien —dijo él estoicamente. Estaba de rodillas recogiendo sus octavillas y me arrodillé para ayudarlo. Tenían un dibujo en blanco y negro de la explosión de una bomba atómica, y la consigna EVITA QUE EL MUNDO SE CONVIERTA EN HUMO.

—¿Contra la bomba? —pregunté.

—Sí —contestó él en tono melancólico—. No es que obtengamos muchos resultados. Pero hay que perseverar.

Lo miré más detenidamente. Llevaba un jersey negro de cuello oval, que me pareció bastante original. Un melancólico luchador de causas casi perdidas, idealista y condenado al fracaso, parecido en cierta forma a lord Byron, cuya biografía había estado hojeando hacía poco. Terminamos de recoger las octavillas, me enamoré, y fuimos a tomar una copa al pub más cercano. No fue difícil manejar la situación: todo lo que tuve que hacer fue expresar interés por la causa. Habría preferido que su acento fuese británico; desgraciadamente sólo se trataba de un canadiense como yo, pero pasé por alto ese defecto.

Mientras Arthur esperaba en la barra a que le sirviesen un whisky doble para mí y una Guinness para él —las pocas veces que bebía, elegía bebidas que, en teoría, aportaran minerales saludables—, yo buscaba frenéticamente en mi mente algún resto de conocimiento político que hubiese podido quedarse allí de forma inadvertida, como trocitos de espinacas entre los dientes de delante. Había hecho ver que era una persona medianamente informada y ahora iba a tener que demostrarlo. Saqué incluso las octavillas que me habían dado y las leí rápidamente con la esperanza de encontrar alguna pista o algún tópico. ¿Sabe que *DOG*<sup>[1]</sup> leído al revés es *god*?, decía una de ellas. Aparentemente, Dog era el cuarto miembro de la Santísima Trinidad, e iba a estar presente en el juicio final. Las otras octavillas eran más ortodoxas. El Armagedón estaba cerca y, si uno quería salir bien parado, debía llevar una vida pura.

Cuando Arthur regresó con las bebidas ya estaba preparada. En los momentos en que la conversación se volvía demasiado específica, le daba un giro al tema y me ponía a hablar de la apremiante situación de los refugiados palestinos. Sabía bastante del tema gracias al tiempo que había pasado en el Club N.U. en el Braeside High. En aquella época, era un asunto lo suficientemente oscuro como para despertar el interés de Arthur y a mí me dio vergüenza ver que estaba incluso moderadamente impresionado.

No dejé que me acompañara más allá de la estación de metro de Marble Arch. No podía invitarlo a mi casa, le expliqué, porque compartía el piso con una taquimecanógrafa muy gorda y casera que se sentía desgraciada y deprimida, cada vez que yo, por alguna razón, iba con algún hombre al piso. Le dije que era preferible que no me telefonease, pero si él me daba su número de teléfono... No tenía teléfono pero, mejor así, me invitó a ir a un mitin al día siguiente. Mareada por la excitación, fui a la biblioteca pública —la misma donde había conseguido la información sobre los vestidos— y saqué todos los libros de Bertrand Russell que encontré, y que me

hicieron pasar un mal rato cuando Paul los vio.

—¡Basura comunista! —dijo furioso—. ¡No pienso permitir esos libros bajo mi techo!

—Sólo estaba buscando información —dije—. Pensé que podía hacer algo un poco más moderno, esta vez, situado en los años veinte.

—No se venderá —replicó Paul—. Si levantas las faldas y cortas el cabello, no se venderá. Prefieren que la mujer conserve su misterio. Como me ocurre a mí —añadió, tras lo cual me besó en el cuello.

En otra época habría encontrado estas observaciones muy europeas y encantadoras, pero ahora empezaban a irritarme.

—Si el misterio depende de irnos metros de tela y una peluca... —dije—. Los hombres también son misteriosos, ¿sabes?, y no he visto que lleven bucles ni vestidos de baile largos.

—Ah, pero el misterio del hombre está en la mente —dijo Paul bromeando—, mientras que el de la mujer está en el cuerpo. ¿Qué es un misterio sino algo que permanece oculto? Es más fácil dejar al descubierto el cuerpo que la mente. Por esto, un hombre calvo no es visto como un monstruo, como ocurre con una mujer calva.

—Y supongo que, socialmente, se acepta antes a una mujer estúpida que a un hombre idiota —dije, tratando de ser sarcástica.

—Así es —dijo él—. En mi país, se las utilizaba a menudo en la forma más baja de prostitución, mientras que un hombre sin cerebro no tenía salida alguna. —Sonrió, seguro de haber demostrado que tenía razón.

—¡Oh! ¡Por Dios! —exclamé, y me fui furiosa a la cocina a prepararme una taza de té. Paul se quedó sorprendido. También estaba receloso: no comprendía mi súbito interés por Bertrand Russell.

Aquellos libros se me hicieron cuesta arriba y descubrí que me ocurría lo mismo con las teorías y la política en general. Yo no quería volar por los aires a causa de una bomba atómica pero, por otra parte, me costaba creer que pudiera hacer algo para evitarlo. Según mi razonamiento, podía tratar de abolir los automóviles, pues también corría el riesgo de morir si me atropellaba uno. Encontré, sin embargo, que lord Russell tenía un rostro muy atractivo y no dudé en darle un pequeño papel en *Huida del amor*: un caritativo y excéntrico hombre maduro que salvaba a Samantha Deane golpeando a su asaltante en la cabeza con su paraguas. («¡Aquí tiene, señor! ¿Está usted bien, querida?». «Cómo podrá expresarle mi gratitud?». «Veo que es usted una persona con educación y le creo lo que me cuenta. Permítame que le brinde asilo para pasar la noche... Mi ama de llaves le prestará un camisón. Señora Jenkins, por favor, una taza de té para esta damita»). Le adjudiqué incluso un hobby —criaba pececitos de agua dulce—, lo cual hizo que simpatizase con todas sus facetas y fuese capaz de tolerar sus principios y la reverente admiración que le profesaba Arthur.

Si Arthur se hubiese enterado de la dramatización a la que había sometido a lord Russell, se habría quedado de piedra. Habría dicho que aquello era «trivializar», y de

hecho lo definió así años más tarde, cuando ya no me era posible ocultarle este particular hábito mental. También, cuando dejé de simular admiración por el héroe del día de Arthur. Arthur era voluble, cambiaba sus lealtades y, después de haber pasado por ello varias veces, me volví cautelosa. «¿Qué me dices de la señora Marx?», le decía. O «Apuesto a que la mujer de Marx quería que él fuese médico». Como por toda contestación recibía una mirada de disgusto, me iba a la cocina y me ponía a fantasear sobre la vida doméstica de Marx. «Esta noche no, querido, tengo dolor de cabeza, vosotros los intelectuales sois todos iguales, os pasáis la vida soñando despiertos, ¿por qué no sales a la calle y haces algo de provecho si eres tan inteligente?».

Pensé que Castro, con aquellos puros y la barba, sería un tigre en la cama, lo que explicaría que se hubiera puesto de moda en los Estados Unidos. Pero Mao era mi preferido; era evidente que le gustaba la buena mesa. Me lo imaginaba devorando enormes platos de comida china, a gusto y sin sentimiento de culpa, y, a su alrededor, niños felices trepándole por todos lados. Era como el Alegre Gigante Verde pero en amarillo, escribía poesía y se divertía. Era gordo pero un triunfador, y le importaba un bledo su obesidad. La vida doméstica de Stalin era aburrida, se sabía demasiado de ella, era tan puritano. Pero Mao, qué jardín de las delicias. Organizaba sesiones con malabaristas y espectáculos, le gustaban el color rojo, las banderas, los desfiles y el ping-pong; sabía que el pueblo necesitaba comida y diversión, no sólo sermones. Me gustaba imaginármelo en la bañera, completamente cubierto de jabón, como un enorme querubín sonriente y agradecido de que una mujer llena de adoración —¡yo! — le frotase la espalda.

A mí me resultaba imposible amar una teoría. Yo no quería a Arthur por sus teorías, aunque le proporcionaban una grandeza impersonal como la que le daría una capa forrada de carmesí. Yo lo quería por la forma en que le sobresalían, sólo un poquito, las orejas; por la manera en que pronunciaba algunas palabras: cielo, por ejemplo, y Atlántico. Como él procedía de las provincias marítimas, decía *sielo* y *Alántico*, mientras que yo era de Ontario y decía *cyelo* y *Attlántico*. Esto en él me parecía exótico. Me gustaba su intencionado desaliño, su fervoroso idealismo, sus ridículos (para mí) ahorros, utilizaba dos veces las bolsitas de té, la forma en que se metía el dedo en la oreja, su sentido de la previsión y las maltrechas gafas que necesitaba para leer. Una vez le dije:

—Creo que es por eso que te gusto, porque no puedes verme bien de cerca.

Era un poco pronto para hacer un chiste así. Él contestó:

—No, no es por eso.

Luego se produjo un largo e incómodo silencio, tuve la sensación de que él estaba tratando de pensar profundamente por qué le gustaba. ¡O a lo mejor, pensé con un nudo en el estómago, estaba considerando si realmente le gustaba o no!

Era un problema. No sabía lo que Arthur sentía por mí, si es que sentía algo. Creo que disfrutaba discutiendo la filosofía de la desobediencia civil conmigo, o más bien

contándomela, pues yo era lo suficientemente astuta como para no revelar mi ignorancia y asentía casi a todo. Me dejaba acompañarlo a repartir octavillas y, se comía con apetito los bocadillos que yo preparaba para esas ocasiones. Me habló de su vida, de su padre juez y de su madre, una religiosa fanática. Su padre quería que fuese abogado, su madre insistió para que, como mínimo, fuera médico misionero. Los había decepcionado a los dos estudiando filosofía, pero no había podido ir más allá de los silogismos («Un hombre calvo es calvo», decía, «¿qué tiene esto que ver con la condición humana?» y, por una vez, le di la razón sin hipocresía... hasta que empecé a pensar en ello; ¿qué pasaría si fueses tú un hombre calvo?). Lo dejó al tercer año, a fin de tomarse un respiro y meditar sobre el buen camino a seguir.

(Ésa era la diferencia entre nosotros: para Arthur había caminos verdaderos, varios quizá, pero sólo uno a la vez. Para mí, no había camino alguno. Espesuras, zanjas, charcas, laberintos, pantanos, pero caminos, no).

Luego colaboró con el movimiento contra la bomba, lo cual le absorbió durante dos años. Había dedicado mucho tiempo y energía al movimiento, pero de alguna forma seguía estando al margen, era un hombre de octavillas. Quizá porque era canadiense.

Yo irradiaba simpatía y comprensión. Estábamos en un restaurante barato que olía a grasa de cordero, comiendo huevos fritos, patatas fritas y guisantes, que era lo que Arthur comía casi siempre. Se estaba quedando sin dinero; pronto tendría que volver a ponerse a trabajar en otro trabajo de esos eventuales, barrer suelos, doblar servilletas o, lo peor de todo, fregar platos; eso o aceptar lo que él consideraba un soborno por parte de sus padres y volver a la Universidad de Toronto, que él odiaba con una pasión fría y abstracta.

Su piso de Earls Court tenía una *kitchenette* pero a él no le gustaba cocinar y, además, era un verdadero caos. Compartía el piso con otros dos hombres, un neozelandés que estudiaba en la Escuela de Economía de Londres, que comía alubias en salsa de tomate de latas, que tomaba frías y cubiertas de *ketchup*, y dejaba los platos sucios por ahí, lo que daba la sensación de una escena de pequeñas matanzas; y un radical con ojos de gacela procedente de la India que cocinaba arroz negro y curries para él solo y que también dejaba los platos por ahí. Arthur era remilgado; no le gustaba el desorden y la suciedad. Pero era tan remilgado que no limpiaba, así que comíamos fuera. Un par de veces fui y les limpié la cocina, pero ello no sólo no tuvo ningún efecto positivo, sino que tuvo un par de consecuencias negativas. Arthur se llevó otra impresión falsa de mí: no era mi fuerte, limpiar cocinas y se sintió decepcionado cuando lo descubrió más tarde. El neozelandés, que se llamaba Slocum, me perseguía por la cocina rogándome («Sé buena, no me he comido un roscó desde que llegué a este puñetero país sin corazón, ni uno»), y el indio radical perdió el respeto inicial que me profesaba por estar algo metida en política y empezó a poner ojos de vaca y a inflar los agujeros de la nariz. Aparentemente, no se podía ser al mismo tiempo una mujer respetada e intelectual y una fregona.

Entretanto, con Arthur no podía ir más allá de hacer manitas y la vida con Paul se estaba volviendo cada vez más insoportable. ¿Qué ocurriría si me seguía y, después de encontrarme repartiendo octavillas con Arthur, le retaba a duelo o algo igualmente horrible? Decidí que a quien quería era a Arthur, no a Paul. Tomé medidas drásticas.

Esperé a que Paul hubiese salido de casa y fui al banco; luego hice el equipaje con todo lo mío, incluyendo la máquina de escribir y el manuscrito a medio terminar de *Huida del amor*. Escribí una nota para Paul. Quería decir, «Querido, es mejor así», pero sabía que eso no era lo bastante dramático, así que escribí «Te estoy haciendo infeliz y no podemos seguir así. No tenía que ser». No pensé que pudiera encontrarme y, en realidad, creía que no lo intentaría. Sin embargo, le daba mucha importancia a las cuestiones de honor. Quizá se aparecería en la puerta una noche con alguna arma grotesca y teatral, un abrecartas o una navaja de barbero. No me lo imaginaba con el revólver; era demasiado moderno. Antes de echarme atrás, cargué todo mi equipaje en un taxi y lo descargué delante de la puerta de Arthur. Sabía que estaría en caM, me había asegurado de ello el día anterior.

—Me han desahuciado —le dije.

El parpadeó.

—¿Así, sin más? —dijo—. Creo que eso es ilegal.

—Bien, pues así ha sido —respondí—. A causa de mis tendencias políticas. El casero encontró algunas de las octavillas... Es absolutamente de derechas, ¿sabes? La discusión fue terrible. (Pensé que era una versión de la verdad. Paul era una especie de casero y era de derechas. A pesar de ello, yo era una impostora y me sentía como si lo fuese).

—Ah —dijo Arthur—. Bien, en ese caso...

Yo era una refugiada política. Me invitó a pasar a fin de reflexionar sobre lo que debía hacer, y hasta me ayudó a subir el equipaje.

—No tengo dinero —le dije mientras tomaba una taza de té que me había preparado yo misma en la asquerosa cocina. Arthur tampoco tenía. Ni sus compañeros de piso, él lo sabía a ciencia cierta—. No conozco a nadie más en Londres.

—Supongo que puedes dormir en el sofá hasta que encuentres trabajo —dijo.

¿Qué otra cosa podía decir? Ambos dirigimos la vista al sofá, un sofá viejo y lleno de bultos; el relleno se salía por el lado roto.

Dormí en el sofá dos noches, luego dormí con Arthur. Incluso hicimos el amor. Debido a sus ideas políticas yo había esperado algo de pasión, pero las primeras veces todo fue mucho más rápido de lo que yo estaba acostumbrada.

—Arthur, dime, ¿te habías acostado antes con alguna mujer? —le pregunté sin rodeos.

No contestó enseguida y noté que se le tensaban los músculos del cuello.

—Pues claro que sí —dijo fríamente.

Fue la única mentira directa y consciente que me contó.



Una vez allí, instalada en su casa y delante de sus narices, Arthur empezó a prestarme más atención. A su modo, se volvió incluso cariñoso; me cepillaba el cabello, torpemente pero con dedicación y, a veces, me sorprendía apareciendo detrás de mí y abrazándome sin motivo aparente, como si fuese un osito de peluche. En cuanto a mí, me sentía completamente feliz y no daba crédito a lo que me estaba pasando: había encontrado al hombre de mi vida y, además, con una causa a la que dedicarme. Mi vida tenía sentido.

No obstante, había algún que otro problema: me encontraba al neozelandés y al indio hasta en la sopa; por las mañanas abrían la puerta del dormitorio para pedir chelines prestados a Arthur, el neozelandés mirando de forma impúdica; el indio, remoto a causa de la actitud de ascética desaprobación que había asumido apenas descubrió que dormíamos juntos. O bien, me encontraba al neozelandés sentado en el sofá escuchando la radio y haciendo cálculos rápidos entre dientes, mientras el indio se bañaba y dejaba las toallas húmedas en el suelo; le encantaba decir que nadie comprendía los males del sistema de clases tanto como él, puesto que lo había vivido en su propia carne, pero no era capaz de sacarse la costumbre de considerar sirviente a todo aquel que recogiese una toalla. A ambos les molestaba mi presencia; o, más bien, les molestaba lo que consideraban la buena suerte de Arthur. El, sin embargo, no era consciente de ese malestar, ni tampoco de su buena suerte.

El otro problema consistía en que no encontraba ni tiempo ni lugar para trabajar en *Huida del amor*. Cuando Arthur salía, contaba con que lo acompañase; y, si por casualidad, conseguía evitarlo, seguro que alguno de los otros se quedaba. Como sospechaba que el neozelandés fisgoneaba en nuestra habitación, tenía el manuscrito guardado dentro de una maleta cerrada con llave. Un día, llegué y descubrí que el indio había empeñado mi máquina de escribir. Prometió que más adelante me la pagaría pero, después de esto, cada grano de arroz negro que se comía me parecía un agravio. No tenía suficiente dinero para ir a desempeñar la máquina y había contado como mínimo con doscientas libras por el libro acabado. Cada día, y en secreto, me desesperaba más. Arthur no tenía ni idea de este problema; seguía preguntándose por qué no había encontrado trabajo de camarera todavía. En el pasado ficticio que había creado para él, había incluido algunos elementos verdaderos, y le había contado que había sido camarera en una ocasión. También le había contado que una vez fui animadora deportiva y nos reímos juntos de mi pasado políticamente equivocado.

Al cabo de tres semanas de estar allí, estaba casi sin blanca. A pesar de ello, un día despilfarré algunos preciosos chelines en comprar unos retales para hacer unas cortinas de baño, un estampado de flores en rojo y naranja. Pensé que le darían al cuarto de baño un aspecto menos frío y cavernoso. Iba a hacerlas yo misma, a mano. Nunca había cosido. Subí las escaleras canturreando y abrí la puerta del piso.

Allí, de pie, en medio del salón, estaba mi madre.

## DIECISIETE

¿Cómo me había encontrado?

Estaba de pie, muy derecha sobre la alfombra de color barro, vestida con su traje azul marino de cuello blanco; los guantes blancos, el sombrero y los zapatos, todo perfecto, y apretaba el bolso bajo el brazo. Iba maquillada; se había perfilado con carmín unos labios más grandes, sobre los suyos, pero la sombra de su verdadera boca se percibía por debajo. Entonces me di cuenta de que estaba llorando, sin hacer ruido, terriblemente; lágrimas negras de rímel corrían de sus ojos.

A través de su cuerpo, se podía ver el sofá desvencijado, daba la sensación de que el relleno salía de ella. Se me pusieron los pelos de punta y salí corriendo de la casa, cerré la puerta detrás de mí y me apoyé contra ella. Era su cuerpo astral, pensé recordando lo que me había explicado Leda Sprott. ¿Por qué no podía haber dejado esa maldita cosa en casa, que era donde tenía que estar? Me imaginé a mi madre volando sobre el Atlántico, mientras su goma, a medida que más se estiraba, más se estrechaba; mejor sería que tuviese cuidado o rompería aquella cosa y, entonces, se quedaría conmigo para siempre, rondando por el salón como una bola de polvo translúcida o una diapositiva transparente Kodak de ella tomada en 1949. ¿Qué quería de mí? ¿Por qué no me dejaba en paz?

Volví a abrir la puerta decidida a enfrentarme a ella y dar por terminado el asunto; pero había desaparecido.

Inmediatamente cambié los muebles de sitio, difícil tarea debido a lo viejos y pesados que eran. Luego recorrí el piso para comprobar si había alguna ventana abierta, pero todas estaban cerradas. ¿Cómo había entrado?

No les conté a los otros sobre aquella visita. Se molestaron un poco por lo de los muebles, no porque les importase sino porque consideraban que hubiera debido consultarles.

—Sólo quería evitaros el trabajo —dije—. Creo que así queda mejor.

Atribuyeron el incidente al instinto de ama de casa y lo olvidaron. Pero yo no: si mi madre había conseguido trasladar su cuerpo astral a través del Atlántico una vez, podría hacerlo de nuevo, y a mí no me apetecía nada otra visita. No estaba segura de que el hecho de haber cambiado los muebles de lugar bastase para mantenerla alejada. Leda Sprott había utilizado esta estratagema contra los espíritus enemigos, pero mi madre no era un espíritu.

Cinco días después recibí el telegrama. Había llegado a la Casa de Canadá hacía cuatro días. Seguía haciéndome mandar la correspondencia allí y era la dirección que había puesto en el remitente de las pocas postales que había enviado a mi padre, por si a mi madre se le metía en la cabeza hacer de detective hasta dar conmigo. No iba a recoger el correo muy a menudo porque sólo recibía las poco frecuentes postales de mi padre, con la silueta de Toronto por la noche desde Centre Island —debió de haber comprado varias docenas a la vez—, y el mensaje, «Por aquí todo va bien», como si

me estuviera enviando un informe.

El telegrama decía: TU MADRE MURIÓ AYER, VUELVE POR FAVOR. TU PADRE.

Lo leí tres veces. Al principio estaba segura de que era una trampa: lo había enviado mi propia madre, había conseguido la dirección por una de las postales que mi padre habría dejado a su alcance por descuido, y estaba intentando hacerme volver mediante engaño desde aquella impresionante distancia. Pero en ese caso, habría dicho TU PADRE MURIÓ AYER. No obstante, podía haber imaginado que yo no habría querido volver mientras ella viviera, y haber enviado ese telegrama como una señal de alarma.

¿Y si realmente había muerto? De ser así, había aparecido en mi salón para hacérmelo saber. No quería que ello fuera cierto en absoluto, pero me temía que así era. Tendría que volver.

Cuando llegué al piso, el indio radical estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, y le explicaba a Arthur, sentado en el sofá, que si abusaba de las relaciones sexuales se le debilitaría el espíritu y, por ende, la mente, y ya no serviría para la política. Decía que había que hacer subir el líquido seminal por la espina dorsal hasta la glándula pituitaria. Puso como ejemplo a Gandhi. Escuché la conversación durante un par de minutos a través de la puerta entreabierta (había conservado la costumbre de escuchar detrás de las puertas), pero como no podía oír lo que contestaba Arthur, si es que le contestaba algo, entré.

—Arthur, tengo que volver a Canadá —anuncié—. Mi madre ha muerto.

—Si ya está muerta, ¿para qué vas a ir? —replicó él—. No puedes hacer nada.

Tenía razón, pero necesitaba saber que estaba realmente muerta. Ni siquiera si hacía una llamada de larga distancia y hablaba con mi padre podía estar segura... Tenía que verla.

—No puedo explicarlo —dije—. Es un asunto de familia. Tengo que volver.

Entonces los dos recordamos que no tenía dinero. ¿Por qué no me había enviado algo mi padre? Había dado por sentado que yo sabía valirme por mí misma y que era solvente; siempre había dado por sentado que nunca me pasaba nada, yo era una chica sensata. Mi madre sí que se lo habría planteado.

—Pensaré algo —dije.

Me senté en la cama y me puse a pensar. La máquina de escribir estaba empeñada; *Huida del amor* bajo llave, en mi maleta, sin tocar desde que había ido a vivir con Arthur; sólo tenía hecha la mitad. Apenas tenía dinero para el papel que necesitaba para terminarlo. Podía escribir a mi padre y pedirle pero era mucho lío y, además, mi cuenta en el banco estaba a nombre de Louisa K. Delacourt. Resultaría difícil explicárselo, sobre todo por telegrama. Podía herir sus sentimientos.

Metí el manuscrito en mi bolso.

—Voy a la biblioteca —le dije a Arthur.

Antes de salir de casa, le cogí al neozelandés un bloc, de esos amarillos baratos, y

un bolígrafo. Para qué pedirlo: habrían organizado una inquisición.

Me pasé los dos días siguientes en la sala de lectura de la biblioteca, donde con mucha dificultad y con letra de imprenta, no paré de escribir mientras trataba de desconectarme de los susurros, los crujidos en el suelo, los resuellos y las toses catarrales de los demás. Samantha Deane fue precipitadamente raptada mientras dormía en casa del amable criador de pececillos; fue amenazada de violación por el conocido conde de Darcy, el malfamado tío del héroe; rescatada luego por el héroe; apresada de nuevo por los secuaces de la condesa de Piedmont, la celosa beldad medio italiana de exuberante cuerpo y malvada mente, que había sido en el pasado amante del héroe. La pobre Samantha fue de arriba abajo por todo Londres como un saco de patatas, para acabar finalmente en los brazos del héroe; mientras, la esposa de éste, la bobalicona lady Leticia, moría de fiebre amarilla, la condesa, que había perdido el juicio, se precipitaba de una almena durante una tormenta y perecía, y en cuanto al conde, se arruinaba a causa del Fraude del Pacífico. Era uno de los libros más cortos que había escrito. Pero lleno de acción o, como decía la sobrecubierta, donde los acontecimientos se sucedían de forma vertiginosa hasta llegar a un desenlace asombroso. Cuando se publicó, compré un ejemplar en Toronto. Samantha estaba preciosa vestida de azul con el cabello ondulándosele como algas sobre una gran nube, como fondo, los amenazadores torreones del castillo De Vere.

Sin embargo, cobré menos de lo habitual, en parte por la extensión —Columbine pagaba por palabras—, y en parte porque los bastardos sabían que necesitaba el dinero. «El desenlace no está muy bien resuelto», decía la carta. Pero me bastó para comprar el billete de ida.

Sí, mi madre estaba muerta. No sólo eso, sino que no llegué a tiempo para el funeral. No se me ocurrió telefonar desde el aeropuerto así que, cuando subí los escalones de la entrada, no sabía si habría alguien para recibirme.

Era de noche y las luces estaban encendidas. Llamé a la puerta; nadie contestó, empujé, estaba abierta, y entré. Me di cuenta enseguida de que estaba muerta por las sillas: algunas estaban cubiertas con los plásticos pero otras no. Mi madre jamás habría hecho una cosa así. Para ella, o estaban puestos o no estaban puestos: la sala de estar tenía dos personalidades distintas e independientes según ella estuviera con visitas o no. Las sillas descubiertas tenían un aspecto ligeramente obscuro, parecían braguetas desabrochadas.

Mi padre estaba sentado en una de ellas, con los zapatos puestos. Otra pista. Leía un libro en rústica, pero me di cuenta justo antes de que él notara mi presencia, de que lo hacía de forma abstracta, parecía que ya no necesitaba concentrarse completamente.

—Tu madre ha muerto —dijo—. Ven, siéntate, debes haber tenido un viaje muy largo.

Tenía más arrugas en la cara de las que yo recordaba, tenía los rasgos más definidos también. Antes, eran planos, como una moneda, o incluso una moneda pisada por un tren; daba la impresión de que los rasgos hubieran sido borrados aunque no completamente, eran borrosos e indistintos, igual que si se vieran a través de varias capas de gasa. Sin embargo, ahora, su rostro empezaba a aparecer, y los ojos eran de un color azul claro y perspicaces. Jamás había considerado a mi padre perspicaz; y su boca era fina, incluso algo impertinente, la boca de un jugador. ¿Por qué no me había dado cuenta antes?

Me explicó que una noche, al volver a casa del hospital encontró a mi madre al pie de la escalera del sótano. Tenía un hematoma en la sien y el cuello extrañamente torcido, roto, como observó casi de inmediato. Aunque sabía que estaba muerta, había llamado a una ambulancia por pura formalidad. Ella iba vestida con la bata de andar por casa y las babuchas rosas, y debió de haber tropezado, dijo mi padre, y caído por la escalera golpeándose la cabeza varias veces y rompiéndose el cuello al llegar abajo. Hizo alusión a que últimamente bebía mucho. El veredicto de la investigación fue muerte accidental. No podía haber sido de otra forma, puesto que no había indicios de que alguien hubiese entrado en la casa y, además, no faltaba nada. Fue la conversación más larga que tuvimos en la vida.

Me asaltó un sentimiento de culpabilidad, por muchos motivos. Me había marchado aun sabiendo que era desgraciada. Había puesto en duda el telegrama por sospechar que se trataba de una trampa y no había llegado a tiempo para el funeral. Le había cerrado la puerta en el mismísimo momento de su muerte —el cual sin embargo no se pudo determinar con exactitud por llevar al menos cinco o seis horas muerta cuando la encontró mi padre. A pesar de que era imposible, tuve la sensación de que yo la había matado.

Aquella noche fui a la nevera, *su nevera*, y engullí su contenido; comí con ansia frenética y sin disfrutar medio pollo, doscientos gramos de mantequilla, un pastel comprado de crema de plátano, dos barras de pan y un bote de mermelada de frambuesa de la alacena. Esperé todo el tiempo a que se materializara en la puerta observándome con aquella mirada indignada y secretamente satisfecha que recordaba tan bien —le gustaba pescarme *infraganti*—, pero a pesar de ese ritual que a menudo antes la hacía aparecer, no se presentó. Vomité dos veces durante la noche y no reincidí.

Empecé a sospechar al día siguiente, cuando mi padre me dijo, mientras desayunábamos, mirándome con sus nuevos ojos, irnos ojos maliciosos, sonando como si lo hubiese ensayado:

—Te costará creerlo, pero yo quería a tu madre.

Sí, me costaba creerlo. Sabía lo de las camas separadas, lo de las recriminaciones, sabía que mi madre creía que ni mi padre ni yo habíamos conseguido que su vida tuviese el sentido que ella pensaba. Decía que nadie la quería, y no era paranoia. Nadie la quería, era verdad, a pesar de haber hecho lo adecuado, de haber dedicado su

vida a nosotros, de haber hecho de la familia su carrera como le habían enseñado que debía hacer, y había que vernos a nosotros... una hija gorda, palurda y resentida y un marido que no le hablaba, que no quería volver a Rosedale; esa tierra llena de fuerza, de respetable dinero anglosajón donde había vivido la familia de él. ¿Se avergonzaba de ella? Posiblemente la respuesta era que sí, a pesar de que cuando surgían estas conversaciones mi padre no decía nada o como mucho, que nunca le había gustado Rosedale. Mi madre decía que mi padre no la quería y yo le creía a ella.

Más extraña aún era su necesidad de decirme que quería a mi madre. Estaba claro que deseaba convencerme; pero también era evidente que no imaginó que yo fuese a volver de Inglaterra. Ya había dado la ropa de mi madre a los Minusválidos Civiles, la alfombra estaba llena de pisadas, en el fregadero había platos sucios de por lo menos tres días, sistemáticamente estaba violando todas las reglas. El segundo día dijo algo más sospechoso todavía:

—No es lo mismo sin ella aquí.

Mientras lo decía, suspiraba y me miraba. Sus ojos me imploraban que le creyese, que me uniese a la conspiración, que mantuviese la boca cerrada. De repente se me representó la imagen de él saliendo subrepticamente del hospital, con la máscara blanca puesta para que no lo reconociesen, conduciendo hasta casa, entrando con su llave, se sacaba los zapatos y se ponía las zapatillas y se le acercaba sigilosamente por detrás. Era médico, había estado en la Resistencia, había matado gente, sabía cómo romperle el cuello y hacer que pareciese un accidente. A pesar de las arrugas y los suspiros, su actitud era altiva, parecida a la de un hombre que ha salido impune de algo.

En vano me dije para mis adentros que no era el tipo de cosa que él haría. Todo el mundo es capaz de cualquier cosa si se dan las circunstancias adecuadas. Empecé a buscar motivos, otra mujer, otro hombre, una póliza de seguros, algún agravio imperdonable. Examiné los cuellos de sus camisas en busca de rastros de carmín, revisé cuidadosamente todos los documentos de su escritorio; agazapada en la escalera, escuché las pocas llamadas telefónicas que recibía. Pero no descubrí nada y abandoné la investigación mucho antes de lo que lo hubiera hecho de haber estado convencida. Además, ¿qué habría hecho si hubiese descubierto que mi padre era un asesino?

Me dediqué entonces a especular sobre mi madre. Como ya no estaba, podía permitirme especular sobre ella. ¿Qué le habían hecho para que me tratase como lo hacía? Tenía más ganas que nunca de preguntarle a mi padre si ella estaba embarazada cuando se casaron. ¿Y aquel joven que aparecía en su álbum de fotos con pantalones blancos y un coche caro, con el que ella decía haber estado más o menos ennoviada? Más o menos. Ahí había alguna tragedia escondida. ¿La había dejado él porque su padre era jefe de estación de los ferrocarriles canadienses? ¿Había sido mi padre un recurso, aun estando él socialmente un escalón por encima de ella?

Saqué el álbum de fotos para refrescarme la memoria. A lo mejor encontraba

alguna pista en la expresión de los rostros. Pero en todas las fotografías del hombre de los pantalones blancos el rostro había sido cortado hábilmente, como con una hoja de afeitar. También faltaban las caras de mi padre. Sólo estaba mi madre, joven y bonita, riendo alegre a la cámara y agarrada del brazo de los hombres decapitados. Estupefacta ante aquella prueba de la terrible ira de mi madre, me quedé una hora con el álbum abierto delante de mí. Casi podía verla haciéndolo, sus largos dedos trabajando con una furia precisa para suprimir aquel pasado que se había convertido en presente y la había traicionado enterrándola en aquella casa, una tumba con mortaja de plástico, sin salida. Esto es lo que ella debía de haber sentido. Nunca había oído de nadie que se suicidase arrojándose por la escalera del sótano, pero se me ocurrió que quizá podía haberse suicidado. Esto habría explicado la actitud furtiva de mi padre, su deseo de que yo lo creyese, su impaciencia por librarse de unos efectos personales que posiblemente le habrían recordado que él tenía parte de culpa. Por primera vez en mi vida, empecé a sentir que era injusto que todo el mundo hubiese querido a tía Lou pero que nadie hubiese querido realmente a mi madre. Ella era demasiado exagerada para resultar agradable.

También, parte era culpa mía. ¿Había actuado mal tomando las riendas de mi vida y marchándome? Y, antes de eso, había sido la gorda tonta y mongoloide, la subnormal que la había desenmascarado y descubierto: ella no era lo que aparentaba. Yo era algo en contra, la contradicción viviente de sus pretensiones de categoría y elegancia. Después de todo era mi madre, alguna vez me habría debido tratar como a una niña, pero sin embargo lo único que recordaba eran las miradas que me lanzaba cuando me cepillaba el cabello delante del espejo de tres cuerpos, o algún abrazo en público, en presencia de otras madres.

Me pasé días meditando triste sobre ella. Quería saber sobre su vida pero también sobre su muerte. ¿Qué había ocurrido realmente? Y sobre todo, si se había muerto con la bata y las babuchas rosadas, ¿por qué había aparecido en mi salón vestida con su traje azul marino de 1949? Decidí encontrar a Leda Sprott y pedirle una sesión privada.

Busqué su teléfono en el listín, pero no aparecía su nombre. Tampoco la capilla Jordán. Cogí el tranvía hasta el barrio donde estaba antes y busqué la casa calle por calle. Al final la encontré; no había duda, recordaba la gasolinera en la esquina. Pero ahora vivía una familia portuguesa que no sabía nada. Leda Sprott y su grupito de espiritistas había desaparecido por completo.

Me quedé en casa con mi padre nueve días, mientras veía cómo se desintegraba la casa de mi madre. Sus armarios y sus cajones estaban vacíos y su cama gemela estaba hecha, aunque no se usara. Aparecieron dientes de león, en el césped, cercos en la bañera y migas en el suelo. A mi padre no le molestaba mi presencia, pero tampoco me instaba a quedarme. Durante toda nuestra vida habíamos sido conspiradores silenciosos y ahora que había desaparecido la necesidad de estar callados, no se nos ocurría nada que decirnos. Yo había pensado siempre que mi madre nos separaba y

que, de no ser por ella, podríamos vivir felices, como Nancy Drew y su comprensivo papá abogado, pero estaba equivocada. De hecho, nos había mantenido unidos, como en una emergencia nacional o un bombardeo aéreo.

Acabé alquilando una habitación en la calle Charles. En realidad no podía permitírmelo, pero mi padre me había dicho que tenía intención de vender la casa y mudarse a un piso de un solo dormitorio en Avenue Road. (Luego volvió a casarse, con una mujer simpática que trabajaba de secretaria en un bufete de abogados y a la cual conoció después de la muerte de mi madre. Se fueron a vivir a un bungalow en Don Mills).

Después de la muerte de mi madre, estuve un tiempo sin poder escribir. Las viejas intrigas habían dejado de interesarme y las nuevas no eran comerciales. Lo intenté, empecé una novela llamada *Tormenta sobre Castleford*, pero el héroe no paraba de jugar al billar y la heroína se pasaba las noches sentada en el borde de su cama, sola y ociosa. Es posible que fuese la vez que más cerca estuve del realismo social.

Pensar en Arthur contribuía a mi desánimo. Me decía que no debía haberme ido. Nos despedimos en el aeropuerto —bien, no precisamente en el aeropuerto, sino que me acompañó a la terminal de autobuses de BOAC—, y yo le dije que regresaría tan pronto me fuera posible. Le había escrito fielmente cada semana y le había explicado que no podía volver todavía porque no tenía dinero. El me fue contestando durante un tiempo, unas cartas extrañas, llenas de noticias sobre sus actividades con las octavillas, que terminaban diciendo «Saludos». (Las mías las acababa con «Te quiero, mil besos»). Pero luego, se hizo silencio. No me atrevía a pensar en lo que podía haber pasado. ¿Había otra mujer, una fulana repartidora de octavillas? Quizá simplemente me había olvidado. ¿Pero cómo podía olvidarme si había dejado la mayor parte de mis cosas en su piso?

Encontré trabajo como demostradora de maquillaje en la sección de cosméticos de Eaton vendiendo rímel. Pero como me pasaba las noches llorando, tenía los ojos hinchados y tuvieron que cambiarme a la sección de pelucas. Pero ni siquiera de pelucas naturales, sino de las sintéticas. No era un trabajo muy interesante y, además, la vana búsqueda de juventud y belleza por parte de las dieras me deprimía. A veces, cuando no me veía nadie, me probaba las pelucas, pero sobre todo las grises. Quería ver qué aspecto tendría cuando fuese mayor. Pensaba que no tardaría en ser mayor y que, mientras tanto, poca cosa me sucedería, ya que no estaba interesada en nada ni en nadie. Me habían abandonado, estaba convencida de ello. Era desgraciada.



## DIECIOCHO

Sola y abandonada, me senté en un bordillo romano sobre la caja de la Olivetti portátil y me puse a llorar. Los peatones se paraban; algunos me hablaban. Quería que Arthur volviera, lo quería allí mismo, conmigo. ¿Cómo iba a seguir enfadado si se lo explicaba todo? No podía haber llevado yo peor las cosas...

Me puse en pie, me limpié la cara con una de las puntas del pañuelo y miré a mi alrededor en busca de un quiosco. Compré la primera postal que encontré y escribí: «En realidad no estoy muerta, tuve que marcharme. Ven enseguida. Besos». No firmé ni puse dirección alguna: él sabría de quién era y dónde encontrarme.

Después de haberla echado en el buzón, me sentí mucho mejor. Todo saldría bien; apenas recibiese la postal, Arthur cruzaría el océano, nos abrazaríamos, se lo contaría todo, él me perdonaría a mí, yo lo perdonaría a él y podríamos volver a empezar otra vez. El comprendería que me era imposible volver a lo de antes y, por lo tanto, se cambiaría el nombre. Juntos enterraríamos su ropa y compraríamos nueva una vez que hubiese vendido *Acechada por el amor*. Se dejaría crecer la barba y el bigote — algo distinguido y cuidado, nada de esos pelos rizados y amorfos que hacen que los hombres parezcan axilas descontroladas— y hasta podría teñirse el pelo.

Me acordé del tinte. Localicé el equivalente a un drugstore y me pasé un rato examinando los reflejos, los tintes, los champús y las coloraciones. Al final me decidí por «Carissima» de Lady Janine, un castaño claro luminoso, con destellos de otoño, un toque de luz solar y salpicado de centelleos resplandecientes. Me gustaba que hubiesen muchos adjetivos en mis cajas de cosméticos; me consideraba timada si había pocos.

A fin de celebrar el nacimiento de mi nueva personalidad (una chica sensata, discreta, cálida, honesta y segura de sí misma, con ojos verde claro, de costumbres ordenadas y luminoso cabello castaño), me compré un *fotoromanzo* y me senté en un café al aire libre para leerlo y tomarme un *gelato*.

De haber estado Arthur allí, me ayudaría a leer el *fotoromanzo*. Era así como practicábamos nuestro italiano, leyéndonos en voz alta el uno al otro los diálogos de los bocadillos rectangulares, buscando las palabras difíciles en el diccionario de bolsillo y descifrando el sentido por las fotos en blanco y negro. A Arthur le parecía bastante degradante, yo lo encontraba fascinante. Todas las historias trataban sobre pasiones tórridas, sin embargo las mujeres y los hombres nunca tenían la boca abierta y los brazos y las piernas recordaban a los maniqués; además, sus cabezas se asentaban sobre los cuellos con la precisión de sombreros. Yo comprendía ese convencionalismo, ese sentido del decoro. Italia se parecía más a Canadá de lo que uno pudiera pensar en un primer momento.

En éste, la madre era la amante secreta del novio, *fidanzato*, de la hija. «Te quiero», decía ella estática; *Ti amo*. Iba en salto de cama. «No te desespere», le decía él mientras la sujetaba por los hombros. Nunca decían nada que me fuese de utilidad,

como «¿A cuánto están los tomates?». En la siguiente viñeta, el salto de cama de la mujer le resbalaba por el hombro.

Una sombra me tapó la luz. Me sobresalté y levanté la vista: no era más que un desconocido de dientes blancos, con un traje excesivamente ceñido y un corbata de nailon estampada en rosa y verde. Sabía que las mujeres solteras no podían ir solas a los bares, pero aquello no era un bar y, además, estábamos en pleno día. Quizás era *el fotoromanzo* lo que le había llamado la atención. Lo cerré, pero él ya se había sentado a mi mesa.

—*Scusi, signora...* —me hizo una pregunta. No entendí nada. Sonreí débilmente y dije:

—*Inglese, no parlo italiano.*

Pero sonrió aún más. En sus ojos, nuestras ropas cayeron al suelo, nosotros nos caímos al suelo, la mesa blanca de encimera de cristal se cayó y quedamos rodeados de cristales rotos. No se mueva, *signora*, ni siquiera esa mano con el anillo de casada, ¿dónde está su marido? O se cortará y habrá mucha sangre. Quédese aquí en el suelo conmigo y deje que le pase mi lengua por su vientre.

Me puse de pie, con dificultad recogí el bolso y levanté la máquina de escribir. El hombre que estaba detrás de la barra sonreía mientras yo pagaba. ¿Cómo había permitido aquello, un hombre con semejantes zapatos puntiagudos y una corbata de nailon color rosa y verde? Me hizo recordar al verdulero de la plaza del mercado, el de los ojos color uva que acariciaba los melocotones peludos y sopesaba los pomelos posesivamente como si fuesen pechos. Mi mano se deslizó por su cabello de lana de cordero, surgimos juntos en medio de una ola de ciruelas y mandarinas, mientras las parras se enredaban a nuestro alrededor...

Arthur, pensé, será mejor que recibas mi postal cuanto antes o algo lamentable va a suceder.

Cuando volví a Terremoto ya era media tarde. Como cada día, fui a la oficina de correos con la esperanza de tener noticias de Sam. Hasta el momento no había habido nada. «Louisa Delacourt», dije como siempre, pero esta vez el cuerpo de la mujer detrás del mostrador se dio toda la vuelta, como la adivina de cera de la Exposición Nacional de Canadá que entregaba una tarjeta si se le daba una moneda de diez centavos. Su mano apareció por la ranura de la ventanilla sujetando una carta azul.

Una vez en la calle, fuera de la vista de los ociosos policías, abrí el sobre y leí una sola palabra: BETHUNE. Esta era la palabra clave para éxito. Si hubiésemos fracasado, la carta habría dicho TRUDEAU. Sam estaba convencido de que la policía canadiense examinaba su correo; no sólo el que recibía sino también el que enviaba. «Esto despistará a esos cabrones», dijo. «Que intenten descifrarlo».

Arrugué la delgada carta azul y me la metí en el bolso. Sentí un alivio indescriptible, ya era realmente libre; no había habido problemas con la

investigación, se habían creído la versión de Sam y Marlene, yo había tenido un accidente en la barca. Aunque no se había encontrado el cuerpo, estaba oficialmente muerta.

Charlotte tomaba el té con la señora Ryerson, la regordeta y amable ama de llaves. Hasta la fecha, era la única persona de toda la casona en quien Charlotte podía confiar. En el hogar ardía un fuego que despedía calor y reflejos rosados. Sin embargo, Charlotte no se sentía demasiado segura. Se preguntaba si debía contarle a la señora Ryerson lo de su ropa destrozada; pero decidió no hacerlo, por ahora al menos...

—Señora Ryerson, ¿qué es el laberinto? —preguntó Charlotte mientras untaba un bollo con mantequilla.

El rostro de la señora Ryerson se ensombreció.

—¿Qué laberinto, señorita?

—Tom, el cochero, me advirtió que no me acercase a él.

—Y yo no lo haría, señorita, si estuviese en su lugar —dijo categóricamente la señora Ryerson—. El laberinto no es un buen sitio, especialmente para las jóvenes.

—¿Pero qué es? —preguntó Charlotte, atónita.

—Es uno de esos laberintos, señorita, que fue construido por los antepasados del amo, hace cientos de años, durante el reinado de la buena reina Isabel I, o eso es lo que cuentan. El amo, desde que la primera lady Redmond se perdió allí, y luego también la segunda, a plena luz del día, no habla de él. Hay quien dice que los duendes bailan allí y que no les gustan los intrusos, pero no son más que supersticiones. Eso también decía la primera lady Redmond y se metió allí sólo para probar que no pasaba nada, pero nunca volvió a salir. La estuvieron buscando y no encontraron nada salvo uno de sus guantes, de cabritilla blanca.

Charlotte estaba estupefacta.

—¿Quiere decir que... ha habido más de una lady Redmond?

La señora Ryerson asintió.

—Esta es la tercera —dijo—. La segunda, encantadora, también sintió curiosidad por lo que le había ocurrido a la primera y se metió en el laberinto. En esa ocasión la oyeron gritar, pero cuando entraron, eran Tom el cochero y dos de los mozos de cuadra, había desaparecido. Se la había tragado la tierra, se podría decir. Está todo tan lleno de vegetación, ¿sabe, señorita?

Charlotte no pudo evitar un estremecimiento.

—Pero... Es increíble —murmuró. Sintió un fuerte deseo de visitar el laberinto, de verlo, aunque fuese solamente desde fuera. No creía en agentes sobrenaturales—. ¿Y qué pasa... con la actual lady Redmond? —quiso saber.

—Por lo que yo sé, no se acerca —contestó la señora Ryerson—. Algunos dicen que lo que ocurre es que el laberinto no tiene centro y que es así como se pierde la

gente, entra y no puede encontrar la salida. Hay quien dice que la primera lady Redmond y también la segunda están todavía ahí, dando vueltas en círculo.

La señora Ryerson miró por encima de su hombro; a pesar de lo caliente que estaba la habitación, se arrebujó todavía más en su chal. Charlotte se había terminado el bollo y se chupó los dedos meticulosamente.

—¡Pero es ridículo! —exclamó—. ¿Quién ha oído hablar de un laberinto sin centro?

No obstante, estaba pensando con desasosiego en lo que había ocurrido la noche anterior... Ella estaba en su dormitorio y había oído un ruido... un ruido que procedía del exterior, de abajo, en la terraza... ruido de pasos... y entonces, estaba segura de no haberse equivocado, la voz de alguien llamándola por su nombre. Todo su cuerpo se estremeció de terror. Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. Allí, debajo de ella, claramente visible a la fantástica luz de la luna que acababa de aparecer de un jirón de diáfana nube, había una figura... una figura envuelta en una capa oscura que también ocultaba sus rasgos.

Mientras Charlotte la observaba, la figura se giró y empezó a alejarse con paso tranquilo. ¿Quién estaba intentando desconcertarla? La rabia había sustituido al miedo: llegaría al fondo de aquel asunto. Bajó rápidamente la escalera posterior que sabía que desembocaba en una puerta lateral que daba a la terraza.

Llegó justo a tiempo para ver cómo la figura se introducía en un portal al extremo del camino que llevaba a la terraza. Charlotte se apresuró a seguirla, para lo cual bajó rápidamente un tramo de escalones de piedra. Delante de ella, la gran extensión de césped, con los cuidados cuadros de flores estilo isabelino, y más allá... la entrada del laberinto. La figura de la capa se metió en el sendero de la entrada y desapareció; se oyó una risa sorda procedente de algún lugar.

Charlotte se quedó inmóvil... De pronto estaba aterrada. Se sentía atraída de forma irresistible y contra su voluntad por el laberinto, a pesar de que sabía que si entraba algo espantoso le ocurriría.

Se sobresaltó y lanzó un grito cuando una mano se posó en su brazo; levantó la vista y se encontró con el rostro oscuro y enigmático de Redmond.

—¿No es un poco tarde para estar caminando fuera? —dijo él en tono burlón—. Claro que, a lo mejor, tenía intención de encontrarse con alguien. Va vestida para una ocasión así.

Charlotte se puso roja como la grana. Se dio cuenta de que no llevaba más que el camisón, bajo cuya ligera tela sus pechos se movían presos de agitación.

—Debo... debo de haberme levantado dormida —dijo, llena de confusión—. Creo que nunca me había sucedido antes.

—Un hábito peligroso —observó Redmond a la vez que sujetaba su brazo con más fuerza ya que ella había intentado desprenderse—. Y los hábitos peligrosos se pagan. —Inclinó aún más su rostro al de ella; sus ojos brillaban a la luz de la luna creciente—. Y ahora...

Llevaba un rato escribiendo a máquina con los ojos cerrados, pero cuando hice una pausa para pensar en la forma en que Charlotte iba a huir en esta ocasión (a su alrededor no había libros de la biblioteca, ni candelabros, ni atizadores de la chimenea para poder darle un golpe; ¿y un buen rodillazo en la ingle? Pero eso no estaba permitido en mis libros; tendría que recurrir a la interrupción de un tercero), oí un ruido.

Había alguien fuera, en el sendero. Oía unos pasos cautelosos que descendían en mi dirección. Un zapato resbaló en la grava. Los pasos se detuvieron.

—¿Arthur? —dije bajito.

Pero no se trataba de Arthur, no podía ser él, era demasiado pronto. Tuve ganas de gritar, de correr al cuarto de baño y echar el pestillo de la puerta; luego podría deslizarme por la ventanita y subir la pendiente hasta el coche, ¿dónde había metido las llaves? Distintos rostros se formaban y desintegraban en mi cabeza... ¿Qué querían?

Me di cuenta de lo visible que debía estar, a contraluz detrás del ventanal. Me estremecí, escuché con atención y luego apagué la luz y me puse en cuclillas detrás de la mesa. ¿Era el señor Vitroni que regresaba por alguna razón dudosa en medio de la noche? ¿Se trataba de un desconocido, alguien, algún hombre que había oído que yo vivía sola? No recordaba si había cerrado la puerta con llave.

Permanecí un largo rato agachada detrás de la mesa a la escucha de algún ruido, de pies acercándose o de pies alejándose. Oía insectos, un ladrido lejano, un coche subiendo la colina en dirección a la plaza... pero nada más.

Al final me levanté y fui a mirar por la ventana del balcón, luego por la ventana de la cocina, luego por la ventana del cuarto de baño. Nada ni nadie.

Han sido los nervios me dije. Iba a tener que vigilar ese asunto. Me metí en la cama llevándome conmigo el *fotoromanzo* para tranquilizarme. Como había muchas palabras y frases que ya conocía, podía leerlo sin la ayuda del diccionario, casi. «No te tengo miedo. No confío en ti. Sabes que te quiero. Tienes que contarme la verdad. Su aspecto era muy extraño. ¿Ocurre algo? Nuestro amor es imposible. Seré tuya para siempre. Tengo miedo».

## **CUARTA PARTE**

## DIECINUEVE

—¡Muy bonito! —exclamó Felicia interfiriéndose entre ellos—. Así es como pasas el rato en cuanto me doy la vuelta. De verdad, Redmond, me gustaría que tuvieras un poco más de consideración.

Iba vestida con una capa oscura que llevaba suelta sobre un suntuoso vestido de seda de un color naranja luminoso ribeteado de terciopelo azul. Charlotte tuvo de pronto la certeza de que había sido Felicia quien había pronunciado su nombre haciéndola salir de la casa vestida sólo con el camisón. Había sido Felicia quien había escrito cuidado con sangre sobre el amarillento y torcido espejo de su dormitorio... Quizá se trataba de una conspiración entre los dos. Pero Felicia parecía hablar sinceramente y daba la sensación de que su sorpresa era genuina. Sin embargo, la seguridad de Charlotte se fue tambaleando al verlos, enfrentados.

—Primero fue la doncella de arriba —prosiguió Felicia furiosa—. Luego aquella muchacha que contrataste para reparar las encuadernaciones de piel de la biblioteca. Si has de comportarte de este modo, podrías tener mejor gusto. La próxima vez ten la amabilidad de elegir alguna de nuestra clase.

—¿De qué me acusas, señora? —gruñó Redmond.

A pesar de sí misma, Charlotte sintió una súbita simpatía hacia él. Sin duda se comportaba de aquella forma sólo porque era muy desgraciado en su matrimonio; seguro que si en lugar de los celos posesivos de Felicia, lo amasen verdadera, generosa y puramente, sería un hombre diferente. Pero se apresuró a reprimir estos pensamientos.

—De comportarte de una forma vergonzosa con esta... con esta...

—¿Puedo preguntarte qué estás haciendo tú fuera a esta hora de la noche? —preguntó Redmond, y en su voz se percibía cierta satisfacción.

Antes de que Felicia tuviese oportunidad de contestar, Charlotte descubrió que su propia ira acudía en su rescate.

—¡Me niego a permanecer aquí un segundo más! Me crean o no, ustedes dos.

Se dio media vuelta y corrió hacia la casa mientras contenía las lágrimas que sabía brotarían de forma espontánea apenas hubiese alcanzado la seguridad de su habitación. Se sentía humillada y degradada. Detrás de ella, oyó la risa de Felicia, y quizá Redmond riese también. Los odiaba a los dos.

Mientras corría por la terraza, una pesada tinaja de piedra, uno de los adornos del balcón superior se cayó y fue a estrellarse en la balaustrada a su lado, haciéndose pedazos. Charlotte ahogó un grito; levantó la vista hacia la oscuridad. Sabía, ahora no cabía duda alguna, que había visto una sombra envuelta en una capa negra alejándose, alguien intentaba ejecutarla...

Había colocado la máquina de escribir sobre la mesa. Funcionaba bien, pero el

alfabeto italiano no tenía la letra j: la sustituía por t. Además, el teclado era diferente y, por eso, tenía que mirar. Me distraía, parecía algún curioso código marciano. Empecé a escribir las letras j a mano y a preguntarme qué significaría «ejecutarla». Presté atención a la palabra... ¿Una especie de lagarto azteca, una runa escandinava?

Arthur lo habría sabido. Era muy bueno haciendo crucigramas. Pero Arthur no estaba allí.

Arthur, pensé, mis ojos se llenaron de lágrimas, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes en mi busca? Podía aparecer en la puerta en cualquier momento, de forma inesperada. Lo había hecho una vez.

Había llegado por la noche, en medio de un temporal. La casera llamó a la puerta de mi habitación.

—Señorita Delacourt, son las diez —dijo—. Ya sabe que no puede recibir visitas pasadas las siete de la tarde.

Yo estaba echada en la cama mirando el techo.

—No tengo ninguna visita —le dije a la vez que abría la puerta para mostrarle que era verdad. Nunca tenía visitas.

—Tiene una abajo —dijo—. Le he dicho que no puede subir. Me ha dicho que se llama Arthur no sé qué —dijo ella mientras se alejaba rezongando por el pasillo con su kimono y sus sandalias de baño.

Bajé corriendo las escaleras de delante agarrada a la barandilla. No podía ser Arthur, lo había dado por perdido. Su última carta era del ocho de septiembre y estábamos en noviembre. Pero si por algún milagro se trataba de Arthur y la casera lo había echado... Abrí la puerta de par en par, dispuesta a correr calle abajo detrás de él con el albornoz. Estaba justo dándose la vuelta para bajar la escalera y marcharse.

—¡Arthur! —grité, a la vez que lo rodeaba con los brazos por detrás.

Llevaba un impermeable amarillo de plástico con el cuello levantado hasta las orejas; tenía la cabeza fría y empapada. Nos balanceamos en la punta del escalón superior; luego lo solté y él se giró.

—¿Dónde demonios te habías metido? —preguntó él.

Como no podía dejarle entrar porque la casera estaba vigilando desde la esquina del descansillo de arriba, cogí el paraguas, me puse las botas de goma y salí a la noche con él. Tomamos un café instantáneo en un local de hamburguesas y chile que tenían abierto hasta tarde y nos pusimos a desenmarañar el pasado.

—¿Por qué no escribías? —quise saber.

—Claro que te escribía, pero me devolvían las cartas.

Las enviaba a la dirección de mi padre, pero él ya no vivía allí.

—Pero te envié mi nueva dirección en cuanto me mudé —le dije—. ¿No la recibiste?

—Estoy aquí desde mediados de septiembre —explicó él—. Slocum debía hacerme llegar el correo, pero no he recibido nada hasta hoy.

Qué injusta había sido dudando de él. Estaba loca de alegría por tenerlo delante



mío, pensé que debíamos ir inmediatamente a algún lugar para celebrarlo y meternos en la cama luego.

—¡Es estupendo que hayas vuelto! —le dije.

Arthur no pensaba que fuese estupendo. Estaba bastante deprimido y también su aspecto: todo él estaba caído, los ojos, la boca, los hombros.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, y él me lo explicó, un poco largo.

El Movimiento se había deshecho. Lanzó oscuras insinuaciones, pero nunca llegué a descubrir si había sido reducido por una demostración de fuerza desde fuera, si había habido una infiltración y se había destruido desde dentro, o si se había desintegrado debido a la falta general de moral y las divergencias entre sus miembros. Fuese cual fuese la razón, aquello en lo que él había creído y por lo que había trabajado, había fracasado y este fracaso lo había sumido en un estado de tristeza existencial. Había estado un tiempo en un estado apático y luego, desesperado, había consentido aceptar dinero de sus padres —sin duda esto me demostraba lo mal que habían llegado a estar las cosas—, y volver a la Universidad de Toronto. Me dijo que tenía que hacer un trabajo sobre Kant.

Así que no había sido sólo el deseo de verme lo que le había llevado a cruzar el océano. Había sido la inercia y la ausencia de una causa. Mientras él estuviese allí, todo aquello no me importaba mucho, además, se había tomado muchas molestias para encontrarme. Había caminado por lo menos tres manzanas bajo la lluvia: ello significaba cierto interés.

Nos pasamos el resto de la tarde, y muchas de las siguientes, discutiendo si era ético o no que se quedase en Toronto y fuese a la universidad con un dinero que él consideraba corrompido.

—Pero si es para un buen fin... —le decía yo.

A mí me daba igual si era ético o no: yo quería que se quedase conmigo, y la alternativa que me proponía era un viaje al norte, a la Columbia Británica para trabajar en una mina de amianto.

—No es para un buen fin —replicó él tristemente—. ¿Pero, para qué, de qué sirve Kant? Todo eso no es más que porquería abstracta... —Pero le faltaba fuerza de voluntad para marcharse.

Me pasé todo aquel invierno dedicada a animar a Arthur. Lo llevé al cine, escuché sus quejas sobre la universidad, le pasé a máquina los trabajos, llenos de notas a pie de página. Comíamos hamburguesas en Harvey's Hamburgers e íbamos a caminar por el parque Queen, y a dar paseos al zoo de Riverdale, que eran casi las únicas distracciones, aparte del cine, que nos podíamos permitir. Nos acostábamos cuando podíamos. Arthur vivía en una residencia y esas cosas sólo se toleraban si se hacían de forma furtiva; mi casera, por otro lado, no toleraría nada, por muy furtivo que fuese.

A veces, durante esas noches, me despertaba y me encontraba a Arthur agarrado a mí como si la cama fuese un océano lleno de tiburones y yo una gran balsa

neumática. Dormido, se mostraba desesperado, en ocasiones hablaba con gente inexistente y le rechinaban los dientes. Pero despierto era apático e insensible o fríamente dialéctico. Sin su entusiasmo político era bastante diferente de como había sido en Inglaterra. Permitía que hiciese cosas para él, pero no participaba.

Nada de todo esto me preocupaba demasiado. Su reserva era incluso intrigante, como una capa figurativa. Los héroes tenían que ser reservados. Me decía a mí misma que su indiferencia era fingida. En cualquier momento sus profundidades ocultas subirían a la superficie; se volvería apasionado y me confesaría el afecto que me profesaba desde hacía tiempo. Yo le confesaría el mío y seríamos felices. (Más tarde llegué a la conclusión de que probablemente su indiferencia de aquella época no era fingida. También decidí que era preferible evitar las escenas de revelaciones apasionadas y que las profundidades ocultas debían quedar escondidas; las fachadas, como mínimo, eran igualmente verdaderas).

En primavera Arthur hizo una propuesta. Estábamos sentados en un banco del parque Queen comiendo hamburguesas y bebiendo un batido.

—Tengo una buena idea —dijo—. ¿Por qué no nos casamos?

No contesté. No se me ocurría ninguna razón para no hacerlo. Pero a Arthur sí que se le habían ocurrido y procedió a analizarlas: ninguno de los dos tenía dinero, éramos probablemente demasiado jóvenes e inmaduros para un compromiso tan serio, no nos conocíamos muy bien. Pero tenía respuestas para todas estas objeciones. Dijo que había estado dándole muchas vueltas al asunto. El matrimonio mismo nos estabilizaría y, también gracias a él, nos conoceríamos mejor. Si no funcionaba, bien, pues resultaría una experiencia enriquecedora. Lo más importante de todo, nos costaría muchísimo menos vivir juntos que separados. Él dejaría la residencia y alquilaríamos una habitación más grande que la que yo tenía, o incluso un pequeño apartamento. Yo seguiría con mi trabajo, por supuesto, y así no tendría que aceptar tanto dinero de sus padres. Había estado pensando en cambiarse a ciencias políticas, lo cual significaba algunos años más en la universidad y no estaba muy seguro de que sus padres lo apoyaran en el caso de decidirse por el cambio.

Mastiqué el resto de la hamburguesa y me la tragué pensativamente; luego terminé el batido sorbiéndolo ruidosamente. Pensé que el momento de valentía era ahora o nunca. Estaba deseando casarme con Arthur, pero no podía hacerlo a menos que él supiese la verdad sobre mí y me aceptase como era, con el pasado y con el presente. Tendría que contarle que le había mentido, que nunca había sido animadora deportiva, que la chica gorda de la fotografía era yo. También tendría que contarle que había dejado el trabajo de vendedora de pelucas hacía algunos meses y que estaba terminando *Amor imposible*, con cuyos ingresos pensaba vivir por lo menos los seis meses siguientes.

—Arthur, el matrimonio es algo serio —le dije—. Creo que, antes, deberías saber

algunas cosas sobre mí... —Mi voz temblaba: seguro que se horrorizaría, consideraría que no tenía sentido de la ética, se disgustaría, se marcharía...

—Si te refieres a que estabas viviendo con otro hombre cuando nos conocimos, ya lo sabía —dijo—. Y no me importa en absoluto.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunté. Yo pensaba que había sido muy cuidadosa.

—Supongo que no esperarías que me creyese la historia de la compañera de piso gorda —dijo él de forma indulgente. Sonrió y me rodeó con su brazo—. Slocum te siguió hasta tu casa —añadió—. Yo se lo pedí.

—Arthur, eres un espía asqueroso —repliqué.

Estaba encantada de que hubiese sentido celos o curiosidad para hacer una cosa así; también me di cuenta de lo satisfecho que estaba de haber penetrado en mi incógnito. Pero cuánto se habría molestado si se hubiese enterado de que no había llegado más que a la primera capa.

Decidí dejar mis revelaciones para otra oportunidad.

El único problema que había con la ceremonia de la boda era que Arthur, como estaba en contra de la religión, se negaba a casarse en una iglesia. Tampoco quería hacerlo en un ayuntamiento, porque no estaba de acuerdo con el gobierno de entonces. Cuando le afirmé que no había más opciones que éstas, me contestó que debía de haber alguna otra. Busqué en las Páginas Amarillas en las secciones «Nupcial», pero sólo aparecían vestidos y pasteles. Luego miré en «Iglesias». Encontré una división denominada «Interconfesionales».

—¿Crees que esto servirá? —dije—. Si casan a cualquiera con cualquiera no deben tener convicciones religiosas muy estrictas.

Lo convencí y llamó al primer nombre de la lista, un tal reverendo E. P. Revele.

—Todo arreglado —me dijo al salir de la cabina—. Dice que lo podemos hacer en su casa, que se ocupará de los testigos y que sólo durará diez minutos. Dice que les gusta hacer una pequeña ceremonia, pero nada religioso.

A mí me parecía bien. No quería hacerlo sin ceremonia, no tendría la sensación de estar casada.

—¿Qué le has dicho?

—Que mientras sea corta...

Arthur me dijo también que sólo costaría quince dólares, lo cual era una suerte porque no teníamos mucho dinero. Yo estaba en un dilema, no sabía si pedirle que aplazásemos la boda —ya encontraría una excusa, pero es que así podría terminar *Amor imposible* y comprarme un buen vestido de boda— o decirle que nos fuéramos inmediatamente a los Interconfesionales, antes de que Arthur descubriese la verdad. El miedo prevaleció sobre la vanidad y me compré un vestido de algodón blanco con margaritas de nailon en el departamento de oportunidades de Eaton. Sería un poco triste, pero era capaz de soportar mucho mejor la desilusión de casarme con un vestido barato de algodón que la idea de que no hubiese boda en absoluto. Tenía un miedo espantoso de verme expuesta a ser tratada en el último minuto de falsa,

mentirosa e impostora. Bajo aquella presión, empecé a comer de más: panecillos ingleses untados de mantequilla, barras de pan y miel, banana splits, rosquillas y galletitas de oferta compradas en Kresge. Aunque Arthur no se daba cuenta de estas indulgencias, estaba engordando; lo único que me salvaba de hincharme como un cadáver ahogado era la fecha de la boda e, incluso así, cuando llegó el momento había engordado cinco kilos. Apenas pude abrocharme la cremallera.

Nadie conocido asistió a nuestra boda, por la sencilla razón de que no conocíamos a nadie. De los padres de Arthur había que olvidarse: Arthur les había escrito una carta de una agresiva sinceridad, en la que les decía que hacía un año que nos acostábamos y que, por consiguiente, no hacía falta que pensasen que el matrimonio suponía una capitulación al convencionalismo. Ellos, como era de esperar, nos pusieron verdes a los dos y dejaron de enviarme dinero. Pensé en invitar a mi padre, pero podía revelar de mi pasado más de lo que yo quería que Arthur supiese. Le mandé una postal después y él me envió una máquina para hacer *waffles*. A Arthur no le gustaba ninguno de los estudiantes de filosofía y yo no había hecho amistad con ninguna de mis compañeras demostradoras de pelucas; por lo tanto, como no íbamos a tener regalos y para sentir más la sensación de ser una novia, salí y me compré una olla para sopa, un par de manoplas para el horno y, por capricho, un artefacto para deshuesar cerezas y aceitunas.

Ese mismo día, Arthur fue a buscarme y tomamos el metro, en dirección norte. Nos sentamos en los asientos negros de imitación piel y observamos los azulejos de tonos pastel que pasaban rápidamente por las ventanillas; íbamos cogidos de la mano. Arthur parecía inquieto. Había adelgazado y estaba escuálido como una placa funeraria; en los reflejos de nuestros rostros en la ventanilla del metro, se le veían profundas ojeras. Me preguntaba cómo iba a poder alzarme para cruzar el umbral. Ni siquiera teníamos umbral: todavía no habíamos alquilado un apartamento porque yo tenía mi habitación pagada por adelantado por dos semanas más, y Arthur dijo que no tenía sentido tirar ese dinero.

Salimos del metro y tomamos un autobús. No me di cuenta del nombre que figuraba en la parte de delante del autobús hasta que arrancó.

—¿Dónde dijiste que vive ese hombre? —pregunté.

Arthur me pasó el trozo de papel donde había anotado la dirección y me lo dijo. Era en Braeside Park.

Empecé a sudar. El autobús pasó por la parada donde yo me bajaba; en una calle lateral, entrevi la casa de mi madre. Debí de ponerme pálida, porque cuando Arthur me miró y me apretó la mano para tranquilizarme o para tranquilizarse él, dijo:

—¿Estás bien?

—Un poquito nerviosa, nada más —dije, y lancé una risita histérica.

Bajamos del autobús y seguimos a pie por la acera hacia el húmedo interior de la parte alta de Braeside Park, luego pasamos por delante de las cuidadas y respetables moradas imitación Tudor que me habían obsesionado tanto durante mi adolescencia

obesa. Mi terror iba en aumento. Seguro que el pastor sería algún conocido, alguien con cuya hija había ido al colegio, alguien que me reconocería a pesar de lo mucho que había adelgazado. No podría contenerse, lanzaría exclamaciones sobre mi transformación y contaría historias divertidas sobre mi tamaño y mi peso anteriores, y Arthur sabría —¡el día de nuestra boda!— cuán profundamente lo había defraudado. Sabría que no había salido con un jugador de baloncesto, ni había sido tres veces subcampeona del concurso para reina del baile en Rainbow Romp. Los arcos estaban cargados de lánguidas hojas verdes, el aire estaba húmedo como el caldo y cargado de los humos de los coches provenientes de la calle más cercana. Teníamos gotas de humedad en los labios superiores; notaba el sudor corriéndome bajo los brazos, manchando la pureza de mi vestido blanco.

—Creo que he cogido una insolación —dije apoyándome contra él.

—Pero si no has tomado el sol —dijo Arthur, con mucha razón—. Esa es la casa, ahí mismo, cuando entremos podrás beber un poco de agua.

En cierta forma, estaba encantado de que yo reaccionase con aquella angustia ya que así camuflaba la suya.

Me ayudó a subir los escalones de cemento del número 52 y llamó al timbre. En la puerta había un pequeño letrero con unas letras muy vistosas que decía casa paraíso; lo leí sin comprenderlo. Estaba tratando de decidir si me desmayaba o no. Si me desmayaba, en el caso de que se produjese alguna revelación, podría salir con dignidad en una ambulancia. En la placa de aluminio de la puerta había una silueta de un flamenco.

Abrió la puerta una anciana pequeñita con guantes rosas, zapatos rosas de tacón alto, vestido rosa de seda y sombrero rosa adornado con claveles y nomeolvides de tela azul. Tenía un círculo de colorete en cada mejilla y las cejas enarcadas, pintadas finas.

—Venimos a ver al reverendo E. P. Revele —dijo Arthur.

—¡Oh, qué vestido tan bonito! —gorjeó alegremente la anciana—. Me encantan las bodas; yo soy la testigo, soy la señora Symons. Siempre me utilizan a mí de testigo. ¡Aquí está la novia! —anunció a toda la casa.

Entramos. Me sentía mejor; seguro que a ella no la había visto nunca. Me vino bien el olor a tapicería y a cera de muebles recién puesta.

—Las ceremonias se celebran en el salón —dijo la señora Symons—. Es una ceremonia tan bonita. Estoy segura de que les va a gustar.

La seguimos y nos encontramos en una especie de gruta.

Era un típico salón de la parte más modesta de Braeside, con un acceso al comedor que, a su vez, daba a la cocina; sin embargo, las paredes no tenían los tradicionales paisajes relajantes (Brook en invierno, Country Lañe en otoño), sino varios abanicos de plumas de pavo, algunas piezas de bordado enmarcadas, una fotografía de una bailarina iluminada por detrás y adornada con ramilletes de hojas secas, un cuadro de una india norteamericana que sonreía encantadora, otro hecho

con conchas, flores en un jarrón cuyos pétalos estaban hechos con diferentes tipos de conchas, y una serie de fotografías descoloridas, enmarcadas también, firmadas en la base. Tanto el sofá como los sillones estaban forrados de terciopelo color ciruela y cada sillón tenía un escabel a juego; todos estaban cubiertos de tapetitos multicolores de lana a ganchillo. La repisa de la chimenea estaba repleta de objetos: budas pequeños, dioses de la India, un perro de porcelana, varias cajas de cobre para cigarrillos y un búho disecado dentro de una campana de cristal.

—Aquí llega la Reverenda —anunció la señora Symons con un susurro lleno de excitación.

Alguien se acercaba por detrás nuestro arrastrando los pies. Me di la vuelta e inmediatamente caí sobre uno de los sillones color ciruela; porque allí, de pie en la puerta con su vestido blanco largo con la cinta en forma de punto de libro, apoyada ahora en un bastón de mango de plata y rodeada de una aureola de whisky escocés se hallaba Leda Sprott.

Me miró directamente a la cara y hubiera jurado que sabía exactamente quién era yo. Lancé un gemido y cerré los ojos.

—Los nervios de la boda —dijo la señora Symons con su voz chillona. Me tomó la mano y empezó a frotarme la muñeca—. Me desmayé tres veces durante mi propia boda. ¡Traigan las sales aromáticas!

—Estoy bien —dije a la vez que abría los ojos.

Leda Sprott no había dicho nada: tal vez no revelaría mi secreto.

—¿Estás bien? —me dijo Arthur. Asentí con la cabeza—. Pensábamos que se trataba de un reverendo llamado E. P. Revele —le dijo a Leda Sprott.

—Yo soy E. P. Revele —replicó ella—. Eunice P. Revele. —Luego sonrió como si estuviese acostumbrada a esta incredulidad.

—¿Está usted capacitada para casarnos? —preguntó Arthur.

—Pues claro que sí —contestó Leda. Luego señaló un certificado de aspecto oficial que colgaba, enmarcado, de la pared—. No me dejarían celebrar bodas si no lo estuviese. Bien, y ahora, díganme qué es lo que van a querer. Estoy especializada en bodas mixtas. Puedo hacerlas judías, hindúes, católicas, cinco tipos de protestantes, budistas, cristianas, científicas, agnósticas, Ser Supremo, cualquier combinación de éstas, o mi propia especialidad.

—Tal vez deberíamos decidimos por la especialidad —le dije a Arthur. Quería acabar cuanto antes, que se hiciese lo más rápidamente posible para poder marcharme.

—Es la que yo prefiero —dijo Leda—. Pero primero, la fotografía. —Fue al recibidor, y gritó—: ¡Harry!

Yo aproveché para mirar el certificado. «Eunice P. Revele», decía, era cierto. Estaba confundida: o bien ella era realmente Leda Sprott, en cuyo caso la ceremonia sería nula, o bien era realmente Eunice P. Revele; de ser así, ¿por qué había utilizado otro nombre en la capilla Jordán? Por otra parte, pensé, los hombres que cambiaban

de nombre solían ser estafadores, criminales, agentes secretos o magos, mientras que las mujeres que cambiaban de nombre era porque acababan de casarse. Junto al certificado había una foto de Leda, mucho más joven, estrechando la mano de Mackenzie King. Observé que estaba firmada.

La señora Symons estaba tratando de ponerle a Arthur una guirnalda de flores de plástico alrededor del cuello, sin lograrlo. Pero a mí sí me puso una, y luego entró un hombre con un traje gris y una Polaroid. Era el señor Stewart, el médium invitado.

—Sonrían —dijo, mientras guiñaba un ojo a través del visor. El sonreía ampliamente.

—Mira —dijo Arthur—, ¿no es...?

Pero hubo un flash y la señora Symons me sacó la guirnalda.

—Cuando suene el gong, presten atención —dijo. Estaba muy excitada—. Está preciosa, querida.

—Por teléfono me pareció todo normal —me dijo Arthur en voz baja.

—¿Con quién hablaste? —pregunté—. Me dijiste que era un hombre.

—Así lo creí —replicó Arthur.

Sonó el gong y Leda hizo su aparición; iba con otro vestido, uno morado bordeado de terciopelo rojo. Reconocí los restos de las cortinas y el pulpito de la capilla Jordán: era evidente que corrían tiempos difíciles. Con la ayuda del señor Stewart, se subió al taburete que había delante de la chimenea.

—Arthur Edward Foster —entonó—. Joan Elizabeth Delacourt. Acercaos.

Mientras nosotros dos nos acercábamos a ella cogidos de la mano, fue presa de un ataque de tos.

—Arrodillaos —ordenó a la vez que extendía los brazos delante suyo como si fuera a bajar del taburete. Nosotros obedecimos—. ¡No, no! —exclamó irritada—. Uno a cada lado. ¿Cómo os voy a poder juntar si ya estáis juntos?.

Nos levantamos y nos volvimos a arrodillar y Leda colocó una mano ligeramente temblorosa sobre cada una de nuestras cabezas.

—Para conseguir una felicidad verdadera —dijo—, debéis enfocar la vida con un sentimiento de respeto. Respeto por la vida, por los seres queridos que todavía están con nosotros y, también, por los que se han ido ya. No olvidéis que todo lo que hacemos y todo lo que está en nuestros corazones es observado y recordado y que algún día saldrá a la luz. Evitad la decepción y la falsedad; tratad vuestras vidas como si fuesen un diario que estáis escribiendo y que sabéis que vuestro ser querido leerá algún día, si no es en este mundo, será entonces en el Más Allá donde todas las reconciliaciones finales tendrán lugar. Y, sobre todo, debéis amaros el uno al otro por lo que sois y perdonaros mutuamente por lo que no sois. Tenéis una hermosa aura, hijos míos; tenéis que trabajar para preservarla.

Comenzó a murmurar; creo que estaba rezando. Se tambaleó peligrosamente y confié en que no se cayese del taburete.

—Amén —dijo la señora Symons.

—Podéis ponerlos en pie —dijo Leda. Pidió las alianzas (yo había insistido en que fuesen anillos de matrimonio y los habíamos conseguido en una casa de empeño) y las hizo girar tres veces alrededor de la estatua de Buda, aunque podía haber sido alrededor del búho disecado porque desde donde yo estaba no podía ver—. Por la sabiduría, por la caridad, por la tranquilidad —dijo. Me dio el anillo de Arthur a mí y el mío a Arthur.

—Ahora —prosiguió—, sujetad las alianzas con la mano izquierda y colocad la mano derecha en el corazón del otro. Cuando yo cuente hasta tres, apretad.

—Tres es el número mítico —dijo la señora Symons—. El cuatro también, pero... —Para aquel entonces la había reconocido: era una de las antiguas feligresas de la capilla Jordán—. Mi nombre surge con el cinco —continuó—. Esto es numerología, sabéis.

—No hace mucho me contaron una historia que sería muy apropiada para esta ocasión —dijo el señor Stewart—. Había una vez dos orugas que caminaban por el camino de la vida, la oruga optimista y la oruga pesimista...

—Ahora no, Harry —dijo Leda Spratt bruscamente.

La ceremonia se le estaba escapando de las manos. Nos dijo que nos pusiéramos los anillos el uno al otro, nos declaró marido y mujer a toda prisa y bajó con dificultad del escabel.

—¡Ahora los regalos! —exclamó la señora Symons, y salió corriendo de la estancia.

Leda escribió un certificado que todos teníamos que firmar.

—Hay alguien de pie detrás tuyo —dijo el señor Stewart. Sus ojos estaban vidriosos y parecía que hablaba consigo mismo—. Es una mujer joven, es desgraciada, lleva guantes blancos... extiende los brazos hacia ti...

—Harry —dijo Leda—, ve a ayudar a Muriel con los regalos.

—No queremos ningún regalo, de verdad —dije yo, y Arthur me apoyó. Pero Leda Spratt dijo:

—Una boda sin regalos no es una boda.

La rosada señora Symons ya llegaba corriendo desde el recibidor con varios paquetes envueltos en papel de seda blanco. Les dimos las gracias; los dos nos sentíamos muy violentos porque aquellos ancianos bienintencionados y algo patéticos se habían tomado muchas molestias y en cambio nosotros, en el fondo, éramos unos desagradecidos. El señor Stewart nos dio la fotografía de la Polaroid, donde nuestros rostros salían azul pálido y el sofá, rojo pardusco, como sangre seca.

—Y ahora, tengo algo que decir a la novia y al novio... por separado —dijo Leda Spratt.

La seguí a la cocina. Cerró la puerta y nos sentamos a la mesa, una mesa corriente cubierta con un hule a cuadros. Se sirvió un trago de una botella medio vacía, luego me miró y sonrió. Me di cuenta entonces de que uno de sus ojos estaba desenfocado; tal vez se estaba quedando ciega.



—Bien —empezó—. Estoy contenta de volver a verte. Has cambiado, pero jamás olvido una cara. ¿Cómo está tu tía?

—Murió —le dije—. ¿No lo sabía?

—Sí, sí, claro —contestó ella, agitando una mano con impaciencia—. Pero debe de estar contigo todavía.

—No, no creo —repliqué yo.

Leda Sprott parecía decepcionada.

—Ya veo que no seguiste mi consejo —dijo—. Es una pena. Tienes muchos poderes. Te lo dije antes, pero has tenido miedo de desarrollarlos. —Cogió mi mano y estuvo un momento mirándola, luego la soltó—. Podría contarte un montón de farsas, que probablemente significarían tan poco para ti como la verdad —prosiguió—. Pero apreciaba a tu tía, así que no lo haré. Uno no escoge un don, él te escoge a ti, y aunque lo rechaces se servirá igualmente de ti, pero quizá de una forma menos deseable. Mientras lo tuve, hice uso de él. Puedes pensar que soy una vieja estúpida o una charlatana, estoy acostumbrada. Pero a veces era la verdad lo que tenía que contar; no hay error cuando es así. Cuando no tenía una verdad que contar, les decía lo que querían oír. No habría debido hacer esto. Quizá te imaginas que es inofensivo, pero no es así.

Se detuvo y se puso a mirarse los dedos, deformados por la artritis. De repente, le creía. Tenía ganas de hacerle todas las preguntas que había guardado para ella: podría contarme sobre mi madre... Pero mi fe se desvaneció: ¿acaso no acababa de insinuar que la capilla Jordán era un fraude y sus revelaciones conjeturas y representaciones?

—La gente te tiene fe —dijo Leda—. Confía en ti. Eso puede ser peligroso, sobre todo si te aprovechas de ello. Todo se paga tarde o temprano. Deberías dejar de compadecerte de ti misma. —Me miraba fijamente con su único ojo bueno y la cabeza ladeada, como un pájaro. Parecía esperar algún comentario.

—Gracias —dije yo, inoportuna.

—No digas lo que no quieres decir —replicó irritada—. Ya lo haces bastante. Esto es todo lo que tengo que decirte, salvo que... sí, deberías probar la Escritura Automática. Y, ahora, mándame a tu marido.

Yo no quería que Arthur se quedase solo con ella. Si se había mostrado tan categórica conmigo, ¿qué le diría a él?

—¿No se lo contará, verdad? —le pedí.

—¿Contarle qué? —preguntó Leda con brusquedad.

Resultaba difícil expresárselo con palabras.

—Cómo era yo —dije. Lo que quería decir era: «El aspecto que tenía».

—¿Qué quieres decir? —dijo Leda—. Por lo que yo recuerdo, eras una jovencita encantadora.

—No, me refiero a... mi volumen. Yo era, ya sabe. —No podía decir «gorda»; utilizaba esa palabra con respecto a mí sólo en mi cabeza.

Comprendió lo que quería decir, pero eso no hizo más que divertirla.

—¿Eso es todo? —dijo—. En mi opinión, era un volumen perfectamente apropiado. Pero no te preocupes, pues aunque debo decir que hay tragedias peores en la vida que tener un poco de sobrepeso, no revelaré tu pasado. Espero que tú tampoco reveles el mío. Leda Sprott debe un poco de dinero aquí y allí. —Se echó a reír resollando y luego empezó a toser. Fui a buscar a Arthur.

Cinco minutos después salió de la cocina. Cuando nos marchamos, la señora Symons se balanceaba por el recibidor detrás nuestro, bajó las escaleras con nosotros y nos acompañó por el camino de entrada mientras nos lanzaba puñados de arroz y confetis y reía gorjeando.

—Buena suerte —nos deseó, agitando su mano enguantada de rosa.

Caminamos hasta la parada del autobús con los paquetes. Arthur no decía nada, su expresión era severa.

—¿Qué ocurre? —pregunté. ¿Le habría contado algo Leda a pesar de todo?

—La vieja impostora me ha sacado cincuenta pavos —dijo—. Por teléfono me dijo quince.

Cuando llegamos a mi habitación alquilada abrimos los paquetes de papel de seda. Contenían un bol de plástico para ponche con tazas a juego, un libro de cocina de noventa y ocho centavos sobre cómo cocinar comida sana, un retrato enmarcado de Leda estrechando la mano de Mackenzie King, y algunos folletos del gobierno sobre las propiedades curativas y el uso correcto de la levadura.

—Le debe de quedar un buen margen —comentó Arthur.

Seguramente íbamos a tener que repetir toda la ceremonia en el ayuntamiento; la ceremonia con el escabel y el búho disecado no podía ser legal, imposible.

—¿Crees que estamos casados de verdad? —pregunté.

—Lo dudo —contestó Arthur.

Pero por extraño que pudiese parecer, lo estábamos.

## VEINTE

Hicimos el viaje de novios cuatro años más tarde, en 1968. Arthur se había encamado en el Quebec separatista e insistió para que fuésemos a Quebec capital, donde confundió a todos los camareros tratando de hablarles en *joual*. La mayoría lo consideraba insultante; los que eran realmente separatistas se burlaban de su pronunciación, les parecía demasiado parisina. La primera noche la pasamos viendo el funeral de Robert Kennedy en la televisión de antenas como orejas de conejo del hotel barato donde nos hospedamos. Era uno de esos aparatos que no funcionaban a menos que se sujetaran las antenas con una mano y se apoyara la otra mano en la pared. Yo apoyaba la mano en la pared, Arthur miraba. Por entonces me sentía verdaderamente casada.

Me costó un tiempo. Al principio nuestra vida era inestable. No teníamos más dinero que el que yo ganaba escribiendo Vestidos Góticos y que hacía ver que procedía de trabajos temporales, y vivíamos en habitaciones alquiladas y no en los horribles apartamentos que buscamos después. A veces había un hueco para la cocina, oculto por una cortina de bambú o una puerta de acordeón de plástico, pero la mayoría de las veces lo único que había era un hornillo de una sola placa. Cocinaba verduras hirviéndolas en las bolsas resistentes o preparaba latas de ravioli, y comíamos sentados en el borde de la cama tratando de no añadir más salsa de tomate a las sábanas. Después de comer, arrojaba los restos de los platos por el váter y los lavaba en la bañera ya que esas habitaciones rara vez tenían fregadero. Ello significaba que mientras nos bañábamos, cosa que hacíamos juntos, y yo enjabonaba la espalda de Arthur, cuyas costillas sobresalían como las de la Muerte en un grabado medieval en madera, a menudo nos sorprendía un tallarín o un guisante suelto flotando en la espuma como un trozo escapado del mar de los Sargazos. Yo consideraba que añadía un toque tropical que era de agradecer en aquellos cuartos de baño normalmente polares, pero a Arthur no le gustaba. A pesar de que lo desmentía, estaba obsesionado con los gérmenes.

Me quejaba continuamente por los inconvenientes de esa vida improvisada con maletas arriba y abajo y, al cabo de dos años, cuando Arthur era profesor adjunto de ciencias políticas con un sueldo mediocre, cedió por fin y alquilamos un apartamento de verdad. Estaba en un suburbio —que luego mejoró—, todo pintado de blanco y con iluminación de vagón de tren, pero por lo menos, además de cucarachas, tenía una cocina completa. Fue entonces cuando descubrí, para mi espanto, que Arthur esperaba que yo cocinase, que cocinase de verdad, partiendo de ingredientes crudos como harina y manteca de cerdo. No había cocinado en toda mi vida. Mi madre cocinaba, yo comía, éstos eran nuestros papeles; ni siquiera me dejaba entrar en la cocina mientras cocinaba, por temor a que rompiese algo, que metiese un dedo lleno de gérmenes en una salsa o que la tarta no subiese por culpa de mis fuertes pisadas. No había hecho Economía Doméstica en el instituto, sino Prácticas Comerciales. No

me habría importado cocinar, aunque según contaban las otras chicas la clase trataba sobre todo de nutrición; pero la idea de coser no me gustaba nada. ¿Cómo iba a estar yo allí cosiéndome una capa enorme e hinchada, mientras las otras se confeccionaban falditas de delicado corte y blusas con volantes?

A pesar de que cocinar no era tan sencillo como había creído, por Arthur era capaz de cualquier cosa. Siempre me quedaba sin los productos básicos como mantequilla o sal y tenía que hacer rápidas escapadas a la tienda de la esquina, además, como detestaba fregar los platos, nunca tenía suficientes limpios; pero a Arthur no le gustaba comer en restaurantes. Daba la impresión de que prefería mis platos incomibles: la *fondue* suiza que se convertía en un humor linfático y en bolas de chicle por exceso de calor, los huevos escalfados que se desintegraban como membranas mucosas y el pollo asado que sangraba cuando lo cortábamos; el pan que no quería subir y que reposaba como arenas movedizas; los panqueques flácidos, el centro crudo, derramándose; las tartas que parecían de goma. Rara vez lloré por estos desastres porque para mí no eran fracasos sino éxitos, eran unos triunfos secretos sobre la noción de la comida en sí. Quería demostrar que realmente no me importaba en absoluto.

A veces me olvidaba completamente del tema y no preparaba nada para comer. A medianoche iba a la cocina y me encontraba a Arthur preparándose un sándwich de mantequilla de cacahuete, y me abrumaba la culpabilidad al pensar que lo estaba matando de hambre. Sin embargo, aunque él criticaba mi comida, siempre comía todo y protestaba cuando no había. Le divertía lo imprevisible; era como las mutaciones o los juegos de azar... Además, le proporcionaba seguridad. Su visión del mundo estaba compuesta de desastres repentinos sobre un fondo de fatalidad al acecho, y mi cocina no contribuía a contradecir esa idea. En cuanto a mí, esos montones de masa, esos trozos de comida quemados en los bordes, aquella sangre en estado natural, representaban algo muy diferente. Cada comida era un drama, pero un drama del cual se podía conseguir que saliese un buen propósito, añadiendo algo... un poco de pimienta, algo de vainilla... En el fondo, yo era una optimista que deseaba ardientemente finales felices.

Tardé bastante en darme cuenta de que Arthur disfrutaba con mis fracasos. Le levantaban el ánimo. Le encantaba el estruendo que producía una fuente ardiendo que se me caía al suelo porque me había olvidado de ponerme las manoplas; le gustaba oírme decir palabrotas en la cocina; y, cuando después de alguna de mis batallas, aparecía con la cara sudorosa y despeinada, él me recibía con una sonrisa y una broma, o quizás incluso un beso, lo cual era más por la prueba de buena voluntad, por la energía que había desplegado, que por la comida. Mi frustración y mi rabia eran reales, pero no era tan mala cocinera. Mi torpeza era una representación y Arthur era el público. Su aprobación me daba ánimos.

Ya me iba bien así. Ser una mala cocinera resultaba mucho más fácil que aprender a ser una buena, y todo aquel ruido inútil y todo aquel teatro no agotaban mis dotes

de invención. En lo que me equivocaba era en pensar que estas expectativas de Arthur se limitaban a la cocina. Sólo al principio pareció que era así, porque él pensaba que yo no emprendía otra cosa que eso.

No era que Arthur fuese falso: no había diferencia entre lo que pensaba y lo que decía que pensaba. Lo único que ocurría era que esas dos cosas diferían de lo que sentía. Durante años quise convertirme en lo que Arthur pensaba que era, o en lo que pensaba que debía ser. Tenía cantidad de planes para mí, planes ambiciosos con los cuales yo podría ejercitar mi inteligencia de forma constructiva, y allí me quedaba yo por las mañanas, embrutecida en la cama, mientras él se levantaba, se preparaba el café y se iba en pos de una de sus metas. Me decía que eso era lo malo de mí, yo no tenía metas. Desgraciadamente, no podía pensar en esta palabra más que si la relacionaba con el hockey, un deporte que no me gustaba demasiado.

Pero Arthur no siempre era madrugador. Tenía también sus momentos bajos. Después de haber perdido la ilusión por la gente de la bomba atómica, estuvo un tiempo al margen de la política. Pero no tardó en ponerse de nuevo en movimiento. Esta vez, fueron los derechos civiles: se fue a los Estados Unidos y poco faltó para que le pegasen un tiro. Pero luego tampoco eso prosperó y entró en otro período de depresión. En rápida sucesión, pasó de Vietnam a asilar prófugos, de una revuelta estudiantil a fascinarse por Mao. Cada uno de estos asuntos requería un montón de lectura, no sólo para Arthur sino también para mí. Yo me esforzaba de todo corazón, pero no sé cómo, siempre estaba desfasada, quizá porque me resultaba muy difícil leer teorías. Cuando lograba adaptarme a las ideas de Arthur, él ya había cambiado. Entonces tenía que convertirme de nuevo, mejorarme, lograr que viese la luz una vez más.

—Toma, lee este libro —me decía. Y yo sabía que el ciclo había vuelto a empezar.

El problema con él era que tenía buenas intenciones, demasiado buenas, quería que todo el mundo tuviese tan buenas intenciones como él. Cuando descubría que no era así, que no todo el mundo ardía con su misma llama, sino que había algunos que eran soberbios, otros egoístas y sedientos de poder, se enfadaba. Era un prisionero de conciencia.

Durante un tiempo pensé que Arthur tenía una sola moral, un solo corazón y un solo cuerpo; por contraste, yo era una triste mezcla de mentiras y pretextos, cada uno completo en sí mismo pero que hacía que los otros careciesen de valor. Sin embargo, no tardé en descubrir que en Arthur había tantas personalidades como en mí misma. La diferencia estaba en que mis personalidades eran simultáneas, mientras que las de Arthur eran sucesivas. En los momentos de mayor compromiso con cualquiera de sus causas, Arthur tenía la energía de seis personas, apenas dormía, no paraba de ir de un lado al otro organizando, lanzando discursos y portando pancartas. Pero en los momentos bajos, apenas era capaz de levantarse de la cama y se pasaba el día sentado en un sillón fumando un cigarrillo detrás de otro, mirando por la ventana, viendo la

televisión o haciendo crucigramas o rompecabezas de cuadros de Jackson Pollóck o de alfombras orientales. Yo sólo existía para él, y únicamente como una especie de sombra cualquiera, cuando su ánimo estaba subiendo o bajando; en caso contrario, yo no era más que una mancha que lo alimentaba. Hacíamos el amor sólo durante los períodos intermedios. Cuando estaba en la cumbre no tenía tiempo, cuando estaba hundido le faltaba energía.

Yo no podía menos que admirar la pureza de su conciencia, a pesar de sus retrocesos: cuando Arthur se desmoralizaba, atribulado por la desilusión y por las nubes en su destino, se ponía a escribir cartas a todos aquellos con los que había trabajado durante la fase álgida, tratándolos de traidores y sinvergüenzas, y era yo quien recibía sus llamadas furiosas, desconcertadas u ofendidas.

—Bien, ya sabes cómo es Arthur —les decía—. Ultimamente no se ha encontrado muy bien, está abatido.

Me habría gustado que fuese él mismo quien diese las explicaciones, pero era un especialista en emboscadas. Jamás se peleaba con los demás, nunca discutía abiertamente con ellos. Mediante algún oscuro y complicado proceso de evaluación, decidía que aquellas personas eran indignas y no porque hubieran hecho algo indigno, sino porque esa falta de dignidad era innata en ellos. Cuando emitía su juicio, emitido quedaba. No cabían ni reparaciones ni enmiendas. Una vez le dije que me parecía que se estaba comportando un poco como el dios de Calvino, pero se ofendió y no quise insistir más. En el fondo, tenía miedo de ser yo misma víctima de una sentencia similar.

A menudo deseaba que Arthur encontrase por fin algún grupo capaz de asumir la terrible carga de su entrega. No era sólo porque yo quisiera, que lo quería, que él fuese feliz; había otras dos razones. Una era que yo sufría con sus depresiones porque me hacían sentir inútil. Sabía que el amor de una mujer buena debía preservar al hombre de este tipo de situaciones. Pero en esas ocasiones, por muy mal que cocinase, no era capaz de hacerlo feliz. Por consiguiente, yo no era una mujer buena.

La otra era que cuando Arthur estaba deprimido no podía escribir mis Vestidos Góticos. Estaba en casa la mayor parte del tiempo y, cuando él no hacía nada, quería que yo tampoco hiciese nada. Si me iba al dormitorio y cerraba la puerta, la abría, se quedaba en el umbral mirándome de forma reprobadora y decía que le dolía la cabeza. O me pedía que le ayudase con el crucigrama. Con todo ese jaleo, me resultaba muy difícil concentrarme en los tumultuosos pechos de mi heroína y en la ávida boca de mi héroe. Tenía que fingir que salía en busca de trabajo y, de vez en cuando, por pura defensa propia, trabajaba realmente.

Fue poco después de haberme casado que escribir se convirtió en una forma fácil de ganarme la vida. Siempre me había considerado muy lista al respecto, como si estuviera cometiendo una falta y nadie me hubiera descubierto; pero entonces se volvió importante. Lo importante de verdad no eran los propios libros, los cuales seguían estando en la misma línea, sino que yo era dos personas en una, con dos

juegos de documentos de identidad, dos cuentas bancarias y dos grupos diferentes de personas que creían en mi existencia. Yo era Joan Foster, sobre ello no cabía duda; la gente me llamaba por mi nombre y tenía documentos auténticos para demostrarlo. Pero también era Louisa K. Delacourt.

Siempre y cuando pudiese pasar cierto tiempo cada semana siendo Louisa, todo iba bien; era paciente, flexible, cariñosa, y comprensiva escuchando a los demás. Pero si no podía seguir mi ritmo, si no podía trabajar en el Vestidos Góticos de turno, me volvía mala e irritable, bebía demasiado y lloraba por cualquier cosa.

Así seguimos año tras año, alternando los turbulentos ciclos de Arthur con los míos, y era realmente estupendo, yo lo quería. De cuando en cuando, le comentaba que quizás iba siendo hora de que nos instalásemos en algún lugar de forma algo más permanente y que tuviésemos niños. Pero él decía que no estaba preparado, que tenía mucho trabajo que hacer, y yo tenía que reconocer que mis sentimientos eran contradictorios. Quería tener hijos, ¿pero qué sucedería si tema un niño que se pareciese a mí? Peor todavía, ¿y si yo me volvía como mi madre?

Durante todo aquel tiempo, yo llevaba a mi madre colgada del cuello como un albatros podrido. Soñaba con ella a menudo, mi madre de tres cabezas, amenazadora y fría. A veces estaba sentada frente a su tocador, otras lloraba. Nunca se reía ni sonreía.

En el peor de los sueños, no podía verla. Yo estaba escondida detrás de una puerta, o parada delante, no quedaba claro. Era una puerta blanca, parecida a la de un cuarto de baño o la de un armario. Me habían encerrado dentro, o fuera, pero oía voces al otro lado de la puerta. A veces, eran muchas voces, a veces sólo dos; hablaban de mí, discutían sobre mí y mientras escuchaba, comprendía que algo malo iba a suceder. Me sentía indefensa, no había nada que yo pudiese hacer. En el sueño, retrocedía hasta el rincón más alejado del cubículo y, en un intento de salvarme, apretaba los brazos contra las paredes y clavaba los talones en el suelo. No podrían sacarme de allí. Entonces escuchaba pasos que subían las escaleras y cruzaban el pasillo.

Arthur me despertaba sacudiéndome.

—¿Qué pasa? —preguntaba yo.

—Estabas gruñendo.

¿Gruñendo? Humillante. Una cosa habría sido gritar, pero gruñir...

—Tenía una pesadilla —decía yo.

Pero Arthur no podía entender por qué tenía pesadillas. Seguro que nunca me había pasado nada que fuese tan terrible, yo era una chica normal que gozaba de todo tipo de facilidades, era guapa e inteligente, ¿por qué no sacaba provecho de todas estas ventajas? Me decía que debía intentar destacar en algo.

Lo que él no lograba entender era que, en realidad, no había más que dos tipos de personas: las gordas y las delgadas. Cuando yo me miraba en el espejo, no veía lo mismo que veía Arthur. La silueta del cuerpo que había tenido en el pasado me

rodeaba todavía como la neblina, como una luna fantasmal, como la imagen de Dumbo el elefante volador, sobrepuesta a la mía propia. Yo quería olvidar el pasado, pero éste se negaba a olvidarme; esperaba la llegada del sueño y, entonces, me acorralaba.



## VEINTIUNO

Cuando me detenía a pensar en ello, consideraba que nuestro matrimonio era más feliz que el de la mayoría. Llegué incluso a sentirme orgullosa por ello. En mi opinión, casi todas las mujeres cometían un error básico: esperaban que sus maridos las comprendiesen. Malgastaban gran parte de su precioso tiempo dando explicaciones sobre sí mismas, para lo cual, como si el mero hecho de relatar estos asuntos fuese a dar resultados, exteriorizaban sus emociones y reacciones, su amor, sus enfados y sus susceptibilidades, sus exigencias y sus carencias. Muchos amigos de Arthur estaban casados con mujeres de ese tipo y yo sabía que estas mujeres pensaban que yo era tranquila, sensiblera y algo estúpida. Ellas iban de una crisis a otra con escenas incluidas, en medio de una combinación de nervios de punta, cigarrillos y honradez forzada, y resultaban ser lo que se dice unos plomos. Como yo no actuaba de esta forma, los amigos de Arthur le tenían un poco de envidia y me hacían confidencias en la cocina. Se sentían asediados y exhaustos. Sus mujeres tenían ese toque de hipocresía aguda que me resultaba tan familiar por mi madre.

Pero yo no quería que Arthur me comprendiese: ponía mucho empeño en evitarlo. A pesar de que a veces me sentía tentada, resistía al impulso de confesar. Sus gustos eran espartanos y se hubiera sentido horrorizado ante mi vida anterior y mi más probando yo. Habría sido como pedir un bistec y que traigan la vaca carneada. Creo que algo sospechaba, pues esquivaba mis escasos intentos de hacer revelaciones. A la vez, las otras esposas querían que sus maridos estuviesen a la altura de la forma de vida que daban a sus fantasías, las cuales, a excepción de los vestidos, no se diferenciaban mucho de las mías propias. No lo expresaban exactamente en estos términos, pero yo lo deducía de sus expectativas. Querían que sus maridos fuesen fuertes, ardientes, apasionados y emocionantes, de bocas ávidas pero también tiernos y que las adorasen. Querían hombres envueltos en misteriosas capas dispuestos a rescatarlas de los balcones, pero también deseaban relaciones profundas que dieran significado a su vida, y total franqueza. (Yo les decía para mis adentros que Pimpinela Escarlata no tenía tiempo para relaciones profundas y con significado). Querían orgasmos múltiples, querían que la tierra se sacudiese, pero también querían que las ayudasen a fregar los platos.

Yo pensaba que mi sistema resultaba más satisfactorio. Me decía que había dos clases de amor; Arthur era estupendo para uno de ellos, ¿por qué exigirlo todo de un solo hombre? Ya no esperaba que fuera un extraño embozado, misterioso y algo amenazador. No podía serlo: yo vivía con él, y los extraños embozados no dejaban los calcetines por el suelo, ni se metían los dedos en las orejas ni hacían gárgaras por la mañana para matar gérmenes. Yo dejaba a Arthur en nuestro apartamento y a los extraños en sus castillos y mansiones, adonde pertenecían. Consideraba que esto era tener una actitud bastante adulta y sin duda me permitía tener una apariencia más serena que las esposas de sus amigos. Pero yo les llevaba ventaja: al fin y al cabo, en

lo que a fantasías se refería yo era una profesional, mientras que ellas no eran más que aficionadas.

Y sin embargo, a medida que transcurría el tiempo empecé a tener la sensación de que faltaba algo. Quizá, pensaba, yo no tenía alma; me limitaba a vagar cantando ociosamente como la Sirenita del cuento de Andersen. Para tener un alma había que sufrir, había que renunciar a algo; ¿o eso era para tener piernas y pies? No lo podía recordar. Pero se había convertido en bailarina, sin lengua. Luego estaba Moira Shearer, en *Las zapatillas rojas*. Ninguna de las dos había conseguido conquistar al hermoso príncipe; ambas habían muerto. En comparación, yo lo llevaba bastante bien. El error de ellas había sido convertirse en personas públicas, mientras que yo bailaba detrás de las puertas cerradas. Era más seguro, pero...

Era cierto que tenía dos vidas, pero en los días malos tenía la impresión de que ninguna de las dos era completamente real. Con Arthur me limitaba a jugar al ama de casa, aunque en realidad no ejercía de ello. Y mis Vestidos Góticos no eran más que papel; castillos de papel, vestidos de papel, muñecas de papel, tan inertes y muertas como aquellas de mirada inexpresiva e inútiles que yo vestía y desvestía en casa de mi madre. Adquirí fama de despistada, algo que los amigos de Arthur encontraban encantador. Al cabo de poco tiempo eso era lo que se esperaba de mí, así que lo añadí a mi repertorio de deficiencias.

—Pides demasiadas disculpas —me dijo una de las chillonas esposas.

Empecé a pensar si era cierto, y lo era, sí que me disculpaba. ¿Pero por qué creía que debía ser perdonada? ¿Por qué quería estar exenta, y de qué? En el instituto, si estábamos con la regla o nos dolía el estómago, no teníamos que jugar béisbol, y yo prefería los laterales. Ahora deseaba que se me reconociese, pero me daba miedo. Si hubiese juntado las partes desmembradas de mi vida (como el uranio, como el plutonio, inofensivos a simple vista, pero cargados de energías letales), seguro que se habría producido una explosión. Por el contrario, me dejaba llevar, con lo cual me estancaba.

Era septiembre. Arthur había caído en una de sus depresiones y acababa de escribir un montón de cartas en las que denunciaba a todos aquellos relacionados con el movimiento para la Reforma del Plan de Estudios, su última causa. Yo acababa de empezar un nuevo libro que se titularía *Amor, mi redención*. Con Arthur dando vueltas por el apartamento, me resultaba difícil cerrar los ojos y sumergirme en el mundo de las sombras; además, aquella sucesión de persecución y huida, de violación o muerte, ya no conseguía atraer mi atención como antes. Necesitaba algo nuevo, un nuevo giro: había más competencia ahora y Vestidos Góticos ya no se consideraba sólo como basura, sino como basura para hacer dinero, y yo presentía que estaba en peligro de ser destronada. Escudriñaba el trabajo de mis rivales cada semana ansiosamente en el drugstore de la esquina, y me daba cuenta de que lo que se había

puesto de moda era lo sobrenatural. Ya no resultaba suficiente ofrecer un héroe con capa; tenía que tener también poderes mágicos. Me dirigí a la biblioteca Central Reference y repasé el siglo diecisiete. Lo que necesitaba era un ritual, una ceremonia, algo siniestro pero que quedase bonito...

Cuando Penélope se despertó, descubrió que le habían vendado los ojos; no podía mover ni manos ni pies. La habían atado a una silla. Sus dos raptos hablaban bajito al otro lado de la habitación. Sabiendo que tanto su vida como la de sir Percy dependían de ello, se esforzó por captar lo que decían.

—Te digo que podemos utilizarla para tener acceso al conocimiento —decía Estelle, una arrebatadora belleza de sangre gitana.

—Sería mejor deshacernos de ella —murmuró François—. Ha visto demasiado.

—Sí, sí, pero primero podemos usarla —replicó Estelle—. Rara vez cae en mis manos alguien con unos poderes tan enormes pero sin desarrollar.

—Haz lo que quieras, siempre y cuando me dejes que yo haga también mi voluntad luego —dijo François entre dientes, y su mirada inflamada recorrió el cuerpo joven, tembloroso e indefenso de Penélope—. Calla... se ha despertado.

Estelle se acercó moviéndose con una gracia salvaje e indomada. Mientras se echaba para atrás su largo y despeinado cabello rojo, sus pequeños dientes blancos brillaban en la semioscuridad.

—Bien, pequeña —dijo con falsa amabilidad—. Estás despierta. Ahora nos vas a hacer un pequeño favor, ¿verdad que lo harás?

—No haré nada por ustedes —replicó Penélope—. Les conozco muy bien por lo que son.

Estelle se echó a reír.

—Valiente la muchacha —dijo—. Pero no conseguirás nada. Bebe esto.

Introdujo a la fuerza un líquido de una exótica redoma entre los dientes de Penélope. Luego le quitó la venda y puso delante de ella una mesita con un espejo encima, encendió una vela y la colocó frente al espejo.

Penélope notó que un aura maléfica se introducía en estancia y se espesaba a su alrededor. Aun contra su voluntad sentía que su mirada era dirigida a la llama; fascinada, desvalida como una mariposa nocturna, su cabeza empezó a dar vueltas, su propio reflejo iba desapareciendo... se introducía más y más en el espejo hasta que le pareció estar caminando a otro lado del cristal, en una tierra de sombras vagas. Delante de ella, en la neblina, un murmullo de voces.

—No tengas miedo —dijo Estelle, cuya voz se oía muy lejana—. Dinos lo que ves. Cuéntanos lo que oyes.

Había estado escribiendo con los ojos cerrados, como de costumbre, pero al llegar

a este punto los abrí. Me había quedado en blanco: no tenía idea de lo que Penélope iba a ver u oír. Me pasé media hora pensando, pero era inútil. Iba a tener que escenificarlo. Hacía tiempo que había descubierto este sistema: cuando llegaba a un punto muerto, trataba de simular la escena de la forma más parecida posible y reactivar así la acción, como un director de escena.

Hacerlo conllevaba cierto riesgo porque Arthur estaba viendo la televisión en la otra habitación. Además, no creía que hubiese velas en casa. Fui a la cocina, revolví los cajones y encontré un cabo corto y polvoriento que había pertenecido a un calentaplatos que había comprado en un momento de euforia y tirado en un momento de rabia. Lo pegué a un platito y, con unas cerillas, volví al dormitorio cerrando la puerta. Arthur pensaba que estaba escribiendo un ensayo sobre la sociología de la alfarería para un curso de profundización que yo decía estar siguiendo.

Encendí la vela y la coloqué delante del espejo del tocador. (Me había comprado recientemente uno de tres cuerpos, como el de mi madre). Cuando estuve sentada delante del espejo recordé el experimento con la Escritura Automática, en mi época del instituto. En aquella ocasión me quemé el flequillo. Por si acaso, me sujeté el pelo para atrás con una pinza. No esperaba recibir mensajes, sólo representar la escena para mi libro, pero pensé que podría serme útil tener un lápiz o un bolígrafo a mano.

Como es de suponer, Penélope era un médium natural. Se la podía hipnotizar fácilmente. Asimismo, acababa de ingerir cierta cantidad de líquido de una redoma exótica, y eso podía ayudar. Volví a la cocina, me serví un whisky con agua y me lo tomé. Luego, me senté delante del espejo y traté de concentrarme. Tal vez Penélope recibiría un mensaje de sir Percy, diciéndole que él estaba en peligro. Quizás era ella quien transmitiría un mensaje... ¿Era transmisora o receptora? La compañía telefónica se iría a la bancarrota si se pudiese perfeccionar este método...

No me estaba concentrando. «Eres Penélope» me dije, resuelta.

Me puse a mirar fijamente la vela en el espejo, es decir la vela del espejo. Había más de una vela, había tres, y yo sabía que si movía los dos lados del espejo hacia mí, aparecería un número infinito de velas extendiéndose en fila tan lejos como mi vista pudiese alcanzar... La habitación estaba muy oscura, más oscura que antes, pero la vela brillaba mucho. Yo la cogía y caminaba por un pasillo, luego bajaba, doblaba una esquina. Iba a encontrar a alguien. Necesitaba encontrar a alguien.

Me di cuenta de que algo se movía en un borde del espejo. Me sobresalté y me di la vuelta. Estaba segura de que, de pie detrás de mí, había una figura. Pero no había nadie. Estaba completamente despierta ahora y oía un ligero ronroneo procedente de la televisión en la habitación contigua, y la voz de un locutor: «¡Lanza! ¡Marca! Un implacable golpe desde la posición. Podía haber rebotado... Vean la repetición...».

Bajé la vista al trozo de papel. Con una caligrafía que no era mía en absoluto, había una palabra garabateada, una sola:

REVERENCIA

Apagué la vela y encendí la luz del techo. «Reverencia». ¿Qué demonios quería decir aquello? Cogí el Thesaurus de Roget en rústica que tenía a mano para buscar sinónimos de palabras que utilizaba a menudo, como «temblar» —v.: temblequear, trepidar, vibrar; centellear, titilar; estremecerse, tiritar..., y busqué la palabra.

*reverencia (fem.). Respeto (v.: devoción, observación, veneración); inclinación del cuerpo que se hace para saludar (v.: genuflexión, zalema); tratamiento que se da a los religiosos que tienen derecho al de «reverendo» (v.: usencia).*

Pensé que se trataba de una palabra muy tonta; no había forma de que ello me ayudase con Penélope y Estelle. Pero entonces asimilé la importancia de lo que había ocurrido. Sin ser consciente de ello, había escrito una palabra. No sólo eso, había visto a alguien en el espejo, o más bien en la habitación, de pie detrás de mí. Estaba segura. Todo lo que me había dicho Leda Sprott volvió a mi mente; aquello era real, estaba convencida de que era real y de que alguien tenía un mensaje para mí. Quería volver a aquel oscuro corredor iluminado por mi vela, quería ver lo qué había al final...

Por otra parte, no quería. Estaba demasiado asustada. Además, era demasiado ridículo: ¿qué hacía yo jugando con velas y espejos, como una de las espiritistas octogenarias de Leda Sprott? Necesitaba un mensaje para Penélope, cierto, pero no tenía que correr el riesgo de incendiarme para lograrlo.

Fui a la cocina y me preparé otra copa.

Fue así como empezó. El espejo venció, la curiosidad prevaleció. Dejé a Penélope a un lado, sentada en la silla: me ocuparía de ella más tarde. La palabra no iba dirigida a ella, sino a mí, y quería descubrir lo que significaba. A la mañana siguiente, me fui al Loblaws más cercano, compré seis pares de velas para cenas y esa tarde, cuando Arthur estaba mirando un partido de fútbol, volví a meterme en el espejo.

La experiencia fue muy similar a la anterior, y siguió siendo la misma durante los tres o cuatro meses en que continué con el experimento. Tenía la impresión de recorrer un pasillo estrecho que descendía, la certeza de que si conseguía doblar la esquina siguiente o la otra —pues estos recorridos se fueron haciendo más largos—, encontraría la cosa, la verdad, o la palabra o la persona que era mía, que me estaba esperando. Sólo una cosa cambió: la sensación de que había alguien detrás de mí no se repitió. Cuando salía del trance, supongo que se lo podía llamar así, había generalmente una palabra, a veces varias, alguna que otra vez incluso una frase, en el bloc que tenía frente a mí, aunque en un par de ocasiones no había más que un garabato. Yo estudiaba estas palabras en un intento de darles sentido; las buscaba en el Thesaurus de Roget y, la mayoría de las veces, aparecían otras palabras que las

completaban:

*Quién está de pie en la proa  
quién está viajando  
bajo la bóveda celeste, bajo la bóveda terrestre  
bajo el arco de flechas  
en la barca fúnebre, por qué canta ella*

*Se arrodilla, está inclinada  
bajo el poder  
sus lágrimas son oscuras  
sus lágrimas están melladas  
sus lágrimas son la muerte que tú temes.  
Bajo el agua, bajo el cielo de agua  
ella derrama sus lágrimas, son flores oscuras  
sus lágrimas caen*

No estaba para nada segura sobre lo que significaba, ni conseguí llegar nunca al final del pasillo.

Sin embargo, las palabras que fui recopilando de esta forma se fueron volviendo cada vez más extrañas e incluso intimidatorias: «hierro», «garganta», «cuchillo», «corazón». Al principio las frases se centraban en torno a la misma persona, la misma mujer. Al cabo de un tiempo casi podía verla: vivía en algún lugar bajo la tierra, o dentro de algo, una cueva o un edificio enorme; a veces estaba en una barca. Su poder era enorme, como el de una diosa, pero era un poder desdichado. Esa mujer me desconcertaba. No se parecía a nadie que yo hubiera podido imaginarme, y desde luego no tenía nada que ver conmigo. Yo no era para nada como ella, yo era feliz. Feliz e inepta.

Luego empezó a aparecer otra persona, un hombre. Algo había entre ellos dos; en las páginas se formaban enigmáticas cartas de amor, tenebrosas y aterradoras. Tenía la impresión de que este hombre era malvado; pero resultaba difícil afirmarlo. A veces parecía bueno. Tenía muchos disfraces. De vez en cuando, aparecían pasajes que parecían proceder de algún otro lugar y unos sermones bastantes aburridos y monótonos sobre el sentido de la vida.

Guardé todas las palabras, y las muchas páginas que elaboraba partiendo de ellas, en un archivador bajo el nombre de «Recetas». A veces había escondido notas para Vestidos Góticos en el mismo archivador, si bien los manuscritos los guardaba en el cajón de mi ropa interior.

Entre sesión y sesión, durante el día, cuando estaba fregando los platos o recorriendo los pasillos del supermercado, había momentos en que me asaltaban dudas sobre esta actividad, ¿Qué estaba haciendo, por qué lo estaba haciendo? Ya que

me hipnotizaba a mí misma de aquella forma, ¿no debería ser para perseguir un objetivo útil, como dejar de beber? ¿Me estaba (tal vez) volviendo un poco loca? ¿Qué diría Arthur si se enterase?

No sé lo que habría sucedido si hubiese seguido, pero me vi obligada a parar. Entré una tarde en el espejo y no podía volver a salir. Iba por el pasillo, con la vela en la mano como siempre y se apagó. Creo que la vela se apagó de verdad y por esto me quedé allí clavada, en medio de la oscuridad, incapaz de moverme. Perdí el sentido de la orientación; ante el temor de acabar todavía más adentro, tenía miedo hasta de dar la vuelta. Me parecía que me ahogaba.

No sé cuánto tiempo transcurrió; me parecieron siglos, pero entonces Arthur me estaba sacudiendo. Estaba enfadado.

—Joan, ¿qué estás haciendo? —preguntó—. ¿Qué te pasa?

Estaba de nuevo en nuestro dormitorio. Estaba tan agradecida que lo abracé y me puse a llorar.

—He pasado por una experiencia terrible —le dije.

—¿Qué ha sido? —quiso saber él—. Te he encontrado aquí con las luces apagadas mirando al espejo. ¿Qué ha pasado?

No podía explicárselo.

—Vi a alguien fuera en la ventana —mentí—. Un hombre. Me estaba mirando.

Arthur corrió a la ventana y miró fuera, yo aproveché para echar una rápida ojeada al papel. No había nada; ni una marca, ni una raya. Me juré que iba a poner fin a aquella estupidez ahí y allí mismo. Leda Spratt había dicho que hacía falta entrenamiento y ya estaba preparada para creerle, Al día siguiente tiré las velas que quedaban y volví a Penélope y a sir Percy Somerville. Quería olvidarme completamente de aquella aventurilla en el mundo sobrenatural. Me dije que no estaba hecha para ello. Eliminé la escena del espejo de Penélope: tendría que conformarse con violación y asesinato como todo el mundo.

Pero había conservado la colección de papeles. Algunas semanas después los saqué y les eché un vistazo. Me parecieron tan buenos como algunos de los libros del mismo estilo que había visto en las librerías. Pensé que quizás alguna de las pequeñas editoriales experimentales podía estar interesada en publicarlos, así que los pasé a máquina y los envié a la redacción de *La Viuda Negra*. Casi en el siguiente correo, recibí una carta que me pareció bastante dura:

*Querida señora Foster:*

*Le comunicamos que, francamente, su trabajo nos ha hecho pensar en un cruce entre Kahlil Gibran y Rod McKuen. Si bien algunos de los fragmentos no carecen de mérito literario, desgraciadamente el conjunto de la colección no está bien resuelto y su estilo es irregular. Le sugerimos que empiece a hacer entregas en revistas literarias. O podría usted probar con Morton y*

*Sturgess: es posible que sea apropiado para ellos.*

Esto me deprimió durante un tiempo. Tal vez tenían razón, quizá no era bueno. Supuse que no serviría para nada decir que el manuscrito había sido dictado por unos poderes que estaban más allá de mi control. ¿Por qué quería publicarlo? ¿Quién creía yo que era? «¿Quién te crees que eres?» me decía mi madre, pero nunca esperaba una contestación.

Pero tenía tanto derecho como cualquiera a intentarlo. Me armé de valor y envié el trabajo a Morton y Sturgess. No estaba preparada para lo que sucedió.

El encuentro decisivo se produjo en la Taberna del parque. Era la primera vez que iba a ese lugar: no era el tipo de sitio al que Arthur acudiría. Por un lado era demasiado caro y, obviamente, para capitalistas. Tengo que reconocer que me impresionó.

Tres de ellos fueron a la reunión: John Morton, el que fue el primer propietario de la compañía, que era muy distinguido; Doug Sturgess, su socio y encargado de la promoción, y que me dio la impresión de ser americano; y un joven ojeroso que me fue presentado como el editor, Colin Harper.

—Todo un poeta —dijo Sturgess con entusiasmo.

Pidieron martinis. Yo hubiera pedido un whisky doble, pero no quería darles la impresión de una conducta impropia de una dama desde el principio. Pensé que pronto lo descubrirían. Así que pedí un Grasshopper.

—Bien —empezó John Morton, mirándome con benevolencia y con las yemas de los dedos juntas.

—Sí, desde luego —dijo Sturgess—. Bien, Colin, podrías empezar.

—Pensamos que era... bien... que recordaba a una mezcla de Kahlil Gibran y Rod McKuen —dijo Colin Harper en un tono de desaliento.

—¿Ah, sí? —repliqué yo—. ¿Y tan malo es?

—¿Malo? —exclamó Sturgess, que iba vestido con traje y una chaqueta tipo safari—. ¿Está diciendo malo? ¿Sabe usted cuántos ejemplares venden esos tipos? ¡Es como tener la Biblia tío!

—¿Quiere decir que lo quieren editar? —pregunté.

—Es dinamita —contestó Sturgess—. ¿Y no os parece una damita encantadora? Haremos una cubierta que impresione. Cuatro tintas, el título. ¿Toca usted la guitarra?

—No —contesté, sorprendida—. ¿Por qué?

—Había pensado que podíamos convertirla en una especie de versión femenina de Leonard Cohén —contestó Sturgess.

Los otros dos se pusieron algo molestos ante ese comentario.

—Claro que... harán falta unas pequeñas variaciones —dijo Morton.

—Sí —intervino Colin—. Podríamos suprimir lo más, quiero decir...



—Quizás eliminar algunos trozos, de aquí y de allá —añadió Sturgess—. Quiero decir que hay pasajes que no acabo de entender: por ejemplo, ¿quién es el hombre de los narcisos y dientes como carámbanos?

—A mí me gusta eso. Es, ya sabéis, muy de Jung... —comentó Colin.

—Pero la parte sobre el camino de la vida, bien...

—A mí me gusta —replicó Sturgess—. Es claro, es algo que se puede entender.

—Bien, señores, todo eso son detalles —intervino Morton—. Podremos aclararlo más adelante. Es evidente que se trata de un libro donde todo el mundo puede encontrar algo que le guste. Señorita —prosiguió dirigiéndose a mí—, nos complacería mucho publicar su libro. Dígame, ¿le ha puesto ya un título?

—Todavía no —contesté—. No lo he pensado aún. A decir verdad, en el fondo no creía que llegase a ser publicado. No sé mucho de estas cosas.

—¿Qué me dicen de este trozo de aquí? —dijo Sturgess, que estaba hojeando el manuscrito—. Es algo que me ha llamado la atención. Página cinco:

*El trono de hierro es su sede.  
Es una y es tres.  
La oscura dueña la dueña de oro rojo  
la alba dueña oráculo  
de sangre, la que ha de ser  
obedecida siempre.  
Sus alas de cristal, desaparecidas,  
flota río abajo  
mientras canta su última canción y aquí sigue.*

—Sí, es resonante —dijo Morton—. Me recuerda a algo.

—Lo que quiero decir es que aquí está el título —afirmó Sturgess—, *Doña Oráculo*. Eso es, yo tengo un sexto sentido para los títulos. El movimiento feminista, lo sobrenatural, todo eso.

—No quiero publicar este libro si no es realmente bueno —intervine yo.

Iba por mi tercer Gasshopper y estaba empezando a sentirme poco respetada. Empezaba también a pensar en Arthur. ¿Qué iba a decir de aquella triste pero ardiente y, me di cuenta entonces, ligeramente absurda, historia de amor entre una mujer en una barca y un hombre embozado con dientes como carámbanos y ojos de fuego?

—Bueno —replicó Sturgess—. No le dé vueltas a su preciosa cabecita sobre lo bueno. De lo bueno nos ocuparemos nosotros, ése es nuestro trabajo, ¿de acuerdo? Yo sé cómo manejar este asunto. Quiero decir que de bueno hay mucho, pero esto es fabuloso.

## VEINTIDÓS

—Arthur, me van a publicar un libro —dije.

Se lo dije mientras él estaba viendo las Noticias Nacionales de las once de la noche en la CBC, confiando que no me oiría, pero me oyó.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Un libro? ¿Tú?

—Sí —contesté.

Arthur parecía molesto. Bajó el volumen de la televisión.

—¿De qué trata? —preguntó.

—Es algo así como... bueno, se podría decir que trata sobre los papeles hombre-mujer en nuestra sociedad.

Estaba intranquila; pensaba en el capítulo catorce, que era el del abrazo entre la Doncella de Acero, suave por fuera pero llena de púas, y el hombre vestido con un inflado traje de submarinista. Pero trataba de buscar algo que a él le pareciera respetable, y sin duda acerté, pues dejó de fruncir el ceño.

—No está mal —dijo—. Siempre te he dicho que tenías talento. Puedo echarle una ojeada si quieres. Arreglártelo.

—Gracias, Arthur, pero el editor se está ocupando de ello.

Era cierto: el pobre Colín Harper había repasado el manuscrito varias veces, tachando cosas y escribiendo «suprimir» en los márgenes. Había intentado parecer discreto, pero era evidente que el libro lo ponía nervioso. Había utilizado dos veces la palabra «melodramático» y, en una ocasión, había indicado «sensibilidad gótica», lo cual me puso la piel de gallina —lo sabía. Pero fue una simple coincidencia.

—Ya está en la imprenta —le dije a Arthur—. Quieren que vaya a la televisión —añadí, supongo que para impresionarlo.

Arthur volvía a estar molesto, tal y como yo sabía que estaría.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Has estado muy ocupado —murmuré—. No quería molestarte.

Esto era cierto, pues Arthur había conocido un grupo de gente nueva y estaba en otra de sus ascendentes espirales de actividad.

—Bien, es estupendo —dijo él—. Tendré que leerlo. Debemos salir a celebrarlo; de todas formas, quería que conocieras a unos amigos.

El lugar que se le ocurrió para celebrarlo fue los jardines Young Lok en Spadina.

—Es un poco lo que había sido el Sai Woo, antes de hacerse famoso —me explicó.

Quería decir que era barato. Habíamos estado allí una vez y la comida era buena; pero para mí una celebración implicaba copas al menos, y velas, a ser posible. En el Young Lok no estaba permitido vender bebidas alcohólicas.

Pero Arthur estaba susceptible, así que no quise sugerir otro lugar. Caminamos hasta Spadina y tomamos un autobús. Arthur seguía negándose a que tuviéramos coche; decía que era un gasto inútil. Sabía que moralmente tenía razón; siempre tenía

razón moralmente. Resultaba admirable, pero empezaba a ser agotador.

Me contó que las personas que me iba a presentar eran Don y Marlene Pugh. Arthur y Don daban clases en el mismo departamento de la universidad y compartían los mismos puntos de vista. Me dijo que sentía un gran respeto por la forma de pensar de Don. Arthur era muy bueno a la hora de respetar las formas de pensar de la gente, al principio. Pero siempre se las arreglaba para encontrar algún defecto, algún rinconcito podrido. «Nadie es perfecto» le decía yo. Y cada vez tenía más ganas de añadir: ni siquiera tú.

Entramos al Young Lok que, como de costumbre, estaba abarrotado. Una pareja sentada junto a la pared del fondo nos saludó y nos abrimos paso entre las mesas para llegar hasta ellos.

—Joan, te presento a Don Pugh y a su mujer Marlene —dijo Arthur.

El estómago me dio vueltas. Conocía a Marlene. Había ido con ella a las Exploradoras. No había cambiado mucho; seguía siendo mucho más delgada que yo. Llevaba una desteñida chaqueta tejana con una flor en el bolsillo, pantalones vaqueros y unas gafas redondas de montura plateada; tenía poco pelo rubio y liso y lo llevaba suelto y despeinado hasta los hombros. Era esbelta y musculosa, y llevaba unos enormes anillos de plata en cuatro de los dedos de la mano izquierda que parecían puños de hierro. Hubiera jurado que había volado hasta ser Guía, que había cubierto sus mangas de insignias, que había tomado clases de baile moderno y hecho terapia Gestalt, barate y carpintería. Me sonrió, fría y suficiente. Como es de suponer, yo iba vestida de cualquier forma: un chal, un collar largo con el que me podía haber estrangulado fácilmente, un pañuelo. Mi cabello necesitaba un buen lavado, tenía las uñas sucias y también la sensación de que llevaba los cordones de los zapatos desatados, aunque no los llevaba.

Bolas de grasa empezaron a brotarme de los muslos y de los hombros, se me hinchó la barriga como una naranjada gaseosa Hubbard, una boina marrón de lana asomó por mi cuero cabelludo y mis caderas atenazadas por el pánico se cubrieron con unos pantalones bombachos. Se formaron lágrimas detrás de mis ojos. De la misma forma que un virus encuentra una garganta cansada, mi dormido pasado reventó a la vida real.

—Encantada de conocerte —dijo Marlene.

—Perdonadme —dije yo—. Tengo que ir al lavabo.

Seguida por la mirada atónita de ellos, fui al lavabo de señoras. Una vez allí, me encerré en un cubículo y me senté sin dejar de llorar y sorber por la nariz, me senté sobre la tapa del váter, víctima de una autocompasión que me dejaba impotente. Era una especie de celebración. Marlene, mi verdugo, la que me ató a un puente y me dejó allí, cual sacrificio viviente, para el monstruo de los barrancos; Marlene, la ingeniosa inquisidora. Volvía a estar atrapada en la pesadilla de mi infancia, durante la cual corrí eternamente con las manos extendidas detrás de las demás, aquellas niñas indiferentes y orgullosas, implorando una palabra de aliento. No me había

reconocido, pero sabía lo que sucedería cuando lo hiciese: sonreiría con indulgencia a la niña que fui y yo me moriría de vergüenza. Sin embargo, yo no había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarme; era ella quien lo había hecho. ¿Por qué entonces era yo quien debía sentirse culpable, por qué tenía ella que estar libre de culpa? Ella tenía la libertad de los fuertes; yo, la culpabilidad de los que pierden, la de los que carecen de protección, la de los que fracasan. La odiaba.

No podía quedarme allí toda la noche. Me lavé un poco la cara con una toalla de papel húmeda y me retoqué el maquillaje. No tenía más remedio que pasar por ello.

Cuando volví a la mesa, estaban comiendo un pescado en salsa agridulce, entero, no le faltaban ni los ojos saltones y achicharrados. Apenas se dieron cuenta de mi regreso: estaban enfrascados en una discusión sobre el imperialismo cultural de los Estados Unidos. Otro hombre se había unido a ellos, tenía la mirada triste, el cabello rubio rojizo y calva incipiente. Nadie se molestó en presentármelo, pero deduje que se llamaba Sam.

Me senté y me puse a escuchar cómo intercambiaban las ideas de un lado a otro como pelotas de ping-pong y marcaban sus distintos tantos. Estaban decidiendo el futuro del país. ¿Debía ser nacionalista con un tinte socialista, o socialista con un tinte nacionalista? A juzgar por lo que oía, Don tenía todas las estadísticas; Arthur, el fervor. Sam parecía ser el teórico; luego me enteré que había estudiado para rabino. Marlene emitía los juicios. Hipócritas, como ella, pensé. Era todavía más hipócrita que Arthur. Tenía todos los ases, había trabajado una vez en una fábrica, y ello dejaba a los demás por tierra. A mí nadie me dirigía la palabra. Pensé que Arthur habría podido mencionar mi libro, pero posiblemente se estaba protegiendo. No quería hacer comentarios hasta haberlo leído; no se fiaba de mí. De toda la mesa, sólo podía albergar alguna esperanza de comunicación con el pescado al horno, ahora reducido a espinazo y cabeza.

—¿Por qué no pedimos algunas galletitas de la fortuna? —sugerí con forzado entusiasmo—. Me encantan, ¿a vosotros no?

Con aire de estar complaciendo a un niño mimado, Arthur pidió unas cuantas. Marlene me lanzó una mirada de desprecio.

Decidí tomarle la delantera. Lo peor, cuanto antes mejor.

—Creo que estuvimos juntas en las Exploradoras —le dije.

Marlene se rió.

—¡Ay, las Exploradoras! —exclamó—. Todas pasarnos por las Exploradoras.

—Yo era Gnomo —insistí.

—Pues yo ni me acuerdo de lo que era —dijo ella—. No recuerdo casi nada. Bueno, que nos escondíamos en el guardarropa, y telefoneábamos a la gente desde el teléfono de la iglesia. Cuando alguien contestaba, le preguntábamos «¿está en marcha su nevera?» y cuando nos decía que sí, le decíamos «pues sería mejor que fuese tras ella». Creo que eso es todo lo que recuerdo.

Me acordaba perfectamente de aquel juego, ya que nunca me habían dejado

participar. Me asombró lo mucho que todavía me dolía aquello. Pero me dolió más que ella no me hubiera reconocido. Resultaba muy injusto que una experiencia tan humillante para mí, no la hubiese marcado en absoluto.

Las galletas de la fortuna llegaron. Don y Arthur no les hicieron caso, pero los demás las abrimos. A mí me tocó «Te espera un nuevo amor». A Sam su mensaje le prometía riquezas y el de Marlene decía «A menudo lo mejor es ser uno mismo».

—Está claro que cogí una equivocada —comentó Sam.

—Yo no estoy tan segura —replicó Marlene—. Siempre has sido un capitalista enmascarado.

Parecían conocerse mejor de lo que yo había pensado.

—Pues el mío también está equivocado —dije yo.

Pensé que el de Marlene me tenía que haber tocado a mí. «A menudo lo mejor es ser uno mismo» susurraba, como una conciencia, una vocecita suave. ¿Pero cuál, cuál? Y si algún día me decidía a ser yo misma, cómo se horrorizarían todos.

—¿Qué te ha pasado? —dijo Arthur cuando volvimos al apartamento.

—No sé —contesté—. Si quieres que te diga la verdad, Marlene no me ha caído muy bien.

—Pues tú le has gustado, mucho —dijo él—. Me lo ha dicho cuando estabas en el lavabo.

—¿La primera vez?

—No, creo que ha sido la tercera.

Gracias a Dios por los lavabos, pensé, los únicos lugares que quedaban para la meditación solitaria y la plegaria. ¿Para qué había estado rezando? Había rezado, y con todo mi corazón, para que Marlene se cayese dentro de un agujero.

Durante la semana siguiente, Marlene y Don, y Sam tras ellos, prácticamente se mudaron a nuestra casa. Marlene se convirtió en el ideal platónico de Arthur. No sólo tenía unas ideas que él podía respetar, sino que además era una cocinera estupenda, de comida vegetariana mayormente. Don y Marlene tenían dos niños pequeños y, a pesar de que era Arthur quien atiborraba el dormitorio con todas las formas conocidas de mecanismos de control de natalidad, me apremiaba para que tomase la píldora y refunfuñaba cuando me hacía vomitar, y se ponía verde como el guacamole cada vez que se me retrasaba la regla, ahora me reprochaba silenciosamente no haber tenido hijos.

Marlene era la directora editorial de *Resurgimiento*, una pequeña revista nacionalista canadiense de izquierdas, de la cual Don era el editor y Sam el redactor adjunto. Arthur no tardó en colaborar en la redacción, y escribió un artículo cuidadosamente documentado sobre las fábricas con filiales que leyó Marlene, fumando un cigarrillo detrás del otro (su único vicio) moviendo la cabeza pensativamente mientras decía cosas como «Interesante este punto de vista», y a Arthur se le caía la baba. La Musa, pensé furiosa; nunca se molestaba en ayudarme a hacer el café, siempre lo hacía yo. Como decía Arthur, era lo mínimo que podía

hacer, y yo estaba decidida a hacer lo mínimo.

Estaba celosa de Marlene, pero no de una forma normal. No se me ocurría que a Arthur le pasara por la cabeza ponerle una mano sobre su flaco y pequeño trasero, de la misma forma que un católico devoto jamás tocaría a la Virgen. Además no tardé en ver que Marlene se entendía con Sam, y que Don no lo sabía. Decidí no contárselo a nadie, por ahora al menos. Entonces empecé a mostrarme más amable; compraba pastelitos que servía con el café y asistía a las sesiones editoriales. Era especialmente amable con Sam; me daba cuenta de que vivía bajo una presión enorme. Aunque tenía un lado tan entregado y formal como Arthur, había en él un lado que intimidaba menos y que sólo dejaba al descubierto en la cocina mientras me ayudaba a preparar el café. Me gustaba que me ayudase, y que fuese aún más torpe que yo.

Mientras tanto, el editor me envió las galeradas de *Doña Oráculo*. Las corregí con una aprensión que fue en aumento a medida que pasaba las páginas. Al leerlo, resultaba bastante peculiar. De hecho, salvo por el estilo, me daba la impresión de que podría haber sido uno de mi colección Vestidos Góticos, pero sin llegar a encajar en lo gótico. Era como si estuviese trastocado de alguna manera. Había sufrimientos, el héroe con la máscara de un villano y el villano con la máscara de un héroe, las huidas, el acecho de la muerte y la sensación de sentirse prisionero, pero no había final feliz, ni verdadero amor. El reconocer ese parecido me hizo sentir un gran desconcierto. Quizás habría debido llevarlo a un psiquiatra en lugar de a un editor; pero recordé entonces a aquel psiquiatra al que me había llevado mi madre. No había sido de mucha ayuda, y ninguno habría comprendido lo de la Escritura Automática. Tal vez habría sido preferible no utilizar mi apellido sino el de Arthur más bien; así no habría tenido que enseñarle el libro. Cada vez temía más ese momento. Arthur no había vuelto a mencionar el libro desde la primera vez que le hablé de él, y yo tampoco. Aunque me molestaba su falta de interés, estaba encantada ante la oportunidad de atrasar el día del juicio. A Arthur no le iba a gustar el libro, estaba convencida de ello, ni a él ni a nadie más.

Telefoneé al señor Sturgess, de Morton y Sturgess.

—He cambiado de opinión —le dije—. No quiero que se publique el libro.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Por qué no?

—No puedo explicárselo —contesté—. Es algo personal.

—Escuche, ha firmado un contrato —dijo Sturgess—. ¿Recuerda?

Pero no con sangre, pensé.

—¿No habría forma de anular todo el asunto? —sugerí.

—Estamos en producción —dijo Sturgess—. ¿Por qué no nos encontramos para tomar algo y lo discutimos?

Me dio palmaditas en la espalda, de forma figurada, y me dijo que todo saldría bien. Me dejé convencer. Después empezó a llamarme por teléfono, para mantenerme la moral alta.

—Estamos poniendo los motores en marcha —dijo un día. Y en otra ocasión—:

La haremos salir en un par de programas clave de televisión. Y también la mandaremos de gira por Canadá.

Esto último me hizo pensar en la reina saludando desde la plataforma posterior de un tren. ¿Tendría yo que hacer lo mismo? También me recordó al señor Cacahuete, que estaba en el aparcamiento de Loblaws algunos sábados especiales. Tanto las piernas, con polainas, como los brazos y las manos enguantadas eran normales, pero su cuerpo era un cacahuete enorme y mientras las promotoras vendían libros de colores y bolsas de cacahuetes, él bailaba como un loco arrastrando los pies. Cuando era pequeña, me encantaba, pero de pronto comprendí lo que suponía ser un cacahuete: torpe, expuesto a todas las miradas y asfixiándose por el calor. Tal vez no habría debido firmar el contrato tan a la ligera y tan impunemente, después de mi quinto Grasshopper. A medida que se acercaba el día de la publicación, me despertaba cada mañana con la sensación de tener un pensamiento no especificado, luego lo recordaba.

Sin embargo, me tranquilicé al recibir los primeros ejemplares del libro. Parecía un libro de verdad y, como los de los autores de verdad, en la contratapa aparecía mi foto. Louisa K. Delacourt nunca había tenido su foto en la contratapa. Me alarmó un poco el texto de la propaganda de la sobrecubierta: «El amor moderno y la batalla sexual, analizados con una mordacidad cortante y una franqueza escandalizadora». Yo no creía que el tema del libro fuese exactamente ése, pero Sturgess me aseguró que sabía lo que hacía.

—Usted lo escribe, nosotros lo vendemos —dijo.

También añadió alborozado que había «colocado» la crítica más importante.

—¿Qué significa eso? —quise saber.

—Nos hemos asegurado de que el libro llegue a alguien a quien sabemos que le va a gustar.

—¿Pero eso no es hacer trampas? —pregunté, y Sturgess se rió.

—Es increíble —dijo—. No cambie.

UNA DESCONOCIDA IRRUMPE COMO UN COMETA EN LA ESCENA LITERARIA, decía la primera crítica, en el *Toronto Star*. Lo recorté con las tijeras de la cocina y lo pegué en un álbum nuevo que había comprado en Kresge. Empezaba a sentirme mejor. *The Globe* decía del libro que era «gnómico» y «zeusniario», perteneciente al infierno de los espíritus, todo en el mismo párrafo. Miré estas palabras en el diccionario. A lo mejor, después de todo, no era tan malo.

(Pero no por ello dejé de reflexionar sobre la naturaleza de los cometas. Pedazos de escombros cósmicos con espectaculares colas y de largo cabello rojo, descubiertos por astrónomos y bautizados con sus nombres. Presagios de desastre. Augurios de guerra).

## VEINTITRÉS

Le di a Arthur un ejemplar de *Doña Oráculo*, con esta dedicatoria: «Para Arthur, con todo mi amor, besos, Joan». Pero él no hizo un solo comentario, y a mí me daba miedo preguntarle qué pensaba. Empezó a mostrarse distante y a pasar mucho tiempo en la universidad, o por lo menos eso es lo que decía. A veces, cuando creía que yo estaba distraída, lo sorprendía mirándome con expresión dolida. No podía entenderlo. Había pensado que me diría que el libro era burgués, o de mal gusto, o confuso, o que era una obra de mistificación, pero en cambio, se comportaba como si yo hubiese cometido un pecado imperdonable que no debía mencionarse.

Me desahogué con Sam, que había adquirido la costumbre de dejarse caer por casa por las tardes y tomábamos un par de cervezas. El sabía que yo sabía lo de Marlene, así que podía desahogarse conmigo.

—Estoy en un verdadero apuro —me contó—. Marlene me metió en esto y ahora me está apretando. Quiere contárselo a Don. Considera que debemos ser francos y honestos. En teoría está bien, pero es que... quiere irse a vivir conmigo, con los niños, con todo. Me volvería loco. Además —añadió volviendo a ser el moralista—, imagínate lo que ello supondría para *Resurgimiento*, se iría al traste.

—Lo tienes fatal —comenté—. Tengo un problema.

—¿Tú tienes un problema? —exclamó—. Pero si tú nunca tienes problemas.

—Pues ahora sí —dije—. Se trata de Arthur y mi libro. Quiero decir que ni siquiera me ha dicho que es malo. Eso no es propio de él. Se comporta como si el libro no existiese pero, al mismo tiempo, está dolido por ello. ¿Tan malo ha resultado?

—No soy un hombre de metáforas —dijo Sam—, pero pensé que era un libro bastante bueno. Pensé que contenía muchas verdades. Has plasmado toda la problemática del matrimonio. No era ésa la impresión que yo tenía de Arthur, claro que otro hombre nunca ve ese lado, ¿verdad?

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. ¿Crees que el libro es sobre Arthur?

—Arthur también lo cree —contestó—. Por eso se siente herido. ¿Acaso no es así?

—No —dije—. En absoluto.

—¿Quién es ese otro tipo entonces? —quiso saber Sam—. Como comprenderás, si descubre que hay otro se va a poner más furioso todavía.

—Sam, no es nadie. No tengo un amante secreto. Te aseguro que no. Es, cómo te lo diría, imaginado.

—Pues estás metida en un buen lío —dijo Sam—. Arthur no se lo creerá nunca.

Eso era lo que me temía.

—¿Y si hablastes con él?

—Lo intentaré —aceptó Sam—, pero no creo que dé resultado. ¿Qué debo decirle?



—No lo sé —respondí.

Sam debió de hablar con él, porque Arthur modificó • un poco su actitud. Siguió mirándome como si lo hubiera delatado a los nazis, pero se portó como un caballero y no lo mencionó. Lo único que me dijo fue:

—Cuando escribas el próximo libro, te agradeceré que me lo dejes ver antes.

—No pienso escribir más libros —repliqué.

Estaba trabajando de lleno en *Amor, mi redención*, pero él no tenía por qué saberlo.

Tenía otras cosas para preocuparme. El plan de ataque de Sturgess estaba ya en plena marcha, y me iban a hacer la primera entrevista en televisión. Luego, Morton y Sturgess habían organizado una fiesta en mi honor. Estaba muy nerviosa. Me puse cantidad de desodorante Arrid superseco y un vestido largo de color rojo y traté de recordar lo que decía el folleto de normas de etiqueta de tía Lou sobre las palmas sudorosas. Polvos de talco, pensé. Me puse un poco en las manos y tomé un taxi hasta los estudios de televisión. Sea usted misma, nada más, me había dicho Sturgess.

El presentador era un joven lleno de entusiasmo. Bromeó con los técnicos mientras me preparaban para el matadero; un micrófono, dijeron. Tragué saliva varias veces. Me sentí como el señor Cacahuete, inmenso e incómodo. Se encendieron los potentes focos y el joven dinámico se volvió hacia mí.

—Bienvenidos a «Punto caliente en la tarde». Hoy tenemos con nosotros a Joan Foster, autor, es decir más bien autora, del fulgurante éxito del momento *Doña Oráculo*. Dígame, señora Foster, ¿o no le gusta que la llamen señora?

Yo estaba tomando un sorbo de agua y dejé el vaso tan deprisa que derramé su contenido. Ambos fingimos ignorar que el agua corría por la mesa y caía sobre sus zapatos.

—Como usted prefiera —dije.

—Ah, entonces no pertenece usted al Movimiento de Liberación de la Mujer.

—Bien... no —dije—. Quiero decir que comulgo con algunas de sus ideas, pero...

—Señora Foster, ¿diría usted que es una mujer felizmente casada?

—¡Oh, sí! —contesté—. Hace años que estoy casada.

—Pues resulta extraño. He leído su libro y me ha parecido estar lleno de resentimiento. Me ha dado la impresión de ser un libro colérico. De ser yo su marido, no me habría gustado. ¿Qué me dice de esto?

—El libro no trata sobre mi matrimonio —respondí con la mayor seriedad.

El joven sonrió de forma afectada.

—Ah, no es sobre su matrimonio —dijo—. En ese caso, ¿podría explicarnos en qué se inspiró para escribirlo?

Llegado a este punto, conté la verdad. No habría debido hacerlo, pero una vez que

empecé no pude parar.

—Bien, pues estaba llevando a cabo unos experimentos de Escritura Automática —expliqué—. Ya sabe, uno se sienta delante de un espejo con una hoja de papel, un bolígrafo y una vela encendida, y entonces... Bien, estas palabras iban de algún modo dirigidas a mí. Quiero decir que las encontré escritas sobre el papel sin que yo hubiese hecho nada. No sé si sabe a qué me refiero. Y después de esto... en fin, así es como sucedió.

Me sentía completamente imbécil. Quería otro trago de agua, pero no había más, la había derramado toda.

El presentador se quedó de piedra. Me lanzó una mirada que decía claramente: me está contando un cuento.

—Nos está diciendo que estos poemas le han sido dictados por la mano de un espíritu —dijo en tono jocoso.

—Sí —dije—. Algo así. Puede probarlo usted mismo cuando llegue a su casa.

—Pues esto ha sido todo —dijo el presentador—. Le agradecemos que haya estado con nosotros esta tarde. Hemos contado con la presencia de la encantadora Joan Foster, o debería decir la señora Foster, ay, me va a odiar por esto, autora de *Doña Oráculo*. Y ahora Barry Frinkle cantará para «Punto caliente en la tarde».

En la fiesta, Sturgess me agarró por el codo y me arrastró por la sala como si yo fuera un carro de supermercado.

—Siento mucho lo de la entrevista —le dije—. No habría debido decir aquello.

—¡Pero qué dice! —dijo exultante—. ¡Ha sido sensacional! ¿Cómo se le ha ocurrido? ¡Ha puesto en su sitio al presentador!

—No pretendía eso —dije.

No valía la pena decirle que lo que había contado era la pura verdad.

Había mucha gente en la fiesta y yo era muy mala para recordar nombres. Tomé nota mentalmente de no beber demasiado. Consideraba que ya había hecho el ridículo y que era suficiente para un solo día. Tenía que mantenerme serena.

Cuando por fin Sturgess me soltó el codo, retrocedí hasta la pared. Me estaba escondiendo de un periodista que había visto el programa de televisión y que quería conversar conmigo sobre fenómenos paranormales. Estaba a punto de llorar. ¿De qué servía ser princesa por un día si se seguía teniendo la sensación de ser un sapo? Y de comportarme como tal también. Humillaría a Arthur. Lo que yo había dicho, de costa a costa, era fuera de lo normal. No es que él fuese muy normalillo. Esto era normal, era una fiesta normal. Terminé el whisky doble y fui a buscar otro.

Cuando estaba pidiendo la copa en el bar, se me acercó un hombre.

—¿Eres doña Oráculo? —preguntó.

—Ese es el título de mi libro —contesté.

—Un título fantástico —dijo—. Un libro fantástico. Una reminiscencia del siglo

diecinueve. Creo que es una combinación de Rod McKuen y Kahlil Gibran.

—Lo mismo pensó mi editor —dije.

—Supongo que eres un éxito editorial —prosiguió—. ¿Qué siente una mala escritora con éxito?

Estaba empezando a enfadarme.

—¿Por qué no publicas algo y así te enterarás?

—Vaya, qué genio —dijo sonriendo—. De todos modos, tienes un cabello precioso. No te lo cortes nunca.

Entonces me fijé en él. Era pelirrojo como yo y llevaba un bigote elegante y barba, el bigote, engominado y con las puntas hacia arriba, la barba, puntiaguda. Iba vestido con una larga capa negra, botines y también un bastón con empuñadora dorada, guantes blancos y una chistera con un bordado que representaba unas púas de puerco espín.

—Me gusta tu sombrero —comenté.

—Gracias. Me lo hizo una chica. Una chica que conocí. Me hizo guantes a juego, pero yo seguía fanático por cosas como la gente que hace colas, perros muertos, medias de nailon... Este es mi uniforme de gala. ¿Por qué no vienes a casa conmigo?

—Oh, no podría —contesté—. Gracias de todas formas.

No pareció decepcionado.

—Está bien, pero por lo menos ven a ver mi exposición. —Me entregó una invitación, ligeramente manchada—. La inauguración es hoy. Está a sólo un par de manzanas de aquí; es así como me he colado en esta fiesta, estaba harto de la mía.

—De acuerdo —dije.

No parecía haber nada malo en ello. En el fondo me sentía halagada: hacía mucho tiempo que no me hacían proposiciones. Además, lo encontraba atractivo. No estaba segura si por él o por la capa. Y quería perder de vista al periodista.

La inauguración era en una galería de arte de segunda categoría, El Despegue, y la exposición se llamaba INDCHAF.

—Es una especie de juego de palabras —me explicó mientras caminábamos por la calle Yonge—. India y chafar, ¿lo captas?

—Creo que sí —contesté.

Estaba examinando la invitación a la luz de un escaparate.

«El Puerco Espín Real», decía. «Maestro de la POESÍA CONCRETA». Había una fotografía suya vestido de gala y, junto a él, una instantánea de un puerco espín muerto tomada desde abajo, de forma que sus largos dientes delanteros quedaban a la vista.

—¿Cómo te llamas de verdad? —quise saber.

—Ese es mi verdadero nombre —contestó, algo ofendido—. Me lo he cambiado legalmente.

—Ah. ¿Y cómo se te ocurrió este tan particular?

—Bien, soy monárquico —empezó a explicar—. Siento verdadero aprecio por la reina. Consideré que debía tener un nombre que así lo reflejase. Es como el «Correo Real» o la «Real Policía Montada de Canadá». También pensé que sería recordado.

—¿Y lo del puerco espín?

—Siempre he pensado que el castor no era apropiado como símbolo nacional —dijo—. Me refiero al castor, un animal soso y demasiado decimonónico, con toda aquella industria. ¿Y sabes para qué los cazaban? La piel, para sombreros, y luego les cortaban los testículos para hacer perfume. Lo que quiero decir es que vaya destino. El puerco espín, en cambio, hace lo que quiere, está cubierto de púas y nadie se mete con él. Además tiene gustos extraños, los castores mascan árboles, los puerco espines mascan asientos de váter.

—Yo pensaba que era fácil matarlos —comenté—. Les golpeas con un palo...

—Propaganda —dijo.

Se estaba marchando bastante gente cuando llegamos; fuera, los de SPCA, la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales, se manifestaban con pancartas que decían: SALVEMOS NUESTROS ANIMALES. La exposición estaba formada por varios congeladores con cristales en la parte superior y en el frente, parecidos a las vitrinas para helados y zumo congelado de los supermercados. Dentro de los congeladores había animales muertos, todos ellos aparentemente atropellados por coches. Habían sido sometidos a congelación rápida en las mismas posturas en que habían sido encontrados y, al lado de cada uno, en el lugar que generalmente se utiliza para indicar el nombre del cuadro, el tamaño y los materiales —Composición n.º 72, 5 × 9, acrílico y nailon—, había una tarjetita con la especie del animal, el lugar donde lo habían encontrado y una descripción de sus heridas: MAPACHE Y JOVEN, DON MILLS ESQUINA 401, ESPINAZO ROTO, HEMORRAGIA INTERNA, POR EJEMPLO; O GATITO DOMÉSTICO, RUSELL HILL ROAD, PELVIS APLASTADA. Había una mofeta, varios perros, un cervatillo y un puerco espín, además de gatos comunes, marmotas y ardillas. Hasta una serpiente, tan destrozada que apenas se la reconocía.

—¿Qué opinas? —me preguntó el Puerco Espín después que recorrimos la sala.

—Pues, no sé... Me temo que no entiendo mucho de arte.

—Esto no es arte, es poesía —replicó, ligeramente ofendido—. Poesía *Concreta*; yo soy quien restituye la creatividad a lo concreto.

—Tampoco entiendo mucho de esto.

—Es evidente a juzgar por esa basura que escribes —replicó—. Yo podría escribir eso con los dedos de los pies. Si eres famosa se debe únicamente a que tu tema es obsoleto, chica, lo compran porque todavía no se han puesto al día con el presente. El espejo retrovisor, como dice McLuhan. La nueva poesía es la poesía de las cosas. Nunca se ha hecho algo así —dijo el Puerco Espín Real mientras observaba taciturno la puerta de entrada, donde otro grupo de personas mareadas de las que

asisten a todas las inauguraciones salía con los rostros verdosos—. ¿Te das cuenta?

—¿Has vendido algo? —pregunté yo en un tono alegre.

—No —contestó—, pero lo haré. Debo llevar esta exposición a los Estados Unidos, la gente aquí es demasiado cauta, no quieren correr riesgos. Ese es el motivo por el que Alexander Graham Bell tuvo que marcharse al sur.

—Mi marido dice lo mismo —comenté.

El Puerco Espín Real me miró con renovado interés.

—Estás casada —dijo—. No lo sabía. Tienes los codos más atractivos que he visto. Estoy pensando en hacer una exposición de codos, una parte nada apreciada del cuerpo.

—¿De dónde los sacarías? —pregunté.

—Buscaré por ahí —contestó. Me tomó por el codo—. Salgamos de aquí.

Cuando pasamos entre los manifestantes del SPCA que estaban fuera, murmuró:

—No han entendido nada. Yo no los chafo, yo me limito a reciclarlos, ¿qué tiene eso de malo?

—¿Adonde vamos? —le pregunté al Puerco Espín Real, que seguía agarrando mi codo.

—A mi casa.

—Tengo hambre —dije yo evasiva.

Y fuimos a Mister Zums en la calle Bloor, donde pedí un Zumburger con acompañamiento y él un batido de chocolate. Pagué yo pues él no tenía dinero, y nos pusimos a debatir los pros y los contras de ir a su casa.

—Quiero hacer el amor con tu codo —dijo—. Y con los beneficios complementarios.

—Pero estoy casada —dije yo mientras masticaba pensativamente mi Zumburger.

Me estaba resistiendo a la tentación, pues lo era. Arthur se había desentendido de mí; por lo que a él se refería yo podía haber sido un nabo. En los últimos tiempos, me había sorprendido a mí misma sintiéndome atraída por los hombres menos indicados: presentadores de las noticias de la CBC, conductores de autobús, técnicos que reparaban máquinas de escribir. En mis fantasías, ni siquiera me importaban el decorado y la ropa, iba directa al jaeo. No me estaba yendo nada bien.

—Bueno —replicó él—. Prefiero las mujeres casadas.

—Puede que mi marido no.

—¿Y por qué tiene que saberlo?

—Lo sabría. Es muy intuitivo. —Esto no era cierto; lo que realmente me preocupaba era: ¿si se enterase, le importaría? ¿Y qué pasaría si no le importaba?—. Pensaría que eres decadente, te consideraría nocivo para mi ideología.

—Pues que él se quede con tu ideología y yo con el resto, parece justo, ¿no? Vamos, deja que te haga perder la cabeza. Eres el tipo, estoy convencido.

Acabé el Zumburger.

—Es imposible —dije.

—Como tú quieras —dijo él—. Unas veces se gana, otras se pierde. Pero pierdes bastante, eh.

—Me falta fuerza para hacerlo.

Me dijo que me acompañaba a casa y fuimos por Bloor hacia el oeste, hacia la calle de casas viejas de tres pisos, ladrillos rojos, porches y tejados de dos aguas, donde Arthur y yo vivíamos en aquella época, temporalmente como siempre. El Puerco Espín Real parecía haberse olvidado ya de su proposición. Estaba preocupado por el éxito de la exposición.

—De la última que hice, sólo hubo una crítica. El viejo cerdo decía que era un intento fallido de ser asqueroso. Ahora, ya no puedes escandalizar ni a la burguesía; estoy seguro de que si hiciese una exposición de pies amputados de huérfanos, me pedirían autógrafos.

Pasamos por delante del Museo y del estadio Varsity y seguimos hacia el oeste cruzando un barrio de viejas tiendecitas descuidadas que se estaban convirtiendo en boutiques, y de un negocio de armazones al por mayor. Al llegar a Brunswick, doblamos hacia el norte, pero al cabo de unas cuantas manzanas, el Puerco Espín Real se detuvo y lanzó un grito. Había descubierto un perro muerto, bastante grande, que parecía un perro esquimal.

—Ayúdame a meterlo en la bolsa —dijo.

Porque acababa de sacar una bolsa de basura de plástico verde de debajo de la capa. Anotó el lugar en una libreta que llevaba expresamente y luego levantó al animal por las extremidades traseras y yo deslicé la bolsa por encima. No era lo suficientemente grande y la cabeza del perro, con la lengua colgando, asomaba por arriba.

—Bien, pues buenas noches —dije—. Me ha encantado conocerte.

—Espera un momento —replicó él—. No puedo llevar esto yo solo.

—No cuentas conmigo para llevarlo —dije yo, que había visto que la sangre estaba todavía húmeda.

—Entonces llévame el bastón.

Aupó al perro y lo escondió bajo la capa. Lo metimos a escondidas en un taxi que acabé pagando yo, y fuimos a la guarida del Puerco Espín Real: estaba en un almacén en el centro de la ciudad transformado en estudios para artistas.

—Sin embargo, yo soy el único que vive aquí —me explicó—. No me queda otro remedio. Los otros se han mudado a casas de verdad.

El pesado montacargas nos llevó hasta el tercer piso. El Puerco Espín Real no tenía muchos muebles, pero sí un congelador enorme, donde metió al perro en cuanto llegamos. Entonces le ató los miembros para que el cadáver se congelase en la postura en que lo habíamos encontrado.

Mientras, me dediqué a explorar. La mayoría del espacio estaba vacío. En un rincón estaba la cama, un colchón en el suelo, sin sábanas, cubierto por varias alfombras cochambrosas de piel de camero; y encima, un andrajoso dosel de

terciopelo rojo y borlas. Tenía también una mesa y dos sillas a juego y, tanto la una como la otra, estaban llenas de platos y tazas sucias. En una de las paredes colgaba una fotografía suya, con traje y sujetando un ratón muerto por la cola. Al lado, en un pesado marco dorado, un retrato oficial de la reina y el príncipe Felipe, con diadema y condecoraciones, como el que había en el despacho del director del instituto. Contra la otra pared, muebles de cocina pero sin instalación de fontanería. Allí había una colección de animales. Algunos eran de juguete, ositos, tigres y conejitos. Otros eran de verdad, disecados, acabados y montados de forma experta; pájaros casi todos: un pájaro bobo, un búho, un azulejo. También había ardillas de varios tipos, muy mal hechas, pues se veían las puntadas, no tenían cuentas en el hueco de los ojos, eran largas y gordas como embutido y tenían las piernas tiesas.

—Primero probé la taxidermia, pero no era bueno para eso —me explicó el Puerco Espín Real—. La congelación es mucho mejor, y no se apolillan.

Se había quitado la capa y, cuando me di la vuelta, me di cuenta de que se estaba quitando la camisa también. A medida que se iba desabrochando los botones, la sangre del perro le iba dejando machas rojas en la piel; el pecho, cubierto de vello castaño, quedó al descubierto.

Sus ojos verdes estaban encendidos, como los de un lince mientras se iba acercando, gruñendo suavemente. Se me aflojaron las rodillas, debilitadas por el deseo, y sentí un extraño hormigueo en los codos.

—Creo que es mejor que me vaya —dije. El no dijo nada—. ¿Cómo funciona el montacargas?

Un minuto después exclamé:

—¡Por Dios, lávate las manos!

—Siempre había tenido curiosidad por saber lo que sería follar con una mujer objeto de culto —comentó reflexivamente.

Estaba echado en el colchón y me observaba mientras yo me limpiaba la sangre de perro de la barriga con la punta de su camisa que había mojado en el lavabo. No tenía fregadero.

—Bueno, ¿y cómo es? —pregunté en un tono algo áspero.

—Tienes un culo precioso —dijo—. Pero no es muy diferente de los culos de las demás.

—¿Qué te esperabas? —le pregunté.

Tres nalgas. Nueve tetas. Me sentía como una idiota por querer limpiarme la sangre de perro, me daba la sensación de estar violando uno de sus rituales, lo estaba defraudando. No había sabido estar a la altura de las circunstancias y, además, me sentía culpable con respecto a Arthur.

—No se trata de cómo es, sino de lo que se hace con él —dijo el Puerco Espín Real.

No comentó si lo que yo había hecho con mi trasero había satisfecho sus expectativas y, en ese momento, no me importaba. Lo único que quería era irme a

casa.



## VEINTICUATRO

Éste fue el principio de mi doble vida. ¿Pero acaso mi vida no había sido siempre doble? Siempre estuvo allí aquella gemela sombría, delgada cuando yo estaba gorda, gorda cuando yo estaba delgada, yo en negativo plateado con dientes oscuros y pupilas brillantes y blancas que relucían a la luz negra del sol de aquel otro mundo. Entretanto, yo observaba, encerrada en mi verdadera carne, el poco interesante polvo y los ceniceros nunca vaciados de la vida diaria. Aquella gemela inconsciente lo que quería era un país de ensueños. Aunque ni siquiera era una gemela, porque yo era más que doble, era triple, múltiple y, entonces, me di cuenta de que vendrían más de una vida, de que habría muchas. El Puerco Espín Real había abierto una puerta del tiempo y del espacio, astutamente disfrazada de montacargas, hacia la quinta dimensión y uno de mis seres se había introducido imprudentemente a través de ella.

Pero los otros, no.

—¿Cuándo te volveré a ver? —preguntó.

—Pronto —contesté—. Pero no me llames, yo lo haré. ¿De acuerdo?

—No estoy solicitando un empleo, sabes —dijo él.

—Ya lo sé. Entiéndelo, por favor.

Le di un beso de despedida. Ya estaba empezando a pensar que no iba a volver a verlo. Sería demasiado peligroso.

Cuando llegué al apartamento y a pesar de que era casi medianoche, Arthur no estaba. Me tiré sobre la cama, metí la cabeza bajo la almohada y me puse a llorar. Tenía la sensación de que otra vez había armiñado mi vida. Me arrepentiría, haría borrón y cuenta nueva y no llamaría a Puerco Espín Real aunque ya lo estuviera deseando. ¿Qué podía hacer para compensar a Arthur? Tal vez escribir un *Vestidos Góticos* dedicado a él y expresar su mensaje de forma que la gente pudiese entenderlo. Yo sabía que nadie leía *Resurgimiento* salvo los redactores, algunos profesores universitarios y todos los grupos radicales rivales que publicaban sus propias revistas y que dedicaban la tercera parte de cada número a atacarse mutuamente. Pero cientos de miles de personas, como mínimo, leían mis libros, entre ellas las madres de la nación. Lo llamaría *Terror en casa Loma*, e incluiría las maldades de la familia Compact, el martirio de Louis Riel, los horrores del colonialismo, tanto inglés como americano, la lucha de los trabajadores, la Huelga General de Winnipeg...

Pero no saldría bien. Para que Arthur apreciase mi gesto, tendría que revelar la identidad de Louisa K. y yo sabía que no podía hacerlo. Por mucho empeño que pusiese, era seguro que Arthur me despreciaría. Jamás podría ser lo que él quería. Nunca podría ser Marlene.

Eran las dos cuando llegó Arthur.

—¿Dónde has estado? —le pregunté, sin dejar de sorber por la nariz.

—En casa de Marlene —contestó él.

El corazón me dio un vuelco. Había ido a consolarla y...

—¿Estaba Don? —pregunté con una vocecita apenas audible.

Resultó ser que Marlene le había contado a Don lo de Sam, y Don le había pegado un puñetazo en un ojo. Marlene había llamado al equipo editorial de *Resurgimiento* en pleno, Sam incluido. Habían ido todos a casa de Marlene donde se había entablado una acalorada discusión sobre si la reacción de Don era justificada o no. Los que estaban a favor decían que los trabajadores pegaban a menudo a sus mujeres en un ojo, era un método franco y directo de expresar los sentimientos. Los que estaban en contra decían que era degradante para las mujeres. Marlene había anunciado que se marchaba de la casa. Sam dijo que no podía ir a la suya y entonces comenzó una discusión nueva. Unos decían que era un cretino por no dejar que Marlene fuera a vivir con él, otros pensaban que si realmente no la quería en su casa, tenía todo el derecho de decirlo. A todo esto, Don, que había estado emborrachándose en la taberna Grossman, volvió a escena y les dijo a todos que se largasen de su casa.

En el fondo me alegraba que se hubiese producido todo ese jaleo. Arthur ya no podría considerar a Marlene un dechado de virtudes y, además, esto me daba un respiro.

—¿Y Marlene? —pregunté con falso interés—. ¿Estaba bien?

—Está ahí afuera, sentada en la escalera —dijo pausadamente—. He pensado que debía consultártelo primero. No podía dejarla allí, con él en ese estado.

No dijo nada sobre la entrevista en televisión, lo cual era de agradecer. Quizá no la había visto. Habría sido una gran humillación para él. Confié en que nadie le contase nada.

Marlene durmió en el sofá aquella noche, y la siguiente, y la otra. Daba la impresión de que se había mudado a vivir con nosotros. Yo no podía hacer nada al respecto, ¿acaso no estaba en apuros, no era una refugiada política? Era así como ella lo veía, y Arthur también.

Durante el día negociaba por teléfono con Don y, por muy extraño que pudiese parecer, con Sam. Entre conversación y conversación, se sentaba a la mesa de mi cocina fumando un cigarrillo detrás de otro y bebiéndose mi café, y me preguntaba qué debía hacer. Ya no era pulcra y aseada; tenía ojeras, iba desgredada y llevaba las uñas descuidadas de tanto mordérselas. ¿Debía seguir viéndose con Sam, debía volver con Don? Don tenía los niños, temporalmente. Tan pronto como encontrase un piso, se los sacaría aunque tuviera que acudir a los tribunales para conseguirlo.

Me contuve de preguntarle cuándo iba a tener ese piso.

—Pues no sé qué decirte, ¿a cuál de los dos quieres? —le dije, y pensé que mis palabras sonaban exactamente igual que las de las amables amas de llaves de mis Vestidos Góticos, ¿pero qué otra cosa podía decirle?

—¡Querer! —exclamó—. Aquí no se trata de querer. Se trata de cuál de los dos es capaz de mantener una relación de verdadera igualdad. Se trata de cuál es menos explotador.

—Pues, a primera vista, yo diría que Sam —dije—. Él era amigo mío, Don no, y por ello estaba poniendo mi granito de arena por Sam. —Por otro lado, puesto que Marlene seguía sin gustarme demasiado, ¿por qué se la imponía a un amigo mío?—. Pero estoy convencida de que Don es estupendo también —añadí.

—Sam es un cerdo —replicó Marlene. Cuando surgió el Movimiento de Liberación de la Mujer, Marlene había renegado de su condición burguesa, pero ahora era una conversa—. Hace falta haber pasado por una experiencia personal para que se te abran los ojos —me dijo.

Presuponía que yo había sufrido lo suficiente; también en esto estaba yo en desigualdad de condiciones. Sabía que no debía estar a la defensiva, pero lo hice.

A veces, cuando Marlene salía para ver a Sam, aparecía Don a pedirme consejo.

—¿Y si te fueses a vivir a otra ciudad? —le sugerí, pues eso era lo que yo hubiera hecho.

—Eso significaría huir —contestó Don—. Ella es mi mujer. Quiero que vuelva.

Luego, por las tardes, cuando Marlene iba a visitar a sus hijos, era Sam el que aparecía y yo le preparaba una copa.

—Cielos, me estoy volviendo loco —me dijo en una ocasión—. Estoy enamorado de ella, pero no quiero vivir con ella siempre. Le digo que si vivimos en casas distintas, el tiempo que pasemos juntos será un tiempo mejor, que le daremos más importancia. Además, no entiendo por qué no podemos tener otras relaciones mientras la nuestra siga siendo la principal, pero ella no puede verlo así. Quiero decir, no soy celoso.

Con todo aquel ir y venir, empecé a tener la sensación de estar viviendo en una estación de tren. Arthur apenas estaba en casa, pues Marlene y Don habían dejado *Resurgimiento* y él estaba intentando mantenerla con vida. Marlene estaba demasiado hundida para ayudarme con la cocina y la limpieza, y tampoco me resultaba de mucha ayuda con el resto de mi vida. Cada vez más soñaba con el Puerco Espín Real. No lo había telefoneado todavía, pero sabía que en cualquier momento sucumbiría a la tentación. Busqué en los periódicos críticas sobre INDCHAF, y encontré una en el suplemento de espectáculos de los sábados. «Un comentario revelador e incisivo sobre nuestra época», decía.

—¿Te gustaría ir a una exposición de arte? —le pregunté a Marlene.

Todavía duraba la exposición y no iba a hacer daño a nadie si me daba una vuelta por allí.

—¿Esa pretenciosa porquería burguesa? —dijo—. No, gracias.

—Ah, ¿la has visto?

—No, pero he leído la crítica. Es bastante elocuente.

Mientras tanto estaba mi carrera literaria. Al día siguiente de la entrevista en televisión, empezaron las llamadas. La mayoría procedía de gente que me había creído y que quería saber cómo comunicarse con el Más Allá, pero algunas eran personas molestas porque pensaban que me había burlado del entrevistador, o del

espiritismo, o de ambos. Otros pensaban que podía predecir el futuro y querían que les predijese el suyo. Nadie me pidió filtros de amor o pociones para quitar verrugas, pero estaba segura de que eso también llegaría.

Además estaban las cartas, que me hacían llegar Morton y Sturgess. La mayor parte, de gente que quería ayuda para la publicación de un libro. Al principio traté de contestarlas, pero no tardé en descubrir que aquellas personas no querían que nadie destruyera sus ilusiones. Cuando les explicaba que yo no tenía contactos que otorgaran seguridad de éxito, les indignaba saber que carecía de poder. El no poder corresponder a sus esperanzas me abrumaba con un sentimiento de culpabilidad, así que al cabo de un tiempo empecé a tirar las cartas sin contestarlas y, después, sin leerlas siquiera. Entonces la gente se presentaba en casa queriendo saber por qué no les había contestado.

Cada semana aparecían nuevos artículos, con títulos como «Las ventas de *Doña Oráculo*» o «*Doña Oráculo*: ¿Un fraude o una broma?». Y a causa de aquella primera y calamitosa entrevista en televisión, de la que se había hecho eco la prensa —AUTORA AFIRMA HABER SIDO ORIENTADA POR ESPÍRITUS—, los otros periodistas a los que Sturgess había hecho hacer cola no desistían del tema. No servía de nada decirles que no quería hablar sobre ello; no hacía más que despertar su curiosidad.

—He oído que *Doña Oráculo* ha sido escrito por ángeles, un poco como el *Libro de los mormones* —decían.

—No exactamente —respondía yo.

Después trataba de cambiar de tema, confiando que Arthur no me estuviese viendo. A veces, estaban verdaderamente interesados, lo cual era todavía peor.

—Entonces usted cree que hay una vida después de la muerte —decían.

—No sé. Creo que en realidad nadie lo sabe a ciencia cierta.

Después de estas entrevistas, llamaba a Sturgess llorando y le rogaba que me disculpase de asistir a la siguiente. A veces se esforzaba por levantar mi hundido ánimo: yo era genial, lo estaba haciendo de maravilla, las ventas no podían ir mejor. Otras se hacía el dolido y me decía que habíamos acordado, cuando firmamos el contrato, que participaría en la campaña de promoción.

Me sentía muy expuesta, pero era como si otra persona con mi nombre estuviese fuera, en el mundo real, haciéndose pasar por mí, diciendo cosas que yo nunca había dicho y que sin embargo aparecían en los periódicos, haciendo cosas cuyas consecuencias era yo quien tenía que acarrear: mi oscura gemela, mi reflejo en el espejo de la feria. Era más alta que yo, más bonita, más amenazadora. Quería matarme y tomar mi lugar y, cuando lo consiguiese, nadie notaría la diferencia porque los medios de comunicación formaban parte de la conspiración, la ayudaban.

Y eso no era todo. Ahora que me había convertido en un personaje público, tenía un miedo espantoso de que tarde o temprano alguien me descubriese, sacase a la luz mi personalidad anterior, me desenterrase. Mis antiguas fantasías diurnas sobre la

Dama Gorda volvieron, con la sola diferencia de que ahora caminaba por la cuerda vestida con su tutu rosa, y se caía, en cámara lenta dando vueltas y vueltas en el aire... O estaba bailando en un escenario con su vestido de harén y las zapatillas rojas. Pero no era bailar lo que hacía, sino un *strip-tease*; empezaba a quitarse la ropa, mientras yo la observaba sin poder detenerla. Iba moviendo las caderas y quitándose los velos uno tras otro, pero nadie silbaba, nadie gritaba «quíatelos, nena». Incapaz de controlar esas fantasías, trataba de ahuyentarlas pero me resultaba imposible y tenía que mirarlas hasta el final.

Una tarde, después de que Sam se hubiese marchado, me senté a la mesa de la cocina con un vaso de whisky. Marlene había ido a ver al abogado: había dejado los platos del desayuno sobre la mesa, un montón de pieles de naranja y un cuenco medio lleno de Krispies de arroz remojados. Sus saludables hábitos de alimentación se habían ido a paseo. Igual que los míos. Me di cuenta de que tenía los nervios de punta, y que estaba así desde hacía algún tiempo. Mi casa se había convertido en un camping lleno de basura ajena, física o emocional; Arthur no estaba nunca, y no lo culpaba por ello; yo le había sido infiel pero no tenía el valor ni de contárselo ni de volver a serlo, aunque lo deseaba. Lo que me mantenía alejada del Puerco Espín Real no era la fuerza de voluntad sino la cobardía. Era una inútil y una descuidada, además estaba vacía, era un fraude, una mentira. Las lágrimas chorreaban por mi cara e iban a parar a la mesa llena de migas.

Serénate, me dije; debes salir.

Cuando Marlene regresó de ver a su abogado, le rechinaban los dientes y le brillaban los ojos; por lo general, las visitas al abogado le producían este efecto. Se sentó y encendió un cigarrillo.

—Tengo a ese cretino bien cogido —dijo.

No supe a cuál se refería, pero no me interesaba.

—Marlene —empecé a decir—, tengo una idea estupenda. Este apartamento es demasiado pequeño para los tres.

—Tienes razón —dijo ella—. Estamos algo apretados. Tan pronto como encuentre un piso, me marcharé.

—No, nosotros nos marcharemos —repliqué—. El curso está a punto de acabar. Arthur y yo nos iremos de vacaciones y tú puedes quedarte aquí. Te ayudará a aclarar las ideas.

A Arthur no le entusiasmó la idea. Primero dijo que no podíamos permitirnoslo, pero le dije que había muerto mi tía y me había dejado algo de dinero.

—Yo creía que tu tía había muerto hace tiempo —replicó Arthur.

—Esa era mi otra tía, tía Lou. De la que te hablo es tía Deirdre. Nunca nos llevamos muy bien, pero supongo que no tenía a nadie más a quien dejárselo.

Lo cierto era que había vendido *Amor, mi redención* por una buena cantidad de

dinero. Mi propia vida era un verdadero caos, pero a Louisa K. le iba muy bien.

—¿Y qué me dices de la revista? —preguntó Arthur—. No puedo dejarla así como así.

—Necesitas un descanso —le dije—. Marlene volverá a hacerse cargo de ella. Necesita algo para mantener la mente distraída de todo lo demás.

Le expliqué a Sturgess que mi madre estaba muriendo de cáncer y que tenía que ir a Saskatchewan para cuidarla.

—¿Qué va a pasar con todos esos compromisos que tenemos? —dijo molesto—. ¿Y con la gira por Canadá?

—Aplácelo todo. Lo haré cuando vuelva.

—¿Podría como mínimo hacer una entrevista para Regina?

—Le he dicho que mi madre se está muriendo —repliqué, y tuvo que conformarse.

Fue Sam quien sugirió Italia y nos dio la dirección del señor Vitroni. Se la había dado un amigo. Arthur quería ir a Cuba, pero no teníamos tiempo para obtener los visados.

Fuimos en avión hasta Roma y alquilamos un Fiat rojo con el que nos dirigimos a Terremoto. Con la ayuda de un mapa y de la información proporcionada por el amigo de Sam, me ocupé de indicar el camino. El puño de la palanca de marchas se soltó varias veces, pero Arthur siempre tenía problemas con los coches. Nos instalamos en el apartamento, lejos de todo el mundo y dispuestos a solucionar nuestra vida.

Supongo que yo había estado esperando una reconciliación, o por lo menos que todo volviese a ser como antes de la publicación de *Doña Oráculo*, y en cierta forma así fue. Mis tortuosas fantasías con la Dama Gorda desaparecieron. Lejos del grupo de *Resurgimiento*, Arthur era más cariñoso, más reflexivo. Por las mañanas yo hacía café y se lo pasaba a través de la ventana de la cocina. Luego nos sentábamos en el balcón, entre los trozos de cristal roto, y, mientras lo bebíamos, practicábamos el italiano con los *fotoromanzi* o simplemente contemplábamos el valle. Íbamos a pasear por las colinas que rodeaban el pueblo y admirábamos la vista. Arthur quiso hacer, como él decía, algún trabajo de campo sobre la tenencia de tierras, pero su italiano no era lo bastante bueno y acabó abandonando el proyecto. A ratos perdidos trabajaba en un artículo para *Resurgimiento* sobre la dificultad de hacer largometrajes en Canadá; pero parecía haber perdido el fervor. Hacíamos el amor muchísimo y visitábamos ruinas.

Un día estuvimos en Tívoli. Compramos cucuruchos de helado y fuimos a ver los jardines del Cardenal y sus famosas estatuas con juegos de aguas. Bajamos una escalera bordeada de esfinges de cuyos pezones brotaba agua y nos paseamos de una gruta a otra. Al final llegamos a la Diana de Efeso, según decía el manual, que surgía de un estanque. Su rostro era sereno y estaba encaramado a un cuerpo con forma de

racimo de uvas. Estaba cubierta de senos desde el cuello hasta los tobillos, y parecía aquejada de un ataque de guiños: pechos pequeños arriba y abajo, grandes en el centro. Los pezones estaban equipados de caños, pero algunos pechos no funcionaban.

Me quedé allí lamiendo el helado y observando a la diosa fríamente. En otro tiempo la habría considerado una imagen de mí misma, pero ya no. Mi habilidad para dar era limitada, yo no era inagotable. Yo no era serena, no lo era. Quería cosas, y las quería para mí.

## VEINTICINCO

Tan pronto como regresamos de Italia telefoneé al Puerco Espín Real. No pareció sorprenderse.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —dijo.

—He estado fuera —contesté de forma ambigua—. Te llamé antes de marcharme pero no estabas.

Nos encontramos en el stand «Al rojo vivo» del sótano de Simpson. Me explicó que se encontraba aún más pobre de lo normal y que aquél era el *sitio donde se podía* comer más barato de toda la ciudad, ya que dos salchichas y una naranjada costaban un dólar. Su capa me pareció absurda en el sótano de Simpson, y las fantasías sexuales que había tenido con él se marchitaron ligeramente. Sin embargo, seguía habiendo algo de Byron en él. Recordaba que Byron había tenido un oso domesticado en su casa y que bebía vino de una calavera.

Me tomó prestado un billete de metro y fuimos a su casa.

—Antes que nada, debo decirte algo —le dije en el montacargas—. No quiero que lo nuestro tenga más trascendencia que la que tiene.

Le expliqué que Arthur era muy importante para mí y que no quería hacer nada que pudiese herirlo.

El Puerco Espín Real dijo que le parecía bien y que cuanto más superficiales fuesen las cosas mejor.

Al principio las cosas fueron totalmente intrascendentes. Por fin tenía a alguien con quien bailar un vals a lo largo de toda la sala de baile que era su almacén, él nada más que con la chistera, yo envuelta en un mantel de encaje al compás de las cuerdas de Mantovani que habíamos comprado en los Minusválidos Civiles. El tocadiscos también, por diez dólares. Cuando no bailábamos el vals o hacíamos el amor, frecuentábamos los mercadillos, y los rastreábamos buscando chalecos, guantes de ocho botones, camisones de raso negro de la marca Viudas Alegres y trajes largos de noche de los años cincuenta. El quería un bastón con estilete, pero no lo encontramos. Sí encontramos una tienda en Chinatown que vendía botas abotonadas de 1905. No las habían vendido todavía porque sólo quedaban números poco corrientes y me tuve que sentar en el bordillo y dejar que el Puerco Espín Real intentase meterme los pies en cada par, eran de unos tonos suaves, preciosos, de cabritilla blanca jaspeada y gris perla. Me sentía como la hermana fea de Cenicienta. Las únicas que me entraban eran unas negras de lavandera con puntas de acero y cordones, pero éstas también me gustaban. Las compramos. Y, después, unas medias de malla para hacer juego.

No tardé en descubrir que mi interés por las trivialidades del siglo diecinueve no tenía comparación con la obsesión del Puerco Espín Real por los desechos culturales. Mientras que a mí me gustaban la plata antigua y las cajas de rapé, él se volvía loco por las botellas verdes de Coca-Cola, los tebeos viejos del Capitán Marvel, los relojes del ratón Mickey, los «Pequeños grandes libros» y las muñecas de papel de estrellas



de cine de los años veinte. Como no tenía mucho dinero, no podía comprar todo lo que quería, pero era un catálogo ambulante de lo efímero, de todo lo inaplicable e inservible. Para él todo tenía estilo; nada era despreciable. Junto a él me sentía casi profunda.

Desgraciadamente, las botas negras hasta el tobillo y con cordones me causaban tremendos dolores si las llevaba más de media hora pero alcanzaba justo para un par de vales buenos. Cuando nos cansábamos, íbamos al Kentucky Fried Chicken de la esquina y pedíamos una ración y dos Coca-Colas. Comíamos en el almacén. Un día el Puerco Espín Real quiso guardar los huesos de pollo, hervirlos, pegarlos y sujetarlos con alambres para convertirlos en una escultura que llamaría «Joan Foster Kentucky Fried»; la presentaría en su próxima exposición. Dijo que era una idea genial. A las botas negras las llamaría «Danzas Foster N° 30», y cubriría el disco de Mantovani con mechones de pelo mío y lo llamaría «Música peluda Foster». Y si yo le dejaba uno de mis conjuntos de ropa interior del «Juego Fin de Semana», podría...

—Todo eso es muy creativo, pero no creo que sea una buena idea —dije.

—¿Por qué? —preguntó, un poco ofendido.

—Porque Arthur podría descubrir lo nuestro.

—Arthur —dijo—. Siempre Arthur.

Estaba empezando a molestarle Arthur. Se creyó en la obligación de contarme sobre sus otras dos mujeres. Ambas estaban casadas, una con un psicólogo, la otra con un profesor de química. Dijo que ambas eran muy tontas y malas en la cama. La casada con el profesor de química le dejaba a veces comida hecha junto al montacargas sin avisarle. Echados sobre el sucio colchón, nos comíamos las esponjosas tartas de calabaza o el pan sin levadura alto en proteínas (ella estaba obsesionada por la comida sana) y, mientras, el Puerco Espín Real me hablaba de sus defectos. Empecé a preguntarme si hacía lo mismo con ellas sobre mí. No me hacía ninguna gracia, pero no podía hacer nada al respecto.

—¿Por qué las sigues viendo si son tan aburridas? —le pregunté.

—Tengo que hacer algo cuando no estás aquí —dijo en tono petulante.

Ya había decidido que ellas eran culpa mía.

De vez en cuando me daban ataques de culpabilidad con respecto a Arthur y le cocinaba platos especiales, que por cierto me salían todavía peor que los que preparaba normalmente. Llegué incluso a jugar con la idea de ser franca y honesta como había sido Marlene y contárselo; pero Marlene no había conseguido ninguna maravilla con ello y estaba bastante segura de que tampoco me iba a ayudar mucho a mí. Tenía miedo de que Arthur se riese de mí, o me tratase de traidora a la causa, o me echase de una patada. No quería nada de eso: yo lo seguía queriendo, estaba convencida de ello.

—Quizá deberíamos darnos más libertad mutuamente —le dije a Arthur una noche en que él se estaba peleando violentamente con una chuleta de cerdo que yo había puesto sobre la parrilla y me había olvidado de ella.

Pero él ni siquiera contestó, que bien podía haber sido porque tenía la boca llena, y eso fue todo lo lejos que llegué.

Cuando Regresamos de Italia, Marlene ya no estaba en casa. Había vuelto con Don. Dijeron que se las habían «arreglado»; pero ella seguía viéndose con Sam. Nadie debía saberlo, pero lógicamente Sam me lo contó apenas nos vimos.

—¿Y cómo quedas tú en todo esto? —le pregunté.

—Como al principio, pero con más experiencia —contestó.

Así es como parecíamos estar también Arthur y yo. Mi problema, pensé, era que iba adquiriendo experiencia, cierto, pero parecía que no aprendía de ella.

Arthur había vuelto a sus clases y el grupo de *Resurgimiento* se había reorganizado, lo cual habría debido hacerlo feliz. Pero yo estaba segura de que no era feliz. En otra época me habría esforzado por animarlo, pero estaba empezando a molestarme aquel aura gris que despedía constantemente, como un halo pero al revés. Había días en que pensaba que si no era feliz, era sólo culpa mía, que no lo atendía como debía. Pero la mayoría de las veces trataba de alejar esta idea de mi cabeza. Quizá, de la misma forma que otros tienen un don especial para hacer dinero, el suyo era sencillamente ser desgraciado. O tal vez estaba tratando de destruirse para demostrarme que yo era destructiva. Estaba empezando a acusarme de no prestar suficiente interés por su trabajo.

El Puerco Espín Real resultaba una grata evasión de este denso ambiente doméstico. No me exigía mucho; todo le iba bien. Empecé a cuidarme menos; lo llamaba desde casa cuando Arthur no estaba, y luego incluso con Arthur en la habitación contigua. Mi trabajo se estaba resintiendo también: había perdido completamente el interés por los Vestidos Góticos. ¿Para qué los necesitaba ahora?

Cuando por fin me decidí a hacer la gira de Sturgess por Canadá, el Puerco Espín Real me acompañó, y nos divertimos muchísimo cuando se metía a escondidas en las habitaciones de los moteles. A veces, con ropa comprada en los Minusválidos Civiles, nos disfrazábamos de turistas de mediana edad y nos inscribíamos con nombres falsos. En Toronto empecé a ir a las fiestas, no con él exactamente, pero sí cinco minutos antes o después. Hacíamos que nos presentasen otras personas. Estos juegos eran pueriles, pero eran también una válvula de escape.

En una de estas fiestas conocí a Fraser Buchanan. Se acercó a mí y se quedó sonriendo afectadamente mientras yo le preguntaba al Puerco Espín Real en qué trabajaba.

—Dirijo una empresa de pompas fúnebres —contestó. A los dos nos hacía mucha gracia esta broma.

—Perdón, señora Foster —dijo Fraser Buchanan a la vez que extendía la mano—. Me llamo Fraser Buchanan. Es posible que haya oído hablar de mí.

Bajo, bien vestido, con una chaqueta de tweed y un jersey de cuello alto, llevaba unas patillas que, evidentemente, consideraba atrevidas, ya que giraba la cabeza a menudo para que uno pudiese verlo de perfil.

—Me temo que no —repliqué sonriéndole; me sentía bien—. Le presento al Puerco Espín Real, poeta de lo concreto.

—Lo sé —dijo Fraser Buchanan, sonriéndome de forma extrañamente profunda—. Conozco su..., obra. Pero, a decir verdad, señora Foster, me interesa más usted. —Se fue acercando lentamente hasta que quedó en medio del Puerco Espín Real y yo. Retrocedí un poco—. Dígame —prosiguió casi en un susurro—, ¿cómo es que hasta *Doña Oráculo* no haya visto nada suyo publicado? La mayoría de poetas, o más bien poetisas debo decir en este caso, pasan por, cómo lo diría, un período de aprendizaje. En revistas sencillas. Las sigo con atención, pero nunca he visto nada suyo.

—¿Es usted periodista? —pregunté.

—No, no —contestó—. Algo de poesía sí he escrito. —Su tono sugería que lo había dejado—. Puede usted considerarme un observador interesado. Un amante —sonrió— de las artes.

—Pues bien, supongo que nunca pensé que mi trabajo fuese lo bastante bueno para publicarse. Nunca lo presenté a nadie.

Le dediqué lo que consideré era una sonrisa modesta y miré por encima de su hombro al Puerco Espín Real confiando que me rescataría. Fraser Buchanan tenía su muslo ligeramente recostado contra el mío.

—Así que surgió usted completamente formada, como Atenea de la cabeza de Zeus —dijo—. O más bien de la cabeza de John Morton. No cabe duda de que este hombre tiene olfato para los jóvenes talentos.

No habría podido jurarlo, pero había una insinuación muy desagradable en sus palabras. Volví a reírme y le dije que iba a buscar otra copa. Pensé que lo había visto antes, sentado en la primera fila en una entrevista en televisión, tomando notas en un librito. En varias entrevistas. En varias entrevistas fuera de la ciudad. En el vestíbulo de un motel.

—¿Quién es ese hombrecillo tan extraño? —le pregunté al Puerco Espín Real más tarde, acostados, agotados, sobre su colchón—. ¿A qué se dedica?

—Conoce a todo el mundo —contestó—. Trabajó en la CBC, pero creo que todo el mundo ha pasado por allí. Luego creó una revista literaria llamada *Rechazado*; la idea consistía en publicar únicamente obras rechazadas por otras revistas literarias, cuantas más mejor, también publicaba las notas de rechazo de los editores. Iba a dar un premio a la mejor nota de rechazo, decía que era un arte. Pero fracasó porque nadie quería admitir que le habían rechazado su obra. Sin embargo, publicó mucho de su obra en el primer número. Creo que es inglés. Va a todas las fiestas. Va a todas las fiestas a las que puede entrar. Solía ir por ahí diciendo: «¡Hola, soy Fraser Buchanan, el Poeta de Montreal!». Me parece que estuvo viviendo en Montreal una temporada.

—¿Pero cómo es que lo conoces?

—Mandé alguna cosa a *Rechazado* —contestó el Puerco Espín Real—. Eso fue cuando yo todavía escribía. La rechazó. No le gusta lo que hago, considera que es

demasiado extravagante.

—Me parece que me ha estado siguiendo —dije.

Lo que creía era peor: nos había estado siguiendo.

—Es un tipo raro —comentó el Puerco Espín Real—. Le encantan las celebridades. Dice que está escribiendo una historia de nuestra época.

Aquella noche volví a casa en taxi más temprano de lo habitual. Otra vez me sentía insegura. El problema era que cada una de mis vidas me parecía completamente normal, pero solamente una a la vez. Cuando estaba con Arthur, el Puerco Espín Real me parecía una fantasía sacada de una de mis novelas menos verosímiles, rodeada sin embargo de su lado absurdo que yo trataba de evitar en mis ficciones. Pero cuando estaba con el Puerco Espín Real, me parecía real y sólido. Todo lo que hacía y decía tenía sentido, siendo como era, era coherente; mientras que era Arthur quien se volvía irreal; se desvanecía como un fantasma insustancial, una foto descolorida abandonada tiempo atrás sobre la repisa de una chimenea. ¿Le estaba haciendo daño, estaba siendo infiel? ¿Cómo se podía hacer daño a una fotografía?

Iba reflexionando sobre todo ello cuando entré en el apartamento. Me encontré con la plana mayor de *Resurgimiento*; algo emocionante estaba ocurriendo. Sam fue el único que me saludó. Acorralado en un rincón, tenían a un sindicalista, uno de verdad. Se dirigía a ellos llamándoles «muchachos».

—Está bien que queráis participar, muchachos —estaba diciendo—, pero si los trabajadores quieren escupir a los policías, dejadlos escupir a los policías. Son sus puestos de trabajo. Vosotros, muchachos, podéis ir a la cárcel, no tenéis un trabajo seguro, podéis perder algún tiempo, pero para ellos es diferente.

Don se puso a argumentar que era precisamente por eso que eran ellos y no los trabajadores quienes debían hacerlo, pero el sindicalista agitó la mano rechazándolo.

—No, no —replicó—. Sé que vuestra intención es buena, muchachos, pero creedme. A veces, una ayuda inoportuna es peor que no ayudar en absoluto.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Sam.

—Hay una huelga en una fábrica de colchones —me explicó—. El problema es que los trabajadores son casi todos portugueses y no acaban de entender nuestra línea de actuación. Para ellos el nacionalismo canadiense les suena a chino, ¿comprendes? Eso no significa que no lleguemos a hacérselo comprender, estamos buscando un intérprete.

—¿Quién escupió a un policía?

—Arthur —contestó Sam.

Por la expresión altiva y a la vez dolida de Arthur, no me cupo duda de que había sido él. No supe exactamente por qué, pero me molestó.

De no ser porque acababa de estar con el Puerco Espín Real, no habría dicho nada, pero él consideraba que la política era aburrida, en especial el nacionalismo canadiense. «El arte es universal», decía. «Lo único que hacen es tratar de llamar la atención».

Cuando estaba con Arthur, yo creía en la justicia de su causa, de sus causas, cada una de ellas; ¿cómo si no habría podido vivir con él? Pero el Puerco Espín Real restaba fuerza a las causas. Era una vuelta a los Cavaliers y los Roundheads.

—¡Por Dios! —le dije a Arthur—. Supongo que estás deseando que te metan en la cárcel. Pero ya me dirás qué es lo que vas a solucionar con eso, nada de nada. No vives en el mundo real, no te unes a un partido político para salir a la calle para cambiar las cosas de verdad, te limitas a quedarte sentado discutiendo y atacando a los demás. Eres como la Hermandad de Plymouth, lo único que te importa es determinar tu propia integridad, excluyendo a todos los demás. Y luego vas y llevas a cabo un acto inútil y carente de sentido, como escupir a un policía.

Nadie habló; todos se quedaron estupefactos. Yo era la última persona de la que hubieran esperado una diatriba semejante; porque pensándolo bien, ¿quién era yo para hablar? No era yo precisamente quien estaba salvando el mundo.

—Joan tiene razón —dijo por fin Marlene en un tono frío cargado de sentido estratégico—. Pero escuchemos qué tipo de acto útil y significativo nos sugiere a cambio.

—Oh, no lo sé —respondí. Inmediatamente empecé a retroceder y a excusarme—. De hecho, todo esto no es de mi incumbencia, no entiendo mucho de política. Pero tal vez podríais volar el Puente de la Paz o algo así...

Me horroricé al ver que me tomaban en serio.

Al día siguiente por la tarde, apareció una delegación en el apartamento. Marlene, Don, Sam y un par de Resurgentes más jóvenes.

—La tenemos en el coche —anunció Marlene.

—¿Qué es lo que tenéis? —pregunté.

Acababa de lavarme la cabeza y no los esperaba. Arthur estaba en la universidad impartiendo su clase nocturna de Literatura Canadiense; apenas me había dirigido la palabra en todo el día y ello me había sentado mal.

—¡La dinamita! —contestó ella. Parecía bastante exaltada—. Mi padre trabaja en la construcción y ha sido fácil cogerla, más el detonador y un par de cargas explosivas.

—¿Dinamita? ¿Para qué queréis la dinamita?

—Estuvimos comentando tu idea y llegamos a la conclusión de que no era tan mala —explicó—. Vamos a volar el Puente de la Paz, será un acto simbólico. Es el mejor nombre para que Amele.

—Esperad un momento, podéis herir a alguien —repliqué.

—Marlene dice que lo haremos por la noche —se apresuró a decir Don—. Además, no pensamos volarlo todo, como tú dijiste, es un acto.

Querían que yo escondiese la dinamita. Incluso habían elaborado un plan. Pretendían que yo comprase un coche de segunda mano bajo un nombre falso y una

dirección falsa, la del piso de un nuevo Resurgente que iba a estar fuera un par de meses. Luego debía meter la dinamita en el maletero e ir cambiando el coche de sitio cada día, de una calle a otra, de un aparcamiento nocturno a otro.

—Un coche, aunque sea de segunda mano, cuesta dinero —dije lentamente.

—Escucha, la idea fue tuya —dijo Marlene—. Lo mínimo que puedes hacer es ayudarnos. Además, puedes conseguir uno barato por un par de cientos de dólares.

—¿Y por qué yo?

—Nunca sospecharían de ti —dijo Marlene—. No tienes aspecto de ir paseando dinamita.

—¿Durante cuánto tiempo tendré que hacerlo? —quise saber.

—Sólo hasta que hayamos completado el plan. Entonces nos encargaremos del coche.

—Está bien, lo haré —dije—. ¿Dónde está la dinamita? >

—Aquí —contestó Don entregándome una caja de cartón.

En ningún momento tuve la intención de llevar a cabo ese plan. Al día siguiente tomé un taxi a casa del Puerco Espín Real, y escondí la caja en el sótano. De todas formas ya estaba lleno de cajones de embalaje y de cajas. Le dije que era una estatua horrorosa que me habían regalado cuando me casé y que ya no soportaba más tenerla en casa.

—Preferiría que no la abrieras —añadí—. Por razones sentimentales.

## VEINTISÉIS

El Puerco Espín Real no podía dejar las cosas como estaban. Era una de las cosas que me gustaban de él: no creía en las cosas como eran, creía en cataclismos totales.

—¿De dónde sacaste la dinamita? —preguntó.

Estábamos acostados sobre el colchón; siempre dejaba los asuntos serios para después.

—Te pedí que no abrieras la caja —le dije.

—Vamos, estabas segura de que la abriría. Sabes que siento debilidad por las estatuas horrorosas. ¿De dónde la sacaste?

—No es dinamita —dije—. No es mía tampoco. Alguien me pidió que se la guardara.

—Nunca he visto explotar dinamita o cosas de esas —comentó pensativamente—. Aunque siempre me gustó el Día de la Victoria, era mi fiesta preferida. Esa y Halloween.

—Si estás pensando en volar algo, olvídalo. Me meterías en un buen lío si desapareciese la dinamita.

—Podríamos reemplazarla —sugirió—, con otra dinamita.

—Ni hablar —repliqué.

Acababa de recordar el día en que por su culpa por poco nos electrocutamos los dos. Un amigo, también un artista de lo concreto, le había contado que si se cogían unas luces de árbol de Navidad, se enchufaban, se quitaba una de las bombillas y se introducía un dedo en el casquillo en el momento de la eyaculación, no sólo uno mismo sino también la pareja tenía el orgasmo más maravilloso del mundo. La receta de su amigo incluía también varios porros, pero el Puerco Espín Real había dejado la droga. «Niñerías», la llamaba, decía que Fred Astaire no se drogaba. Se había pasado días tratando de persuadirme de participar en este arte, o *arte-o-facto*, como él lo llamó; la «o» como elemento de probabilidad. Había incluso comprado unas luces de Navidad de tercera mano.

—Me niego a convertirme en una tostadora eléctrica para satisfacer uno de tus dementes caprichos —le dije.

Así que escondió las luces bajo el colchón y las enchufó justo antes de mi visita siguiente. Pretendía meter un dedo en el casquillo sin que yo me enterara, en el momento crucial, pero apenas acabábamos de empezar, cuando comenzaron a salir espirales de humo de debajo del colchón. Tenía miedo de que algo parecido ocurriese con la dinamita.

Como siempre, cuanto más me resistía, más se excitaba. Se levantó y se puso a pasear por la habitación. Se puso su sombrero de piel, una adquisición reciente, de piel con orejeras como los de la Policía Montada.

—Por favor —insistió—. ¡Sería fantástico! No volaríamos nada, sólo haríamos explotar la dinamita, en algún lugar, de noche, y a observar lo que pasa. ¡Formidable!

¡Sería sensacional! Sería un... un espectáculo, y nosotros el único público, sería todo para nosotros. ¡Boom! Nunca volverás a tener una oportunidad como ésta, ¿cómo puedes desperdiciarla?

—Muy fácil —contesté—. No me gustan los ruidos fuertes que no sirven para nada.

—En ese caso, te has equivocado de hombre —sentenció.

Empezó a lamerme la oreja.

—Chuck, sé razonable.

—Razonable —dijo en un tono triste—. Si fuese razonable, no me querrías. Todo el mundo es razonable. —Se quitó el sombrero de piel y lo arrojó al otro lado de la habitación—. Y no me llames Chuck.

(Había descubierto hacía poco que su verdadero nombre era Chuck Brewer y que incluso tenía un trabajo; trabajaba a media jornada como artista comercial, especializado en diseño gráfico. Me lo contó muy confidencialmente, como si se tratara de algo vergonzoso).

Cinco días después, íbamos caminando por High Park en busca de un lugar apropiado. Eran las once de la noche y mediados de marzo; aquel año la primavera se estaba retrasando y aún había hielo en los estanques y nieve bajo los árboles. El Puerco Espín Real llevaba uno de sus abrigo de piel y el sombrero de piel con las orejeras bajadas. Escondida bajo el abrigo, la caja con la dinamita, la mecha y el detonador. Me dijo que había encontrado la forma de hacerlo funcionar. No le creí; tampoco me fiaba de sus móviles.

—Si quieres que siga con esto, tienes que asegurarme que no harás daño a nadie —dije.

—Ya te he dicho que no.

—Ni animales. Ni casas, ni árboles.

—¡Sigues sin entenderlo! —exclamó en tono impaciente—. No se trata de que salte nada por los aires, se trata sólo de volar la dinamita. Un acto puro.

—No creo en los actos puros —repliqué.

—En ese caso, no hace falta que vengas conmigo —dijo astutamente.

Pero pensé que si no lo acompañaba, podía faltar a su promesa y volar algo importante, como una represa o el monumento a Gzowski frente al lago, lo había mencionado de pasada.

Después de inspeccionar algunos sitios posibles, se decidió por una explanada cerca de uno de los estanques medianos. Como no se veían estructuras a corta distancia y estaba bastante lejos de la calle, di el visto bueno. Temblando como una hoja, me agaché detrás de unos arbustos mientras él manipulaba la dinamita; conectó el detonador y desenroscó el cable.

—¿Estamos bastante lejos? —pregunté.

—Sí, sí, seguro —contestó.

Sin embargo, cuando hizo explotar la carga, el estruendo fue impresionante y nos



llovió tierra y piedrecitas.

—¡Ohhh! —exclamó el Puerco Espín Real—. ¿Has visto eso?

No había visto nada, pues había cerrado los ojos y me los había tapado con las manos enguantadas.

—Sí, ha sido fantástico —dije en un tono admirativo.

—Fantástico —replicó él—. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? Ha sido jodidamente maravilloso. ¡Es el mejor *arte-o-facto* que he hecho nunca!

Me atrajo dentro de la piel de su abrigo y empezó a desabrochar botones.

—Tenemos que marcharnos de aquí —protesté—. Puede haberlo oído alguien, vendrá la policía, patrullan este parque.

—Por favor —rogó.

Parecía tan importante para él, que no pude negarme. Llevamos a cabo un acto sexual sismográfico escuchando el sonido de sirenas que no llegaron.

—Eres única entre un millón —dijo luego—. Ninguna otra mujer habría hecho una cosa así. Creo que estoy enamorado de ti.

Habría debido tomármelo irónicamente, pero no lo hice. Debo admitir que lo besé agradecida.

Se sintió decepcionado de que la explosión no fuese titular de primera página. Durante todo un día ni siquiera apareció en los periódicos, pero al segundo día localizó un párrafo perdido en el *Star*.

### MISTERIOSA EXPLOSIÓN EN HIGH PARK

*La policía fue sorprendida por una pequeña explosión que se produjo el miércoles causada, aparentemente, por una carga de dinamita. Si bien no hubo que lamentar víctimas, afectó al sistema de alcantarillado de un restaurante cercano al parque. No parece haber razón aparente para esta explosión; se sospecha de un acto vandálico.*

El Puerco Espín Real no cabía en sí de gozo ante la noticia, que leyó varias veces en voz alta.

—¡No parece haber razón aparente! —gritó triunfante—. ¡Fabuloso!

Llevó la reseña a una casa de fotos para ampliarla, luego le puso un marco tallado de los Minusválidos Civiles y la colgó junto a la reina.

Durante las semanas que siguieron a la explosión, Marlene, Don y los demás seguían creyendo que yo paseaba la dinamita de un lado al otro de la ciudad en un Chevrolet azul pálido del 68. Entretanto, debatían sobre el acto previsto. Pero no hablaban de cómo hacerlo, nunca llegaron tan lejos. Ni siquiera a la fase de planos y estrategia, seguían anclados en la teoría pura; ¿sería algo adecuado lo que iban a volar? Iba a ser un acto nacionalista, cierto, pero, ¿era lo bastante nacionalista? y, en caso afirmativo, ¿sería positivo para el pueblo? Don argumentaba que hacía falta que

fuese un acto decisivo; en caso contrario, quedarían en ridículo. Ya habían empezado a aparecer editoriales en los periódicos con ideas que ellos consideraban sólo suyas; y el sondeo Gallup mostraba que existía una corriente en su misma dirección. Les alarmaba esta evolución: la revolución se les estaba escapando de las manos para ir a caer en otras equivocadas.

No me importaba ir moviendo de sitio su dinamita imaginaria. Me proporcionaba la oportunidad perfecta para salir de casa siempre que quería.

—Es hora de cambiar la dinamita de sitio —decía alegremente.

Y Arthur no podía replicar gran cosa. De hecho, estaba incluso orgulloso de mí.

—Hay que reconocer que es muy valiente —decía Sam.

Pensaban que actuaba con gran aplomo.

La mayoría de las veces iba a casa del Puerco Espín Real. Pero algo estaba cambiando. El mantel de encaje con el que bailaba el vals volvía a ser un vulgar mantel de encaje con un desgarrón; las botas negras puntiagudas ya no me compensaban el dolor que me producían. Los moteles se habían convertido en moteles y ahora me significaban mucho trabajo y muchas molestias. Sturgess me hacía viajar muchísimo, a Sudbury, a Windsor, y cada vez me costaba más pasar por las entrevistas.

Después, volvía al motel y me lavaba las braguitas y las medias en el lavabo del cuarto de baño, las envolvía en una toalla para escurrirlas y las tendía en un perchero. Por la mañana nunca estaban completamente secas pero me las tenía que poner de todas formas, sintiendo aquella sensación húmeda y pegajosa en la piel. Era como vestirse con aliento ajeno usado. Mientras, el Puerco Espín Real se sentaba en el borde de la cama y me hacía preguntas.

—Dime, ¿cómo es?

—¿Quién?

—Ya sabes, Arthur. ¿Cuántas veces...?

—Chuck, eso no es asunto tuyo.

—Sí que es asunto mío —decía.

Había pasado por alto lo del nombre; cada vez se parecía menos y menos al Puerco Espín Real y más y más a Chuck.

—Yo no te pregunto esas cosas sobre tus amiguitas.

—No existen, me las inventé —dijo abatido—. Tú eres la única.

—Entonces, ¿quién deja los pasteles de calabaza?

—Mi madre —contestó.

Pero yo sabía que era mentira. Siempre había vivido su propia no escrita biografía, pero ahora estaba empezando a ver el presente como si ya fuese pasado, envuelto en una nostalgia brumosa. Salía de todos los restaurantes adonde íbamos con un suspiro y mirando hacia atrás; hablaba de cosas que habíamos hecho la semana anterior como si fuesen instantáneas de un álbum de fotos olvidado hacía tiempo. Todos mis gestos quedaban petrificados, todos los besos embalsamados, parecía que

estuviese acumulando cosas. Me sentía un objeto coleccionable.

—Todavía no estoy muerta, no me mires así —le dije en más de una ocasión.

Ese era uno de sus estados de ánimo; pero a veces también se mostraba abiertamente hostil hacia mí. Empezó a tener un interés morboso por las críticas de los periódicos, pero no por las suyas, que no eran muchas, sino por las mías. Las recortaba y las utilizaba para hostigarme.

—Aquí dice que eres un desafío para el ego masculino.

—Vaya tontería —repliqué yo.

—Pero tú sí que eres un desafío para el ego masculino —dijo él.

—Vamos, por favor. ¿A quién he desafiado alguna vez?

—Aquí dice que eres una amenaza.

—¿Qué demonios quieres decir? —dije.

Estaba convencida de que había estado cariñosísima toda la tarde.

—Te dedicas a pisotear el amor propio de los demás sin siquiera darte cuenta de que lo haces —explicó—. Eres torpe emocionalmente.

—Si hemos de seguir con esta conversación, podrías vestirme —dije.

Me estaba temblando el labio inferior; por algún motivo no podía discutir con un hombre desnudo.

—¿Ves lo que quiero decir? —prosiguió él—. Me estás diciendo lo que tengo que hacer. Eres una amenaza.

—No soy una amenaza —repliqué.

—Si no eres una amenaza, ¿por qué estás gritando?

Empecé a llorar. Me abrazó y lo abracé, sollozando como una huérfana, como una cebolla, como una babosa cubierta de sal.

—Lo siento —dijo él—. De todas formas, yo no tengo ego masculino. Probablemente, tengo el de un oso australiano.

—¿No habíamos quedado en que íbamos a mantener la relación en un plano superficial? —protesté, todavía bañada en lágrimas.

—Y lo es, lo es —fue su respuesta—. Espera a que tenga peso. Estoy deprimido porque está lloviendo y no tengo un centavo.

—Vamos a buscar algo al Kentucky Fried —propuse, sonándome la nariz. Pero él no tenía hambre.

Una tarde lluviosa, cuando llegué a su almacén, me estaba esperando con la capa y una corbata que no le había visto nunca, una corbata marrón de los Minusválidos Civiles con una sirena. Me tomó por la cintura y me hizo girar por la habitación; tenía los ojos brillantes.

—¿Qué pasa? —pregunté, cuando pude respirar—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Una sorpresa —contestó.

Me condujo hasta la cama, donde había un sombrero blanco realmente grotesco con pluma y velo, de esos planos que se llevaban en los años cincuenta.

—¿Dónde conseguiste eso? —dije, pensando qué fantasía nueva podía habersele

ocurrido. Los cincuenta no eran su período favorito.

—Es tu sombrero de viaje —explicó—. Lo he comprado en Sally Ann por ochenta y nueve centavos.

—¿Pero para qué es?

—¡Pues para marcharnos! —exclamó todavía lleno de regocijo—. He pensado que, bien, que podríamos marcharnos juntos. Fugamos.

—Debes de estar loco —le dije—. ¿Adónde iríamos?

—¿Qué te parece Buffalo?

Empecé a reírme, pero enseguida me di cuenta de que estaba hablando en serio.

—Lo que propones es muy bonito, pero ya sabes que no puedo.

Quería que dejase a Arthur y me fuese a vivir con él. Eso era lo que pretendía, como finalmente admitió. Nos sentamos en la cama uno junto al otro mirando al suelo.

—Quiero vivir una vida normal contigo —siguió él.

—No creo que pudiésemos —le dije—. Soy una cocinera fatal. Se me quema la comida.

—Quiero despertarme por las mañanas y desayunar juntos mientras leemos *The Globe and Mail*.

—Puedo venir para desayunar —dije—. Si no te importa desayunar un poco tarde.

—Quiero cepillarte el cabello.

Empecé a llorar de nuevo. Le había contado una vez que a Arthur le gustaba cepillarme el cabello; antes, claro.

—¿Qué tiene él que no tenga yo?

No sabía. Pero no quería que estropease las cosas, no quería que se convirtiese en una persona triste, complicada y rebuscada, como todo el mundo. ¿Todos los Heathcliff eran un Linton disfrazado? ¿Qué es lo que yo quería, aventura o seguridad, y qué me ofrecía cada uno de ellos? Posiblemente ninguno de ellos ofrecía nada, los dos querían que fuese yo quien les ofreciese estas cosas y, una vez más, no estaba a la altura. El Puerco Espín Real estaba acostado con su cabeza apoyada en mi estómago esperando una respuesta.

—No lo sé —contesté—. No se trata de eso.

Volvió a incorporarse.

—Ese es tu problema, no tienes motivos. ¿Sabes lo peligroso que es eso? Eres como un autocar escolar descontrolado.

—No es mi intención.

A modo de compensación, le compré un frasco de vitaminas Una-al-día y un par de calcetines, y le saqué el polvo a sus animales disecados. Incluso le regalé mi zorro, el que había sido de tía Lou. Este era un gran regalo: para mí tenía mucho valor. Antes habría estado como loco, pero apenas le había dedicado una mirada.

—Por lo menos podrías contarle lo nuestro —sugirió—. A veces pienso que te

avergüenzas de mí.

Pero decidí no seguirle más el juego.

—No puedo, lo estropearía todo. Te quiero.

—Te da miedo correr algún riesgo por mí —dijo tristemente—. Ya lo veo. Confieso que ahora no soy gran cosa, ¡pero piensa en el potencial que tengo!

—Me gustas como eres —le dije, pero él no podía creerme.

No se trata de que no lo quisiera, de una forma peculiar, pero lo quería, pero sabía que no habría podido vivir con él. Para el Puerco Espín Real, la realidad y la fantasía eran lo mismo, lo que significaba que para él no existía la realidad. Pero para mí habría significado que no había fantasía y, por consiguiente, no había evasión.

La vez siguiente que salí del montacargas, me esperaba una sorpresa todavía mayor. Él estaba allí, pero ya no era el Puerco Espín Real. Se había cortado el pelo y afeitado la barba. Ni capa, ni bastón, ni guantes; sólo unos vaqueros y una camiseta donde aparecía la palabra honda. No era más que Chuck Brewer; ¿lo había sido siempre bajo la barba? Parecía que lo hubieran saqueado.

—¡Dios mío! —exclamé casi con un grito—. ¿Por qué has hecho esto?

—Lo he matado —dijo Chuck—. Todo ha terminado para él, ya no existe.

Me puse a llorar.

—Ah, me había olvidado de éstos —dijo.

Arrancó de la pared el retrato de la reina, luego el póster de la dinamita y los arrojó a la pila que había hecho con su ropa.

—¿Qué vas a hacer con tus animales? —pregunté tontamente.

—Voy a deshacerme de ellos —contestó—. Ahora ya no me sirven para nada.

Me fijé en su barbilla, nunca la había visto antes.

—¿Y ahora, vendrás a vivir conmigo? —dijo—. No tiene por qué ser aquí, podemos buscar una casa.

Era espantoso. Había pensado que, al transformarse en un hombre más parecido a Arthur, podría tomar su lugar; pero lo que había hecho era asesinar la parte de él que yo quería. Ni siquiera sabía cómo consolar a la parte que quedaba. Sin la barba, tenía la barbilla de un joven contable.

Me odié por pensar esto. Me sentía como un monstruo, un enorme y torpe monstruo incorregiblemente superficial. ¿Cómo podía preocuparme por su barbilla en un momento como aquél? Le arrojé los brazos al cuello. No podía hacer lo que él quería, todo estaba equivocado, era un error.

—Veo que no —dijo, a la vez que me soltaba los brazos—. Bueno, me temo que sólo queda una solución. ¿Qué te parece un suicidio doble? O podría pegarte un tiro y saltar luego desde el centro de Dominio de Toronto con tu cuerpo en mis brazos.

Esbozó una leve sonrisa, pero no me engañó. Estaba hablando completamente en serio.

## VEINTISIETE

El montacargas descendía lentamente. Me imaginé al Puerco Espín Real precipitándose por los tres tramos de escaleras mientras se iba desnudando hasta encontrarse conmigo abajo completamente desnudo; pero cuando la puerta se abrió rechinando no estaba allí. Corrí las tres manzanas hasta el Kentucky Fried Chicken, entré y pedí una ración familiar. Luego tomé un taxi y regresé al apartamento. Se lo diría todo, me echaría a llorar. Me perdonaría; con tal de que Arthur me perdonase y me devolviese a la seguridad, no volvería a hacerlo nunca más.

Subí corriendo la escalera respirando con dificultad y abrí la puerta de golpe. Estaba preparada para la escena. No iba a ser sólo una confesión, también habría una acusación: ¿por qué me había conducido Arthur a hacer algo así, qué proponía al respecto, no deberíamos analizar nuestra relación para ver en qué habíamos fallado? Por alguna razón complicada y posiblemente sádica de las suyas, había permitido que me viese envuelta en aquella relación con un maníaco homicida, y había llegado el momento de que lo supiera. Yo no pedía mucho, sólo pedía ser amada. ¿Era eso malo o tan imposible, era yo alguna especie de mutación?

Arthur estaba mirando la televisión. Me daba la espalda y su nuca parecía vulnerable. Vi que necesitaba un corte de pelo y ello me dolió. Era como un niño, íntegro en sus creencias y en sus confianzas. ¿Qué estaba haciendo yo?

—Arthur —empecé—, tengo que contarte algo.

—¿Te importaría esperar a que termine el programa? —me dijo sin girarse.

Me senté en el suelo junto a su sillón y abrí la caja con el pollo. Lo convidé en silencio.

—¿Cómo puedes comer esa porquería americana? —comentó pero cogió una pechuga y empezó a comérsela.

Estaba mirando el campeonato olímpico de patinaje artístico por parejas; antes sólo veía las noticias, pero desde hacía algún tiempo veía cualquier programa: telenovelas, partidos de hockey, series policíacas o debates. El televisor formaba pliegues verticales en un tercio de la parte inferior de la pantalla y por eso la gente de los debates aparecía con cuatro manos, como los dioses y las diosas de la India, y las escenas de persecuciones de las series policíacas se veían al revés y con los policías y ladrones multiplicados por dos; pero Arthur no quería hacerlo arreglar porque sería un gasto. Me dijo que conocía a alguien que lo podía arreglar.

La pareja austríaca, ambos con largas mangas blancas, la chica con un cuerpo negro, se deslizaban hacia atrás por la pista de hielo a una velocidad increíble y completamente sincronizados. Cada uno tenía cuatro piernas. Daban vueltas y la muchacha volaba por los aires para volver a posarse, boca abajo y con dos cabezas mientras el hombre la sostenía con un brazo. Ella descendió —«Ha tocado con el pie derecho» dijo el comentarista—, y ambos se cayeron multiplicándose al golpearse con el hielo. Se levantaron y continuaron su rutina, pero ya no era lo mismo. La

pareja canadiense, a pesar de haber empezado muy desafiante, se cayó también.

La Dama Gorda salió patinando a la pista de hielo. No pude evitarlo. Era uno de los momentos más importantes de mi vida, habría debido ser capaz de mantenerla alejada, pero apareció con un vestido de patinadora rosa y plumones de cisne en la cabeza. Su pareja era el hombre más delgado del mundo. Ella sonrió al público, nadie le devolvió la sonrisa, no daban crédito a sus ojos, ya que daba vueltas por la pista con una grada excepcional girando como una peonza sobre sus pies pequeñitos; luego el hombrecito la levantó y la lanzó y ella volaba y volaba hacia arriba, hacia arriba hasta que se quedó suspendida... su secreto consistía en que, a pesar de ser tan voluminosa, era muy ligera, estaba hueca, como un globo de helio, tenían que tenerla atada a la cama para evitar que se fuese volando, y se pasaba las noches forcejando con las cuerdas...

Tengo que hablarte de algo, pensé en decir durante la publicidad. Pero Arthur andaba buscando algún resto en la caja del Kentucky y tenía los dedos cubiertos de grasa y un trocito de pollo en la barbilla. Sé lo retiré con ternura. ¿Cómo podía yo violar ese momento de indefensión en el que se encontraba? Arthur iba a necesitar de toda su dignidad.

Una famosa patinadora ensalzaba una margarina poco convincentemente y con los ojos fijos en la tablilla de apuntes. Se reanudaba el campeonato. La Dama Gorda seguía allí, bailando junto al techo. El equipo de Estados Unidos se deslizaba por la parte inferior de la pantalla como un ciempiés, pero nadie le prestaba atención, todos estaban distraídos con el enorme globo rosado que con tal mal gusto bailaba sobre sus cabezas... La Dama Gorda se quitó débilmente sus patines y quedaron al descubierto los muslos y la enorme luna de su trasero. A decir verdad era un verdadero ultraje. «Han ido a buscar el cañón de arpones», oí decir al comentarista. Iban a abatirla a arponazos, a reventarla a sangre fría, a pesar de que ahora se había puesto a cantar.

¿Por qué estoy haciendo esto?, pensé, ¿quién me está haciendo esto?

—Me voy a la cama —le dije a Arthur.

Era incapaz de actuar, ni siquiera podía pensar con claridad; de un momento a otro el Puerco Espín Real iba a empezar a golpear la puerta o a gritar algún mensaje espantoso por teléfono, justo un momento antes de arrojarse, y yo estaba paralizada, no había nada que pudiese hacer. Sólo esperar que el hacha me cayese encima y, conociéndolo, ni siquiera sería un hacha, sino un pavo de goma comprado en una tienda de bromas; esto o una gran explosión. No tenía sentido de la proporción. Rusia ganó el título otra vez.

A la mañana siguiente recibí la primera de las llamadas. A pesar de que contesté «hola» tres veces, no se oyó ninguna voz, nada. Sólo un jadeo y un clic. Sabía que había sido él, pero su falta de originalidad me sorprendió. La segunda llamada fue a las seis, y la tercera a las nueve. Al día siguiente recibí una carta suya, o pensé que debía de ser suya. Era una hoja de papel en blanco con una pequeña xilografía de la Muerte sujetando una guadaña y debajo: ¿ME CONCEDE ESTE VALS? Las

palabras habían sido formadas con letras recortadas de las Páginas Amarillas y pegadas; la Muerte era de una revista. Estrujé la hoja y la tiré a la basura. Desde luego no había perdido el tiempo, pero no iba a dejarle ver que me estaba intimidando.

Lo que realmente esperaba era una carta anónima dirigida a Arthur. Empecé a intervenirle la correspondencia, aunque para ello me tenía que levantar temprano y bajar al portal a tiempo de coger el correo cuando entraba por la ranura del buzón. Observaba los sobres y, si su contenido me parecía sospechoso, los guardaba para abrirlos luego al vapor. Lo hice durante cinco días, pero no sucedió nada. Continuaban las llamadas telefónicas. No sabía si Arthur había recibido alguna, de ser así, no lo mencionó.

Todo dependía de si el Puerco Espín Real quería que volviese con él —en ese caso no le diría nada a Arthur—, o si pretendía matarme, cosa que dudaba que hiciera, o si simplemente quería vengarse. Pensé en llamarlo y preguntárselo; si lo cogía en el momento apropiado, puede que me dijera la verdad. No habría debido darle aquel poder nunca, el poder de arruinar mi vida; ya que aún no estaba completamente arruinada, algo podía salvarse todavía. Le insinué a Arthur que quizá nos sentaría bien irnos a vivir a otra ciudad.

Al sexto día recibí otra carta. La dirección estaba escrita a máquina; no había sello, debieron de llevarla en mano. Dentro había otro mensaje recortado: ABRE LA PUERTA. Esperé media hora y la abrí. En el peldaño de la puerta había un puerco espín muerto con una flecha clavada. Una etiqueta sujeta a la flecha decía JOAN.

—¡Dios mío! —exclamé.

Si el casero, o Arthur, lo hubiesen encontrado antes que yo, se habría producido un gran escándalo o, por lo menos, mil preguntas. Tenía que deshacerme de él rápidamente. Era un puerco espín grande y tenía heridas enormes, y estaba empezando a pudrirse. Confiando en que ningún vecino estuviese mirando, lo empujé hasta un lado del porche y lo escondí entre las hortensias. Luego subí a casa, cogí una bolsa de plástico de color verde, introduje dentro al animal y me las arreglé para llevarlo a la parte de atrás, donde estaban los contenedores de basura, y meterlo en el que decía «Inquilinos». Me imaginé al Puerco Espín Real descongelando uno por uno a todos sus animales y dejándolos delante de mi puerta. Tenía muchos, tendría para muchas semanas.

Pensé que estaba yendo demasiado lejos. Por la tarde, fui a una cabina y lo llamé.

—Chuck, ¿eres tú? —dije cuando contestó.

—¿Quién eres? —dijo—. ¿Myrna?

—Sabes perfectamente que no soy Myrna, quienquiera que ella sea —repliqué—. Soy Joan, y quiero que sepas que no tienes ninguna gracia.

—¿A qué te refieres? —dijo él, y su sorpresa parecía genuina.

—Ya sabes —contesté—. Tus notitas. Supongo que te creíste muy listo recortando las letras de las Páginas Amarillas para que no supiese que eras tú.



—No, yo no he sido —dijo—. ¿A qué notas te refieres? Nunca te he enviado ninguna nota.

—¿Y qué me dices de esa cosa que me dejaste esta mañana en la puerta? Me vas a decir que no era uno de tils preciosos animales mutilados.

—¿De qué estás hablando? —preguntó—. Debes de estar loca. Yo no he hecho nada de nada.

—Y otra cosa, ¿puedes pasar de llamarme y de jadear por teléfono?

—Te juro por Dios que yo no te he llamado ni una sola vez. ¿Alguien te ha llamado?

Me sentía derrotada. Si mentía, significaba que iba a continuar. Si era sincero, ¿quién entonces estaba haciendo todo aquello?

—Chuck, dime la verdad —dije.

—Creo haberte pedido que no me llames así —replicó fríamente—. Yo no te he hecho nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Me dijiste que lo nuestro se había acabado. De acuerdo, me enloquecí en aquel momento, pero luego reflexioné y si tú dices que se ha acabado, pues se ha acabado. Ya me conoces, hoy aquí, mañana allí. Soy fácil de conformar. ¿Por qué tendría que preocuparme?

Me molestó que se lo estuviese tomando con tanta calma.

—¿Así que eso es todo lo que significué para ti? —dije.

—Escucha, fuiste tú la que se echó atrás, no yo. Si tú no quieres vivir conmigo, ¿qué esperas que haga yo? ¿Meter la cabeza en el horno?

—Quizás estaba equivocada, tal vez sería bueno que lo hablásemos —dije.

—¿Para qué prolongar la agonía? —fue su respuesta—. Además, estoy acompañado.

Y me colgó el teléfono. Dejé el auricular con todas mis fuerzas y golpeé el aparato para que me devolviera la moneda; pensé que debía recuperar mis diez centavos, él me los debía. Pero no hubo respuesta por parte de la máquina negra.

Regresé a casa corriendo, me encerré en el dormitorio, saqué la máquina de escribir y cerré los ojos. Un hombre alto embozado, eso era lo que necesitaba. Durante todo el tiempo que estuve con el Puerco Espín Real no había escrito una sola palabra. ¿Era por ello que mis personajes parecían más reales que de costumbre, más cercanos a mí y cargados con una energía mayor de la que yo les daba?

Pero no servía, no podía detener el tiempo, no podía ocultar nada.

Aquella noche hubo otra llamada y, al día siguiente, una nota nueva: ven a la funeraria, y, pegada a la hoja, la figura de una araña. Al otro día, un arrendajo azul delante de la puerta. Aquella noche, me pareció oír a alguien subiendo por la escalera de incendios.

Empecé a titubear cuando sonaba el teléfono. Pensaba que lo único que oiría sería un jadeo estridente, parecido al que usan los que hacen llamadas obscenas. En una ocasión grité «¡Basta!» al levantar el auricular, y luego resultó que era Sam. No es que estuviese asustada, pues todavía lo consideraba una broma pesada, vengativa, un

poco prolongada; y el Puerco Espín Real, porque estaba todavía convencida de que era obra suya, seguramente pensaba que se trataba de una obra de arte. A lo mejor me hacía fotos cuando yo abría la puerta y me encontraba con sus hediondas muestras de amor, tal vez había hecho una exposición con ellas. Pensé ir hasta su almacén y tratar de razonar con él...

Sonó el teléfono. Antes de cogerlo, lo dejé sonar tres veces, preparada para el jadeo o quizás incluso una risa amenazadora.

—¿Hola?

—¿En usted Joan Delacourt? —dijo una voz de hombre, gruesa y algo extraña.

—Sí —contesté automáticamente, antes de advertir que mi interlocutor había utilizado mi nombre de soltera. Todo el mundo me llamaba Joan Foster.

—Joan. Por fin te encuentro.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿No lo adivinas? —dijo la voz en un tono insinuante. Ahora me sonaba familiar—. Es tu amigo Mavis. —Una risa coqueta.

—¡Paul! —exclamé—. Oh, Dios mío.

—Leí sobre ti en los periódicos —siguió Paul, sin inmutarse ante mi desconcierto—. Reconocí la fotografía, aunque no es tan bonita como tú. Me alegré tanto de tu éxito, ya no necesitas escribir los Vestidos Góticos, eres una escritora de verdad. He leído tu libro. Es prometedor, creo, para ser el primer libro de una mujer.

Detrás de mí, oía a Arthur que entraba. Tenía que colgar, pero no quería herir los sentimientos de Paul.

—Paul —dije—, tengo que verte. Me gustaría verte.

—Eso es lo que yo deseo —replicó—. Conozco un buen restaurante...

Nos encontramos allí al día siguiente, un almuerzo un poco tarde. El restaurante se llamaba Zerdo. Antes había pocos restaurantes en Toronto con nombres como Zerdo, pero en aquella época había muchos. Mientras abría la puerta, pensé que era muy propio de Paul haber escogido un restaurante con nombre porcino. Era una sala oscura y estrecha con mesas cubiertas de manteles de cuadros y lámparas con forma de vela. Parras artificiales adornaban las paredes. Al fondo de la sala había una escotilla de comunicación con las paredes forradas de papel imitando ladrillo y de la que colgaban cacerolas de cobre... El *maître* se precipitó a mi encuentro frío y solícito con unas cartas de bordes dorados bajo el brazo.

—John —dije involuntariamente. Habría reconocido aquel bigotito en cualquier parte...

—Discúlpeme, señora —replicó—. Mi nombre es Zerdo.

Paul ya se estaba acercando. Me besó ceremoniosamente la mano y, con amable melancolía, me condujo hasta la mesa. Una vez sentados, no habló, sino que se puso a mirarme de forma reprochadora desde detrás de sus gafas que, según me di cuenta,

las llevaba ahumadas ahora de un malva pálido.

—Este sitio se llamaba Bite-a-Bit —comenté.

No le conté que había sido cajera, pero detrás de la caja registradora estaba mi doble, una mujer robusta con moño y con un traje negro que dejaba al descubierto sus resecos codos, pero no el pecho. Uno de mis posibles futuros del pasado, en persona. La señora Zerdo, sin duda. En aquel momento la envidié.

—Joan —empezó a decir Paul—, ¿por qué huiste de mí?

Había sacado la rosa de plástico del florero y la giraba entre los dedos, aparentemente sin darse cuenta de que era artificial. ¿Qué podía decir que fuese apropiado?

—Fue lo mejor —contesté.

—No, Joan —dijo él en tono triste—. No es así. Sabes que te quería. Deseaba casarme contigo cuando fueses más mayor; lo había planeado, habría debido decírtelo. Sin embargo, tú te fuiste. Me hiciste muy infeliz.

Dijo eso y sin embargo no le creí del todo. Me fijé en su traje, que era sin duda mucho más caro de los que había podido permitirse antes; y tenía un aire de seguridad nuevo en él. Aquel aristócrata amargado e insignificante se había desdibujado un poco y se le había superpuesto una capa de próspero hombre de negocios.

Apareció Zerdo con la carta de vinos. Se mostró deferente con Paul, que, después de pedir el vino impecablemente, sacó un Gauloise, me ofreció uno y puso otro para él en su boquilla, nueva y lujosa.

—Estoy contento de haberte descubierto —dijo mientras tomábamos una sopa de limón—. Ahora vamos a tener que pensar en lo que vamos a hacer, ya que veo que te has casado.

—Paul —interrumpí a fin de cambiar de tema—, ¿vives aquí ahora? ¿Te has trasladado a Canadá?

—No, pero vengo a menudo, por trabajo —contestó—. No estoy en el banco desde hace seis años, tengo un negocio. Soy... —titubeó—, importador.

—¿Qué importas? —dije.

—Muchas cosas —respondió vagamente—. Tallas en madera, juegos de ajedrez y cajas de cigarrillos, de Checoslovaquia; ropa de la India, ahora se ha puesto de moda, y de México. Resulta muy útil conocer muchos idiomas. No es que yo los domine, pero me defiendo.

El no quería hablar de ello. Recordé el revólver. ¿Qué era aquel ligero bulto bajo su brazo, sería posible que llevase una pistolera? Por mi mente pasaron rápidamente heroína, opio, armas atómicas, joyas y secretos de estado.

—Extraje a mi madre de Polonia —prosiguió—, pero luego murió.

Charlamos sobre esto, y sobre su hija, mientras comíamos *musaka*.

—Leí en el periódico que tu marido es comunista o algo así —comentó cuando empezamos con la *baklava*—. Joan, ¿cómo pudiste casarte con un hombre así? Ya te

advertí cómo eran.

—No es exactamente un comunista —repliqué—. Es difícil de explicar, pero aquí es diferente. Además, aquí eso no significa nada, es hasta respetable. No hacen nada, se reúnen y hablan mucho, un poco como los teosofistas.

—Hablar es peligroso —dijo Paul sombríamente—. Todas esas cosas empiezan hablando. Son muy buenos a la hora de hablar, son como los jesuitas. Pobre niña, fue así como te convenció para casarte con él. Te lavó el cerebro.

—No —protesté—, no fue así.

Pero Paul estaba convencido.

—Puedo ver que eres muy desgraciada —dijo.

Esto era bastante cierto y no lo negué. De hecho, estaba disfrutando de aquella sensación de sentirme salpicada por su compasión, como si fuesen paños calientes.

Yo pensaba que Paul estaría enfadado conmigo, pero se mostraba cariñosísimo. Bebí otro vaso de vino y Paul pidió un brandy.

—Puedes confiar en mí —dijo, dándome palmaditas en la mano—. Eras una niña, no te conocías. Ahora eres una mujer. Dejarás a ese hombre, te divorciarás, seremos felices.

—Paul, no puedo irme —dije.

Nadaba ante mí en una neblina de nostalgia. ¿Era éste mi amor perdido, mi salvador? Tanto mis ojos como mi nariz se llenaron de lágrimas. Me limpié con la servilleta. De un momento a otro iba a ponerme a llorar de verdad.

La barbilla de Paul se tensó.

—No te dejaría marchar, ya lo veo —dijo—. Son todos iguales. Si le dices que es a mí a quien quieres, él te... Pero tengo amigos. Si es necesario, puedo raptarte.

—No, Paul, no debes hacerlo. Sería peligroso. Además, la gente no hace estas cosas aquí.

Paul siguió dándome palmaditas en la mano.

—No te preocupes —dijo—. Sé lo que hago. Esperaré y, entonces, en el momento apropiado, atacaré.

Le brillaban los ojos; era un reto, quería ganar.

No podía decirle que yo no quería que me raptase, hubiese sido demasiado brusco y doloroso para él también.

—Escuchares importante que no le digas a nadie que me has visto —le dije—. Y no me telefonees... Paul, ¿me has estado llamando, sin decir nada?

—Puede que una vez —contestó—. Pensé que me había equivocado de número.

No era él. Nos levantamos para marcharnos. Paul me tomó del brazo. Entonces recordé y le pregunté:

—¿Sigues escribiendo las novelas de Mavis Quilp? Tengo la impresión de que ya no lo necesitas.

—Sigo escribiéndolas, como distracción —respondió Paul—. Después de un día duro de trabajo, me relaja. —Se paró un momento y buscó algo en un bolsillo interior

—. Toma —dijo—. Te he traído un regalo, es para ti. Tú eres especial. Yo estoy solo en la vida y a nadie más le importaría. Pero sabía que te gustaría.

Me dio el libro. *Enfermera en el Gran Artico*, se titulaba. Por Mavis Quilp. La enfermera, con las mejillas arrojadas, sonreía de forma encantadora desde el nimbo de su anorak.

—Oh, Paul, muchísimas gracias.

Resultaba ridículo, pero me había emocionado; era como el final de la película de la ballena. Paul estaba tan triste, tan entregado, tan desolado; consolarlo era imposible. Le arrojé los brazos al cuello y me puse a llorar.

Ahora ya lo has hecho, pensé mientras sollozaba en su hombro. Debía inclinarme un poco para hacerlo, llevaba la loción de afeitar Hai Karate, lo cual me hizo llorar más todavía. ¿Cómo iba a salir de aquello? Lo había alentado demasiado, como siempre.

## VEINTIOCHO

Paul quería hacerme ir en taxi. Formaba parte de su imagen que yo me fuese en taxi, pero le dije que tenía ganas de andar, así que fue él quien lo tomó. Me quedé mirando cómo se alejaba por la calle Church hacia el norte en medio del tráfico de metal centelleante. Empecé a caminar hacia casa.

Tenía todavía los ojos hinchados y me sentía atontada y deprimida. Su deseo de salvarme era galante pero vano, como inútiles me parecían ahora todos los actos de galantería. Además, y aunque no había tenido el valor de decírselo, no quería que me salvase de nada. Tendría que hacer ver que era feliz y agradecida, planchándole de mala gana los calzoncillos, comiendo su caviar en algún horrible escondrijo; también de mala gana me habría vuelto a marchar, dejándolo desesperado y tal vez, esta vez, vengativo. Una vez había creído estar enamorada de él. Quizá lo estuve.

«En el amor y en las sonrisas hay magia. Usadlos cada día, en todo lo que hagáis, y veréis qué cosas tan maravillosas suceden», recitaba alegremente de su librito Lechuza Castaña. Yo me había creído este lema y pensaba que si no me sucedían cosas maravillosas era por culpa mía, por mi insuficiente amor. Pero me parecía que el nombre de una cera para muebles podría sustituir a «amor» sin que ello violase su significado. El amor no era más que una herramienta, las sonrisas eran otra herramienta, ambos no eran más que instrumentos para alcanzar ciertos objetivos. No había magia, sólo química. Sentía que nunca había querido a nadie, ni a Paul, ni a Chuck el Puerco Espín Real, ni siquiera a Arthur. Yo los pulía con mi amor y esperaba que ellos brillasen, con un resplandor capaz de devolver, realzado y deslumbrante, mi propio reflejo.

. En aquel momento me parecía imposible que alguien pudiera amar de verdad a otra persona o, si era factible, que algo duradero o bonito saliera de ello. El amor era la persecución de sombras y yo era una sombra para Paul, predestinada a huir de él evanescente como una nube. Probablemente él no me quería en absoluto, quería la aventura de raptarme de lo que él imaginaba era una guarida de feroces y peligrosos comunistas, armados hasta los dientes de artefactos para succionar el seso y de retórica exterminadora, y yo, en medio, atada de pies y manos por su jerga. Una vez me hubiese conseguido, no sabría qué hacer conmigo. No había sido capaz de vivir conmigo antes porque no podía soportar el caos, y los años no me habían vuelto más ordenada. Yo no era como mi fantasma.

Cuando llegué a casa me encontré con otra carta anónima, decía algo sobre ataúdes, pero apenas la miré. Subí la escalera del apartamento despacio; tenía una ampolla en el pie. Confiaba en que Arthur estuviese allí para tener, por lo menos, el consuelo de una presencia familiar; pero no estaba, y recordé que me había dicho que iba a una reunión. El apartamento estaba vacío y desolado, como estaría sin él, pensé. Sería mejor que me fuese acostumbrando; cualquier día el Puerco Espín Real se cansaría del juegucito y le daría un desenlace.

Fui al baño, llené la bañera de agua caliente, le añadí sales Vitabath y me metí dentro con Mavis Quilp. El cuarto de baño había sido siempre mi refugio, era la única habitación de la casa, de todas las casas, donde podía cerrar la puerta con llave. Me revolcaba en la bañera como una morsa lanzando vapor mientras mi madre carraspeaba discretamente al otro lado de la puerta, dividida entre los gruñidos y los gritos del cuerpo que se negaba a aceptar como suyo y su incapacidad para mostrarse explícita.

—Joan, ¿qué estás haciendo?

Larga pausa.

—Me estoy bañando.

—Hace una hora que estás ahí dentro. Los demás también podemos querer utilizar el cuarto de baño, deberías ser más considerada.

Me cubrí de burbujas y me sumergí en *Enfermera en el Gran Artico*. ¿Por qué había abandonado Sharon aquel hospital tan bueno en Inglaterra para irse al norte donde no había comodidades y donde era víctima del desprecio que le manifestaba el atractivo médico cada vez que se le caía un escalpelo? En un trineo tirado por perros, corría por el témpano de hielo, perseguida a pie por el médico refunfuñón. *Para, insensata. No puedo, no sé cómo hacerlo*. Sabía lo que iba a ocurrir, conocía el estilo de Paul... Cuando el médico la viese en el suelo cubierta de pieles, comprendería lo mucho que la quería, y después, a cambio, tendría que ganarse el amor de ella. Tendría un accidente, o ella tendría un accidente, uno o el otro. Hielo puro, nieve pura, beso casto.

Añoraba la sencillez de aquel mundo, donde la felicidad era posible y donde las heridas sólo eran rituales. ¿Por qué me habían excluido de aquel paraíso blanco e imposible donde el amor era tan decisivo como la muerte, y me habían desterrado a ese otro lugar en el cual todo cambiaba y se transformaba?

Oí el teléfono, pero lo dejé sonar. No iba a salir de la bañera y dejar charcos en el suelo para oír a alguien jadear; preferí quedarme con Sharon y el doctor Hunter. *El rozó la mejilla y le apartó un mechón de cabello. Bruscamente le dijo que debía llevar el pelo recogido: ¿no se acordaba de las normas?* Al igual que en los de Milton, en los libros de Paul siempre aparecían bucles, rizos y trenzas seductoras. *Sharon se sonrojó y se fue para ocultar su rubor*.

Tres cuartos de hora después, cuando aterrizaba el helicóptero con el esquimal rescatado (en cualquier momento llegaría la declaración, el abrazo), mientras el agua estaba tibia por segunda vez, creí oír a alguien en la habitación contigua. Agucé el oído procurando evitar cualquier ruido: no cabía duda, eran pasos que cruzaban el salón hacia el dormitorio.

Me quedé tiesa en la bañera, paralizada por el miedo. Durante un rato permanecí inmóvil como un helado de palito gigante, mientras por mi mente pasaban visiones de violadores esgrimiendo cuchillos, con los colmillos chorreando sangre, visiones de ladrones enloquecidos por la droga, visiones de pervertidos que me iban a cortar en

trocitos y a dejar pedazos en todos los contenedores de basura de la ciudad. El cuarto de baño no tenía ventana. Quizá, si no hacía ruido, él cogería lo que pudiera encontrar, que no sería mucho, y se marcharía por donde había venido. Hubiera jurado que había pasado el pestillo de la ventana que daba a la escalera de incendios, y no había entrado por la puerta, porque chirriaba tanto que yo lo habría oído.

Muy despacito, salí de la bañera. No quité el tapón para evitar el ruido del borboteo. Extendí la alfombrilla y me arrodillé en ella para mirar por el ojo de la cerradura. Al principio no vi nada. El misterioso visitante estaba en el dormitorio, fuera del alcance de mi vista. Esperé, y entonces pasó por delante de la puerta. No pude verle la cara porque la tenía girada hacia el otro lado, pero era bajo y me resultó familiar.

Llegué a la conclusión de que era Paul. No lo esperaba tan pronto. Se oyó como si estuvieran revolviendo objetos, y alguna maldición en voz baja: ¿Qué estaba haciendo? Yo pensaba que había venido por mí, no a registrar mis armarios. Tuve ganas de gritar, «¡Eh, basta ya, Paul, estoy aquí!». Me envolví en una toalla; no me quedaba otro remedio que salir y hablar seriamente con él, pedirle perdón y decirle que lo sentía pero que no me había interpretado bien, que era feliz con mi marido y que el pasado era el pasado. Después de tal explicación, le resultaría difícil raptarme. Y, entonces, nos convertiríamos en buenos amigos.

Abrí la puerta y, descalza, y sin hacer ruido, fui al dormitorio.

—Paul —empecé a decir—, quiero...

El hombre se dio la vuelta, y no era Paul. Era Fraser Buchanan, con su chaqueta de tweed de coderas de piel y un moderno jersey de cuello alto más un par de guantes negros. Había estado registrando los cajones de mi escritorio y, a juzgar por la minuciosidad y el método con que lo había hecho, era evidente que no se trataba de la primera vez que hacía algo así.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —le grité.

Lo había asustado, pero se recobró rápidamente. Sonrió mostrando los dientes como una chinchilla acorralada.

—Investigando —contestó, muy frío.

Estaba claro que no era la primera vez que lo pescaban con las manos en la masa.

—Podría hacer que lo arrestaran —dije.

Yo no debía de tener un aspecto muy digno: me estaba sujetando la toalla por detrás.

—El hecho es que sé mucho más sobre usted de lo que usted piensa. Estoy al corriente de cosas que, estoy seguro, usted preferiría mantener... privadas. Sólo entre nosotros dos.

¿Qué había descubierto? ¿A quién se lo contaría? A Arthur, pensé. Arthur se va a enterar. Mis personalidades escondidas, mis otras vidas, despreciable. Debía evitarlo.

—¿Cómo? —conseguí articular con voz aguda—. ¿De qué está hablando?

—Creo que me entiende perfectamente, señora Foster. ¿O debería llamarla



señorita Delacourt, señorita Louisa K. Delacourt, autora de *Desafío de amor y otros?*

Eso quería decir que había llegado hasta el cajón de mi ropa interior.

—He leído alguno de sus libros —prosiguió—, si bien entonces no sabía que eran suyos. Dentro de su género, no son malos. Pero no pegan precisamente con *Doña Oráculo*, ¿no le parece? Yo diría que... le dan una imagen poco apropiada. No creo que a sus lectoras del Movimiento de Liberación de la Mujer les fuese a encantar la noticia, aunque a algunas otras personas les parecería divertido. Por no hablar de la revistilla *Braeside Banner*. Las fotografías tuyas son realmente buenas. Dígame, ¿cómo consiguió perder toda aquella grasa?

—¿Qué es lo que quiere? —le espeté.

—Bien, ello depende de lo que usted pueda ofrecer —contestó resueltamente—. Digamos... a cambio.

—Deje que me vista —le dije— y lo hablamos.

—Me gusta más así —dijo Fraser Buchanan.

Estaba furiosa, pero también asustada. Había descubierto como mínimo dos de mis identidades secretas y estaba demasiado desconcertada en aquel momento para recordar si tenía alguna más. Si no me hubiese convertido en una heroína de la cultura, no habría tenido demasiada importancia; aunque no podía soportar la idea de que Arthur se enterase de mi vida anterior como Mujer Neumático. Y si él contaba a los medios de comunicación la verdad sobre Louisa K. Delacourt, se habría acabado aquel breve intermedio durante el cual me habían tomado en serio. Por muy desagradable que hubiese sido, había descubierto que era mucho mejor que no ser tomada en serio. Prefería actuar de bailarina mediocre que de payaso impecable.

Me puse el vestido largo de terciopelo color albaricoque; me recogí el pelo hacia arriba dejándome unos seductores bucles serpenteando por el cuello pendientes largos de oro. Me pinté e incluso me perfumé un poco. Habría que hacer algo con Fraser Buchanan, pero todavía no se me había ocurrido nada. Decidí optar por la adulación. Entré en la sala de estar sonriéndole. Estaba sentado en el sofá con las manos en las rodillas, como si estuviera esperando al dentista.

Le propuse que saliéramos a tomar una copa, pues no había nada en casa (una mentira). Como me había imaginado, aceptó enseguida. Él creía que ya había ganado y que no quedaba más que discutir las condiciones.

Escogió el bar Cuarto Poder; confiaba que muchos periodistas lo viesen conmigo. Pedí un Dubonnet con hielo y una rodaja de limón, él un whisky doble. Quise pagar, pero él no lo aceptó.

—También estoy enterado de su aventurilla con ese artista fraudulento, o poeta, o lo que se haga llamar —me confió inclinándose sobre la elegante mesa redonda cubierta de espejo—. La he estado siguiendo.

Se me heló la sangre. Esto era lo que más miedo me daba. Había tenido muchísimo cuidado; ¿se lo había contado Chuck? Si de verdad quería perjudicarme, por supuesto que lo habría hecho.

—Todo el mundo lo sabe. Hasta mi marido está al corriente de eso —repliqué, en un tono indiferente para descartar ese asunto como elemento de negociación—. Poco le faltó a ese hombre para repartir comunicados de prensa. Vendió dos de mis listas de la compra en un sobre cerrado a una universidad; juró que se trataba de cartas de amor. Me las quitó del bolso. ¿No lo sabía?

Vender muestras de mi caligrafía había sido una de las repetidas amenazas de Chuck —decía que bien tenía que ganarse el pan—, pero hasta donde yo sabía, no lo había hecho.

El rostro de Fraser Buchanan se desencajó como un terraplén mal construido: si Arthur ya lo sabía, no conseguiría nada amenazándome con contárselo.

—¿Cómo consiguió entrar en casa? —le pregunté en un tono coloquial a fin de suavizar su confusión. Me interesaba también, había conocido a muchos ladrones aficionados pero nunca a un profesional—. No ha podido ser por la ventana que da a la escalera de incendios.

—No, por la que está al lado. Saltando.

—¿De verdad? Pues hay una buena distancia. Y supongo que ha sido usted quien me ha estado telefoneando para luego quedarse callado.

—Tenía que asegurarme de que no había nadie en la casa antes de entrar.

—Peto le ha salido el tiro por la culata —comenté.

—Así es, pero de todas formas lo habría descubierto tarde o temprano.

Me explicó cómo había averiguado mi nombre de soltera, que no se había mencionado jamás en ninguna de las entrevistas, buscando en el registro de matrimonios.

—¿De verdad la casó una mujer llamada Eunice P. Revele? —dijo. Luego revisó los anuarios de los institutos hasta que me encontró. Lo de relacionarme con Louisa K. Delacourt fue una suposición, que necesitó justificar con pruebas. El Puerco Espín Real había sido el más sencillo; además creyó contar ahí con su mejor baza pero, para mi tranquilidad, reconoció que se había equivocado—. El matrimonio ya no es lo que era antes —dijo con disgusto—. Hace unos años eso habría valido un pastón. Ahora todo el mundo lo cuenta todo, parece que se trate de un concurso.

Le pregunté sobre los animales muertos y también sobre las notas.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? —preguntó con genuina sorpresa—. No habría ganado nada con eso. Yo soy un hombre de negocios.

—Entonces, si me ha estado siguiendo, habrá visto quién los ha dejado. Me refiero a las marmotas y los otros animales.

—Yo no trabajo por las mañanas, querida —dijo—. Sólo por las noches. Soy noctámbulo.

Tomamos otra copa y fuimos al grano.

—¿Qué es lo que pretende sacar de todo esto? —quise saber.

—Es muy simple —contestó—, dinero y poder.

—Pues yo no tengo mucho dinero —repliqué—. Y no tengo ningún tipo de poder.

Pero él se empeñó en no creerlo. Odiaba a las personas famosas, consideraba que lo disminuían. Según él, todas ellas, aunque fuera de modo efímero, tenían dinero y poder. No sólo eso, ninguna de ellas tenía verdadero talento, o al menos, no más que su vecino. Por lo tanto, habían llegado donde estaban mediante trampas y fraudes y se merecían que les aliviasen un poco el bolsillo. Sentía un desprecio particular por *Doña Oráculo* y por mi editor, y estaba convencido de que había conseguido que me publicase el libro gracias a mis ardidés femeninos.

—Ese hombre está siempre lanzando jóvenes desconocidas —dijo durante la cuarta copa—. Con fotografías grandes en la contraportada, sólo la cara, el cuello y el principio de las tetas. La mayoría de ellas son estrellas fugaces. No tienen talento.

—Debería dedicarse a la crítica literaria —sugerí.

—¿Qué dice! ¿Y dejar mi actividad? No está bien pagado.

No había utilizado la palabra «chantaje» en ningún momento y se refería a los que tenía cogidos, según decía, como sus clientes.

—¿Quién hay más? —le pregunté con los ojos bien abiertos y atentos.

Fue aquí donde cometió el error. Sacó su cuaderno negro y, con ello, permitió que me enterara de su existencia.

—Comprenderá que no puedo contarle cosas que ellos no quisieran que la gente supiese, así como nunca contaré acerca de usted —respondió—. Pero para que se haga una idea... —Leyó siete u ocho nombres y yo me quedé impresionadísima—. Fíjese, aquí hay uno interesante —prosiguió—. Se diría que está limpio como una patena. Tardé seis meses en descubrir su secreto, pero valió la pena. Los traseros de los jovencitos, eso era lo suyo; supongo que si a uno le gustan estas cosas no tiene nada de malo. Si se persevera, siempre se puede encontrar algo. Y, ahora, volvamos a lo nuestro.

Tenía que conseguir aquel cuaderno. No me quedaba otra salida que hacerlo quedar en el bar hasta que se emborrachara completamente y sacárselo entonces del bolsillo de la chaqueta. Me había fijado en cuál lo tenía. Lo malo era que yo también me estaba emborrachando un poco.

Después de una larga y complicada conversación, que se fue volviendo lenta y llena de rodeos con cada nueva copa, cerramos el trato con un veinte por ciento de mis ingresos. Dijo que, para estar seguro de que no lo engañaba, debería enviarle las copias de mis declaraciones de derechos.

—Considéreme una especie de agente —dijo. Tenía acuerdos similares con varios autores más.

Cuando nos levantamos, me tocó discretamente el trasero.

—¿A su casa o a la mía? —dijo tambaleándose.

—A la suya, claro —contesté—. Estoy casada, ¿no lo recuerda?

Resultó mucho más fácil de lo que había previsto. Cuando subíamos la escalera de su lujoso edificio de apartamentos, le hice tropezar y, mientras lo ayudaba a levantarse, le quité el cuaderno. Me metí en el ascensor con él y esperé a que la

puerta se fuera cerrando. Entonces me deslicé fuera y salí corriendo del edificio. Me caí una vez, pero no fue nada grave, sólo se me descosió el dobladillo. De un salto me metí en un taxi y así acabó el asunto. Hábil como en la televisión, casi.

Cuando llegué, Arthur estaba en casa. Lo oí escribir a máquina en su estudio, *rat-a-tat-tat*. Me encerré en el cuarto de baño, me quité el vestido de terciopelo y me puse a examinar el cuaderno de Fraser Buchanan. Tapas de piel negra, ningún nombre o título, bordes dorados. La caligrafía era diminuta, como huellas de cucaracha. Apenas presté atención a las revelaciones muy asombrosas que había ido escribiendo. Buscaba, enloquecida, lo que hubiera de mí.

El cuaderno estaba organizado como un diario, por fechas. Los datos más útiles estaban marcados con asteriscos; el *resip* eran anotaciones bastante incoherentes de Buchanan. La mayoría de las veces utilizaba sólo iniciales.

*J. F.— «famosa» autora de Doña Oráculo. Conocida en fiesta, de artistas pretenciosos. Constitución sólida. Pelirroja, seguro teñida, grandes tetas; me apuntaba con ellas. Se hacía la tonta, risa estúpida, miraba mucho por encima del hombro. Debajo, un terremoto, se ve a primera vista. Evasiva sobre el libro, debo indagar. Casada con Arthur Foster, escribe para Resurgimiento. Puñetero.*

Y más adelante:

*Ingresos calculados:?? No tanto, pero puede conseguir algo de Foster. Buscar nombre de soltera.*

Y más adelante:

*Se entiende con C. B. Le va a costar carísimo follar con ese tipo. El precio del pecado es cuotas mensuales para su seguro servidor. \*Registros de hoteles. Conseguir fotografías, de ser posible.*

Y más adelante todavía:

*\*Louisa K. Delacourt.*

Bien, era realmente sistemático. Me pregunté qué había dicho yo para ofenderlo. ¿Era odio lo que estaba leyendo, o mero cinismo de mercenario implacable? ¿Le estuve apuntando con mis tetas aquella noche, o no? Supuse que un hombre bajo lo experimentaría así. ¿Era estúpida mi risa? Pensé que de verdad, me odiaba. Me sentía

dolida, como si acabásemos de pasar una agradable velada.

Pero no importaba, puesto que yo tenía el cuaderno y la intención de quedarme con él. Seguro que iba a intentar recuperarlo; era su forma de vida, se desesperaría. A la vez, era una prueba incriminatoria: era su letra, tenía su nombre y dirección en la parte interior de la cubierta. No habría podido negarlo. Me extrañó que nadie hubiera intentado robárselo antes. Claro que tal vez no le había hablado de él a nadie.

Escogí una página, la arranqué y la metí en un sobre. Se la enviaría por la mañana, como la oreja de un secuestrado, sólo para que supiera que tenía el cuaderno. Añadí una nota: «Si algo me sucediera, el cuaderno está en buenas manos. Una sola palabra y lo mando a la policía». Tablas, pensé.

Me fui a la cama antes que Arthur, pero me quedé despierta hasta mucho después de que él se hubiera dormido tratando de desenredar la maraña en que se había convertido mi vida. Paul podía aparecer en cualquier momento, espada figurativa en mano, y perpetrar un desastroso rescate que arruinaría mi vida. Y, ahora, Fraser Buchanan trataría de recuperar su cuaderno. Tenía que pensar en un buen lugar donde esconderlo; la consigna de la estación de metro, o podía írmelo enviando por correo continuamente... no, eso no funcionaría. Podía alquilar una caja de seguridad en un banco.

La malevolencia se me acercaba, me iba envolviendo, alguien me estaba enviando notas absurdas pero amenazadoras, me llamaba por teléfono y jadeaba; Fraser Buchanan justificaba sólo algunas de esas llamadas. Alguien me estaba dejando animales muertos en la puerta de casa y si no era el Puerco Espín Real, era alguien que lo conocía. ¿Quién podía haber descubierto lo nuestro? A lo mejor, una persona me dejaba los animales, otra me enviaba las notas, una tercera me llamaba... pero eso me parecía poco verosímil. Tenía que tratarse de una sola persona, que tenía un plan, una intriga con algún final en perspectiva...

Entonces, de repente, lo supe. Era Arthur. Todo era obra de Arthur. Había descubierto lo del Puerco Espín Real, debía de hacer bastante que lo sabía. Me había estado observando durante todo el tiempo, sin decir nada; muy propio de él no decir nada. Pero, al final, había tomado una decisión sobre mí, había pronunciado una sentencia, pulgares abajo. Tí) era despreciable y debía marcharme, y había puesto en práctica ese plan para deshacerse de mí.

Reflexioné sobre cómo pudo hacerlo. Las cartas anónimas habría sido fácil. Pensé en comprobar si faltaban trozos de nuestras Páginas Amarillas, pero no habría sido tan descuidado. Casi todas las llamadas telefónicas habían sido hechas cuando él no estaba en casa, pero era cierto que algunas se habían producido estando él. Pero podía haber pedido ayuda a un amigo. (¿Quién?). Los animales, cualquiera puede encontrar animales muertos. Colocarlos delante de la puerta habría sido más difícil, sobre todo teniendo en cuenta que últimamente yo había decidido levantarme primero. Pero podía haberlos dejado allí por la noche.

Era él, tenía que ser él; estaba preparando el terreno para algo y yo no quería de

ninguna manera saber de qué se trataba. La explicación más sencilla sería que se había vuelto loco, una locura profunda que pasaba desapercibida. Pero no tenía por qué ser eso. Me di cuenta de que todos los hombres de mi vida habían tenido dos personalidades: mi padre, curador y asesino; el hombre del abrigo de tweed, mi salvador y posiblemente también un perverso; el Puerco Espín Real y su doble, Chuck Brewer; incluso Paul, de quien siempre creí que tenía otra vida siniestra en la que yo no podía penetrar. ¿Por qué iba a ser Arthur una excepción? Yo sabía que tenía altibajos pero, hasta aquel momento, no había sospechado aquel lado completamente distinto de su personalidad. El hecho de haber tardado tanto en descubrirlo hacía todo más aterrador.

Arthur era un completo desconocido para mí. Y estaba en la cama, justamente a mi lado. Ahora tenía miedo, no me atrevía ni a moverme; ¿y si se despertaba con los ojos brillantes y alargaba el brazo...? Me pasé el resto de la noche escuchando su respiración. Parecía tan tranquilo.

Tenía que marcharme cuanto antes. Si simplemente me iba al aeropuerto y me metía en un avión, cualquiera podría seguirme el rastro. Mi vida era una maraña, un nido de ratas hecho con hilos enmarañados y cabos sueltos. Para mí no podía haber un final feliz, pero quería que fuese un final limpio. Algo definitivo, como las ¿jeras. Iba a tener que morir. Pero para ello necesitaba ayuda. ¿En quién podía confiar?

## VEINTINUEVE

La mañana siguiente, esperé a que Arthur se hubiera marchado de casa y llamé a Sam.

—Tengo que verte, es importante —le dije.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Marlene había cogido el teléfono y me dio la impresión de que Sam todavía estaba durmiendo.

—No puedo decírtelo por teléfono.

Para Sam era artículo de fe que la CIA, o como mínimo la Policía Montada, tenía su teléfono intervenido, y probablemente tuviera razón. Además, quería que me notase lo suficientemente histérica desde el principio para convencerlo.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —sugirió en un tono más espabilado.

—No —contesté—. Dentro de media hora frente a Tie City en la calle Bloor.

Sam vivía en el Annex y yo sabía que, si se daba prisa, podía llegar. Quería que se diese prisa; así comprendería que era urgente. Luego colgué dejándolo en ascuas.

Había pensado detenidamente en la historia que iba a contarles, porque, por supuesto, irían los dos; no me cabía duda de que Marlene lo acompañaría. Como siempre, tenía que descartar la verdad. Si les contaba la verdad, iban a pensar que no podían ayudarme ya que, según la ideología que compartían, los problemas puramente personales carecían de importancia. Si hubiera podido hablar con cada uno por separado, habría sido diferente, pero al estar juntos, cada uno era testigo y acusador en potencia del otro. Yo necesitaba tener los villanos cabales que me persiguiesen por una causa importante para ellos. Todo aquello me daba un poco de vergüenza; porque Sam, como la mayoría de los del grupo, aunque tortuoso, era esencialmente honesto, mientras que yo era esencialmente tortuosa con una pátina de honestidad. Pero estaba desesperadísima.

Hecha un manojo de nervios, esperé delante de la tienda mirando las corbatas del escaparate y encima de mi hombro de vez en cuando hasta que Sam y Marlene aparecieron. Habían tomado un taxi, lo cual me dio esperanzas porque, por lo general, nunca tomaban taxis.

—Actuad con normalidad —les dije en voz baja y tono misterioso—. Hagamos ver que estamos paseando. —Nos pusimos a caminar en dirección oeste y les indiqué el lugar y la hora de la verdadera reunión—. Creo haber visto a uno de ellos en la esquina —añadí—. Tened cuidado de que no os sigan. —Luego nos separamos.

Aquella tarde a las tres y media nos encontramos en el Roy Rogers de la calle Bloor, al oeste de Yonge. Yo pedí un batido de vainilla, Sam un Roy con guarnición y Marlene un Dale Evans.

Llevamos las bandejas a una mesa redonda junto a un gran ventanal que daba a un pequeño patio trasero, en el cual había una inmensa valla publicitaria de Coca-Cola con un niño y una niña uniendo sus sanas miradas mientras bebían.

—No podías haber escogido un sitio mejor —comentó Sam—, Jamás sospecharían de este antro.

—¿Sabéis que con sólo pedirla se puede conseguir auténtica Mierda de Trigger?

—¿Auténtica? Un cuerno —replicó Sam—. Hay más de eso que trozos de la Santa Cruz. ¡Además el verdadero Trigger fue disecado y enmarcado hace años!

Marlene se quedó cortada. Yo miré debajo de la mesa por si había micrófonos escondidos. Luego me incliné hacia ellos:

—Han descubierto lo de la dinamita.

Sam no dijo nada. Marlene lió un cigarrillo. Últimamente tenía esta costumbre; siempre quedaban hebras de tabaco afuera y ardían cuando lo encendía, pero ella sostenía bravamente el cigarrillo en la esquina de la boca mientras hablaba.

—¿Quiénes? —dijo—. ¿Cómo lo sabes?

—No estoy segura —contesté—. Podría ser la Policía Provincial de Ontario o la Policía Montada; o la CIA tal vez. En cualquier caso, es algo por el estilo. Anteayer cuando fui a cambiar el coche de sitio, vi a dos hombres que estaban vigilándolo. No me acerqué, seguí caminando como si no tuviera nada que ver. Ayer volví y todavía estaban allí, o quizá fueran otros dos. Pero esta vez ni siquiera seguí por la misma calle, crucé y me metí por una lateral.

—Eso significa que todavía no saben quién eres —dijo Marlene—. De lo contrario, no se molestarían en vigilar el coche, sino que te vigilarían a ti.

—No lo saben todavía —repliqué—. Pero se enterarán. Me seguirán hasta el apartamento; cuando compré el coche di esa dirección. El casero les dará mi descripción. Si me arrestan, averiguarán mi verdadero nombre y cogerán a Arthur y, luego, a vosotros.

Sam temblaba. Sus fantasías de evasión se habían hecho finalmente realidad y no le hacía ninguna gracia. Marlene, en cambio, permanecía serena. Tenía los ojos entornados, por el humo en parte.

—¿Crees que es la Policía Montada? —dijo ella.

—Si estuviésemos de suerte —contesté—. Si son ellos, es posible que nunca me encuentren y, si lo hacen, por lo menos tendríamos derecho a un juicio. Pero si son los otros, la CIA o alguien peor, corremos el riesgo de que... bien, ya os lo podéis imaginar, se deshagan de nosotros. Siempre hacen que parezca un suicidio, o un accidente.

—¡Maldita sea! —exclamó Sam entre dientes—. Siento mucho haberte metido en esto. Pero no puede ser la CIA, no somos nada para ellos.

—Creo que estás equivocado —intervino Marlene—. Odian a las organizaciones nacionalistas, no quieren que este país evolucione.

—De todas formas, tenemos algo a nuestro favor —dije—. Por el momento, mientras no descubran mi identidad, sus pesquisas no pueden llevarles más allá del apartamento.

—Será mejor que te hagamos salir del país —propuso Marlene.



—¡Sí! —dije yo, quizá un poco demasiado precipitadamente—. Pero no puedo meterme en un avión y ya está. Si desaparezco, seguirán buscándome hasta que me encuentren. Creo que deberíamos montarles una especie de punto muerto.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sam.

Hice ver que reflexionaba.

—Creo que deberíamos representar mi muerte; así, cuando empiecen a meter las narices, descubrirán que estoy muerta y eso será todo. Lo cierto es que no hay nada que os relacione a todos vosotros con el coche y la dinamita. Dejaremos el coche donde está y que se preocupen ellos.

La idea les impresionó y empezamos a discutir modos y maneras. A Sam se le ocurrió fingir un accidente de coche, utilizando un cuerpo destrozado, irreconocible. Veía demasiada televisión.

—¿Y de dónde sacamos el cuerpo? —preguntó Marlene, y ahí acabose el plan.

A Sam se le iluminó el rostro.

—¡Ey...! ¿Qué me dices de un bidón de cal viva con tus dientes esparcidos dentro? No hay mejor medio de identificación que los dientes. Es lo que se utiliza en los accidentes de aviación para identificar a las víctimas. Pensarían que la cal había corroído el cuerpo.

—¿De dónde vamos a sacar mis dientes? —pregunté.

—Tendrán que sacártelos, claro —contestó Sam un poco ofendido ante mi reacción negativa—. Luego te haces una dentadura postiza, es más higiénico, en cualquier caso.

—No. Torturarían al dentista y él lo contaría todo. Podría considerar esta idea si se tratase de uno o dos dientes... —acepté.

Sam puso cara larga.

—Si realmente estás dispuesta a hacerlo, tienes que hacerlo bien.

—Lo que necesito es algo muy limpio —dije—. ¿Qué me decís de esto?

Saqué un recorte de prensa del bolso. Era sobre una mujer que se había ahogado en el lago Ontario, muy simple, sin vueltas. Simplemente se había hundido como una piedra y nunca habían recuperado su cuerpo. No había hecho ningún intento por alcanzar el chaleco salvavidas que le habían arrojado. Era una de las primeras veces, decía el periódico, que se había instruido una encuesta *post-mortem* y que se había expedido un certificado de defunción sin cadáver. A veces, recortaba noticias de este estilo pensando que podrían venirme bien como elemento para mis argumentos. Por supuesto, había conservado ésa.

—Pero esto ya se ha hecho —replicó Sam.

—No lo notarán —dije—. Por lo menos espero que no se den cuenta. En cualquier caso, es mi única Oportunidad.

—¿Y Arthur? —intervino Marlene—. ¿No debería saberlo?

—Ni hablar —dije yo—. Arthur no sabe representar, ya lo sabéis. La policía lo interrogará, seguro, y, si él sabe que estoy viva, o se mostrará tan falso que

sospecharán que algo raro está sucediendo, o demasiado tranquilo y sosegado y entonces pensarán que me ha matado él. No convencería a nadie. Se lo contaremos luego, cuando todo haya pasado. Sé que es cruel, pero no hay más remedio.

Insistí en este punto varias veces; lo último que quería era que Arthur pudiese seguir mi pista.

Al final, aceptaron. De hecho, se sentían halagados de que yo pensara que eran capaces de llevar a cabo una representación de forma mucho más convincente que Arthur.

—Pero, sobre todo, no exageréis la pena —les advertí—. Un poco de culpabilidad, pero no os paséis con el desconsuelo.

Comentaron que iba a necesitar documentos falsos para salir del país, pero les dije que un amigo mío se ocuparía de ello y que cuanto menos supieran ellos, mejor. Estaba contenta de tener al día el pasaporte y el documento de identidad de Louisa K. Delacourt.

Marlene dijo que tenía una reunión y Sam me acompañó hasta el metro. Algo le preocupaba. Por fin, dijo:

—Joan, lo de esos hombres, ¿estás segura? ¿Estás segura de que estaban vigilando?

—Sí, ¿por qué?

—Es que normalmente no son tan incompetentes. Si de verdad llevaban dos días detrás de ese asunto, ya tendrían que haberte cogido.

—Sam, no estoy segura del todo. Tal vez se trate de ellos, tal vez esté equivocada. Pero ésa no es la única razón por la que quiero marcharme.

—¿Qué es, entonces? —quiso saber Sam.

—¿Me prometes que no se lo contarás a Marlene? —Lo prometió—. Me están chantajeando.

—No digas tonterías. ¿Para qué?

Tuve ganas de decírselo, estuve a punto de decírselo, pero lo pensé mejor.

—No tiene nada que ver con la política —le dije—. Es personal.

Sam no me apremió para que le diese detalles; sabía cuándo había que retirarse.

—A mí también me están chantajeando —dijo—. Marlene. Quiere contarle lo nuestro a Don.

—Sam, ¿es necesario que ella intervenga en esto?

—Sí —contestó—. Necesitamos dos testigos. Además, estará genial con la policía. Es una mentirosa fenomenal.

—Sam, te agradezco que hagas esto por mí —le dije. Me estaba empezando a dar cuenta de que quedaban muchas preguntas en el aire—. Si la cosa se te complica demasiado, volveré y pagaré la fianza.

Me apretó la mano de forma tranquilizadora.

—Todo saldrá como obra de relojería, ya lo verás —dijo.

No le conté nada sobre todo lo demás, los animales muertos, las llamadas

telefónicas y las cartas. Hubiera sido demasiado complicado. Tampoco mencioné mis sospechas sobre Arthur. Sam lo conocía desde hacía muchos años y no lo habría creído capaz de algo así. Habría pensado que me lo estaba imaginando todo.

Si el tiempo no cambiaba, el accidente ocurriría dos días más tarde. Mientras tanto, me dediqué a los preparativos. Lo primero que hice fue comprarme una falda y una blusa, para ir en el avión con ropa que nadie me hubiese visto antes. Luego fui al aeropuerto, en metro y autobús, y compré un billete para Roma usando mis documentos de Louisa K. Delacourt. Dije que me iba un mes de vacaciones. Compré el pañuelo rosa de la Policía Montada y gafas de sol, me cambié en el lavabo de señoras, me puse el pañuelo y alquilé un Datsun rojo brillante en Hertz. Dije que lo dejaría de nuevo en el aeropuerto dos días después. Volví al lavabo, me vestí con la ropa que llevaba antes y me marché en el coche.

Aparqué en la esquina de casa y, después de comprobar que Arthur había salido, saqué una maleta vieja del armario y metí lo indispensable. Envolví la maleta en papel de embalar y la llevé como si fuese un paquete hasta el maletero del coche.

A la mañana siguiente, le dije a Arthur que me dolía la cabeza y que me iba a quedar un rato en la cama. Le pedí una aspirina y un vaso de agua. Pensé que no tardaría en marcharse, ya que no le gustaba verme enferma, pero para mi sorpresa, se estuvo entreteniendo, me preparó una taza de té y me preguntó si necesitaba algo más. Me emocioné: quizá lo había juzgado mal, tal vez debía contárselo todo, no era demasiado tarde... Pero había la posibilidad de que se estuviera comportando de aquella forma porque sospechaba que yo estaba tramando algo. Le recordé el artículo que debía terminar para *Resurgimiento* y, al final, se marchó.

Salté de la cama, me puse un vestido normal y metí una camiseta y los vaqueros en un bolso enorme. Por culpa de Arthur, tenía un retraso de tres cuartos de hora según el horario previsto. Atravesé la ciudad en el coche en dirección este y bordeando el lago Ontario en busca de un lugar donde pudiera acercarme sin darme contra una roca o contra un montón de gente. Encontré un tramo de playa con árboles bajos y unas cuantas mesas de picnic. Estaban vacías y confié que siguieran así; pensé que era lo más probable, porque era un día laborable de principios de junio y las familias excursionistas no habían aparecido todavía como las setas. Dejaría el coche allí y lo recogería después. Los árboles me taparían cuando me acercase a la playa.

Volví en coche hasta la cabina más cercana, fuera de una estación de servicio, y llamé a un taxi explicando que se me había estropeado el coche y que llegaba tarde a una cita en la ciudad. Describí el lugar y dije que estaría junto a un Datsun rojo. Volví a mi playita en el coche, lo cerré, la maleta en el maletero y el billete y la documentación de Louisa K. en la guantera, y enterré las llaves en la arena bajo la rueda delantera derecha. Cuando llegó el taxi, me hice llevar al Hotel Royal York,

entré por la puerta principal y me dirigí al sótano, donde me puse la camiseta y los vaqueros, apretujé el vestido que llevaba en el bolso y salí por la puerta lateral. El muelle del ferry estaba a sólo unas cuantas manzanas. Sam y Marlene ya estaban allí.

—¿Te han seguido? —preguntó Marlene.

—No creo —contesté.

Volvimos a repasar una vez más la historia que le tenían que contar a Arthur: nos habíamos encontrado en la calle y, de pronto, nos apeteció ir en barco hasta la isla. Pensamos que era mejor a vela que en canoa; resultaba más fácil caerse de un barco de vela, mientras que, si era una canoa, caeríamos todos al lago al volcar y no era necesario que ellos también se mojasen, les dije. Tomamos el ferry a la isla. Marlene había llevado una cámara; pensó que sería útil tener una prueba gráfica de que yo estaba feliz y despreocupada, así que posé con Sam y luego con Marlene apoyada en la barandilla del ferry y sonriendo de oreja a oreja.

Una vez en la isla, pasamos por delante de todos los puestos de alquiler de barcos una y otra vez para decidir en cuál pareceríamos menos sospechosos. Elegimos el de peor apariencia y conseguimos el barco sin problema, cinco dólares para bajar y el resto al devolverlo. Era bastante pequeño y el encargado nos dijo que en realidad era sólo para dos personas, pero que haría una excepción siempre y cuando no saliésemos del puerto.

—Saben navegar —dijo, más como una afirmación que una pregunta.

—Sí, claro —dije yo, sin titubear.

El encargado volvió a meterse en su cobertizo y nos quedamos solos con el barquito.

Sam se apresuró a desamarrarlo del muelle. Subimos y nos dirigimos al puerto de Toronto, donde otros barcos de vela, con sus blancas alas ondeando al viento, viraban diestramente arriba y abajo.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Pues ahora izaremos las velas —dijo Sam. Desató algunos cabos y fue tirando para un lado y para el otro hasta que una vela empezó a moverse tímidamente mástil arriba.

—¿Sí que sabes navegar? —le dije.

—Claro. Lo hacía cada día en los campamentos de verano.

—¿Cuánto hace de eso? —quiso saber Marlene.

—Bueno, recuerdo lo fundamental —empezó a decir en un tono defensivo, pero si queréis haceros cargo vosotras...

—Es la primera vez que estoy en un barco de vela —dijo Marlene, con esa sombra de desdén que las mujeres guardan para los hombres a los que se les sorprende haciendo una exhibición tramposa de pericia.

Entonces ya estábamos enfilando serenamente hacia el rumbo de uno de los ferrys de la isla.

—Quizá deberíamos volver y coger una canoa —sugerí.

—No podemos —dijo Sam—. No sé cómo.

Al final, Marlene acabó en el timón y Sam y yo, a gatas y esquivando la botavara, intentamos controlar los cabos que eran los que, a su vez, controlaban las velas. De alguna manera funcionó, sin embargo mi moral estaba por los suelos. ¿Por qué demonios había urdido ese guión tan malo y esencialmente melodramático, cuyo desenlace podía ser que muriésemos todos de verdad? Mientras tanto, y balanceándonos sin parar, atravesamos el puerto de Toronto, pasamos por delante de aquel arrecife que parecía que lo estaban construyendo con basura del vertedero, y nos introdujimos en el lago. El barco parecía estar más o menos bajo control; me agaché en cubierta y utilizando el espejito de la polvera, me embadurné la cara con un pote de sombra de ojos Azul Medianoche. Lo de la cara azul había sido idea de Marlene: decía que de esta forma sería más difícil ver mi cara blanca desde la orilla. Por esa misma razón me había puesto téjanos y una camiseta azul.

Fuera del puerto hacía más viento y las olas eran de verdad. Avanzamos a gran velocidad hacia el este con el viento de popa. Mi cara estaba ya bastante azul y me puse a escudriñar la orilla que parecía muy diferente vista desde el agua, tratando de recordar el lugar donde había dejado el coche.

—¡Estamos demasiado afuera! —le grité a Sam—. ¿No puedes entrar un poco más?

Sabía nadar, pero no era una gran nadadora. No tenía ganas de flotar boca arriba más de un kilómetro. Marlene, ¡ah, aquel entrenamiento en las Exploradoras!, me alcanzó los prismáticos de Don, otra idea de ella. Había llevado de todo menos banderas de señales. Volví a escudriñar la orilla con los prismáticos ahora y allí estaban: el banco de arena, las mesas de picnic y, sí, el coche, alejándose a toda velocidad de nosotros.

—Es allí atrás —le señalé a Sam—. ¿Cómo vamos a volver?

—¡La amura! —gritó Sam mientras buscaba un cabo.

—¿Qué?

—¡Tengo que coger el timón! —chilló, y empezó a arrastrarse para atrás, hacia nosotras.

—¡Ah Dios! Acabo de acordarme de algo —dijo Marlene.

Más bien fue un chillido, porque, entre el viento y las olas, que empezaban a ser impresionantes, no nos oíamos. Las olas estaban coronadas de espuma y se estrellaban contra los lados del barco.

—¿Qué?

—Don... todo esto aparecerá en los periódicos y él se enterará de que estábamos juntos.

—¡Le dices que ahora no sois más que amigos! —grité.

—No se lo tragaré —replicó Marlene.

Estaba encantada de que lo que quería revelar saliera a la luz sin su intervención, y en su desespero o alegría, soltó el timón. El barco viró, la vela cayó, Sam se agachó

y la agitada botavara me golpeó por detrás, en la espalda y me tiró por la borda.

No estaba preparada para caerme y tragué una buena cantidad de agua sin tratar del lago Ontario mientras me hundía. Estaba mucho más fría de lo que había imaginado y tenía sabor a aletas de pescado rancio y a pañales viejos. Salí a la superficie tosiendo y jadeando.

Sam había dejado caer las velas y el barco se balanceaba inseguro a cierta distancia de mí.

—¡Ah, Dios mío! —gritaba Marlene, muy auténtica, como si realmente me hubiese caído por la borda y me estuviese ahogando. Extendía los brazos hacia mí inclinándose peligrosamente, y decía—: ¡Por aquí! ¡Joan!

Pero Sam la sujetó para evitar que cayera.

No podía volver a subir al barco para seguir el plan como lo habíamos previsto; tenía que continuar desde allí. Me sumergí y traté de bucear por debajo de la embarcación como habíamos planeado. Tema que salir por el otro lado para no ser vista desde la orilla en caso de que alguien estuviese mirando, y esta jugada era necesaria ya que había divisado a una familia en una de las mesas de picnic. Lo conseguí al segundo intento, pero Marlene y Sam seguían mirando por el lado donde había desaparecido: parecían haberse olvidado por completo del plan. Como sentía que me empujaban hacia abajo, me saqué los prismáticos del cuello y traté de lanzarlos al barco, pero no lo logré; se hundieron para siempre. Entonces recordé el vestido, que estaba en la proa dentro de mi bolso.

—¡El vestido! —grité—. ¡No os olvidéis de tirarlo!

Pero ellos habían girado en la dirección del viento, alejándose de mí. Estaban intentando recuperar el control del barco.

Escupí más agua del lago y me puse de espaldas lo más plana que pude; si había algo que sabía hacer era flotar. Me coloqué en dirección a la orilla y empecé a mover los pies bajo el agua; confié estar flotando discretamente hacia el banco de arena ayudada por las olas, que, de vez en cuando, rompían sobre mi cabeza. Lo habíamos hecho fatal, pero no del todo. Parecería más verosímil que si simplemente hubiese saltado del barco. Miré hacia arriba, al cielo azul con sus blancas nubes en movimiento y me concentré en la jugada siguiente.

Afortunadamente encallé fuera de la vista de las mesas, ocultas por los árboles. Estaba sólo a menos de quinientos metros del sitio planeado. Me arrastré hasta la orilla y me quedé acostada allí, recuperando el aliento mientras se arremolinaban a mi alrededor pieles de naranja, eperlanos muertos y unas sospechosas cosas marrones, que las olas arrastraban hacia dentro y hacia fuera. Tenía el pelo lleno de arena y de trocitos de algas. Una vez recuperada, fui chapoteando lo más silenciosamente que pude por la orilla y me agaché detrás de los arbustos. Sabía que el coche estaba al otro lado, pero la familia excursionista también. No podía arriesgarme más para verlos, pero oía el lloriqueo de los niños y los gruñidos del padre.

Me quedé acechando entre la maleza por lo menos media hora, empapada y

titiritando, tratando de esquivar las ortigas, los montoncitos de excrementos humanos secándose, el papel higiénico en jirones, los arrugados papeles de bocadillo, los trozos de salchichón y las botellas de gaseosa viejas, preguntándome si se iban a quedar allí todo el día y yo perdería el avión. Por fin oí el ruido del motor de un coche y el crujido de ruedas sobre la grava.

Les di tiempo para alejarse y luego caminé hasta el coche, busqué las llaves, donde las había enterrado, saqué la maleta y me cambié en el asiento de atrás; me puse la falda y la blusa y me cubrí el pelo mojado con el pañuelo de la Policía Montada. Mi cara en el retrovisor me hizo sobrecoger, casi parecía ahogada de verdad. Me limpié la sombra azul de ojos con Kleenex y los tiré a los matorrales. Escurrí los vaqueros y la camiseta, los enrollé y los guardé en la bolsa de plástico de color verde que había llevado para ello y la metí en el fondo de la maleta. Cuando me alejaba, distinguí brevemente a Marlene y a Sam; habían conseguido izar la vela pero no habían podido dar la vuelta y navegaban a gran velocidad en dirección a Kingston con todas las velas desplegadas.

Llegué al aeropuerto, devolví el coche alquilado y cogí el avión con veinte minutos de sobra. La peor parte fue el rato en que estuve ya dentro del avión esperando que despegase; no podía llegar a creer que no me hubieran seguido. Pero estaba a salvo.

## QUINTA PARTE



## TREINTA

¡Vaya precio tiene la seguridad!, me dije. Sentada en el balcón, en ropa interior y cubierta de toallas, tomando un sofocante baño de sol en medio de ninguna parte de este mundo. El Más Allá no era un paraíso, era solamente un limbo. Comprendí entonces por qué los muertos regresaban para velar por los vivos: el Más Allá era aburrido. No había nadie con quien hablar y nada que hacer.

Pensé que tal vez me había ahogado de verdad y que todo esto, las horas en el avión —había visto la película *El joven Winston*, sin los auriculares—, el coche Hertz alquilado, el apartamento, mi ida a Roma a comprar el tinte, habían sido una especie de broma perpetrada por la vida futura. Después de la muerte, el alma se queda un tiempo atada al cuerpo, al menos eso es lo que dicen los espiritistas. En ese caso, yo había debido quedarme suspendida, sin que me afectasen las corrientes, en algún lugar cercano a la superficie aceitosa del lago Ontario, un poco al este de la isla de Toronto. O quizá me habían sacado y, como no tenía identificación, yacía sobre una losa pública; o me habían cortado a pedazos para hacer trasplantes con mis órganos y, si estaba ahora contemplando aquel paisaje, era porque otro cuerpo poseía mis ojos. Mi vida no pasó ante mí como tenía que haber ocurrido, pero ya pasaría, siempre había sido de floración tardía.

Aprende a vivir el presente, toma la vida como viene, eso es lo que decían los manuales para mejorar la capacidad mental. ¿Pero qué ocurría si el presente era un desastre y la vida por venir una ciénaga? Me sentía abandonada en una isla desierta; cada día aumentaba en mí el deseo de enviar mensajes, dentro de botellas o sin ellas. «Todavía estoy viva. No puedo salir de aquí. Hace días que no diviso un barco. Estoy harta de hablar con la flora y la fauna locales y con las hormigas. Por favor, rescatadme». Me hallaba en un precioso paraje sureño, con las brisas y el encanto del viejo mundo, pero mi país estaba incrustado en mi cabeza, como una placa de metal olvidada dentro en una operación; o más bien, como una de esas bolitas que se ponen en cuencos con agua y que se dilatan hasta convertirse en llamativas flores minerales. Si permitía que se descontrolasen, se apoderarían de mi mente. No había servido para nada alejarme. Me los había llevado a todos conmigo, aún podía oír sus voces, murmurando como un gentío lejano pero furioso. Era demasiado tarde para cambiar los muebles de lugar; no podía conseguir que se quedasen fuera.

¿Dónde estaba aquella nueva vida en la que yo tenía intención de entrar tan fácilmente como cruzar un río? No se había materializado y la vida de antes seguía sin mí, estaba enjaulada en aquel balcón esperando cambiar. Pensé que debería dedicarme a algún hobby, a hacer colchas, a la jardinería, a coleccionar sellos. Lo que tenía que hacer era relajarme y convertirme en una turista, una turista depredadora que hiciese fotos y recogiera amantes con corbatas de nailon rosadas y zapatos puntiagudos. Yo deseaba soltarme, empaparme de ese ambiente, tranquilizarme y alimentarme de las trivialidades fuera del árbol de la vida, pero no podía. Esperaba

que algo sucediese, el siguiente giro de los acontecimientos (¿un círculo? ¿una espiral?). Toda mi vida había estado enganchada a las intrigas.

Me pregunté si Arthur habría recibido ya mi postal. ¿Se reuniría conmigo, empezariamos de nuevo, sería un comienzo nuevo, una nueva vida? O, si realmente había sido él... ¿seguiría enfadado? Tal vez no tendría que haber enviado la postal. Por otra parte, quizás él la rompiese e ignorase mi súplica de rescate.

Me recliné en la silla y cerré los ojos. El verdulero estaba en la puerta, con los brazos llenos de, qué iba a ser, de verduras: enormes calabacines, alcachofas, cebollas, tomates. Sonrió, corrí hacia él y me estreché entre las mangas cortas de sus brazos color oliva; había zumo de tomate por todo el suelo, resbalamos y caímos uno encima del otro en medio de calabacines chafados, era como hacer el amor con una lechuga, crujiente y suave a la vez. Sin embargo, no sería así; él llegaría hasta la puerta pero, en lugar de abalanzarme sobre él, me acordaría que la ropa interior estaba colgada sobre el respaldo de la silla.

—Un momento, por favor, tengo que recoger unas cosas.

¿Qué pensaría de mí? Me pondría a recorrer la habitación juntando y escondiendo.

—¿Le apetece una taza de té?

Ninguna comunicación. Desaparecería su sonrisa. ¿Por qué le había pedido que fuera? Y además, se lo contaría a todo el pueblo, los hombres me espiarían y rondarían mi casa por la noche y los niños me arrojarían piedras.

Me incorporé en la silla de plástico y abrí los ojos. Era inútil. Estaba nerviosa como una pulga en una sartén, ni siquiera podía tener una fantasía sexual sin sentir ansiedad. Necesitaba un trago y se me había acabado el Cinzano. Y los niños ya habían empezado a tirar piedras; el día anterior poco faltó para que me alcanzase una.

Me levanté y entré al apartamento. Aún no había establecido una rutina y cada vez había menos y menos motivos para hacer algo en un tiempo determinado. Fui a la cocina dejando toallas por el camino. Tenía hambre, pero no había nada para comer, salvo un poco de pasta hecha que estaba secándose ya y un manojo de perejil amarillento dentro de un vaso de agua en el alféizar. Había mucho que decir sobre las neveras. Si bien inspiraban una idea de restos, creaban la ilusión de que siempre habría un mañana, uno podía conservar cosas para siempre dentro de ellas... ¿Por qué los analistas sociales no habían hecho nunca un estudio sobre las neveras? Seguro que quienes tenían nevera veían la vida de un modo muy distinto que quienes no tenían. Lo que el banco era para el dinero, la nevera lo era para la comida... A medida que estos pensamientos pasaban por mi cabeza, empecé a tener la sensación de que toda mi vida era una tangente.

Noté que algo iba mal con las hormigas. Me fijé en el platito con agua azucarada: me había olvidado de añadir agua y la solución se había espesado hasta convertirse en jarabe. Algunas hormigas mordisqueaban los bordes, pero otras se habían aventurado hasta la superficie y habían quedado atrapadas, como esos felinos de afilados dientes,

conservados en bidones de brea. Estaban muertas o agitaban débilmente las antenas. Con una cerilla traté de salvar a las que todavía vivían pescándolas y sacándolas al borde del platito; pero para la mayoría el esfuerzo resultó vano porque estaban irremediablemente pegadas. Nunca había sabido tratar a los animalitos. SOS, escribí en el agua azucarada. «Haced algo».

Volví a la sala y me puse uno de los vestidos sueltos. Ya no necesitaba el pañuelo rosa de la Policía Montada. Me había teñido el pelo el día después de haber ido a Roma y ahora lo tenía castaño fangoso. No tenía ninguno de los brillos luminosos prometidos. De hecho, era espantoso. ¿Por qué no me había comprado una peluca? Sabía por qué, daban mucho calor y se me habría abrasado la cabeza. Pero una bonita peluca gris habría quedado mejor que aquel teñido.

Subí la colina hasta la plaza del mercado. La calle estaba llena de folletos; quizás había elecciones, pues había escuchado camiones que subían a la plaza cada día tocando melodías pegadizas y lanzando mensajes. Sin embargo, yo estaba excluida, era una extranjera, pero, aparte de este hecho, había algo más, algo iba mal. Pasaba en medio de un corredor de miradas hostiles, las ancianas vestidas de negro con piernas como butifarras no me devolvían mi *bongiorno*, ni siquiera me saludaban con un gesto de la cabeza, sino que me miraban sin verme o apartaban la mirada. Una de ellas tapó con la mano los ojos a una niña pequeña sentada junto a ella y se santiguó. ¿Qué había hecho yo? ¿Qué tabú había violado?

Me dirigí a la carnicería y me abrí paso por la abigarrada cortina de tiras de plástico como algas que cubría la entrada. El carnicero y su mujer eran una pareja amable, redondos como púdines los dos y envueltos en enormes delantales blancos salpicados de sangre. Las bandejas detrás del cristal distaban mucho de la ostentosa exposición de que hacían gala las carnicerías de Toronto. El género era bastante escaso: unas piezas pequeñas de carne de vaca, algún órgano suelto: un hígado, un corazón, un riñón o dos, tres o cuatro pedazos ovalados que, según mis sospechas, eran testículos. Por lo general, el carnicero y su mujer levantaban cosas y me las ofrecían y sugerían cosas incomprensibles, sonriendo todo el tiempo.

Aquel día, sin embargo, no sonreían. Cuando me vieron entrar, sus rostros se volvieron serios y vigilantes. ¿Eran imaginaciones mías o parecían tenerme un poco de miedo? No me ayudaron con la terminología como siempre y tuve que señalar con el dedo. Aun cuando adquirí cinco cuadraditos de carne de vaca finos como el papel, una cantidad extravagante, su actitud no se suavizó. Y ni siquiera podía preguntarle qué les había hecho para ofenderlos o atemorizarlos así. No sabía las palabras.

En la panadería, en la tienda de comestibles, en la parada de verduras el dinero iba desapareciendo de mi maltrecho monedero, y en todos lados lo mismo, algo iba mal. ¿Había cometido algún delito? Como estaba segura de que los dos gendarmes estarían allí, casi no me atrevía a acercarme a la oficina de correos. Pero me dije que no había hecho nada, que debía de tratarse de algún malentendido. Todo quedaría aclarado más tarde. Hablaría con el señor Vitroni.

—¡Delacourt! —grité valerosamente en la oficina de correos.

No hubo cambio alguno en la mujer del mostrador, ya que ella nunca había sido amable. Sin decir palabra, me dio un sobre gordo. De papel manila y con la escritura de la máquina de Sam.

Una vez fuera, lo abrí rompiéndolo. Estaba lleno de recortes de periódico, cuidadosamente ordenados, el más antiguo encima, y una nota a máquina de Sam. «Enhorabuena. Te has convertido en un culto póstumo». Pasé los recortes rápidamente con el pulgar, SE SOSPECHA QUE LA ESCRITORA SE SUICIDÓ. SE HA ABIERTO UNA INVESTIGACIÓN, decía el de arriba, y así seguían los demás. Algunos tenían la foto de la contraportada de *Doña Oráculo*, otros las sonrientes instantáneas que había tomado Marlene en el ferry el día de mi muerte. Se hablaba mucho sobre mi energía morbosa, mi mirada fatalmente predestinada, las depresiones en las que, aparentemente, me sumía (pero ni una palabra sobre el Puerco Espín Real, nada sobre Louisa Delacourt... Fraser Buchanan estaba siendo discreto). Las ventas de *Doña Oráculo* eran espectaculares, todos los necrófilos del país se habían apresurado a comprar un ejemplar.

Me habían colocado en la categoría de mujeres desdichadas, que por cierto parecían ser muchísimas, cuya muerte había sido consecuencia de un exceso de palabras. Ahí estaba yo, en el fondo de la barcaza de la muerte donde una vez había ansiado estar, mi nombre en la proa, navegando sinuosamente río abajo. Varios de los artículos extraían moralejas: se puede cantar y bailar o se puede ser feliz, pero no ambas cosas a la vez. Es posible que tuvieran razón: uno podía permanecer años y años en la torre, tejiendo y mirándose al espejo, pero bastaba una sola ojeada a la vida real a través de la ventana y allí se acababa todo. La maldición, el destino fatal. Empecé a tener la sensación de que, si bien no me había suicidado, quizás hubiera debido hacerlo. Hacían que pareciese tan verosímil.

Lo siguiente que me pasó por la cabeza fue: no podré volver nunca más. Con toda esa gente desparramando palabras como flores sobre un ataúd, cobrando por hacerlo y tomándose tan en serio. Si yo surgiese del mundo de los muertos, regresase tan fresca y anunciase que todo aquello no había sido más que un engaño, ¿qué harían? Se sentirían humillados, me odiarían para siempre y convertirían mi vida en una pesadilla. Las mujeres no saldrán en mi defensa, nada puede compararse a la furia de quien rinde culto a los muertos y se siente defraudado. Sería como la reaparición de James Dean treinta años mayor y con barriga, o Marilyn paseando por la calle Yonge con rulos en la cabeza y veinticinco kilos más. A todos aquellos que exteriorizaban dolor y recordaban mi belleza etérea, no les gustaría nada que yo apareciese en carne y hueso. Tendría que permanecer enterrada en la seguridad del Más Allá, tal vez para siempre. De hecho, había tanta gente sacando provecho de mi muerte, que seguramente me revestirían de cemento y me hundirían en el puerto de Toronto tan pronto como sacase mi hocico por la superficie del agua.

¿Qué había sido de mi limpia, tranquila y tan bien planeada muerte accidental?

Había salido a la luz —¿por parte de quién? ¿cómo?— que yo no me había caído, sino que había saltado. Eso era ridículo. Era verdad que mi intención había sido saltar, pero de hecho me había caído antes. Además, un reportero entrevistó a Marlene y ella lo exageró. Dijo que me habían lanzado un chaleco salvavidas pero que yo ni siquiera había intentado alcanzarlo y que me había hundido sin apenas luchar. No había ningún chaleco salvavidas, estaba segura, no debería haberlo inventado. Pero ¿quién había entrevistado a mi padre y por qué él les había contado que yo era una gran nadadora? Nunca me había visto nadar. No era mala nadadora, aprendí en la clase de gimnasia del instituto, era uno de los deportes que no me importaba practicar porque la mayoría del tiempo estaba fuera de la vista de los demás. Mi especialidad era espalda y braza. No era muy buena en crawl.

Así que pensaban que había saltado adrede, que había rechazado el chaleco salvavidas y que me había hundido intencionadamente, y no podía hacer nada para demostrar que estaban equivocados, a pesar de que un informante anónimo había indicado que era imposible que yo me hubiera suicidado, que yo amaba la vida. Y que no era mi estilo, en absoluto.

Bien, pensé, tal vez quería morir realmente o no lo habría fingido. Pero no era cierto; fingí que moría para poder vivir, para poder así tener otra vida. Estaban siendo perversos y eso me ponía furiosa.

Cargada con los paquetes, regresé a casa bajando la colina. Yo amaba la vida, lo decía el periódico. ¿Por qué entonces iba a querer hacer una cosa así?

## TREINTA Y UNO

Como no podía hacer nada al respecto, decidí ignorar mi suicidio. Durante los tres días siguientes, intenté trabajar. Me senté delante de la máquina de escribir y cerré los ojos, confiando en que el argumento se fuese desarrollando sin esfuerzo detrás de mis ojos, como una película. Pero había algo que lo bloqueaba, estaba estancada. Había hecho que Charlotte llevara a cabo varias huidas frustradas: en dos ocasiones había estado a punto de ser violada y en una de ser asesinada (arsénico en el pudín Spotted Dick, causándole fuertes vómitos). Sabía lo que tenía que ocurrir. Felicia, por supuesto, tendría que morir; ése era el destino de las esposas. Charlotte tendría el camino libre para convertirse en esposa en su lugar. Pero primero debería mantener una batalla final con Redmond y golpearlo con algo (un candelabro, un atizador, una piedra, cualquier objeto duro y contundente serviría), que lo dejaría sin conocimiento y le ocasionaría fiebre cerebral con alucinaciones durante las cuales sus rasgos y sus deseos se purificarían mediante el sufrimiento y murmuraría su nombre. Ella lo cuidaría aplicándole compresas frías y se daría cuenta de cuán profundamente lo amaba; entonces, volvería en sí y le pediría a Charlotte que se casase con él. Esta era una alternativa. La otra era un atentado final para acabar con la vida de ella con rescate por parte de Redmond, tras lo cual él le confesaría cuán profundamente la amaba, fiebre cerebral opcional para ella. Estos eran los objetivos deseados, pero me estaba costando alcanzarlos.

Por un motivo, Felicia vivía todavía y parecía que no podía deshacerme de ella. Iba perdiendo cada vez más su radiante belleza; tenía marcas bajo los ojos, arrugas entre las cejas, un grano en el cuello y su tez se estaba volviendo cetrina. Charlotte, en cambio, lucía sonrosadas mejillas y caminaba con paso de gacela, aunque evitaba pasar por debajo de los antepechos por temor a los objetos que caían. Aquella vida de peligros le sentaba bien; además, su sexto sentido le decía que recibiría el premio, los premios de hecho, porque, además de Redmond, conseguiría las esmeraldas, la platería de la familia y las escrituras de las tierras guardadas en los desvanes, cambiaría los muebles de lugar, regalaría la ropa de Felicia a los Minusválidos Civiles, despediría a los sirvientes malvados como Tom el cochero y recompensaría a los buenos como la señora Ryerson y se pasearía por allí dándose importancia. Todo lo que tenía que hacer era aguantar hasta que las manos del asesino rodeasen su cuello.

Charlotte miraba por la ventana de la biblioteca. Dos figuras, la de un hombre y una mujer, entraban en el laberinto. Trató de distinguir quiénes eran: no pretendía entrometerse, sólo era curiosidad y tenía que ver con su valentía. Oyó un ruido detrás de ella y se giró. Allí, en la puerta, estaba Redmond con la ceja izquierda levantada. La otra ceja, la derecha, permanecía inmóvil, pero la izquierda estaba definitivamente

levantada, de forma inquisidora, lujuriosa y despiadada, mientras el ojo bajo aquélla se deslizaba como una ostra errante por su arrebolado semblante, ella se vio envuelta en una fuerte oleada de calor. ¿Sentía Redmond estima por ella o se trataba solamente de un mero deseo animal? Charlotte no podía decirlo.

Mientras tanto, Felicia yacía entre los matorrales del laberinto. Sabía que era peligroso, pero eso era precisamente lo que la excitaba. Tenía la falda y las enaguas subidas hasta la cintura y su echarpe fuera de sitio. Había estado haciendo el amor con Otterly, que descansaba exhausto a su lado con la mano izquierda sobre el seno derecho de ella, su nariz sobre la oreja y su propia oreja en el largo cabello rojo. Redmond no sospechaba nada y ello era descorazonante. Ella deseaba que sospechase, pues así se daría cuenta de lo mucho que la había descuidado. Otterly era apasionado y ocurrente, pero también un poco simple. Felicia suspiró y se incorporó, desprendiéndose de la mano, la nariz y la oreja de Otterly.

Entonces lanzó un grito de sorpresa. Había un hueco entre los arbustos y, mirándola a través del hueco, un ojo. Bajo el ojo se distinguía una sonrisa como de rata que se ensanchó hasta convertirse en una risa silenciosa.

—Creo que al amo le gustará enterarse de esto —dijo la regocijada voz de Tom, el cochero.

Esto ya había pasado antes y Felicia sabía que tendría que sobornarlo. Pero ya no tenía ganas de hacerlo. Casi deseaba que Redmond lo descubriese todo; de esta forma al menos sabría a qué atenerse.

Aquella noche, se sentó delante de su tocador y, mientras se miraba en el reflejo del espejo, cepillaba su llamativa cabellera roja larga hasta la cintura. Había dicho a su doncella que se retirase. Estaba muy triste; sospechaba que Redmond había dejado de amarla. Pero si él la amaba, renunciaría a su modo de vida actual y volvería a ser su amante y abnegada esposa. Charlotte sería despedida. Felicia dejaría de tener aventuras con la aristocracia de la vecindad.

—¿Me amas?

Era su pregunta cada noche cuando él aparecía por fin en su dormitorio, tambaleándose ligeramente a causa de los efectos de un exceso de oporto y de haber estado demasiado melancólico por la esquiva Charlotte. Se restregaba contra él como mi jaguar. Vestía sólo una camisa larga. Naturalmente, dormían en habitaciones separadas, pero Redmond no había dejado de hacerle una visita cada noche, aún no expresaba de forma descarada su deseo de deshacerse de ella. Además, atormentarla le proporcionaba cierto placer.

—¿Me amas? —preguntaba ella.

Normalmente, tema que hacer la pregunta dos veces ya que Redmond no la oía la primera vez, o fingía no hacerlo.

—Por supuesto —contestaba él en un tono ligeramente aburrido, arrastrando la

VOZ.

Estaba acostumbrado a la camisa y ya no le impresionaba como antes. Últimamente ella olía a jacintos marchitos, un olor que recordaba que la primavera terminaba y que no era dulce como el del final del otoño, sino que era un hedor como de orilla de pantano. Prefería el olor de Charlotte, un ligeramente anticuado aroma a lavanda.

—¿Qué haría yo sin ti? —preguntaba Felicia llena de adoración.

—Heredarías un montón de dinero —contestaba Redmond divertido.

Luego miraba a la ventana y levantaba la ceja izquierda en su reflejo en el vidrio. Un observador cruel habría dicho que estaba practicando. Pensaba en Charlotte. Le gustaba ruborizarla. Estaba harto de la extravagancia de Felicia: de su figura que se propagaba cual garrancho, de su cabello que se propagaba cual fuego, de su mente que se propagaba cual cáncer o ladillas.

—¡Contente! —le había dicho más de una vez.

Pero ella no podía contenerse, lo acosaba como una plaga y lo sacaba de quicio. En cambio Charlotte, con su moderación y aquella forma de ser tan particular, su blanco y fino rostro, sus pálidos dedos... aquella frialdad que lo intrigaba.

O así se lo imaginaba Felicia, y se torturaba con ello sin dejar de morderse el labio inferior, aquel labio carnosos y sensual que Redmond tanto había gustado de acariciar en el pasado. Aquella noche se estaba retrasando más de lo normal. Felicia suspiró mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano libre. Estaba demasiado desesperada para preocuparse por un detalle tan fútil como un pañuelo. Tal vez preveía que la vida sería dispuesta a conveniencia de Charlotte después de todo, y que ella tendría que ser eliminada. Una lágrima rodó por su mejilla, chispitas eléctricas saltaron de las puntas de sus cabellos. En el espejo había llamas, había agua, se estaba contemplando desde debajo de la superficie de un río. Tenía miedo a la muerte. Lo único que deseaba era ser feliz con el hombre que amaba. Este único deseo imposible había arruinado su vida; habría debido optar por sentirse satisfecha con lo que tenía, con las mentiras habituales.

Abrí los ojos, me levanté de la máquina de escribir y fui a la cocina para hacerme un poco de café. Todo estaba mal.

Había que descartar toda simpatía por Felicia, iba en contra de las reglas y desbarataría completamente la trama. Tenía suficiente experiencia como para saberlo. De haber sido únicamente una amante en lugar de una esposa, se le habría podido perdonar la vida; pero tal y como estaba la situación, debía morir. En mis libros, todas las esposas acababan locas o muertas, o las dos cosas. ¿Pero qué había hecho para merecerlo? ¿Cómo podía sacrificarla en consideración a Charlotte? Estaba



empezando a estar harta de Charlotte, de su virtud intacta y su carácter modoso. Utilizarla era como llevar un cilicio, me daba comezón, tenía ganas de que se cayese en un charco de barro, que le diesen calambres menstruales, que sudase, eructase y se echase pedos. Hasta sus terrores eran demasiado puros: sus asesinos sin rostro, sus pasillos, sus laberintos y sus puertas prohibidas.

Pensé que quizás en la nueva vida, esa vida por venir, me impresionarían menos las capas y más los agujeros de las medias, los padrastrros en las uñas, los olores corporales y los trastornos gástricos. Quizá debería tratar de escribir una novela real, acerca de alguien que trabajase en una oficina y tuviese aventuras vergonzosas e insatisfactorias. Pero eso era imposible, iba contra mi forma de ser. Yo deseaba finales felices, necesitaba aquella sensación de alivio que sentía cuando todo acababa bien y podía repartir alegría como arroz entre mis personajes y despedirme de ellos dejándolos dichosos. Redmond besaría a Charlotte de tal forma que los globos de sus ojos girarían hacia atrás y, entonces, ambos podrían desaparecer. ¿Cuándo serían ellos suficientemente felices, cuándo podría yo hacer mi propia vida?

Como no había café, me preparé un té. Luego recogí la ropa interior de todos los lugares por donde se reproducía, debajo de la mesa, sobre los respaldos de las sillas, y la metí toda en la palangana y froté la ropa con una pastilla de jabón verde fibroso en el agua rojiza que olía ligeramente a acero, un olor parecido también a gas subterráneo. El váter se estaba volviendo cada día más perezoso. Malos desagües, malos sueños, tal vez era por esto que no dormía bien.

Escurrí la ropa interior, había quedado arenosa y, como no había pinzas de la ropa, coloqué las prendas sobre la barandilla del balcón. Después me di un baño aunque el agua era rosada y desagradablemente parecida a la sangre caliente. Me sequé, me puse el último juego de ropa interior que me quedaba y me envolví en toallas. Me preparé otra taza de té y salí al balcón. Me senté en la silla de plástico, recliné la cabeza, cerré los ojos detrás de las gafas de sol y traté de vaciar la mente. Lavado de cerebro. Del valle, me llegaba un sonido monótono e intermitente, un muchacho golpeando una plancha de metal para asustar a los pájaros. Me saturé de luz; un rojo apagado brillaba dentro de mi piel.

De abajo, de los cimientos de la casa, podía oír como la ropa que había enterrado iba adquiriendo volumen para convertirse en un cuerpo. Estaba casi completo; removía la tierra para salir, como un enorme topo ciego, y, lenta y penosamente, se arrastraba por la cuesta hasta el balcón... Un ser compuesto por toda aquella carne que había sido mía y que había tenido que ir a parar a algún sitio. No tendría rasgos, sería liso como una patata, pálido como el almidón, tendría la forma de un enorme muslo y el rostro como un pecho sin pezón. Era la Dama Gorda. Mientras yo seguía estirada en la silla, se elevó por el aire y descendió hacia mí. Quedó flotando un momento a mi alrededor como un ectoplasma, como una concha de gelatina, mi fantasma, mi ángel; luego se posó y me absorbió. Metida dentro de mi antiguo cuerpo, luché por respirar. Disfrazada, oculta, la piel blanca obstruía mi nariz y mi

boca. Borrada del mapa.

## TREINTA Y DOS

Redmond se paseaba por la terraza. Era de noche y el viento soplaba a través de los arbustos; Redmond estaba de luto. Se sentía relajado, en paz consigo mismo: ahora que Felicia había muerto, ahogada en un desgraciado accidente cuando la sorprendió fornicando con su hermanastro en una batea en el río Papple, su vida iba a ser muy diferente. El y Charlotte tenían planes secretos para casarse, sin embargo, y a fin de evitar las murmuraciones, no lo harían público hasta pasado cierto tiempo. Embelesado, levantó la vista hasta la iluminada ventana de Charlotte. Cuando se casaran renunciaría a su libertina pero triste vida anterior y sentaría la cabeza. Ella tocaría el piano y le leería el periódico mientras él, calzado con unas zapatillas que ella habría bordado con sus mismísimas manos, se recostaría junto al chispeante fuego. Tendrían niños, pues ahora que su hermano había muerto, de un golpe en la cabeza al volcarse la batea, necesitaba un hijo y heredero que lo sucediese como legítimo conde de Otterly. A decir verdad, no se podía quejar del desenlace de los acontecimientos. Resultaba extraño sin embargo que, a pesar de haber dragado el lecho del río, no hubiesen encontrado el cuerpo de Felicia.

Los arbustos se agitaron y de entre ellos surgió una figura que le bloqueó el paso. Se trataba de una mujer enormemente gorda con un empapado vestido de terciopelo azul, de cuyo amplio escote sus pechos surgían como dos lunas llenas. Por su rostro hinchado descendían mojados mechones de cabello rojo que parecían chorros de sangre.

—Redmond, ¿no me reconoces? —dijo la mujer con una voz gutural que él, horrorizado, identificó como la de Felicia.

—Pues claro —empezó a decir él con evidente falsedad—, estoy encantado de que no te hayas ahogado. Pero, ¿dónde has estado durante estos dos meses?

Ella eludió la pregunta.

—¡Bésame! —dijo apasionadamente—. No sabes cuánto te he echado de menos.

Él le dio un beso rápido y superficial en la blanca y húmeda ceja; su cabello olía a plantas acuáticas, a aceite, a comida en descomposición y a esperlanos muertos. Se limpió subrepticamente los labios con la manga de la camisa. De la misma forma que se extingue el cabo de una vela, así se apagó la esperanza de su corazón: ¿qué iba a hacer ahora?

Lleno de repugnancia, observó que la mujer que se hacía llamar Felicia se estaba desabrochando el vestido; sus dedos forcejeaban con los corchetes.

—¿Recuerdas cuando nos casamos? —murmuró ella—. ¿Cuando veníamos aquí de noche y nos abrazábamos a la luz de la luna llena...? —añadió mirándolo con una invitadora sonrisa que se fue convirtiendo en una mueca de desgarradora angustia al ver la repugnancia en el rostro de él.

—No me deseas —dijo con palabras entrecortadas. Comenzó a llorar con unos sollozos incontrolados que convulsionaban todo su enorme cuerpo. ¿Qué podía hacer

él?—. No querías que regresara —se lamentó—. Eres más dichoso sin mí... y fue tal el esfuerzo, Arthur, que supuso salir del agua y venir hasta aquí para volver a estar contigo...

Redmond, consternado, dio un paso atrás.

—¿Quién es Arthur? —preguntó.

La mujer empezó a desvanecerse, como la niebla, como tinta invisible, como nieve derretida...

A lo lejos, como si fuese a través de capas de algodón, sentía pasos que descendían por el sendero de grava. Todavía estaba medio dormida; me levanté con dificultad de la silla y todas las toallas cayeron. No obstante, conseguí pescar una al vuelo mientras retrocedía hacia la puerta, pero era demasiado tarde, el señor Vitroni ya estaba dando la vuelta a la esquina del balcón. Llevaba todos sus rotuladores y un paquete bajo el brazo.

Retrocedí hasta la barandilla sosteniendo la toalla delante de mí. Su mirada tropezó con la fila de ropa interior chorreando. Se inclinó, como de costumbre.

—Yo deseo no molestar —dijo.

—En absoluto —aseguré yo sonriendo.

—¿Sus bombillas están brillando?

—Sí, sí —contesté asintiendo.

—¿El agua sale afuera?

—La casa está perfecta —le aseguré—. Estoy pasándolo muy bien. Unas vacaciones estupendas. Esta paz y esta tranquilidad son maravillosas.

Deseaba que se marchase, pero daba la impresión de que había ido a venderme otro cuadro; y sabía que sería incapaz de resistirme.

Como si tuviese miedo de ser visto, miró con cierto temor por encima de su hombro.

—Nosotros iremos adentro —sugirió, pero al ver que yo titubeaba, añadió—: Tengo que contarle una cosa.

No quería sentarme a la mesa con él cubierta solamente por la toalla y la ropa interior pues, sin saber exactamente por qué, parecía más indecente dentro que en el balcón. Le pedí que esperase, fui al baño y me puse un vestido. Cuando salí, él estaba sentado a la mesa con el paquete sobre las rodillas.

—¿Ha estado en Roma? ¿Le gusta?

Estaba empezando a enfurecerme. ¡No habría ido hasta allí para preguntarme sobre lugares turísticos!

—Es muy bonita —le dije.

—Su marido, ¿le gusta también?

—Sí, supongo que sí —contesté—. Le gustó mucho.

—Es una ciudad que hay que visitar muchas veces para conocer bien, como una

mujer —dijo el señor Vitroni. Sacó tabaco y se puso a liar un cigarrillo—. ¿Vendrá pronto él?

—Espero que sí —respondí con una risa cordial.

—Yo también deseo que venga pronto. No es bueno una mujer sola. Los demás murmurarán. —Sin dejar de observarme atentamente, encendió el cigarrillo, metió las hebras sobrantes de tabaco otra vez en el paquete y lo volvió a guardar en el bolsillo—. Esto es para usted —dijo. Me dio el paquete.

Esperaba encontrar otro de aquellos cuadros de terciopelo negro, pero cuando lo desaté y abrí el papel, vi que lo que había dentro era mi ropa, los vaqueros y la camiseta que con tanto cuidado había enterrado bajo la casa. Estaban lavadas y planchadas con esmero.

—¿De dónde las ha sacado? —pregunté.

Quizá podría negar que fuesen mías.

—Mi padre, él las vio en la tierra, allá abajo donde están los *carciofi*. El ha visto alguien cavando. Piensa que es un error enterrar esa ropa, que no es vieja. No habla inglés, así que me ha pedido que se la devuelva. Mi esposa lavarlas.

—Dígale a su padre que se lo agradezco mucho —dije—. Y a su mujer también.

Aunque era evidente que él quería una explicación, no veía la forma de dársela. El esperaba; los dos miramos mi ropa doblada.

—La gente habla de esto —dijo por fin—. No comprenden por qué usted ha puesto su ropa debajo de la casa. Se han enterado de esto. No saben por qué se ha cortado su tan precioso pelo, que todo el mundo recuerda de cuando usted estaba antes, con su marido; siempre lleva gafas oscuras, como murciélago, y tiene otro nombre. Son cosas que nadie entiende. Hacen la señal —extendió dos dedos—, para que su mal de ojo no les haga enfermar o les dé mala suerte también. Yo no creo en estas cosas —terminó diciendo a modo de disculpa—, pero la gente mayor...

O sea que me conocían. Claro que me reconocían, recordaban todo lo de cinco mil años atrás... Qué estupidez haber vuelto allí.

—Me han pedido que le diga que se marche —prosiguió él—. Dicen que su mala suerte me vendrá a mí, mi mujer dice esto.

—Supongo que piensan que soy una bruja —dije riendo.

Pero el señor Vitroni no se rió; me estaba avisando, no tenía ninguna gracia.

—Sería mejor si su marido viniera también —dijo serio—. Además, un hombre está aquí esta mañana. Pregunta por usted. No sabe el nombre que me dio usted, pero dice una señora, así de alta, pelirroja, y yo sé que es usted.

—¿Qué? —pregunté, un poco precipitadamente—. ¿Quién era?

Sin dejar de estudiar mi rostro, se encogió de hombros.

—No creo es su marido. También, él sabría dónde está viviendo.

Se dio cuenta de que yo estaba alterada. Si él tenía razón y no era Arthur, ¿de quién se trataba?

—¿Cómo era? —quise saber—. ¿Qué le contó usted?

—Pensado que debía contárselo antes —dijo lentamente—. Le dije que usted en Roma, que venía después de dos días. En ese tiempo le dije, a lo mejor puedo ayudarlo. Pero le dije a él que quizás usted no es la señora que busca.

—Gracias —dije—. Muchísimas gracias.

Después de tanta amabilidad, tenía que contarle alguna cosa. Me incliné hacia él y bajé la voz.

—Señor Vitroni, me estoy escondiendo. Es por esto que he usado otro nombre y me he cortado el cabello. Nadie debe saber dónde estoy. Creo que alguien quiere matarme.

El señor Vitroni no se mostró sorprendido. Asintió con la cabeza, como si supiera que esas cosas ocurren con bastante frecuencia.

—¿Qué ha hecho? —preguntó.

—Nada —contesté—. No he hecho nada en absoluto. Es muy complicado, pero está relacionado con dinero. Soy bastante rica, y es por esto que esta persona, esta gente, quiere matarme, para conseguir mi dinero. —Como parecía que me creía, continué—: Este hombre que ha venido puede ser un amigo o quizá sea un enemigo. ¿Cómo era?

El señor Vitroni extendió las manos.

—Es difícil para mí decirlo. Tenía un coche rojo, como el suyo. —Estaba yéndose por las ramas, ¿qué quería?—. A lo mejor la policía debería arrestar a este hombre —dijo.

—Es muy amable por su parte, pero no puedo hacer una cosa así porque todavía no estoy segura de quién es ese hombre y, además, no tengo pruebas. ¿Qué aspecto tenía?

—Llevaba un abrigo —contestó servicial el señor Vitroni—. Un abrigo oscuro, americano. Era alto, sí, hombre joven, no viejo.

—¿Llevaba barba? —quise saber.

—Barba no. Un bigote, sí.

Nada de esto me servía. No parecía ser Fraser Buchanan.

—Dijo era reportero, de un periódico —prosiguió el señor Vitroni—. Yo no creer que él sea reportero. ¿Está segura de que no quiere que lo arresten? Se puede arreglar, yo puedo arreglarlo con ellos.

¿Se trataba de un soborno? Se me ocurrió que la suya no era una visita amistosa. Era una negociación y sin duda con el hombre había hecho una negociación similar. Si yo pagaba, me ayudaría. De lo contrario, le contaría a aquel hombre dónde encontrarme. Por desgracia, no tenía suficiente dinero. Rápidamente decidí que tenía que marcharme aquella noche: iría a Roma en coche.

—No, de verdad —contesté—. Prefiero llevar este asunto a mi manera. —Me puse en pie y le extendí la mano—. Muchísimas gracias otra vez —le dije—, ha sido muy amable por su parte contarme todo esto.

Estaba consternado; debía de haber imaginado que yo haría un trato con él.

—Podría ayudarla —dijo—. Hay una casa más para atrás, fuera del pueblo. Puede quedarse allí hasta que este hombre se vaya, nosotros le llevaremos comida.

—Muchas gracias —dije—, tal vez lo haga.

Antes de marcharse, me dio unas palmaditas en el hombro.

—No se preocupe —dijo—, todo será feliz.

Por la noche, hice la maleta y la subí hasta el coche. Pero cuando lo fui a arrancar el depósito estaba vacío. Qué estupidez, pensé, recordando que, cuando volví de Roma, ya estaba en reserva. Pero luego pensé: lo han vaciado.

## TREINTA Y TRES

No debía haberle dicho que tenía dinero. Ahora lo comprendía todo, el asunto estaba claro. Lo habían planeado desde el principio. El anciano de las alcachofas era un espía, era el padre del señor Vitroni, lo habían mandado para vigilarme, luego, tan pronto me vio sin el disfraz, se pusieron a conspirar. Si aceptaba esconderme en aquella casa apartada me convertiría en su prisionera. Y sería un disparate ir a pedir gasolina a alguien del pueblo. Sabrían que tenía la intención de marcharme. Además, en el pueblo nadie vendía gasolina, tendrían que ir a buscarla y seguro que entonces el señor Vitroni se enteraría. Iría a verme y me diría que no podía conseguirla. Yo le rogaría y él me diría que la gasolina era muy cara.

Los soldados o la policía también estaban confabulados, lo ayudarían, y no habría nadie que los parase. Prácticamente le había dicho que nadie conocía mi paradero; era una invitación descarada. Cuando llegase Arthur, le dirían que me había marchado y que no tenían idea a dónde. Mientras tanto, yo estaría atada e indefensa, me habrían pedido que me hiciera enviar dinero y... ¿qué harían conmigo cuando no llegase? ¿Me matarían y me enterrarían en una tumba arenosa entre los olivos? ¿O, como hacían las tribus primitivas de África, me meterían en una jaula y me cebarían con enormes platos de pasta, me harían poner ropa interior de raso negro del estilo que anunciaban en las contraportadas de los *fotoromanzi* y cobrarían la entrada a los hombres del pueblo, iba a convertirme en una de esas putas de Fellini, gigantescas y deformes?

Esto es grave, me dije. No pierdas la calma. Me estaba poniendo histérica. No quería pasar el resto de mi vida metida en una jaula, como una puta gorda, una Madre Tierra cautiva por la que alguien cobraba por mostrarla. Tendría que pensar en algo. Sin embargo, como todavía me quedaban dos días, me fui a la cama. Era inútil tratar de huir en la noche oscura, ¡sólo conseguiría perderme! O que me cogiesen: no cabía duda de que me estaban vigilando.

Me desperté en mitad de la noche. Oía pasos fuera de la ventana, abajo, en el balcón. Luego escuché un chirrido: ¡alguien estaba trepando por el enrejado! ¿Había cerrado la ventana o no? No quería levantarme de la cama para ir a ver. Me incorporé y me apoyé contra la pared para mirar a la ventana, donde se estaba empezando a perfilar la silueta de una cabeza, luego unos hombros... A la luz de la luna pude ver de quién se trataba y me relajé.

Sólo era mi madre. Iba vestida con su elegante traje azul marino ceñido en la cintura y con hombreras y el sombrero y los guantes blancos. Iba maquillada; se había perfilado con carmín irnos labios más grandes, pero la sombra de su verdadera boca se percibía por debajo. Lloraba sin hacer ruido, apoyó el rostro contra el cristal como una niña, el rímel corría desde sus ojos en lágrimas negras.



—¿Qué quieres? —le pregunté.

Pero no me contestó, me extendió los brazos; quería que me fuese con ella, quería que estuviésemos juntas.

Empecé a caminar hacia la puerta. Me sonreía ahora con su manchado rostro, ¿se daba cuenta de que yo la quería? Yo la quería pero el cristal se interponía entre las dos, iba a tener que atravesarlo. Deseaba consolarla. Juntas bajaríamos por el pasillo hacia la oscuridad. Haría lo que ella quisiera.

La puerta estaba cerrada con llave. Forcejeé y forcejeé hasta que se abrió.

Me encontré en el balcón vestida con el camisón descosido y temblando en medio del viento. Estaba oscuro, no había luna. Entonces ya me había despertado; me castañeteaban los dientes, de miedo y de frío. Entré de nuevo y me metí en la cama.

En aquella ocasión se había acercado mucho, casi lo había conseguido. Nunca había llegado a salir realmente de mí porque yo nunca la había dejado marchar. Era ella quien estaba detrás de mí en el espejo, era ella quien me esperaba en cada esquina, era ella quien me murmuraba las palabras. Ella había sido la dama en el barco, la barcaza de la muerte, la trágica dama de cabello ondeando al viento y mirada afligida de la barcaza de la muerte, la dama de la torre. No pudo soportar lo que vio por la ventana, la vida era su maldición. ¿Cómo podía repudiarla? Ella también necesitaba su libertad; había sido mi reflejo durante demasiado tiempo. ¿Cuál era el hechizo, qué era lo que podía devolverle la libertad?

Pensé que, si alguien tenía que venir del Más Allá para aparecerseme, ¿por qué no era tía Lou? Yo confiaba en ella, podríamos tener una buena charla, me daría algún consejo y me diría lo que debía hacer. Pero no podía imaginarme a tía Lou haciendo eso. «Puedes arreglártelas», me diría, por mucho que yo protestase que no podía. Se negaría a ver mi vida como el desastre que era.

Mientras que mi madre... ¿Por qué tenía que soñar con mi madre y tener pesadillas sobre ella, y levantarme sonámbula para ir a su encuentro? Mi madre era un torbellino, un vacío negro, y yo no sería capaz de hacerla feliz nunca. Ni nadie. Tal vez había llegado el momento de dejar de intentarlo.

## TREINTA Y CUATRO

Por la mañana, me tomé varias tazas de té, tanto para proporcionarme energía como para tranquilizarme. Se trataba, sobre todo, de mantener la calma al máximo. Iba a actuar como si todo fuese normal, como si todo fuera bien y no hubiese motivo de preocupación. Haría las compras e iría a la oficina de correos como de costumbre a fin de que ellos pensaran que estaba cooperando. Quizá, para que creyesen que yo estaba de acuerdo en todo, buscase incluso al señor Vitroni para preguntarle por la casa. Esperaría hasta la tarde, cuando había gente en la calle. Entonces, bajaría por la colina, llevando sólo el bolso de mano, no la maleta y haría autostop a Roma. No iba a poder llevarme muchas cosas conmigo, pero en el bolso cabía bastante.

Miré en todos los cajones para decidir lo que tendría que dejar. Metí en el bolso tres braguitas. Los camisones no hacían falta; el cuaderno negro de Fraser Buchanan, sí. La máquina de escribir tendría que quedarse, pero *Acechada por el amor* se iba conmigo.

Cogí el manuscrito para enrollarlo y así guardarlo mejor. Me senté y me puse a hojearlo. Me di cuenta entonces de lo que estaba mal, de lo que tenía que hacer.

Charlotte debía entrar en el laberinto, del cual no había salida. Desde su llegada a Redmond Grange había deseado ir, y nada de lo que pudiesen decir los demás, ni las historias espeluznantes de los sirvientes, ni las insinuaciones sarcásticas de Felicia, habían podido disuadirla. Sin embargo, sus sentimientos eran encontrados: ¿significaba el laberinto una muerte segura, o contenía la respuesta a un enigma, una respuesta que debía conocer para vivir? Y lo más importante: ¿Se casaría con Redmond solamente si no entraba en el laberinto, o solamente si entraba en él? Era posible que el único modo de ganar su amor fuese arriesgando su vida y permitiendo que él la salvase. El aflojaría las manos que rodeaban su cuello (¿de quién serían estas manos?) y le diría que era una pequeña locuela estúpida, pero valiente. Se convertiría en la señora Redmond, la cuarta.

No entres en el laberinto, Charlotte, si lo haces será bajo tu propio riesgo, le dije. Hasta ahora siempre te he sacado, pero ya no me siento responsable. No me prestó la más mínima atención, nunca lo hizo; se levantó, dejó a un lado el bordado y se dispuso a salir. No digas que no te he advertido, le dije. Pero yo no podía parar, tenía que verlo hasta el final. Cerré los ojos...

Era mediodía cuando Charlotte entró en el laberinto. Tomó la precaución de atar la punta de una madeja de lana de tejer, que le había pedido prestada a la señora Ryerson con el pretexto de remendarse el chal, a la entrada; no quería perderse.

Las paredes del laberinto estaban formadas por unos espinosos arbustos de hoja perenne que habían crecido desordenada y excesivamente. Sin duda hace muchos años que nadie ha estado aquí, pensó Charlotte mientras se abría paso entre las

dispersas ramas que se agarraban a su vestido como si quisieran detenerla. Sin dejar de soltar hilo de la madeja, dobló a la izquierda, luego a la derecha.

En el exterior el cielo estaba encapotado y soplaban un frío viento de febrero; pero allí, protegida por las gruesas paredes de hojas y ramas, Charlotte sentía bastante calor. Había salido el sol y el cielo estaba clareando; un pájaro cantó cerca. Estaba, perdiendo la noción del tiempo; tenía la impresión de que habían pasado horas desde que había empezado a caminar por el sendero de grava entre las paredes verdes y llenas de espinas. Era su imaginación o el laberinto se veía de pronto más cuidado, mejor mantenido... y habían empezado a aparecer flores. Era demasiado pronto para las flores, de ello no había duda. Charlotte tenía una sensación extraña, como si unos ojos invisibles la observaran. Recordó las historias de la señora Ryerson sobre los duendes y, luego, se rió de sí misma por haber cedido, aunque de forma momentánea, a la superstición. No era más que un laberinto normal y corriente, que no tenía nada fuera de lo común. Seguro que las dos anteriores señoras Redmond se habían encontrado con la fatalidad de alguna otra manera.

Debía de estar llegando al centro del laberinto. Dobló otro recodo y allí estaba, ante ella, un rectángulo abierto y cubierto de grava con un arriate de flores, los narcisos ya en flor. Por muy decepcionante que pudiera ser, estaba vacío. Charlotte miró a su alrededor en busca de alguna pista sobre su mala fama, pero no había ninguna. Comenzó a desandar su camino. Pero, de pronto, todo le pareció espantoso y deseó salir de allí antes de que fuera demasiado tarde. No quería saber nada más, había sido una locura meterse en el laberinto. Empezó a correr, pero cometió el error de ir haciendo el ovillo mientras corría, y sus pies se enredaron irremediablemente. Al caer al suelo, unos dedos de hierro se cerraron alrededor de su cuello..., trató de gritar, luchó con los ojos desorbitados y buscó a Redmond desesperadamente.

Detrás de ella oyó una risa burlona... ¡la de Felicia!

—No había sitio para las dos —dijo—, una de nosotras tenía que morir.

Justo en el momento en que Charlotte estaba perdiendo el conocimiento, Felicia fue echada a un lado como un paquete de ropa vieja, y la mirada de Charlotte tropezó con los ojos oscuros de Redmond.

—Mi querida... —susurró él.

Unos fuertes brazos la levantaron y sus cálidos labios se posaron sobre los de ella...

Así era como tenía que ser, así era como había sido siempre antes, pero sin saber exactamente por qué, ya no quedaba bien. En algún punto había tomado un giro equivocado; había algo, algún hecho o indicio que se le había pasado por alto. Iba a tener que examinarlo a fondo, que encontrar un escenario apropiado y repasar los movimientos. Se le ocurrió el jardín del Cardenal en Tívoli, con sus esfinges y fuentes y sus diosas de múltiples pechos. Me serviría, tenía cantidad de senderos. Iría

esa misma tarde...

Pero me estaba olvidando del hombre y del coche sin gasolina; no me quedaba más remedio que dejar el libro para más adelante y concentrarme en la huida.

Esta vez desaparecería de verdad, sin dejar rastro alguno. Nadie conocería mi paradero, ni siquiera Sam, ni siquiera Arthur. Esta vez, sería completamente libre; no me vería atrapada por ningún fragmento del pasado, no habría nada que me atase. Podría hacer lo que quisiese, podría ser camarera en un bar, o regresar a Toronto y dedicarme a dar masajes corporales, tal vez fuese eso lo que hubiera debido hacer. O podría fundirme con Italia y casarme con un verdulero: viviríamos en una casita de piedra, tendría niños y engordaría, comeríamos comida hervida y untaríamos nuestros cuerpos de aceite, nos reiríamos de la muerte y viviríamos el presente, me peinaría con un moño y me dejaría bigote y me pondría un delantal verde con peto, floreado. Sería una vida corriente: iría a la iglesia los domingos, beberíamos vino tinto áspero y me convertiría en tía, en abuela y todo el mundo me respetaría.

Sin embargo, de alguna forma, no acababa de ser convincente. ¿Por qué todas mis fantasías acababan convirtiéndose en una trampa? En ésta, me veía saltando por una ventana, con el delantal con peto y el moño, ajena a los gritos que oía, de los hijos y de los nietos. Pensé que sería conveniente que me enfrentase al hecho de que yo era una artista, una artista de la evasión. Alguna vez había hablado de amor y compromiso, pero el verdadero romance de mi vida fue aquél entre Houdini y sus cuerdas y el baúl trancado; entrar en el abrazo de cautiverio para luego deslizarse y salir. ¿Qué otra cosa había hecho en toda mi vida?

Esta reflexión no me deprimió. Por el contrario, a pesar de que estaba asustada, me sentía curiosamente contenta. Me di cuenta de que el peligro producía esta reacción en mí.

Me lavé la cabeza, canturreando mientras tanto como si me estuviera arreglando para una gran velada. Con el lavado se fue una buena parte del castaño, pero ya no me importaba.

Sin hacer ruido, fui descalza y con los pies mojados al balcón para secarme el cabello. Soplaban algo de brisa; oí unos disparos a lo lejos, en el valle; alguien debía de estar disparando a algún pájaro. Allí disparaban a todo lo que se moviera, o casi, y se comían a los pájaros cantores en pasteles. Toda aquella música devorada por bocas. Aunque de una forma no tan evidente, los ojos y las orejas también tenían hambre. A partir de ahora, pensé, sólo bailaré para mí. ¿Me concede este vals?, murmuré.

Me puse de puntillas sobre los pies descalzos y empecé a dar vueltas por el balcón, tímidamente primero. El aire se había llenado de lentejuelas. Alcé los brazos y los moví al ritmo de aquella suave música, recordaba la música, recordaba cada uno de los pasos y de los gestos. Desde allí, había un buen trecho hasta el suelo; estaba un poco mareada. Cerré los ojos. De mis hombros surgieron alas, un brazo se deslizó alrededor de mi cintura...

¡Mierda! Mientras bailaba, había pisado los cristales rotos con los pies descalzos. Alguna mariposa. Cojeando y dejando huellas de sangre, fui a la sala en busca de una toalla. Me lavé los pies en la bañera y me di cuenta de que las plantas parecían cortaditas. Las verdaderas zapatillas rojas: los pies castigados por bailar. Puedes bailar, o puedes tener el amor de un hombre bueno. Pero te daba miedo bailar porque temías de forma irracional que, si bailabas, te amputarían los pies para que te fuese imposible bailar. Al final, superaste tu temor y bailaste, y te amputaron los pies. El hombre bueno se marchó también, porque tú querías bailar.

Pero yo escogí el amor, quería el hombre bueno; ¿por qué no era ésa la decisión acertada? De todas formas, yo nunca había sido una bailarina. Cuando un oso está en la arena, en realidad no baila, sino que se alza sobre las patas traseras tratando de evitar las flechas. Y ahora no tenía tiritas. Me senté en el borde de la bañera, las lágrimas corrían desamparadamente de mis ojos, la sangre corría desamparadamente de los cortecitos de los pies.

Fui al dormitorio y me tiré en la cama con los pies en alto sobre la almohada para que la sangre corriera al revés. ¿Cómo iba a escaparme ahora con aquellas heridas en los pies?

## TREINTA Y CINCO

Me levanté al cabo de un par de horas. No tenía los pies tan mal como había temido, podía caminar. Para que la cojera se me notase lo menos posible, practiqué caminando arriba y abajo por la habitación. Puntadas de dolor traspasaban mis pies a cada paso. La Sirenita cabalgaba de nuevo, pensé, la gran sirena cabalga de nuevo.

Iba a tener que subir al pueblo y pasar cojeando en medio del grupito de ancianas, que harían bocina con sus manos, les dirían a los niños que me arrojasen piedras y me desearían mala suerte. ¿Qué era lo que veían los ojos que había detrás de esas ventanas de las paredes de piedra? Una mujer monstruo más grande que la vida, más grande que cualquier vida de por allí, por supuesto, que bajaba a grandes pasos la colina y cuyo cabello se erizaba en las puntas con fuerza eléctrica, voltios de energía malévolos disparaban sus dedos y sus ojos verdes, detrás de sus gafas oscuras de turista, sus mañosas gafas oscuras, se encendían y brillaban como los de un gato. Miradme, vosotras, viejas de piernas como embutidos envueltas en medias negras, o si no, os maldeciré y de nada os servirán vuestras señales contra el mal de ojo ni las susurradas plegarias a los santos. ¿Pensaban que por la noche me ponía a volar como una mariposa para beberme la sangre de sus enormes dedos de los pies? ¿Me respetarían si fuese vestida de negro y con medias largas negras?

Pensé que quizá mi madre, después de todo, no me había puesto el nombre por Joan Crawford; me dio esa versión sólo para disimular. Me bautizó Joan por Juana de Arco, ¿no sabía lo que les ocurría a las mujeres como ella? Las acusaron de brujería, las ataron a un palo y les prendieron fuego; daban una luz muy bonita, una estrella es una gota de gas ardiendo. Pero yo era cobarde, prefería no ganar y que no me quemasen, prefería sentarme en la tribuna y comerme una bolsa de palomitas de maíz mientras observaba junto a todos los demás. Cuando uno empezaba a oír voces y sobre todo si les daba crédito, se metía en problemas. Los ingleses vitorearon cuando Juana saltó por los aires como un volcán, como un cohete, como un budín de pasas. Arrojaron las cenizas al río; sólo quedó su corazón.

Subí la cuesta, pasé por delante de las viejas de negro, en los escalones de las casas, ignorando sus miradas hostiles y por la calle que conducía a la oficina de correos. Los gendarmes o soldados estaban en sus sitios; la voluminosa mujer estaba también detrás del mostrador.

Ya me conocía, no tuve que preguntar. Me entregó otro de los sobres de papel manila de Sam. Parecía que eran más recortes de periódico, así que lo abrí allí mismo.

Había más recortes pero, encima, había una carta. Una carta en papel crujiente de bufete de abogado:

*Apreciada señorita Delacourt:*

*Mi cliente, el señor Sam Spinsky, me ha rogado le haga llegar la información adjunta. Me ha indicado que tal vez usted pueda hacer algo para ayudarlo en la difícil situación en que se halla. Me ha dado instrucciones de que no revele el paradero de usted hasta nueva orden.*

La firma, un garabato, y, bajo la carta:

**¡SE TEME QUE LA POETISA FUESE ASESINADA EN UNA PURGA TERRORISTA!**

Ajena a todo decoro, me senté en el banco junto a un gendarme. Era espantoso. Sam y Marlene habían sido arrestados y acusados de haberme asesinado, y estaban en prisión. Por un momento, pensé lo contenta que debía de estar Marlene; pero luego se me ocurrió que no le habría hecho ninguna gracia que yo, y no alguna huelga o manifestación, fuese la causante. Además, la cárcel era la cárcel. Todavía no habían hablado, hasta ahí estaba claro.

Había sido la familia de la playa, la que estaba de picnic. Me habían visto debatiéndome en el agua, me habían visto sumergirme. Habían leído la noticia en el periódico y la entrevista en la cual Marlene decía que me habían arrojado un chaleco salvavidas. Pero no había tal chaleco y, cuando la policía fue a comprobarlo en el puesto de alquiler del barco, habían admitido que no había ninguno en la embarcación. Encontraron mi vestido en la proa y esto los hizo sospechosos. La familia se llamaban Morgan. El señor Morgan dijo que había oído un grito (no podía, era muy lejos, hacía demasiado viento) y que levantó la vista a tiempo de ver a Sam y a Marlene inclinados sobre la borda, justo cuando acababan de empujarme. Había una fotografía del señor Morgan, y también una mía, aquella donde yo sonreía el día de mi muerte. El señor Morgan aparecía serio y responsable, estaba viviendo el mejor momento de su vida, por fin era importante, estaba representando sus propias fantasías.

Pobre Sam. Seguramente, ya le habrían vaciado los bolsillos y quitado los cordones de los zapatos, le habrían puesto loción antiparasitaria y le habrían metido un dedo en el ano. Debía de haber sido sometido a un severo interrogatorio por parte de dos policías como mínimo, uno se habría hecho el bueno y le habría ofrecido cigarrillos y café, y el otro le habría estado intimidando para forzarle a hablar y todo por culpa de mi estupidez, de mi cobardía. Debía haberme quedado donde estaba y haberme enfrentado a la realidad. Pobre discreto Sam, con sus teorías violentas; incapaz de hacer daño a una mosca.

Se referían a mí como a la «figura clave» de una misteriosa conspiración relacionada con dinamita. Según parecía, el padre de Marlene había denunciado la falta de dinamita, entonces ella se había derrumbado y confesado que la había cogido.

Pero no podía devolverla. Les dijo que era yo quien se había hecho cargo de ella; y también les explicó lo del coche de segunda mano, pero no pudieron localizarlo. La policía suponía que lo que ellos denominaban la «célula» de Sam me había liquidado porque yo sabía demasiado y me estaba convirtiendo en una traidora. Arthur había sido llamado a declarar, pero lo habían dejado en libertad. Era obvio que era inocente e ignorante.

Tenía que volver y salvarlos. No podía regresar. Tal vez enviar a la policía una prueba de ¿pie todavía estaba con vida. ¿Un dedo, un autógrafo, un diente?

Me levanté del banco metiendo los recortes de periódico en el bolso. Salí y me dirigí a la colina. Entonces vi al señor Vitroni. Estaba sentado en una mesa del café al aire libre. Había otro hombre con él. No podía verlo bien, me daba la espalda, pero seguro que se trataba del hombre aquel. Había regresado un día antes.

El señor Vitroni me había visto, miraba directamente hacia mí. Crucé la plaza a toda prisa, casi corriendo. Me obligué a aminorar el paso. Sólo eché la vista atrás una vez, el señor Vitroni se levantaba y se estrechaban las manos con el hombre...

Doblé la esquina y me puse a correr de verdad. «No pierdas la calma, sosiégate, debo tranquilizarme». Mis pies cortados gritaban de dolor al pegar contra las piedras.



## TREINTA Y SEIS

Por fin conseguí llegar al balcón. El sol se estaba poniendo y el balcón brillaba iluminando el cristal, roto e intenso como el fuego. En la luna de la ventana mi reflejo corría junto a mí, el rostro oscuro, el cabello destacándose alrededor de la cabeza como una aureola roja.

Abrí la puerta y entré. No había nadie, todavía, aún tenía tiempo... No lo había visto bien. Quizá podría burlarlo. Esperaría hasta que estuviese caminando por el balcón; entonces me metería en el cuarto de baño y echaría el cerrojo de la puerta. Mientras él estuviese intentando entrar, yo me subiría sobre el váter y me escaparía por la ventanita.

Fui al cuarto de baño para inspeccionar la ventana. Era demasiado pequeña, me quedaría atascada. No quería que me detuviesen o me interrogasen en medio de la ventana. Resultaba demasiado indecoroso.

Quizá pudiera esconderme entre las alcachofas. O correr colina abajo, desaparecer y que no me encontraran nunca. Pero si corría, tarde o temprano me cogerían. Así que, en cambio, decidí defenderme. No quería regresar. Fui a la cocina, saqué la botella vacía de Cinzano del cubo de basura y la así por el cuello.

Luego me escondí detrás de la puerta, fuera de la vista de la ventana, y esperé. El tiempo fue pasando sin que nada sucediera. Quizá me había equivocado, y aquél no fuese el hombre. O tal vez no existiera tal hombre y el señor Vitroni se lo hubiera inventado para asustarme. Empecé a impacientarme. Se me ocurrió que había pasado demasiado tiempo de mi vida agazapada detrás de las puertas escuchando las voces del otro lado.

Aquella puerta era normal y corriente. A través del cristal en la parte superior veía un trocito del mundo exterior: un cielo azul y algunas nubes de color rosa grisáceo.

Era mediodía cuando entró en el laberinto. Estaba decidida a descubrir finalmente su secreto. Había sido un riesgo desde hacía demasiado tiempo. Varias veces le había pedido a Redmond que lo hiciese derribar, pero él no la escuchaba. Le decía que había formado parte de su familia desde hacía generaciones. El hecho de que se hubiera perdido tanta gente en él parecía no tener importancia para él.

Dobló varios recodos sin que sucediese nada. Tenía que recordar el camino por donde pasaba y, para ello, intentó memorizar pequeños detalles, la forma de un arbusto o el color de una flor. Hacía poco que habían echado una capa de grava sobre el sendero y de vez en cuando aparecían narcisos en flor.

De repente, se encontró en el claro central. En uno de los lados había un banco de piedra y en él estaban sentadas cuatro mujeres; dos de las cuales se parecían mucho a ella, eran pelirrojas, tenían los ojos verdes y dientes pequeños y blancos. La tercera era de mediana edad e iba vestida con una extraña prenda que le llegaba hasta la

mitad de la pantorrilla y un apolillado trozo de piel alrededor del cuello. La última era gordísima. Llevaba mallas rosas y una faldita corta también rosa cubierta de lentejuelas; de su cabeza salían dos antenas, como las de una mariposa, y llevaba dos alas, evidentemente falsas, prendidas de la espalda. A Felicia le sorprendió el aspecto de la mujer de rosa, pero estaba demasiado bien educada para demostrarlo.

Las mujeres murmuraban entre ellas.

—Te estábamos esperando —dijeron; la primera se hizo a un lado para hacerle sitio—. Sabíamos que te tocaba a ti.

—¿Quiénes sois? —preguntó ella.

—Somos lady Redmond —dijo triste la mujer de mediana edad.

—Todas nosotras —añadió la mujer gorda de las alas.

—Debe de haber algún error —protestó Felicia—. Yo soy lady Redmond.

—Oh, sí, lo sabemos —dijo la primera mujer—. Pero todos los hombres tienen más de una mujer. En ocasiones todas a la vez, en ocasiones una a la vez, en ocasiones varias cuya existencia él ni siquiera conoce.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Felicia—. ¿Por qué no podéis regresar al mundo exterior?

—¿Regresar? —exclamó la primera mujer—. Todas hemos intentado regresar y ése ha sido nuestro error.

Felicia miró detrás de ella, y comprobó que el sendero por el que había llegado estaba ahora cubierto de ramas; de hecho ni siquiera sabía dónde se hallaba. Estaba atrapada allí con esas mujeres... ¿No había algo extraño en ellas? ¿No era su piel demasiado blanca, su mirada demasiado vaga...? Advirtió que podía ver el contorno indistinto del banco a través de sus tenues cuerpos.

—La única forma de salir es a través de aquella puerta —dijo la primera mujer.

Miró a la puerta. Estaba al otro lado del claro cubierto de grava, dentro de un marco pero suspendida. Caminó hasta ella y la rodeó: era igual por los dos lados. Su superficie era lisa y tenía un pomo; en la parte superior, una ventanita con cristal a través del cual vio un cielo azul y algunas nubes de color rosa grisáceo.

Asió el pomo y lo hizo girar. La puerta se abrió hacia afuera... En el umbral, esperándola, estaba Redmond. Estaba a punto de arrojarse en sus brazos llorando de alivio, cuando advirtió una extraña expresión en sus ojos. Fue cuando lo supo. Redmond era el asesino. El era un asesino enmascarado, quería matarla como había hecho con sus otras esposas... Ella tendría que quedarse para siempre con ellas, allí en el centro del laberinto... El quería reemplazarla por otra, por la siguiente, una delgada y perfecta.

—No me toques —dijo ella, a la vez que daba un paso atrás.

Se negaba a ser condenada. Mientras permaneciese en aquel lado de la puerta estaría a salvo. Astutamente, él se fue transformando poco a poco para convencerla de que se acercase. En su rostro apareció una máscara de gasa, luego unas gafas de cristales malva, a continuación una barba roja y un bigote, que se desvanecieron para

dar paso a unos ojos enrojecidos y a unos dientes como carámbanos. Después desapareció la capa y él la miró con tristeza; iba vestido con un jersey de cuello alto.

—¿Arthur? —dijo ella.

¿Podría él perdonarla algún día?

Redmond volvió a ponerse la capa de ópera. Sus labios eran ávidos, el rictus de la boca duro, los ojos ardían de indignación.

—Ven conmigo —murmuró—. Déjame salvarte. Bailaremos juntos para siempre.

—¡Siempre! —exclamó ella casi amorosamente—. Siempre.

En el pasado había deseado oír estas palabras, toda su vida había esperado que alguien se las dijese... Se imaginó dando vueltas lentamente por una sala de baile con un fuerte brazo rodeando su cintura...

—No —contestó—. Sé quién eres.

La carne abandonó el rostro del hombre y dejó al descubierto el cráneo; él avanzó hacia ella y trataba de alcanzar su cuello...

Abrí los ojos. Oía pasos que bajaban por el sendero de grava. Eran pasos de verdad, andaban por el balcón. Se detuvieron delante de la puerta. Alguien llamó suavemente, una, dos veces.

Todavía podía elegir. Podía fingir que no estaba allí. Podía esperar y no hacer nada. Podía disfrazar la voz y decir que era otra persona. Pero si giraba el pomo de la puerta, ésta se abriría hacia fuera y tendría que enfrentarme al hombre que me esperaba, que esperaba mi vida.

Abrí la puerta. Sabía quién sería.

## TREINTA Y SIETE

En realidad no tenía intención de golpearlo con la botella de Cinzano. Quiero decir que tenía intención de golpear a alguien, pero no era nada personal. No lo había visto en mi vida, era un completo extraño para mí. Quizá me dejé arrebatar: se parecía a otra persona...

Y, por supuesto, no pensaba que lo iba a dejar sin conocimiento; supongo que fue una cuestión de no conocer el alcance de mi propia fuerza. Me sentí fatal, sobre todo cuando vi la sangre. No podía dejarlo allí, podía sobrevenirle una conmoción cerebral o desangrarse hasta morir, así que hice que el señor Vitroni llamase a un médico. Dije que había creído que ese hombre estaba intentando entrar en la casa. Por suerte él estaba inconsciente y no podía contradecirme.

Fue muy amable por su parte no denunciarme cuando recobró el conocimiento. Al principio pensé que había sido únicamente porque quería la historia: los periodistas son así. Hablé demasiado, como es de suponer, pero estaba muy nerviosa. Supongo que, una vez la haya escrito, el resultado será una historia bastante extraña; y lo curioso es que no le conté ninguna mentira. Digamos que no muchas. Algunos de los nombres y unas pocas cosas más, pero nada de importancia. Imagino que también podía haberlo evitado. Diciendo que tenía amnesia u otra cosa... O habría podido escaparme; le habría resultado imposible seguirme la pista. Me sorprende no haber hecho esto, teniendo en cuenta lo mucho que me aterrorizaba ser encontrada. Pero por alguna razón me sentí incapaz de huir y dejarlo solo en el hospital sin nadie con quien hablar; sobre todo después de haber estado a punto de matarlo por error.

Sin embargo, debió de ser terrible para él despertarse en una cama con siete puntos. Me sentía bastante culpable por ello. Su abrigo también estaba que daba lástima, pero le dije que si lo llevábamos a la tintorería quedaría como nuevo. Me ofrecí a pagarla, pero él no me dejó. Entonces le llevé unas flores; como no encontré rosas, fueron unas de color amarillo, una especie de girasoles. Estaban un poco marchitas, le dije que tal vez la enfermera le dejaría un jarrón para ponerlas en agua. Parecía contento.

Ha sido muy bueno prestándome el dinero para el billete de avión. Se lo devolveré apenas esté organizada de nuevo. Lo primero es sacar a Sam y a Marlene de la cárcel, les debo esto. Fue el abogado de Sam quien reveló que yo estaba todavía con vida; no debería guardarle rencor por ello, no hacía más que su trabajo. Y tendré que ver a Arthur, si bien no me entusiasma la idea, pienso en todas las explicaciones y en su silenciosa expresión ofendida. Se enterará igualmente de la verdad cuando se publique la historia. Su amor por mí era una falsa apariencia, así que no debería sentirme demasiado rechazada cuando deje de quererme. No creo que haya recibido todavía mi postal, me olvidé de enviarla por avión.

Y, aparte de esto, no tengo ningún plan en concreto. Con toda esa publicidad, voy a sentirme como una idiota, claro que eso no es nuevo. Seguramente dirán que mi

desaparición ha sido una especie de maniobra publicitaria, un truco... Sin embargo, no volveré a escribir ningún Vestido Gótico más; creo que eran perjudiciales para mí. Puede que pruebe con la ciencia-ficción. El futuro no me atrae tanto como el pasado, pero estoy segura de que es mejor para ustedes. Sigo pensando, como diría mi madre, que todo esto debería servirme de lección.

No obstante, por ahora, es más fácil quedarme en Roma —he encontrado una *pensione* pequeña y barata— e ir al hospital a las horas de visita. El no le ha contado todavía a nadie dónde estoy, ha prometido no hacerlo hasta dentro de una semana. Es un hombre agradable; su nariz no es muy interesante, pero tengo que confesar que un hombre vendado tiene un no sé qué... Además, me estoy dando cuenta de que es la única persona que lo sabe todo sobre mí. Puede que, como nunca había golpeado a nadie con una botella, no llegaran a conocer esa faceta mía. Pensándolo bien, yo tampoco.

He armado un buen lío; pero de todas formas no creo que llegue a ser nunca una persona ordenada.



MARGARET ATWOOD (Ottawa, Canadá, 1939), Príncipe de Asturias de las Letras 2008 y candidata al Premio Nobel de Literatura, se especializó en literatura inglesa en el Radcliffe College. De su padre, entomólogo, heredó el interés por el detalle y la observación científica de la realidad, características ambas de su quehacer literario. Ha residido en diversos países europeos y ha sido presidente de la Unión de Escritores de Canadá. Narradora, ensayista, poeta, conferenciante y activista cultural, ha publicado numerosos títulos. En narrativa sobresalen: *El cuento de la criada*, *Alias Grace*, *La mujer comestible*, *Ojo de gato*, *La novia ladrona*, *El asesino ciego* (Premio Booker 2000), *Oryx y Crake* y *Desorden Moral*. Considerada como una de las poetas mayores de la actual poesía anglosajona, ha publicado una veintena de poemarios, entre ellos *La puerta* e *Historias reales*.

# Notas

[1] Juego de palabras: *dog* significa perro, *God*, dios. (N de la T.) <<